

EL NUEVO FENÓMENO DEL *THRILLER*
SEGÚN EL *SUNDAY EXPRESS*

TE VE

A woman with long blonde hair, wearing a vibrant red coat, stands with her back to the camera inside a large, circular, red wireframe structure. The structure is composed of many thin, red, intertwined wires, creating a mesh-like appearance. She is positioned on a lush green lawn that stretches to the edge of a blue ocean. The sky above is filled with dramatic, grey clouds, suggesting an overcast or stormy day. The overall mood is mysterious and atmospheric.

TERESA DRISCOLL

Lectulandia

Cuando Ella Longfield oye a dos jóvenes atractivos flirtear con dos adolescentes en un tren, no le parece nada raro, hasta que escucha que ellos acaban de salir de la cárcel. Su instinto le dice que tiene que intervenir, pero finalmente no lo hace. Al día siguiente, las noticias anuncian la desaparición de Anna Ballard, una de las jóvenes del tren.

Un año después, Anna sigue desaparecida. Ella, que todavía se siente culpable por no haber hecho nada, empieza a recibir postales con amenazas que le hacen temer por su vida.

Entonces, en el aniversario de la desaparición, se descubre que los amigos y la familia de Anna ocultan algo. Además, Sarah, la amiga con la que Anna viajaba en el tren, confiesa que no dijo toda la verdad acerca de lo que sucedió aquella noche en Londres.

¿Dónde está Anna Ballard?

Lectulandia

Teresa Driscoll

Te veo

ePub r1.0

Karras 01-04-2019

Título original: *I Am Watching You*
Teresa Driscoll, 2019
Traducción: Víctor Ruiz Aldana

Editor digital: Karras
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Julio de 2015

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Un año después. Julio de 2016

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Te veo...

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Te veo...

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Te veo...
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Te veo...
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Epílogo
Nota de la autora
Agradecimientos
Sobre la autora

Julio de 2015

Capítulo 1

La testigo

Me equivoqué. Ahora lo sé.

La única razón por la que actué como lo hice fue por lo que oí en aquel tren. Y te pregunto: ¿cómo te lo habrías tomado tú?

Hasta aquel momento, nunca había creído que yo fuera una mojigata o una ingenua. A ver, de acuerdo, recibí una educación bastante convencional —para algunos incluso podría decirse que sobreprotegida—, pero bueno, la gente crece y madura. He vivido un poquito, he aprendido un montón. También debo decir que he llevado una vida normal y corriente, en lo que a la escala de Richter del comportamiento moral se refiere, y por eso me afectó tanto lo que oí.

La cuestión es que me habían parecido buenas chicas.

Claro que yo tampoco debería aguzar el oído para escuchar conversaciones ajenas. ¿Pero no te parece que es inevitable cuando vas en transporte público? Hay montones de personas que gritan con el móvil pegado a la oreja mientras otros pasajeros suben el volumen para rivalizar con ellas, para que también se los escuche.

Pensándolo mejor, puede que no me hubiera centrado tanto en su diálogo si el libro que llevaba hubiera sido mejor, pero, muy a mi pesar, había comprado la novela por la misma razón por la que había adquirido la revista que tenía los aerogeneradores en la portada.

Una vez leí en alguna parte que cuando llegas a los cuarenta, en principio, te importa más lo que tú opinas de los demás que lo que ellos opinan de ti. Si así fuera, ¿por qué diantres a mí todavía no me ha ocurrido y sigo esperando?

«Si te quieres comprar la revista *¡Hola!*, cómpratela, Ella». ¿Qué más dará lo que piense el estudiante aburrido que atiende en la caja?

Con todo, soy incapaz. Finalmente opto por una crítica revista sobre ecología y medio ambiente y una biografía decente, de modo que, para cuando los dos chicos se suben en la estación de Exeter, cada uno cargando con una bolsa de basura negra, yo ya estoy aburrida como una ostra.

Y ahora voy a hacerte una pregunta: ¿qué pensarías al ver a dos jóvenes que suben al tren con una bolsa de basura negra cada uno? Yo, que no sé qué contienen las bolsas y que soy madre de un adolescente cuya habitación incumple todas las leyes de seguridad e higiene, solo pienso: «¡Cómo no! Porque no habéis podido encontrar ni una bolsa de deporte, ¿verdad, chicos?».

Son unos escandalosos y se dedican a hacer el payaso, como tantos veinteañeros. Suben al tren por los pelos, mientras el orondo jefe de estación les dedica silbidos furiosos de desaprobación.

Después de pasarse un rato jugueteando con la puerta automática —abre, cierra, abre, cierra—, algo que, por supuesto, les parece de lo más gracioso, se acomodan en los asientos más cercanos a la rejilla del portaequipajes. Sin embargo, por lo visto, divisan a dos chicas de Cornualles y, tras intercambiar una mirada de complicidad, continúan por el vagón hasta los asientos que hay justo detrás de ellas.

Sonrío para mis adentros. ¿Ves? No soy una aguafiestas, yo también he sido joven.

Observo cómo las muchachas se callan, tímidas de repente, y una contempla a la otra con los ojos muy abiertos: sí, uno de los jóvenes es sumamente atractivo, parece un modelo o un miembro de una banda de chicos. Y toda la situación me hace recordar esa sensación tan especial en la barriga.

Seguro que sabes a qué me refiero.

Por eso, ni me sorprende ni desapruero en absoluto que los dos muchachos se levanten y el guapo se incline por encima de los asientos para preguntar a las chicas si quieren algo de la cafetería, «aprovechando que voy para allá».

A continuación, se presentan y, tras unas cuantas risitas, empieza el espectáculo.

Después de dos cafés y cuatro cervezas, los chicos ya se han sentado con ellas; el grupo está lo bastante cerca para que pueda seguir la conversación con todo detalle.

Sí, ya lo sé: no debería aguzar el oído, pero de eso ya hemos hablado. Recuerda que estoy aburrida y que son unos escandalosos.

Pero volvamos al tema. Las chicas confirman lo que yo ya había intuido mientras ellas charlaban. Esta es la primera vez que viajan solas a Londres para visitar la capital: es un regalo de sus padres para celebrar que han terminado el bachillerato. Se alojarán en un hotel barato, tienen entradas para *Los miserables* y les hacía muchísima ilusión.

—Es coña, ¿no? ¿En serio nunca habéis estado en Londres solas? —Karl, el muchacho que parece haber salido de una *boy band*, se ha quedado pasmado—. Sabéis que puede ser un sitio peligroso, Londres, ¿eh? Tenéis que ir con cuidado. Cuando salgáis del teatro, pillad un taxi, no el metro. ¿Vale?

Karl me empieza a caer bien. Les recomienda tiendas y ciertos tenderetes del mercado y también una discoteca donde, según él, no correrán ningún peligro si les apetece bailar al son de música decente después de haber visto el musical. Les apunta el nombre en un trocito de papel. Se ve que conoce al portero.

—Decidle que vais de mi parte, ¿vale?

Y, entonces, Anna, la más alta de las dos amigas de Cornualles, les pregunta por las bolsas negras, algo que agradezco, porque a mí también me pica la curiosidad. Esbozo una sonrisa al imaginarme como ellas les tomarán el pelo.

«Ay, hombres, siempre tan desorganizados. Cómo sois, ¿eh?».

Nada más lejos de la realidad.

Los chicos acaban de salir de la cárcel. Las bolsas negras contienen sus efectos personales.

En ese momento, oigo con claridad el ruido que hago al tragar: una bocanada de saliva me inunda la parte de atrás de la garganta. Se me acelera el pulso y me retumba, desagradable, en el oído.

La conversación se detiene durante unos segundos, pero no los suficientes. Con demasiada presteza, las chicas vuelven a la carga:

—Es broma, ¿no?

No, no es broma. Se ve que han decidido ser francos con todo el mundo. Han cometido errores y han pagado por ello, pero no van a avergonzarse.

Bueno, chicas, terminemos de mostrar sus cartas. Karl ha cumplido condena en la cárcel de Exeter por agresión; Antony, por robo. Karl solo defendió a un amigo, tío, y —jura y perjura que— volvería a hacerlo. Estaban en un bar y se empezaron a meter con su colega, y Karl no soporta a los matones.

Mientras, yo trato de comprender la paradoja de agredir a los matones para detenerlos, y dudo sobre si de verdad meten en la cárcel a gente por pequeños altercados. Sin embargo, parece que las chicas están fascinadas y, llenas de una inocencia dulce y generosa, les responden que ser leal es bueno y que una vez un tipo había ido a su instituto para explicarles cómo le había cambiado la vida después de cumplir condena por temas relacionados con las drogas. Se ve que tenía el cuerpo entero lleno de tatuajes. «Pero todo entero, ¿eh?».

—Bua, la cárcel. ¿Cómo es?

Entonces, decido plantearme mi papel es esta situación.

Me imagino a la madre de Anna de espaldas a su cocina tradicional, calentándose ante los hornos Aga, mientras le pregunta a su marido, preocupada, si su pequeñina estará bien, y él le contesta que se tranquilice: «Crecen muy rápido. Son sensatas. No les va a pasar nada, cariño».

No obstante, yo creo que sí les va a pasar algo, ya que ahora Karl sugiere que lo mejor sería que alguien que conozca bien Londres las acompañe durante el viaje por la capital.

Karl y Antony se quedarán en casa de unos amigos en Vauxhall y les apetece montar una fiesta en condiciones para celebrar la puesta en libertad. ¿Por qué no quedan cuando ellas salgan del musical y van todos juntos a la discoteca?

Llegados a este punto, decido que tengo que llamar a los padres de las chicas. Han nombrado el pueblo del que son y resulta que Anna vive en una granja. Vamos, que no hay que ser un genio. Podría llamar a la oficina de correos o al *pub* de la localidad: ¿cuántas granjas puede haber?

Con todo, ahora Anna ya no lo tiene tan claro. Al contrario. Les dice que deberían acostarse pronto para poder ir de compras temprano al día siguiente. Es que, claro, ya lo han planeado y primero tienen que ir a Liberty porque Sarah está empeñada en probarse algo de Stella McCartney y hacerse una foto con el móvil.

«Qué buena chica», pienso. «Qué sensata. Ahórrame el tener que intervenir, Anna». Pero la cosa se complica, porque, al parecer, Sarah le ha echado el ojo a Antony. Vuelven a ir a la cafetería y, cuando regresan, se intercambian los asientos: ahora Anna está sentada junto a Karl, y Sarah, junto a Antony, que le está contando a esta última lo mucho que se arrepiente de haberse jodido la vida. Según él, había recurrido a la delincuencia por pura desesperación, porque no encontraba trabajo y no podía mantener a su hijo.

«¿Hijo?».

Ahora sí que estoy consternada. Al amparo del cobijo que me ofrece mi vida de color de rosa, me achico cada vez más al oír cómo Antony le cuenta a Sarah que está luchando con su ex para que se le conceda el derecho de visita, y que de ninguna manera va a permitir que su hijo crezca sin conocer a su padre:

—¿No te parece que sería horrible, Sarah? ¿Que mi hijo crezca sin siquiera conocer a su padre?

Esta vez es Sarah quien me sorprende: tiene la voz entrecortada y responde que cree que es muy guay que se preocupe tanto, porque no todos los padres jóvenes harían lo mismo, sino que rehuirían su responsabilidad.

—Y nosotras dando la lata sobre Stella McCartney; me siento fatal.

La verdad es que ahora ya no sé qué pensar. ¿Qué sabré yo, que soy madre de un hijo y que solo trato de evitar que no vea películas para mayores de dieciocho?

Comienza entonces una hora de susurros durante la que hago lo posible por ponerme a leer de nuevo, por intentar comprender las ventajas de la generación más silenciosa de aerogeneradores del mercado, pero, en ese momento, Antony y Sarah vuelven a la cafetería. «Más cerveza», pienso. «Muy mal, Sarah». Y, en este instante, tomo una decisión.

Sí. Yo también voy a ir a la cafetería con el pretexto de que necesito café, y en la cola o por el pasillo voy a fingir que tengo problemas con el móvil. Le pediré ayuda a Sarah, con la esperanza de alejarla de Antony y poder hablar con ella en privado, y la avisaré de que o se deja ya de tonterías o llamaré a sus padres. «Ahora mismo, ¿te queda claro, Sarah? Puedo averiguar su número de teléfono».

Tres vagones nos separan de la cafetería. Voy topando con los asientos al pasar por el segundo vagón, me doy golpes en los muslos y, cuando atravieso las puertas automáticas hacia la zona del acople, busco el móvil que llevo en el bolsillo de la chaqueta.

Justo en ese momento los oigo.

No tienen ni una pizca de vergüenza. Ni siquiera intentan ser discretos. Escandalosos y arrogantes, se están enrollando encerrados en el baño, como un par de animales en celo.

Sé que son ellos por lo que dice él: que hace mucho de la última vez, que está muy agradecido.

—Sarah, madre mía, Sarah...

Sí, lo admito: me he quedado muda de la impresión. La humillación que me embarga me enciende las mejillas. Estoy furiosa, con la respiración

entrecortada. Me desespero: quiero huir de esos ruiditos a toda costa.

Qué vergüenza, qué inocente soy. Qué suposiciones tan ridículas he alimentado.

Sigo chocando con los asientos al recorrer el pasillo hasta el siguiente par de puertas automáticas y entro en el otro vagón, sin resuello y aturullada, mientras trato de poner tierra entre la evidencia de mi error de juicio y yo.

«¿Cómo que buenas chicas?».

En la cola de la cafetería, me vuelve a retumbar el pulso en el oído mientras me pregunto si los habrá descubierto otra persona. O si incluso ese alguien habrá dado parte.

Aunque yo misma me rebato: «¿Dar parte? ¿A quién van a dar parte, Ella? ¿Pero tú te estás escuchando? La gente hará lo que tendrías que haber hecho tú desde el principio: no meter las narices donde no te llaman».

A partir de aquí, lo que siento se transforma, y comienzo a preguntarme cómo he podido llegar a perder el contacto con la realidad, a ser tan estirada. Cómo he podido convertirme en una mujer que evidentemente no tiene ni idea de la realidad de los jóvenes. O de cualquier otra cosa.

De pronto, la cabeza se me llena de un caleidoscopio de recuerdos. De imágenes con las puntas ajadas. De las revistas que habíamos encontrado en la habitación de nuestro hijo. De aquella noche, al volver pronto del cine, cuando descubrimos a Luke intentando anular la seguridad de Sky para ver porno.

Así que en este tren del demonio me doy cuenta de que necesito hablar con mi marido con urgencia. Con mi Tony. Él me ayudará a reencontrar el norte.

Necesito que me diga si el problema no lo tienen ellos, sino yo. «¿Estoy haciendo un ridículo espantoso, Tony? No, en serio, necesito que me digas la verdad. Recuerda cuando tuvimos aquella discusión por los canales de Sky y las revistas de Luke».

¿Soy la mujer más mojigata del mundo? Lo soy, ¿verdad?

De hecho, trato de llamarlo esa misma noche desde el hotel, después de la conferencia. Quiero contarle que he hecho lo más razonable y me he ido a la otra punta del tren, que he dejado de meterme donde no me llamaban. Que es evidente que las chicas eran lo suficientemente espabiladas para apañárselas solas.

Sin embargo, parece que ha salido y no se ha llevado el móvil; es una de las pocas personas que todavía cree que el aparato provoca tumores cerebrales, así que al final termino hablando solo con Luke y me tranquiliza

oír cómo describe la cena que ha preparado: un tayín gracias a una receta que se ha bajado de una aplicación nueva. Le encanta cocinar, a mi Luke, y bromeo sobre cómo habrá quedado la cocina, porque seguro que ha utilizado todos los cacharros y las sartenes habidas y por haber.

Pronto amanece en el hotel.

Detesto esta sensación: el aturdimiento provocado por la mezcla del aire acondicionado, levantarse en una cama ajena y falta de disciplina con el minibar. Es el regalo que me hago al llegar al hotel: uno o dos brandis al final de un largo día de trabajo.

Apenas son las seis y media, quiero dormir más. Tras diez minutos intentándolo en vano, me doy por vencida y echo un vistazo a las tristes bolsitas del tazón que hay junto al hervidor de agua. Siempre hago lo mismo en las habitaciones de hotel: me engaño a mí misma y me digo que voy a beber café instantáneo solo esta vez, para después tirarlo por el lavamanos.

Observo la fila de botellitas vacías y me estremezco cuando me asalta un pensamiento espantoso. Echo un vistazo al teléfono que tengo junto a la cama y me atenaza una oleada de temor: es el escalofrío que siento al haber hecho algo que me avergüenza, algo de lo que sé que me arrepentiré.

Me giro de nuevo hacia la hilera de botellitas y recuerdo que, tras tomar el segundo brandi anoche, decidí llamar al servicio de directorio telefónico para dar con el número de los padres de las chicas. Al recordarlo, me quedo helada; todavía no estoy muy segura de lo que ocurrió después. «¿Llegaste a llamar? Recuerda, Ella, venga».

Vuelvo a mirar el teléfono y hago un esfuerzo para concentrarme. Ah, vale, ya me acuerdo. Los hombros se me relajan en cuanto me viene a la memoria: tenía el móvil en la mano y, justo cuando iba a marcar, concluí que no pensaba con claridad, y no solo por el brandi. Mi motivación era otra: no quería llamarlos porque en realidad estuviera preocupada por las chicas, sino para castigarlas, porque me daba mucha rabia cómo me había hecho sentir Sarah.

Así pues, hice lo más sensato: dejé el móvil, apagué la luz y me fui a dormir.

Qué bien. Ay, sí, qué bien. El alivio que siento es tan sobrecogedor que, para celebrarlo, decido que, al final, voy a darle una oportunidad al café instantáneo.

Primero enciendo el hervidor y, acto seguido, pongo la televisión. Y justo en ese momento, aparece. El tiempo se detiene en un instante único, suspendido al principio, pero que luego se alarga y se extiende más allá de la

habitación, más allá de la ciudad. Es un segundo en el que comprendo que mi vida no volverá a ser la misma.

Jamás.

El televisor no emite sonido porque anoche, de madrugada, vi la película en silencio y con subtítulos para no molestar a los vecinos.

Con todo, la imagen no se presta a confusión. Qué guapa. Es una fotografía de su perfil de Facebook. Le brillan los ojos verdes y el cabello, rubio y largo, le cae por la espalda. Está en la playa; reconozco el Monte Saint-Michel de fondo.

No sé cómo, pero tengo la sensación de que me alejo, de que atravieso la almohada, el armazón de la cama y la pared hasta que veo la pantalla desde una distancia mucho mayor. Una pantalla que muestra unos titulares horribles y espantosos: «Anna... Desaparecida... Anna... Desaparecida...». El hervidor silba con fiereza entre nubes de vapor que empañan el espejo mientras organizo mentalmente las llamadas que tengo que hacer.

Me asalta una maraña de excusas oscura y terrible. No hay ninguna que sea lo bastante buena.

Tengo que hablar con la policía. Con Tony.

«Tienes que creerme, iba a llamar...».

Capítulo 2

El padre

Henry Ballard está sentado en la terraza interior mientras trata de ignorar, con todas sus fuerzas, el repiqueteo que surge de la cocina.

Es consciente de que debería ir a hacer compañía a su mujer, a ayudarla, a consolarla, pero también sabe que no servirá de nada, de modo que lo está posponiendo. ¿La verdad? Lo único que quiere es quedarse un rato más observando el césped al otro lado del cristal. En ese extraño espacio cerrado, ese anexo a la casa que apenas ha servido de algo —siempre hace demasiado frío o demasiado calor, a pesar de las persianas y el gran ventilador antipolvo que les habían instalado por un precio exorbitante—, se las ha apañado para entrar en un estado de semiconsciencia, para llegar a un lugar donde su mente puede deambular más allá de los límites corporales y temporales, y adentrarse en el jardín donde, en este preciso momento, con la primera luz del día, oye cómo cuchichean en el escondrijo que tienen entre los arbustos. Anna y Jenny.

Había sido su sitio favorito durante un año, quizá dos, cuando pasaron por aquella espantosa etapa del color rosa. Edredones rosas. Barbies rosas. Una tienda de campaña rosa que habían comprado por catálogo y que ellas habían llenado con todo tipo de parafernalia de niñas. Él siempre había evitado acercarse a aquella cosa. En cambio, lo que más quería en el mundo ahora mismo era olvidarse de ordeñar y del heno, de las declaraciones del IVA y del banco, y salir a hacer una hoguerita y ponerse a cocinar las salchichas para el desayuno de las niñas. Organizar una acampada en condiciones, algo que, a pesar de habérselo prometido cientos de veces, jamás había hecho.

De pronto, se produce un estrépito en la cocina que lo obliga a entrar. Se la encuentra recogiendo moldes del suelo: un montón de moldes para hacer magdalenas y pasteles de todas las formas y tamaños imaginables.

—¿Qué demonios haces?

—Pastelitos de ciruela.

—Joder, Barbara.

Es el dulce favorito de Anna. Son una especie de barritas de avena con compota de ciruelas especiadas en el centro. Lo asalta el olor a canela: el acre contenido del tarro, que está volcado sobre la encimera, forma una montañita perfecta.

«Ay, Barbara».

Ser testigo de cómo ella recoge los moldes mientras, con manos temblorosas, se le antoja insoportable.

Así que, en vez de ayudarla e intentar demostrar algo de amabilidad o de decencia, se va al estudio y se sienta junto al teléfono, de modo que al cabo de unos cinco o quizá diez minutos, Henry es el primero en ver cómo un coche de policía vuelve a enfilarse el camino que lleva hasta la casa.

Se le encoge el estómago, una sensación espantosa, y por un momento se plantea atrancar la puerta —se imagina todos los muebles del recibidor apilados contra la puerta para que no puedan entrar; qué ridículo—. Esta vez han venido dos agentes, un hombre y una mujer. El hombre lleva traje y la mujer, uniforme.

Cuando llega a la entrada, su esposa está en la puerta de la cocina y se seca las manos en el delantal una y otra vez. Henry se vuelve para observarla tan solo un segundo, y en su mirada ve súplicas dirigidas a él, a Dios y a la justicia.

Henry abre la puerta; Anna y Jenny entran corriendo, cada una con su mochila y su raqueta de tenis, y, al cruzar el umbral, lo echan todo al suelo. Qué alivio. Qué alivio. Qué alivio.

Pero la realidad interrumpe el recuerdo.

Sus expresiones lo dicen todo.

—¿La han encontrado?

El hombre, que viste un traje arrugado y comprado en una tienda al por menor, niega con la cabeza.

—Les presento a la agente de enlace con la familia, Cathy Bright. Les hablé de ella por teléfono.

No es capaz de articular palabra. Silencio.

—¿Le importa si pasamos, señor Ballard?

Asiente con la cabeza. Es lo máximo que puede hacer.

Se acomodan todos en el estudio y lo único que se oye es un ruido extraño y apagado, el del contacto de piel contra piel; es su mujer, que se está frotando las manos. De ahí que Henry alargue el brazo para agarrarle la mano. Para detener ese ruido.

—Como les decíamos antes, la policía de Londres está haciendo todo lo posible. Han priorizado el caso, teniendo en cuenta la edad de Anna y las circunstancias de la desaparición. Estamos en contacto con ellos permanentemente.

—Quiero ir a Londres, así puedo echarles una mano...

—Señor Ballard, ya hemos tratado ese tema. Debe quedarse aquí, su mujer lo necesita, y nosotros también necesitamos que nos eche una mano. Por ahora, lo mejor es que nos concentremos en recabar toda la información necesaria. Si hay alguna novedad, la que sea, le prometo que les informaremos y organizaremos el traslado de inmediato.

—¿Sarah ha recordado algo? ¿Les ha dicho algo más? Nos gustaría hablar con ella, por favor.

—Sarah todavía está conmocionada, como comprenderán. La atiende un equipo de especialistas y sus padres ya están con ella. Estamos intentando conseguir toda la información posible. La policía londinense está examinando todas las grabaciones de las cámaras de seguridad. Las de la discoteca.

—Es que todavía no me entra en la cabeza. ¿Cómo que la discoteca? ¿Qué hacían en una discoteca? No habían planeado ir a ninguna. Tenían entradas para ir a ver *Los miserables*. Les dijimos explícitamente...

—Señor Ballard, hay una investigación en curso que puede que arroje algo de luz sobre esta cuestión.

Henry trata de aclararse la garganta y el sonido le parece demasiado fuerte. Gutural. Asqueroso.

—Una testigo ha contactado con la policía; estaba en el tren.

Tiene flema. En la garganta.

—Una testigo. ¿Cómo que «testigo»? ¿Testigo de qué? No lo entiendo.

Los dos agentes de policía se miran, y la mujer se sienta en la silla que hay junto a Barbara.

El inspector les ofrece una explicación:

—Una mujer que estaba sentada cerca de Anna y Sarah durante el viaje nos ha llamado al oír que la policía pedía colaboración ciudadana. Nos ha dicho que oyó a las dos chicas entablado cierta relación con dos hombres que iban en el tren.

—¿Qué quiere decir con «relación»? ¿Qué hombres? Me he perdido. —
Ahora Barbara le agarra la mano con más fuerza.

—Por lo que la testigo oyó, señor y señora Ballard, parece que Anna y Sarah se hicieron amigas de dos hombres de los que ya teníamos constancia.

—¿Hombres? ¿Quiénes?

—Unos tipos que acababan de salir de la cárcel, señor Ballard.

—No, no. Seguro que se equivocó... Es imposible. De verdad que es imposible.

—La policía de Londres intentará interrogar a Sarah sobre esta cuestión. Con carácter de urgencia. Y también a la testigo. Como les digo, necesitamos obtener tanta información como sea posible acerca de lo que ocurrió antes de que Anna desapareciera.

—Ya han pasado muchas horas.

—Sí.

—Son unas chicas sensatas, inspector. ¿Lo entiende? Son buenas, sensatas. Están bien educadas. Nunca, nunca les habríamos permitido hacer este viaje si no fueran...

—Sí, sí, por supuesto. Y deben hacer todo lo posible por ser optimistas. Como ya les he dicho, estamos haciendo cuanto está en nuestra mano para encontrar a Anna, y les informaremos de cómo progresa la investigación. Cathy puede quedarse con ustedes y responder a todas las preguntas que tengan. Me gustaría echar otro vistazo a la habitación de Anna, si es posible. Tenemos la esperanza de encontrar algún tipo de diario; y me gustaría examinar el ordenador. Es un procedimiento habitual. ¿Podría acompañarme al dormitorio, señor Ballard? Mientras tanto, Cathy podría prepararle una taza de té a su mujer. ¿Qué les parece?

Sin embargo, Henry ya no está escuchando. Está recordando que su mujer no quería que fueran. Decía que eran demasiado jóvenes, que la capital estaba demasiado lejos. Que era demasiado pronto. Él era partidario del viaje. «Por el amor de Dios, Barbara. No puedes mimarlas siempre». ¿La verdad? Él creía que Anna necesitaba despegarse de las faldas de su madre.

Alejarse de los pastelitos de ciruela.

Pero ese no era el único motivo. Madre mía.

¿Y si descubrían que esa no era la única razón?

Capítulo 3

La amiga

En una habitación doble y sofocante del hotel Paradise en Londres, cuyo nombre es manifiestamente inadecuado, Sarah oye la voz de su madre que susurra su nombre, así que ha decidido que no abrirá los ojos todavía.

Ahora está en una habitación diferente. Es idéntica, pero se encuentra en otra planta. Han acordonado la habitación en la que Anna y ella habían vaciado las maletas, pero Sarah no entiende por qué. Anna no había vuelto al hotel. ¿Es que no se la creen? «Que no volvió a la habitación. ¿Vale?».

En esta habitación huele a algo indefinido y horrible. Es un olor que le recuerda a la parte trasera de un armario. A cuando jugaba al escondite de pequeña. Todavía con los ojos cerrados, Sarah piensa que ojalá pudiera volver a jugar. Ojalá pudiera ignorar esa peste y la temperatura, su madre y la policía, y jugar al escondite. Sí. Se imagina que, en otra línea temporal, Anna está secándose el pelo ahora —la plancha ya está caliente para alisárselo después—, mientras charla por encima del ruido del secador sobre qué harían hoy. ¿A qué tienda deberían ir primero? ¿Seguro que Sarah decía en serio lo de probarse algo de Stella McCartney? Porque, por cómo iban vestidas, el dependiente sabría que no comprarían nada.

Anna. Qué dulce e irritante. Demasiado delgada. Demasiado guapa. Demasiado...

—¿Estás despierta, cariño? ¿Me oyes?

Sarah, con la cara girada en dirección contraria a su madre, abre los ojos y hace una mueca al ver la luz que lucha por abrirse paso por la ranura que hay entre las cortinas y forma un triángulo en la pared. Se ha tumbado vestida en la cama, sin querer deshacerla, porque estaba segura de que, a estas alturas, ya

debería haber novedades. De un momento a otro. La encontrarán en cualquier momento.

—Me alegro de que hayas podido dormir, cariño. Aunque solo haya sido una hora. He hecho un poco de té para las dos.

—No quiero nada.

—Dale un sorbo, te lo he preparado con dos azucarillos. Tienes que meterte algo en el cuerpo, un poco de azúcar...

—Ya te he dicho antes que no me entra nada, ¿vale?

Su madre viste los mismos pantalones que ayer, pero se ha cambiado la blusa. Sarah piensa que es tan típico de ella como inapropiado —en cierto modo— que se le haya ocurrido traerse una blusa limpia.

—Ha llegado tu padre, está abajo. Lleva casi todo el rato con la policía. Quieren hablar contigo otra vez. Cuando estés...

—Ya les he contado todo lo que recuerdo. Durante horas y horas. Y no quiero ver a papá, no tendrías que haberlo llamado.

Sarah se encuentra con la mirada de su madre.

—Cariño, sé que tú y papá tenéis una relación complicada. Pero es que sí que le importas. Además, la policía quiere hablar contigo sobre una llamada que ha recibido. Después de que el caso haya salido en las noticias.

—¿Una llamada?

—Sí, de una mujer que iba en el tren.

—¿Una mujer? ¿Pero qué dices? ¿Qué mujer?

Sarah siente un vacío enorme en el estómago, el mismo que ha tenido durante las primeras horas espantosas, mientras esperaba con la policía a que llegara su madre. Mientras seguía atontada por lo mucho que había bebido. Desorientada. «¿Dónde te has metido, Anna? Joder, ¿dónde estás?».

Ha tratado de proporcionar a los agentes la información necesaria para que se la tomen en serio, pero no la suficiente como para que...

De pronto, se levanta a toda prisa. Nota las arrugas de la blusa de lino en la cintura mientras se mueve y toquetea los cepillos, los neceseres llenos de maquillaje y el resto de cosas que hay en el tocador.

—¿Tienes tú el mando? Quiero ver las noticias, saber qué dicen. Dime, ¿qué dicen?

—No te lo recomiendo, Sarah. Tómate el té. Le diré a papá que te has despertado, y que pueden subir ya.

—No pienso volver a hablar con ellos. Todavía no.

—Ay, cariño, sé que esto es una pesadilla. Tanto para ti como para todos nosotros. —Su madre se ha puesto a dar vueltas por la habitación—. Pero la

encontrarán, mi vida, estoy segura. Lo más probable es que se fuera por ahí a otra fiesta y ahora esté preocupada porque ha metido la pata.

Rodea a su hija con el brazo —ha colocado las tazas de té entre el caos del tocador—, pero Sarah se lo aparta.

—¿Los padres de Anna están aquí?

—Todavía no, no lo sé. No sé qué van a hacer. La policía quería comprobar algunas cosas con ellos en Cornualles.

—¿El qué?

—Creo que los ordenadores o algo así. No lo sé, no me acuerdo exactamente, Sarah. Todo es muy confuso. Quieren recabar toda la información posible que sea de ayuda... Con la búsqueda.

—¿Y crees que yo no? ¿Crees que no me siento suficientemente mal?

—Pero si nadie te culpa, cariño.

—¿Perdón? Y ¿por qué usas el verbo «culpar» si no me culpa nadie?

—Sarah... mi vida. No te pongas así. La encontrarán. Estoy segura. Voy a llamar a la planta baja.

—No, quiero que me dejes en paz. Tú y todos. Es lo único que necesito.

La madre de Sarah se saca el móvil del bolsillo y, justo cuando se pone a buscar las gafas, llaman a la puerta.

—Seguro que son ellos.

Es el mismo inspector de antes, pero lo acompaña una agente de policía diferente, además del padre de Sarah.

—¿Hay alguna novedad?

La madre de Sarah empieza a levantarse de la silla, pero se deja caer al ver que todos niegan con la cabeza.

—¿Has podido descansar algo, Sarah? ¿Podemos charlar un poco más? —pregunta la agente de policía.

—No estaba borracha. Cuando hemos hablado antes. No estaba borracha.

—Claro que no.

Los adultos se miran los unos a los otros.

—Hemos echado un vistazo a las grabaciones de las cámaras de seguridad de la discoteca, Sarah. —Ahora le habla el inspector, con más firmeza—. Por desgracia, algunas de las cámaras no funcionaban. Pero hay ciertas cosas que no acabamos de entender, Sarah. Además, nos ha llamado un testigo.

—¿Un testigo?

—Sí, una mujer que iba en el tren.

Lo nota al instante. Cómo se estremece. Cómo se delata. Cómo baja la temperatura cuando la sangre se desplaza.

Y abandona su rostro.

Un año después

Julio de 2016

Capítulo 4

La testigo

No me he hecho ilusiones.

Ya sabía lo que iba a pasar esta semana. Una parte de mí lo estaba deseando: la que alberga la tenue esperanza de que el reportaje con motivo del primer aniversario pueda darle un empujón a la investigación. Sin embargo, otra parte de mí está muerta de miedo. La gente volverá a dirigirme las mismas miradas. «Es esa mujer. ¿Te acuerdas? La que no dijo nada, la del tren. ¿No lo recuerdas? De cuando desapareció aquella chica... Madre mía, ¿ya ha pasado un año?».

Con todo, no me importa, prefiero que hagan la reconstrucción de lo que ocurrió en el programa sobre crímenes *Crimecatchers*. Sobre todo por la familia. Por la pobre madre. Lo único que yo quiero es quedar al margen.

Me entiendes, ¿verdad? A ver, no me importó que me hicieran preguntas. Aunque Tony se puso hecho una furia cuando la policía nos llamó; estaba sorprendido por que hubieran tenido el descaro de hacerlo.

«Filtrasteis su nombre. Habéis dejado que la juzgue todo el mundo y ahora creéis que querrá salir en el programa...».

Él insiste en que la filtración fue deliberada, que alguien hizo algo para que la prensa supiera mi nombre. Seguimos sin tener pruebas, y, sinceramente, he llegado al punto en que ya no tengo claro si me importa. Lo único que sé es que no soporto imaginarme a la gente volviendo a hablar del tema, volviendo a removerlo todo. Que me juzguen. Que me odien.

Incluso los clientes más habituales de la tienda me miran un poco raro, aunque no dicen ni mu sobre el tema.

La versión oficial del gabinete de prensa de la policía es que no hubo filtración alguna; tan solo mencionaron a un puñado de periodistas que la testigo del tren «se dirigía a un congreso». Pero deben de haberles dicho de qué era el congreso, porque, si no, ¿cómo ha podido averiguar la prensa que yo era florista? Bueno, qué más da. Algún periodista debió de consultar los diferentes eventos relacionados con la floristería, buscó con atención en las listas de asistentes de Devon y Cornualles y, al final, se plantaron en nuestra puerta.

Recordarlo me sigue provocando escalofríos.

De todas formas, si yo hubiese sido más lista, no habrían podido confirmarlo. Si se me hubiese ocurrido decir «no tengo ni idea de a qué os referís», lo habrían dejado ahí. Pero no respondí eso.

Soy consciente de que esto sonará muy estúpido, pero lo que les contesté desde el umbral de mi casa, desorientada por completo, fue: «¿Quién os ha dicho quién soy?».

«Joder, ¿por qué les has dicho eso?», fue lo primero que me preguntó Tony. «Madre mía, Ella. Es que se lo has puesto en bandeja».

Pero eso no era verdad, al menos, no del todo. No había dejado entrar a ningún reportero. No había hecho declaraciones, lo juro, pero me habían sacado una foto, y nos llamaban, y venga a llamar, hasta que cambiamos el número.

—Esto es acoso —había saltado Tony. «¿Acaso no ha sufrido suficiente?». Es tan bueno. Qué bonachón es mi marido.

Después de eso, las cosas se pusieron muy feas. La gente me empezó a decir cosas horribles por las redes sociales. Al final, tuvimos que cerrar la tienda un tiempo.

Sin embargo, lo cierto es que, por muy espantoso que haya sido, creo que no he sufrido lo bastante. Esa chica preciosa sigue desaparecida. Lo más probable es que esté muerta —es casi seguro—, aunque, por lo que he oído, su pobre madre sigue aferrándose a la esperanza de que sigue viva.

Y ¿acaso se la puede culpar? Yo, seguramente, haría lo mismo.

El agente de policía de *Crimecatchers* me ha dicho que la señora Ballard ha ofrecido una entrevista dura y desgarradora. No creo que sea capaz de verla. La madre de Anna se ha pasado este último año recopilando información sobre casos de chicas desaparecidas que aparecieron años más tarde. Lo típico: algún lunático las había secuestrado, les había lavado el cerebro, pero, al final, habían escapado. Se ve que han tenido que cortar todo eso de la entrevista, porque la policía no quiere enfocarlo así. Es evidente que

creen que, lo más probable, es que Anna esté muerta. Emitirán el programa con el objetivo de encontrar al asesino, no a un loco que retiene a una chica en el sótano.

Por pura delicadeza, han dejado todo lo que cuenta la señora Ballard de cuando Anna era pequeña. Sobre sus esperanzas y sueños. Al parecer, eso es lo que hace que la gente llame y aporte nueva información. Pero el objetivo principal es encontrar a los dos muchachos. Y encontrar el cuerpo, supongo. Se me pone la piel de gallina solo de pensarlo...

Por eso, Tony se cabrea. Cree que, si la policía no hubiera tardado tanto en lanzar la orden de búsqueda de Karl y Antony después de que yo les hubiera puesto sobre aviso, quizá los habrían detenido justo antes de largarse. Seguramente, los habrían pillado en el extranjero.

Por lo que sé, habían tardado tanto por Sarah. La policía suele actuar con diplomacia, pero, si sumas dos más dos, llegas a la conclusión de que ella, al principio, debió de negar que los hubiera conocido. A los muchachos del tren. Debió de decir que yo me lo había inventado. Hasta que no hubieron revisado las grabaciones de seguridad y encontraron también un par de imágenes de ellos mientras bajaban del tren y fuera de la estación, los policías no difundieron sus fotos. Demasiado tarde.

Aunque, claro, eso era lo que había torcido las cosas y el foco se centró en mí.

Si hubiera llamado para avisar desde el principio... Si hubiera dado un paso al frente... Si me hubiera involucrado...

«No pienses eso. No puedes culparte de todo. No hiciste nada malo. Nada, Ella. Fueron esos tipos. No tú. No puedes seguir culpándote».

«¿Tú crees, Tony?».

Y ya no soy la única.

Recibí la primera postal hace unos días.

Al principio, me afectó tanto cuando la leí que tuve que salir corriendo al baño. Vomité.

Soy incapaz de explicar por qué me asusté tanto. Supongo que me conmocionó, porque a primera vista parecía muy amenazadora, muy repugnante. Cuando al fin fui capaz de calmarme y pensar con claridad, de pronto caí en quién me la había enviado. Y eso me infundió una mezcla de alivio y de culpa abrumadora. Si te soy sincera, puede que me lo merezca.

Me la había mandado en un arrebato de furia, no era una amenaza real; solo era para desfogarse.

La primera postal estaba metida en un sobre. Era una tarjeta negra con letras recortadas de alguna revista.

¿POR QUÉ NO LA AYUDASTE?

Era clavada a la típica nota que sale en las películas, pero estaba bastante mal hecha: se me pegaban los dedos al tocarla.

Fui una estúpida: la rompí y la tiré a la basura, porque no quería que Tony la viera. Sabía que él llamaría a la policía, y quería evitarlo. Quería evitar que volvieran a venir. Tanto ellos como la prensa. No quería revivir esa locura.

Tardé un poco en asimilarlo del todo. Al principio había pensado que se trataba de cualquier tarado, pero después caí en la cuenta: «Espera, todavía no han echado el programa del aniversario por la tele».

Lo cierto es que la gente se había olvidado del caso. Hasta que no se emita el programa esta noche, nadie habría vuelto a pensar en la historia. Así es como va siempre, por eso a la policía le cuesta tanto. Todo el mundo habla de eso durante un minuto, y, casi al instante, ya lo han olvidado.

Sin embargo, hoy ha llegado otra tarjeta. También es negra, con un mensaje aún peor:

PUTA... ¿CÓMO PUEDES DORMIR POR LA NOCHE?

De modo que ahora lo tengo incluso más claro: sí que es culpa mía. Se trata de una venganza, y no solo por lo que no hice por Anna, sino por haber ido hasta allí en verano.

Ahora tengo clarísimo de quién son estas postales...

Capítulo 5

El padre

Henry Ballard mira el reloj y llama a Sammy con un silbido.

A lo lejos ve el humo de uno de los edificios que alquilan a turistas. Antes había sido un establo y, en esa época, era adonde su padre se dirigía siempre a esa misma hora del atardecer: un último vistazo al ganado antes de ir a cenar.

Henry sigue dando el mismo paseo todas las noches, pero ahora lo hace con un dolor sordo.

La voz de Anna lo persigue mientras camina:

«Me das asco, papá...».

Henry cierra los ojos y espera a que la voz desaparezca. Cuando los vuelve a abrir, la columna de humo que emana de la chimenea que tiene delante es más densa.

Había sido lo más lógico «desde el punto de vista económico», por supuesto. Transformarlo. Se había convertido en la frase favorita de Barbara, y también de los banqueros. «Es lo más lógico desde el punto de vista económico, Henry».

El éxito agrícola de la granja Ladbroke se había fraguado a lo largo de cuatro generaciones. Había sobrevivido al auge y la caída de la minería de la zona. Había sobrevivido a los cambios que se producían en los gustos de los consumidores. Les habían dado premios por criar a razas excepcionales. E incluso una vez se había diversificado y habían empezado a comerciar con narcisos. Sin embargo, la granja había tardado un abrir y cerrar de ojos en pasar de estar totalmente operativa a convertirse en lo que sus amigos ahora despreciaban con la frase: «¿Todavía juegas a los granjeros, Henry?».

Ahora ha cambiado de sector y ya no se dedica a la agricultura, sino al turismo. Y sí, desde el punto de vista económico, tiene toda la lógica del mundo. Habían transformado un grupo de establos y lo habían vendido para pagar todas las deudas pendientes que la granja tenía desde hacía más de una década. Un segundo grupo de establos ahora son propiedades de alquiler, lo que les proporciona unos ingresos más que suficientes, que se suman a los de la tetería y la zona de *camping* y, sin duda, son unos beneficios mucho más regulares que los que su padre o su abuelo se habrían imaginado jamás.

¿La verdad? Sus antepasados habían sido quienes se habían dejado la piel. Ellos habían pagado la mayor parte de las deudas bancarias con sangre, sudor y lágrimas. Pero ¿él? ¿Qué había hecho él?

Solo había recogido los frutos. No hay tarde en la que Henry Ballard no se sienta un miserable por eso.

Así que, sí, sigue jugando a los granjeros. Sigue perdiendo el tiempo por los márgenes de los campos con las ovejas —que apenas valen lo que cuesta mantenerlas— y el rebañito vacuno de raza excepcional.

Hace años que da el mismo paseo con gran pesar. Y, ahora, ¿desde lo de Anna?

Henry hace una mueca al recordar a su hija a su lado en el coche.

«Me das asco...».

—¿Qué nos queda ahora? —dice en voz alta mientras Sammy le roza la mano con el hocico y alza los ojos ámbar para cruzarse con los de su amo. El perro todavía se sienta bajo la silla de Anna cada noche durante la cena. Es insoportable.

Henry le acaricia la cabeza a Sammy y luego vuelve hacia la casa. Le aterrera la noche que le espera, pero le ha prometido a Barbara que verán el programa del aniversario juntos, así que no debe llegar tarde. Han hablado largo y tendido sobre cómo gestionar el asunto: están preocupados por lo que es mejor para Jenny, quien puede que tenga que hacer frente a la peor parte. Es la hermana que se ha quedado sin hermana.

Las tuvieron con dieciocho meses de diferencia; eran muy dulces y estaban muy unidas, sobre todo cuando eran pequeñas. Se peleaban, claro, había la típica rivalidad entre hermanas, pero a la hora de dormir ya habían hecho las paces, y a menudo querían dormir juntas, a pesar de que hubiera habitaciones de sobra. Henry se acuerda por un instante de que lo último que solía hacer todas las noches era asomar la cabeza por la puerta de la habitación y las veía dormir, con los brazos y las piernas enroscados, acurrucadas con los pijamas rosas en una cama de matrimonio.

Se le encoge el estómago otra vez. Jenny todavía sufre insomnio. Barbara también. No tiene ni idea de cómo deben afrontar este programa. Que vuelvan a poner el foco sobre ellos.

Habían rechazado de plano la invitación de acudir a los estudios de Londres. Barbara no habría podido soportar una entrevista en directo. No. Henry se había negado en rotundo, en parte porque el tiempo que pasaba cerca de la policía lo ponía de los nervios. Por tanto, se había grabado todo de antemano en su casa. También habían rescatado un vídeo antiguo, de cuando Anna era pequeña.

Se detiene y aprieta los puños al recordar ese momento, él, cámara en mano, mientras Barbara le daba órdenes desde atrás. Ante él había un grupo de amigos reunidos alrededor de la merienda de cumpleaños, todos disfrazados: vaqueros y hadas. En el centro, un pastel enorme de chocolate con unas cuantas velas. «Hazle fotos mientras las sople, Henry. Por favor, que no se te pase...». Piensa en cómo era su mujer entonces: Barbara rebosaba alegría y siempre iba de aquí para allá, era muy feliz cuando la casa estaba llena de niños, ruido y desorden.

Henry se aclara la garganta y se inclina para volver a acariciar a Sammy, y así siente ese lazo que le es tan familiar: entre el hombre y el perro, entre el hombre, el perro y la tierra.

En definitiva, sí. Habían aceptado que se emitiera parte del vídeo del cumpleaños, porque la policía les había dicho que grabaciones tan emotivas como esa solían atraer más llamadas, lo cual era, sin duda, el objetivo de todo aquello: hacer un llamamiento a la colaboración ciudadana. El primer aniversario de la desaparición era un momento clave, les habían dicho, para hacer resurgir el interés en el caso y conseguir pistas nuevas. Para intentar encontrar a los hombres del tren. No obstante, él y Barbara están preocupadísimos por la presión que todo aquello ejerce sobre Jenny. Ella también aparece en el fragmento que han elegido los productores del programa, sale sonriendo junto a su hermana, por eso Barbara y Henry se habían sentado y habían acordado que, si Jenny se sentía incómoda, por poco que fuera, no permitirían que se emitiera y buscarían otra opción, o quizá pedirían que su imagen se tapara de alguna manera. Sin embargo, la reacción de su hija mayor había destrozado a Henry.

Era como si, de repente, hubiera visto el cielo abierto, como si en aquella terrible mezcla de culpa e impotencia se le brindara una oportunidad. Le brillaban los ojos cuando les dijo que no le importaba en absoluto que la gente

la viera embutida en un vestido de hada con alas. «Lo que sea necesario, si eso ayuda a encontrar a Anna».

Después, se había ido a la habitación y le había dicho que la siguiera. Tenía montones de fotos antiguas guardadas en cajas metidas en uno de los armarios. Las había sacado. ¿Por qué no llamaba a la policía? «Ahora mismo, papá». Había muchísimas fotos que eran muy buenas. «¿Te acuerdas? Son de cuando hacíamos el tonto en los fotomatonos. Todo el grupito. Yo, Sarah y Anna, y Paul, y Tim». Encontró un ejemplo —los cinco haciendo muecas— y se la dio.

Henry inspira el aire frío mientras evoca la imagen de Anna en el centro de sus amigos, y cierra los ojos.

«Me das asco...».

Henry dedujo que la policía no querría las fotos, y así fue. Solo querían el vídeo. Cuando le dijo a Jenny que la policía le quería dar las gracias —y también papá y mamá— por el tiempo que había dedicado a buscarlas, a encontrarlas, sus ojos volvieron al que era su estado habitual desde hacía un tiempo: distantes.

—Vamos, Sammy, ha llegado el momento.

Mientras se quita las botas de agua en el cuarto de los zapatos, Henry oye que su mujer está gritando para que se la oiga desde el piso de arriba.

—¿Estás segura de que no quieres verlo con nosotros, Jen? ¿Aquí abajo? A papá y a mí no nos convence que... Ay, espera, creo que... Papá ha vuelto.

Este entra en la cocina en calcetines.

—Bueno, Henry. He puesto el canal y lo he preparado todo para grabarlo. El productor está en el estudio, y me ha dicho que se pondrá en contacto con nosotros para informarnos de las llamadas que reciban.

—Perfecto, muy bien.

—Jennifer sigue diciendo que quiere verlo en su habitación, pero no me hace ni pizca de gracia, Henry. ¿Puedes hablar otra vez con ella?

—Como quieras. Pero ya he hablado con ella esta mañana, cielo, y...

—Es que no tiene ni por qué verlo, si no quiere. Ya se lo he dicho. Pero si se anima, no quiero que esté sola. No entiendo por qué no quiere verlo con nosotros. Deberíamos estar todos juntos. ¿No crees? Deberíamos verlo juntos, como una familia.

Henry se pregunta si debería expresar lo obvio: que ya no son una familia. Examina el rostro de su mujer con atención y baja la voz hasta que es casi un murmullo.

—Jenny no quiere tener que vernos la cara, cariño. —La suya. La de Barbara.

—¿La cara? —La expresión de Barbara cambia mientras da vueltas a las palabras durante unos segundos. Se contempla en el espejo del salón y se vuelve enseguida hacia él—. ¿Es eso lo que te ha dicho?

—No hace falta que me lo diga, cielo.

Henry continúa observando a su mujer con mucha atención, mientras espera a que termine de asimilarlo del todo. Se obliga a mirarla de hito en hito. Sabe exactamente por qué es tan complicado para Jenny: a él le ocurre lo mismo. No es fácil ser testigo de la profundidad de lo que han vivido, oscura y espantosa, escrita en los ojos de Barbara. Todo el día. Día tras día. No importa lo mucho que se esfuerce por maquillarlo con esperanza y sonrisas para Jenny. Ni con los recortes de las personas desaparecidas que al final han encontrado. Ni con el sinfín de pasteles.

—Aun así, ¿hablarás con ella? ¿Antes de que lo emitan?

Tiene los ojos clavados en el suelo.

Henry da un paso hacia su mujer y le da un beso en la frente. Lo hace porque debe, pero no la toca: es consciente de las normas, de los límites. Han dejado el contacto físico en suspenso, de momento, pero quizá no lo retomen jamás.

—Bueno, primero voy a lavarme las manos. Y sí, después hablo con ella.

Jenny está sentada en el suelo de la habitación, rodeada de trocitos de papel, revistas y álbumes de fotos antiguas.

—Mamá me ha pedido que hable contigo. —Henry observa los álbumes. Hay muchas fotografías de las dos hermanas mientras crecían. En una llevaban vestidos idénticos de damas de honor. En otra, salían el primer día de instituto. Por supuesto, la mayor parte de las fotos más recientes ya son digitales, pero Jenny había impreso un montón de sus favoritas cuando un año se le había estropeado el portátil y había perdido las fotos de todo un verano. Ya las había borrado de la cámara. No pudo recuperarlas.

—No pasa nada. Les he pedido a Paul, a Sarah y a Tim que vengan. ¿Os importa? A ver, que mamá tiene razón. Sería demasiado duro tener que verlo sola. Pero no puedo verlo con mamá, es que no puedo.

—Ah, vale. Hablaré con ella ahora. Ostras. —Consulta el reloj—. Lo que pasa es que precisamente esta noche quizá tu madre no se sienta cómoda con tanta gente en casa.

—Jo, venga, papá. No son gente cualquiera. Son mis amigos.

Henry aprieta los labios. Todavía falta una hora y media para que empiece el programa. Inspira hondo mientras trata de plantearse su reacción antes de lidiar con la de su mujer.

Barbara se pondrá a preparar comida. Sándwiches, pastelitos... Ese tipo de cosas. No se quedará quieta.

Sin darse cuenta, vuelve a mirar el reloj. Quién sabe, tal vez estar ocupada pueda ayudar a Barbara, así se distrae.

Le sorprende que Margaret, la madre de Sarah, no quiera que su hija se quede en casa para protegerla. Sarah ha sufrido mucho. Hay muchas preguntas sin respuesta. Todavía nadie acaba de entender la historia de cómo las dos amigas se habían separado en Londres, y hay quienes la culpan a ella.

En el fondo, a Henry no le parece tan mal. Es mejor que la gente se centre en Sarah...

En el piso de abajo, Barbara coloca los últimos platos en el lavavajillas mientras él le explica el nuevo plan para esta noche.

—Ah, bueno, vale...

—Dime, ¿qué opinas? ¿Te parece bien? El hecho de tener la casa llena, quiero decir. Supongo que Jenny tendría que habérmelo consultado antes, pero no he querido reprochárselo. Hoy no.

Barbara se seca las manos en el delantal y se deshace el lazo de la espalda.

—No creo que sea una buena idea, Henry. Tengo un presentimiento. Es decir, sé que están muy unidos... o lo estaban. —Se yergue mientras respira hondo.

Henry espera y el silencio se alarga. Ninguno de los dos ya no sabe qué tiempo verbal utilizar.

—Pero es que últimamente todos hemos tenido los nervios a flor de piel —dice, mientras se saca el delantal por la cabeza—. Jenny también. No sé si esto va a ser de ayuda. Al menos, no para Jenny. Y no quiero que haya problemas, esta noche no.

—Pues parece que es lo que Jenny quiere. —Henry no aparta la mirada de su mujer.

—No tengo claro que ni ella misma sepa lo que quiere, no más que nosotros. —Suspira—. Va, es igual. Dile que sí. —De repente, Barbara lanza el delantal sobre la encimera—. Será horrible, haya quien haya en casa.

La conversación se ve interrumpida por un golpe sordo en el piso de arriba. Jenny está pateando el suelo de la habitación, que está justo encima de la cocina, mientras grita por el móvil. No entienden qué dice hasta que oyen: «Ay, madre, no. Por favor... no».

A continuación, oyen un estrépito de cristales y objetos que se rompen, al parecer porque los ha arrojado por la habitación.

Capítulo 6

La testigo

—**T**iene que comunicárselo a la policía de inmediato.

—Ah, no, eso ni pensarlo.

—¿Perdone?

Estoy desconcertada.

Recupero la última tarjeta que he recibido mientras examino a Matthew Hill con atención. No me esperaba esa reacción. He metido esta nueva postal en un portafolio de plástico que he cogido de la carpeta de Luke. Es uno de esos portafolios que ya tiene los agujeros hechos, que resbalan muchísimo. Son muy peligrosos. Una vez resbalé al pisar uno y me di un porrazo en el hombro.

Este último mensaje había llegado como los demás: dentro de un sobre oscuro sencillo con una etiqueta con la dirección impresa. Sin embargo, este es todavía más extraño, y un poco más amenazador. El reverso es negro y tiene las letras enganchadas:

ES EL KARMA. LO VAS A PAGAR.

Esta vez, al leerlo me había parecido raro que hubiera una referencia al budismo, al yoga o a algo de eso. ¿No se basan precisamente en la simpatía, la amabilidad y el perdón? Pero luego lo había buscado por Internet y encontré que hay quien lo interpreta como un tipo de justicia natural o como llevarte tu merecido —recibir consecuencias negativas por una mala acción—. Me entraron escalofríos...

Tenía que ponerle punto final.

—Creía que se dedicaba a investigar este tipo de cosas. ¿No es eso lo que hacen los detectives privados? —Me arrepiento de usar un tono sarcástico, pero estoy tensa mientras miro a Matthew Hill a los ojos y también me siento un poco desorientada. El anuncio me había parecido bastante directo. «Detective privado en Exeter. Expolicía». Breve. Simple. Creía que podía pedirle lo que fuera y que él lo haría. Que así se ganaba la vida. Como cualquier cliente que entra en mi tienda. «Un ramo para un cumpleaños, por favor». «Por supuesto».

—Mire, he estado siguiendo el caso y esto son pruebas nuevas. La chica sigue desaparecida, y tengo una norma según la cual, si hay una investigación en curso, trato de...

—Confíe en mí, señor Hill: esto no es una prueba.

—Y ¿está tan segura porque...?

Me detengo un segundo, sin tener claro hasta qué punto debería contar.

—Mire, sé quién me las envía: la madre de la chica, Barbara Ballard. Está muy enfadada conmigo. Bueno, no, eso es quedarse corta. Está furiosa y resentida, pero ¿a quién no le parece normal? A mí sí. Además, yo me lo he buscado. Cuando recibí la primera postal, tengo que admitir que me planteé acudir a la policía. Al principio, me impresionó y me asusté. Tuvimos muchos problemas después de que se filtrara mi nombre, y pensé que era más de lo mismo. Pero ahora ya sé por qué las recibo. Me han llegado tres, así que lo único que necesito es que le dé un toque de atención, por favor. Que pare. De lo contrario, mi marido se acabará enterando e insistirá en que vayamos a la policía, y quiero evitarle ese mal trago. Ya tiene suficiente.

—Pues me temo que estoy de acuerdo con su marido. Podría estar equivocada.

—Verá, es que ella ha venido a mi tienda. Ya van dos veces. Pero lo único que hace es observarme a través de la ventana. Aunque no sabe que yo me he dado cuenta.

—Bien. Entonces, ¿cuándo comenzó? —Al detective le ha cambiado la expresión.

—Esto no saldrá de aquí, ¿verdad?

—Por supuesto que no.

—Perfecto, porque tampoco quiero denunciar lo que le voy a contar. De hecho, es culpa mía. Y no me refiero solo a lo que ocurrió en el tren. A ver, un día decidí ir hasta allí. A Cornualles, el verano pasado. A ver a la madre. Mi marido intentó disuadirme, y tendría que haberle hecho caso. Fue una estupidez, lo comprendí luego. Una más, que se añade al cúmulo de errores

que llevo cometiendo desde que empezó todo. El peor, como sin duda sabe, es no haber llamado, no haber avisado a esa pobre familia antes de que pasara nada.

—Pero usted no hizo daño a la chica, señora Longfield. ¿No estaban involucrados un par de chavales? ¿Los sospechosos principales, que venían de Exeter?

—Sí, pero eso todavía hace que me sienta peor, señor Hill.

—Matthew. Llámeme Matthew.

—Pues Matthew. Mi marido no deja de repetirme lo mismo, que no es culpa mía. Pero siento decirle que eso no me hace sentir mejor. Y no soporto que todavía no la hayan encontrado.

De repente, oímos un silbido que procede de la habitación contigua. Miro hacia la puerta en la otra punta del despacho, que está entreabierta, y Matthew Hill se levanta de golpe y suaviza la expresión.

—¿Le apetece un café, señora Longfield? Hago unos capuchinos bastante buenos.

—Llámame Ella. Y sí, por favor. Por el olor, parece que sabe lo que se hace. —Noto que se me dibuja una sonrisa y relajo los hombros—. No puedo decir que no a un buen café.

—Es una cafetera exprés. Uso granos importados, una mezcla propia. Es mi punto débil.

—El mío también. —Inspiro hondo—. Perdona por estar tan a la defensiva, es que me he puesto muy nerviosa al venir.

—Le pasa a mucha gente. —Su voz se va apagando cuando desaparece hacia lo que deduzco que es un piso contiguo a la oficina. Tarda un poco, pero al final vuelve a aparecer con una bandeja, dos cafés y una jarrita de leche humeante. Asiento para indicarle que lo tomaré con leche.

—Por dónde íbamos... Ah, sí, cuéntame algo más sobre la madre, sobre cuando la visitaste en Cornualles. Cuéntamelo todo, no omitas nada.

—De acuerdo. No sé si has seguido el caso muy de cerca, pero tuve un jaleo espantoso con la prensa cuando descubrieron que yo era la testigo del tren. Los periódicos nacionales se volvieron locos. Enviaron a sus mejores redactores a la puerta de casa. Se dedicaron a escribir titulares con el gran dilema moral: «¿Qué habrías hecho tú?», y otros por el estilo.

—Sí, vi los reportajes. —Matthew se inclina hacia adelante y da un sorbo al café.

—Fue muy desagradable. Tengo una floristería, y llegó un punto en que tuvimos que cerrarla un mes entero, y también tuvimos que cerrar nuestras

cuentas en redes sociales. Era incapaz de mirar a la gente a la cara. Los amigos fueron muy comprensivos, pero algunas personas se comportaban de forma extraña. Incluso los clientes habituales. Lo notaba por cómo me miraban.

—Lo siento. Se subestiman mucho las secuelas que conllevan casos como este. La gente puede ser muy cruel.

—Bueno, sí. Tony, mi marido, se puso hecho una furia. Es que es muy protector. Es muy bueno, pero se enfadó mucho cuando se filtró mi nombre.

—Y ¿cómo se filtró exactamente?

—Nunca lo hemos tenido del todo claro. Yo había ido a un congreso para floristas en el sur de Londres, sobre la creación y mejora de negocios. La versión oficial de la policía es que la prensa tuvo suerte y consiguió resolver el rompecabezas tras descubrir que yo era una de las dos personas de Devon que habían asistido. Pero Tony sospecha que fue una filtración deliberada para darle un empujón al interés de la prensa en el caso.

Matthew esboza una mueca.

—¿Crees que es posible? —pregunto.

—No me gustaría arriesgarme, pero me parece muy improbable. La policía no te pondría en peligro.

—¿Qué? ¿Crees que estoy en peligro?

—Disculpa, no quiero alarmarte. Tampoco es que seas la única que puede identificar a esos hombres. No. Pero estoy convencido de que es casi seguro que no fue una filtración deliberada. Ahora bien, una accidental... eso ya es harina de otro costal.

—Bueno, sea como sea, ahora ya lo sabe todo el mundo. Soy la mujer del tren que no hizo nada.

—Está siendo duro, ¿verdad?

—Sí, pero no es nada comparado con lo que ha sufrido la familia.

—Pero dime, ¿por qué diantres fuiste allí? ¿A Cornualles?

Se me corta la respiración y dejo la taza de café en la mesa; me tapo la cara con las manos.

—Soy consciente de que fue una estupidez como una casa. Pero es que, cuando vi a la señora Ballard fuera de la tienda, mirándome, la reconocí gracias a la prensa; salía muchísimo en los periódicos locales. Bueno, al grano. Verla me puso los pelos de punta y, después de reflexionarlo, decidí que lo mejor sería hablar con ella. Se me metió en la cabeza que, si le decía en persona lo mucho que lo sentía, y que aceptaba que estuviera enfadada... Que

si supiera que yo también era madre y lo mal que me sentía por lo que estaba sufriendo...

La expresión de Matthew lo delata.

—Sí, ya lo sé. Fue una estupidez.

—¿Y ella se lo tomó mal?

—Eso es quedarse corto. Se puso hecha una furia. Aunque, claro, ahora lo entiendo: fui una egoísta. Me había imaginado que si ella veía que yo era una persona decente y lo mucho que me arrepentía...

—¿Había alguien más?

—No, solo nosotras. Le llevé flores. Un ramo de primulas, porque había leído que eran las flores favoritas de Anna... Pero ahora creo que seguramente la provocaron. Solo conseguí empeorarlo. Se puso histérica. Me dijo que estaba harta de flores y que yo no tenía que estar allí, que no tenía derecho. Que le llevaba flores como si su hija hubiera muerto. Algo que, por cierto, ella no creía.

Matthew se echa un poco más de espuma en el café y me ofrece, pero cubro la taza con las manos.

—¿Crees que es posible que la chica siga viva?

Matthew aprieta los labios.

—Es posible, aunque por estadística, es improbable.

—Eso mismo pensamos nosotros, Tony y yo. —Se me rompe la voz un instante. Ojalá pudiera ser más optimista. Me acuerdo de una película que vimos en televisión en la que encontraban a unas chicas desaparecidas al cabo de unos años. Intento imaginarme a Anna saliendo de un sótano o de algún escondite con una manta policial sobre los hombros, pero soy incapaz de figurármela. Toso, observo la pared llena de archivadores y vuelvo a centrar la mirada en Matthew y agarro la taza de café—. Pero bueno, no importa. Lo de Cornwallles fue horrible. Traté de irme y disculparme por haberla molestado. Y lo único que conseguí es que perdiera los papeles.

—¿Llegó a las manos?

—No estaba en sus cabales.

—Pero ¿te agredió, Ella? Porque si te agredió, si es imprevisible, entonces sí que deberías llevarle esto a la policía. Deberían saberlo.

—No era su intención. Un pequeño altercado en los escalones de la entrada. Fue un accidente más que otra cosa. Solo me llevé un moretón en el brazo.

Matthew sacude la cabeza.

—Ay venga, por el amor de Dios, ¡si me lo había buscado yo sola! No es violenta. No fue algo deliberado, y yo no debería haberme presentado en su casa. La provoqué. El problema es que aquello me afectó mucho. A ver, sabía que me culpaba de lo que había pasado y eso era lo que quería arreglar. Pero la profundidad del odio que me profesa... Lo que transmitían sus ojos...

—Y por eso crees que es ella quien te envía las postales.

—¿Tú no?

El detective se encoge de hombros, ladea la cabeza a un lado y a otro.

—Lo ideal sería que las hubieras guardado todas.

—Lo siento, es que no quería que mi marido se preocupara. Opta a un ascenso en el trabajo, así que ya tiene suficiente con lo suyo. Señor Hill... Disculpa, Matthew. Si no aceptas el caso, las quemaré. No voy a entregárselas a la policía, eso te lo aseguro.

Matthew me examina con atención y cambia de postura.

—Me gustaría que le hicieras una visita, Matthew. Eres una persona neutral, y tienes experiencia en estas cosas. Espero que consigas que deje de mandar más tarjetas sin que se enfade más. Que la convenzas de dejarlo con amabilidad, sin involucrar a la policía ni complicarle más la vida.

—Y ¿qué pasa si te has equivocado y las postales no te las manda ella? Parece que tiene bastante temperamento.

—Bueno, entonces me lo replantearé y haré caso de tu consejo.

—Bien. Entonces, ¿trato hecho, Ella? Intento hacerle una visita a la señora Ballard para ver qué puedo hacer con esta situación, pero, si sigo sin tenerlo claro, ¿te plantearás comunicárselo a la policía?

—¿Realmente crees que esto está relacionado con la investigación?

—Si te soy sincero, puede que no. Si no es la madre, lo más probable es que sea algún pobre desgraciado. Pero el equipo de investigación debería saberlo.

—Pero ¿y lo que te he pedido?

—Está bien. Volveremos a vernos cuando regrese de Cornualles. —Frunce el ceño y entrecierra los ojos mientras se levanta—. Supongo que has oído las novedades, ¿verdad, Ella? Las de esta mañana.

—¿Cómo?

—Lo que han dicho en la radio local esta mañana, después del programa del aniversario.

—No, ¿qué novedades? ¿Alguien ha contactado con la policía? Me lo he perdido. ¿Qué ha pasado?

Matthew hace una mueca.

—No han revelado el nombre, claro, pero supongo que se trataba de la otra chica, la del tren. La amiga.

—Sarah. Se llama Sarah. ¿A qué te refieres? ¿Qué le ha pasado?

Capítulo 7

La amiga

Esta vez, Sarah también finge que está dormida, pero le está costando. Ahora no solo tiene que vérselas con su madre, sino también con las enfermeras.

—Venga, Sarah. Tienes que beber algo, por favor.

La enfermera le da golpecitos en la mano con suavidad.

«Vete. Vete».

—¿Por qué no pueden dejarle el suero? —Su madre ha pasado toda la noche junto a la cama, chasqueando la lengua, toqueteándola y llorando—. Tiene muy mala cara y no puede incorporarse.

—Confíe en mí. Lo mejor para Sarah es que consigamos que esté despierta y que beba un poco por sí misma.

Están en una UAD, unas siglas que Sarah ha descubierto que corresponden a «Unidad de Alta Dependencia». Ha sido consciente de lo que ocurría a su alrededor desde hace horas, pero está atontada y se ha estado haciendo la sorda.

Quieren saber exactamente cuántas pastillas se ha tomado. No paran de preguntárselo. Ha oído las conversaciones que ha mantenido el personal médico con su madre. Al parecer, le están haciendo pruebas para determinar la cantidad de pastillas, pero los resultados tardan en llegar, así que todos dicen que sería mucho más fácil si Sarah respondiera.

Las enfermeras han intentado que su madre duerma un poco en la sala para familiares, y a Sarah le encantaría que les hiciera caso.

Está demasiado cansada, aturdida e indispuesta como para sentirse culpable. Está hasta las narices de sentirse culpable; lo único que quiere es

que la dejen en paz.

Su madre les dice ahora a las enfermeras que la última vez que estuvieron en un hospital fue porque Sarah sufrió un ataque de asma cuando todavía iba a primaria. Los padres podían acostarse en la sala de juegos situada justo al lado del ala de pediatría. Dormían en colchones que había en el suelo, aunque algunos tenían la suerte de disfrutar de camas plegables en condiciones.

Pero esta vez no hay ni colchones ni camas. Margaret se ha pasado la noche como un fantasma, ha ido de aquí para allá para estirar las piernas cada pocas horas y ha estado entre el sillón de plástico verde que hay junto a la cama de Sarah en la unidad y la cafetería cerrada donde hay unas máquinas que ofrecen un café asqueroso y tentempiés variados.

Sarah ya vomita menos. Pero sigue decidida a no decir ni mu.

«¿Cuántas pastillas, Sarah? Necesitamos saberlo».

—No tengo muchas en casa. Solo paracetamol; dos cajas como mucho.

La madre de Sarah le repite eso al personal médico por enésima vez.

¿La verdad? Sarah no se acuerda de cuántas pastillas se ha tomado. Compró unas cuantas en la tienda de la esquina, y otras tantas en el supermercado. Una ley absurda impone un límite para que no se pueda comprar más de la cuenta en cada sitio.

Lo había hecho al pensar en la emisión del programa de televisión sobre el caso. En que pedirían la colaboración de nuevos testigos. En la puta imbécil del tren.

Le había dicho a la policía y a sus padres una y otra vez que todo era una sarta de mentiras. ¿Cómo que había tenido relaciones sexuales en el lavabo? ¿Con un completo desconocido? Pero ¿quién se habían creído que era? Cómo se atrevían...

Sin embargo, poco después le había entrado el pánico: ¿y si gracias al programa de televisión aparecían más testigos? El caso había perdido repercusión poco después de la desaparición de Anna. Claro que Sarah quería que la gente ayudara a la policía; quería que encontraran a Anna. El problema es que no quería que se supiera la verdad sobre lo que ella había hecho. Eso no. Por favor, eso no...

—¿No cree que quizá sería mejor que volviéramos a llamar al doctor? ¿Al especialista, quizá? ¿A ver qué opina?

—Estoy siguiendo las instrucciones específicas del doctor. Por favor, trate de no preocuparse. Sarah ha dejado de vomitar, y lo mejor será que intentemos que ingiera fluidos por sí misma. Confíe en mí, es lo mejor. Después tendremos una idea más clara del punto en el que estamos.

—Y ¿qué significa eso? —La madre de Sarah está hecha un manojo de nervios.

—Cállate. —Sarah no ha podido contenerse. Apenas un susurro—. Silencio, ¿vale? Todos.

—Vaya. Muy bien, Sarah. Venga, vamos. Intenta abrir los ojos y a ver si podemos incorporarte un poco, ¿vale? Pronto tendremos los resultados de las pruebas. Así sabremos cómo estás. Aunque sería de gran ayuda...

—No sé cuántas me tomé. ¿Vale? Es que no lo sé.

—Creo que deberíamos dejarla tranquila. Por favor. —La madre de Sarah comienza a llorar, y Sarah siente que se le forman lágrimas en los ojos. Ojalá Lily estuviera allí, pero eso no puede decírselo a su madre. Otro tema tabú.

—Lo siento...

—No tienes que pedir perdón por nada, cariño. Todo saldrá bien. Todo saldrá bien. Te lo prometo. Todo el mundo te envía recuerdos. Los padres de Anna. Jenny, Paul, Tim, todos. Quieren que te pongas bien.

Sarah cierra los ojos. Eso no es verdad, ¿a que no? Porque la verdad es que le echan la culpa a ella. Se lo han dejado bien claro.

La noche anterior a la emisión del puñetero programa habían quedado todos, en teoría para ofrecerse apoyo emocional, pero las cosas se habían torcido. El ambiente se había ido caldeando hasta que habían terminado enzarzados en una discusión a gritos. Los dos chicos estaban enfadadísimos. Jenny lloraba.

La cuestión es que se suponía que todos irían a Londres. Los cinco. Anna y Sarah celebraban que habían terminado los exámenes de secundaria y no tendrían que volver a ponerse el uniforme de la escuela, y los mayores iban por pura diversión. Pero les había ocurrido lo mismo de siempre: no se podía confiar en ellos.

Cuando eran pequeños, era muy distinto. La diferencia de edad no parecía importar. Jenny y los dos chicos iban dos cursos por delante de ellas, pero ¿y qué? En el instituto, cuando los mayores empezaron a trabajar a media jornada, todo cambió. De pronto, comenzaron a tener más dinero. Querían hacer otras cosas. Y empezaron a echarse atrás de los planes que tenían.

Sarah detestaba que hubiera habido tanto cambio, pero lo que más le asqueaba era que la gente la dejara colgada, y así se lo había soltado, enfadada, mientras discutían:

«¡Si no hubieseis sido tan egoístas, si no hubieseis hecho otros planes, quizá no habría tenido que cuidar de Anna en Londres yo sola!».

Paul había sido el primero en desdecirse. Sus padres le habían ofrecido pasar una semana en Grecia con ellos, en una casa con piscina. Tim había sido el siguiente en fallar. Le encanta el senderismo, así que no había dudado cuando le plantearon pasar una semana caminando por Escocia; además, quería ir al museo del monstruo del lago Ness. Y tampoco le hacía mucha gracia ser el único tío en un viaje de chicas.

Y, luego, el novio que Jenny tenía por aquel entonces le había ofrecido ir a un concierto, de modo que Sarah y Anna se habían quedado solas.

«Tendrías que haberla cuidado igualmente...». Los dos chicos estaban furiosos. «Es que no entendemos cómo llegasteis a separaros...».

Después, Jenny le había preguntado por qué no habían hecho el pacto de siempre, el de cuidar la una de la otra. «Hostia, es que estabais en Londres...».

Y lo único que Sarah quería es que se callaran de una puñetera vez. De todas formas, ¿por qué suponían que era ella la que tenía que cuidar de Anna? ¿Por qué no al revés, eh? ¿Era porque Sarah vivía en una urbanización y tenía más experiencia en callejear? ¿Era porque Anna era un poco princesita? ¿Era por eso?

Por supuesto que habían hecho un pacto.

«¡Pero si fue Anna quien lo rompió!», les había espetado. A todos ellos. A Tim, por su egoísmo y las vacaciones para ir a hacer senderismo. A Paul, por el chulé de lujo. A Jenny, por ir al concierto. Les había escupido aquella mentira, igual que se la había soltado una y otra vez a la policía.

«Habíamos quedado en que nos veríamos en el bar a las dos de la madrugada para tomar un taxi y volver al hotel. Pero no apareció...».

«Anna rompió el pacto, ¿vale? No dio señales de vida...».

«Ya os lo he dicho. Ya os lo he dicho. Ya os lo he dicho...».

Su madre había intentado tranquilizarla por lo del programa de televisión. La mujer del tren no podría hacer falsas acusaciones. En televisión no: serían difamaciones. «Está claro que es un bicho raro...».

Pero Sarah estaba muerta de miedo. ¿Y si aparecían nuevos testigos? Que estuvieran en el tren o en la discoteca.

Sarah evoca la reacción de su padre en el hotel Paradise de Londres. Al principio, ella se había negado a hablar con él. Habían pasado muchos años desde que sus padres se habían separado, y Sarah no había querido mantener ningún tipo de contacto con él. Sin embargo, con todo lo que había ocurrido, su madre le había pedido que fuera, y él se había puesto como una fiera cuando el inspector les había comunicado lo que había declarado la testigo.

«¿Me está diciendo que mi hija es una guarra?».

Así que Sarah se había quedado sentada antes de que empezara el programa, aterrorizada por lo que este pudiera revelar. En teoría, debería haber salido ya, porque iba a la granja a verlo con todos sus amigos. Pero, entonces, la habían asaltado los recuerdos:

La discoteca. El vacío en el estómago cuando había mirado la hora...

La discusión con Anna. «No me seas cría...».

El problema de no haberle contado a la policía toda la verdad era que, un año más tarde, a veces no era capaz de recordar con exactitud qué había dicho y qué no. Tenía mucho miedo de que removerlo todo de nuevo le hiciera meter la pata... y decir lo que no debía.

Así que se había metido en el baño con las pastillas y había avisado de que iba a darse un baño. No es que hubiera tomado la decisión de suicidarse. No quería hacer algo tan drástico, no todo era blanco o negro.

Solo quería disipar el pánico que le provocaba la espera hasta que se emitiera el programa de televisión, el no saber qué descubrirían. Solo quería que todo aquello desapareciera...

Ahora, mientras la enfermera la ayuda a incorporarse y le coloca almohadas en la espalda, aparece alguien nuevo junto a la cama. Es otra enfermera, que lleva un uniforme de un color distinto. Es mayor, parece tener un cargo superior y está hablando con su madre. Ese susurro no augura nada bueno. Dicen algo sobre los análisis...

—No quiero asustarla, pero el doctor quiere hablar con usted.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Lo mejor es que venga conmigo, señora Headley.

Capítulo 8

El detective privado

De camino a Cornualles, Matthew llama dos veces a casa.

—Solo son contracciones de Braxton Hicks, Matt, nada más. Te llamaré si hay alguna novedad. Estoy bien.

—Puedo volver. ¿Prefieres que me quede en casa? ¿Por si te preocupan, aunque sea un poco?

—Estoy bien.

Sally está de ocho meses e insiste en que no hay que alarmarse por las contracciones preparto. Que son completamente normales. Con todo, a Matthew ya nada le parece normal. Todo se le antoja anormal de forma alarmante desde que vivió la experiencia surrealista de las clases de preparto. Madre mía. ¿Por qué sus amigos no lo habían avisado?

«¿Estás segura de que no prefieres una cesárea, Sal? Hay quien dice que es más seguro, ¿eh? Y hoy día no hay nada de malo en decirlo, no es algo de lo que avergonzarse».

«¿Estás asustado, Matt? Lo siento. No se me caen los anillos por tener que empujar. Además, ya es un poco tarde para echarse atrás».

Habían mantenido esta conversación entre susurros mientras Sal estaba sentada en una esterilla de yoga y embutida en unos pantalones de chándal grises y una camiseta negra y Matt seguía las instrucciones para darle un masaje en la espalda y pensaba en lo mona y, a la vez, un pelín ridícula que estaba allí. Por detrás, seguía teniendo la misma silueta esbelta... excepto por el enorme globo que le henchía la camiseta.

Sal era la envidia de la clase. «¿Cómo es posible que no estés toda hinchada?». Las otras le enseñaban cómo se les habían inflado los tobillos y

las piernas, y se pellizcaban la grasa que se les acumulaba en la espalda y los brazos.

«Pues no tengo ni idea; como más que una lima».

Y no mentía. Matthew nunca había visto a su mujer comer como si tuviera que hibernar. A medianoche se preparaba sándwiches de palitos de pescado con mayonesa y pepinillos picados. Últimamente, el hedor de los pedos que se tiraba lo dejaba patidifuso.

«Vete al cuerno, Matt. Yo no me tiro pedos. Soy una diosa embarazada».

Matthew vuelve a echarle un ojo al teléfono y sonrío. Lo cierto es que, ahora, Sal incluso se tira pedos durmiendo.

Ve que tiene buena cobertura, pero no ha recibido ningún mensaje. ¿Quizá podría llamarla otra vez?

No. «Tranquilízate, tío». La segunda llamada la había irritado un poco. No va a pasar nada. Ya falta poco.

Matthew mira el GPS —le falta menos de medio kilómetro para llegar a la granja de los Ballard— y toma un desvío hacia una zona de descanso. A estas horas, Mel ya debe de estar en el despacho. Perfecto.

La sargento Melanie Sanders —quien, con un poco de suerte, pronto será la inspectora Melanie Sanders— es la mejor colega que Matthew conserva de cuando formaba parte del cuerpo de policía. Hubo una época, hace un millón de años, en la que él estaba colgado de Melanie y le hubiese gustado que hubiera algo más entre ellos. Pero aquello había pasado a la historia. Matthew se lo había contado todo a Sal antes de empezar a salir con ella.

No. Eso no era del todo cierto. No le había dicho que todavía tenía una sensación extraña en el estómago cuando hablaba con Mel. No era deseo. Ya no sentía esas cosas por ella. Solo era una emoción que le recordaba a otra época, a otra versión de sí mismo.

Lleva tres años fuera del cuerpo y Matthew no soporta tener que admitir que todavía le está costando acostumbrarse.

Pulsa el botón que conecta el panel de control con el móvil y escucha cómo marca el número y suena.

—Sargento Melanie Sanders.

—¿Cuántos cafés llevas?

—¿Matt?

—Si todavía no te has tomado el segundo, cuelgo y vuelvo a llamar.

Ella se ríe.

—Espero que esto no sea para pedirme otro favor.

—Por supuesto que sí. Pero nos beneficia a los dos, te lo prometo.

—Sí, como siempre, Matt. Yo te ayudo y luego me beneficio de volverte a ayudar.

Ahora es él quien se echa a reír.

—No, en serio. ¿Estás al día sobre el caso de desaparición de la hija de los Ballard?

—Solo con el tema del enlace con la familia. Les han asignado a una de nuestro equipo, a Cathy. Los londinenses nos ponen al día cuando les da por tomarse la molestia, algo que no pasa muy a menudo. Que esto quede entre nosotros, pero el inspector que lleva el caso es un señorito de cuidado. ¿Por qué lo dices?

—¿Sabes si alguien de la familia tiene antecedentes? ¿La madre y el padre están limpios?

—¿Por qué quieres saberlo?

—Por nada en particular.

—Espero que no estés metiendo las narices en un caso abierto otra vez, Matt, que ya sabemos cómo...

—No te preocupes. Si tengo algo que decirte, te juro que...

—Sí, claro, con la boca pequeña.

—Pero si ya me conoces.

Se quedan callados un momento.

Siempre que colaboran de esa manera, Melanie intenta convencerlo de que se lo vuelva a pensar. De que vuelva al cuerpo. Ella cree que todavía puede, a pesar de todo lo que ha pasado, y le promete que cuando la asciendan, intentará solucionarlo y convencerlo. Pero Matt siempre se lo toma a broma y terminan llegando a ese silencio, a ese punto muerto. A un acuerdo tácito. Ella cree que está malgastando su talento. Y a él le asusta darle demasiadas vueltas.

—Vale, esto que no salga de aquí, Matt, pero parece que el matrimonio de los padres no pasa por su mejor momento. No me sorprende. Pero todos tienen coartadas. Solo tenemos órdenes de echarles un ojo solo. El inspector que lleva el caso, quien, por cierto, es un imbécil que va de superior, está centrado en encontrar a los chavales del tren. No lo cuentes, pero hemos tenido el follón de siempre al contactar con nuestros colegas europeos.

—Así que... ¿han salido del país?

—Es lo más probable, porque aquí no hemos encontrado nada, ni una sola pista. Los informes forenses no nos sirven ni hay nada que pueda ser de utilidad en las grabaciones de las cámaras de seguridad. Los londinenses están un poco susceptibles. Han tardado demasiado en controlar las fronteras. Pero

parece que el programa del aniversario ha conseguido algunas llamadas. No nos han dicho casi nada, pero intentaré enterarme de algo, espero que pronto. ¿Por qué?

—Por nada. A ver si quedamos para tomar un café pronto. Te enviaré un mensaje.

—O sea, que vuelves a estar metido en un caso abierto.

—¿*Moi*?

Melanie se ríe.

—Entendido. Por cierto, antes de que cuelgues, ¿cómo está Sal?

—Se tira unos pedos que apestan a pepinillo. Te lo digo en serio: el embarazo no huele nada bien. Ahora en serio, está genial. Está igual de preciosa y tranquila que siempre, pero lo de los pepinillos es jodido. Pronto te mandaré un mensaje para lo del café.

Ella sigue riéndose cuando él cuelga, y vuelve a comprobar la hora en el GPS.

* * *

La granja de los Ballard se erige al final de una carretera de un solo carril y de casi un kilómetro de largo. Es como seguir el camino de las baldosas amarillas: la extraña superficie de cemento de color arenoso se alza sobre la tierra, que asoma por cada lado, lo que hace pensar a Matthew en cómo se las va a apañar si se encuentra con un vehículo de cara. Solo hay dos apartaderos en todo el recorrido. Matthew le tiene bastante cariño al coche, y se imagina los daños que recibiría su vehículo si una rueda se saliera por uno de los lados de la plataforma de cemento. Podría ser catastrófico.

Así que es a esto a lo que se refiere la gente cuando dice que vive apartada.

Al llegar al final de la calzada, por fin, encuentra la casa. Es impresionante: la fachada es enorme, la entrada principal se alza sobre unos escalones justo en el centro, hay ventanas a cada lado y está decorada por una enredadera espléndida —sin duda, debe de ser un ejemplar magnífico en época de floración, aunque el detective no es jardinero y no reconoce qué especie es—. La carretera de acceso, tan deficiente, se ensancha hasta convertirse en una entrada en condiciones, con una pequeña rotonda, un jardín increíble en uno de los lados y un segundo camino que conduce a los establos que hay a lo lejos. Matthew aparca bajo un árbol que se yergue frente la

puerta principal y se mete las llaves en el bolsillo. Aquí no hace falta cerrar el coche.

La señora Ballard abre la puerta, qué alivio. Para no romper con el cliché, lleva puesto un delantal de flores. Matthew se siente culpable al instante: se ve obligado a mirarla a los ojos.

—Si es usted periodista, no tenemos nada más que decirles hasta que se celebre la vigilia.

—No soy periodista, señora Ballard. ¿Le importa si hablamos dentro?

A veces funciona. Usar un tono autoritario y con confianza, como si tuviera derecho a estar allí.

—¿Quién es usted?

Aunque no siempre.

—Soy detective privado, señora Ballard, y estoy investigando algunos asuntos relacionados con la desaparición de su hija.

Su expresión cambia de inmediato. De la cautela pasa por la sorpresa y termina con una nueva esperanza tan infundada que provoca que Matthew vuelva a sentirse culpable.

—No lo entiendo. Un detective privado... ¿Por qué está involucrado?

—Sería mejor que habláramos dentro, si es posible.

Se quedan de pie en el vestíbulo, nerviosos, mientras Matthew observa los jarrones con flores, hay al menos cuatro amontonados sobre una mesa estrecha situada bajo un espejo grande.

—Ojalá la gente no enviara más. Flores, digo. Pero sé que lo hacen con buena intención. Se ha organizado una vigilia con velas para señalar el aniversario... —Se aclara la garganta. Se recompone—. Bien, usted dirá, señor...

—Hill. Me llamo Matthew Hill.

—¿Está investigando la desaparición de mi hija por su cuenta? ¿Se puede saber por qué lo hace? Hay un equipo entero en Londres que trabaja en el caso. ¿Lo ha contratado mi marido?

—No, señora Ballard. Contactó conmigo otra persona a quien también afecta esta investigación, alguien que está recibiendo cartas desagradables. Estoy intentando que eso no vuelva a pasar, con el fin de que los recursos puedan destinarse a lo que realmente hay que dedicarlos: a encontrar a su hija.

—¿Cartas desagradables?

—¿Le importa si nos sentamos un momento?

La señora Ballard se queda quieta: le está dando vueltas. Finalmente, lo conduce a la cocina. La estancia es otro cliché: tienen una enorme Aga azul,

la típica cocina inglesa de hornos, cubierta con calcetines que se están secando. La señora Ballard parece más nerviosa ahora y se da golpecitos en el regazo con las manos. No le ofrece nada de beber.

—Entiendo que usted no ha recibido cartas desagradables, ¿verdad?

—No, ninguna. De hecho, solo me han llegado cartas amables de desconocidos. Algunas sí que eran raras, la verdad, pero no hemos recibido nada que haya sido una molestia o un problema. Se las enseñamos todas a la agente de enlace, Cathy. Todavía estamos en contacto con ella con regularidad. Dígame, ¿quién está recibiendo estas cartas desagradables? Espero que no sea Sarah. ¿Sabe que está en el hospital?

—¿La amiga que viajaba con su hija?

—Sí, he ido a verla esta mañana. Al hospital. Están esperando los resultados de las pruebas. Es horroroso, ¡horroroso! Su madre está destrozada. Bueno, todos. Como si no fuera suficiente todo lo que ha pasado. Entonces, ¿es eso? ¿Le están enviando cartas desagradables a Sarah?

—No, a ella no. —Matthew clava los ojos en los de Barbara Ballard: busca algún ápice de inquietud, pero no encuentra nada. La señora Ballard no aparta la mirada, que tan solo refleja el dolor de su tormento.

—Sé que esto será difícil para usted, señora Ballard. Pero las cartas... se las están mandando a la testigo del tren. A Ella Longfield.

—Ah. —Su actitud cambia enseguida, igual que el tono—. A esa.

—Sí. La señora Longfield me ha puesto al tanto de la opinión que le merece, y le aseguro que no es mi intención causarle más sufrimiento al haber venido. Pero Ella quiere dejar de recibir esas cartas sin tener que involucrar a la policía. No quiere distraerlos del objetivo principal, que es encontrar a Anna.

—Ya es un poco tarde para eso.

—Lo siento.

Ella se encoge de hombros y lo mira de hito en hito con actitud desafiante.

—Entiendo que esto debe de ser durísimo para usted, señora Ballard. Pero yo mismo fui agente de policía. Tienen personal muy capaz que está haciendo todo lo posible, se lo aseguro. Además, luego está el programa del aniversario. La cobertura televisiva de un caso suele ayudar...

No pica el anzuelo.

—Mire, sobre lo de las cartas... sean como sean, lo mejor es que hable con mi marido —dice, mientras se levanta—. A veces no oye el móvil y la cobertura aquí es regular, pero, si quiere, puedo intentar llamarlo.

—No es necesario que lo moleste. ¿Seguro que no sabe quién podría estar enviando esas cartas a la señora Longfield? Quizá alguien del círculo familiar haya estado alterado en especial... O haya hablado mal de ella... Sobre lo que...

—Todo el mundo está alterado, señor Hill. Mi hija sigue desaparecida. La vigilia es mañana. Y, ahora, si me disculpa... —Ha recobrado, aunque tarde, la compostura, pero se ha olvidado de la buena educación cuando, al parecer, se ha dado cuenta de que nada la obliga a seguir hablando con él.

Matthew sabe por experiencia que llegar a esa conclusión normalmente acaba dando paso al enfado.

El detective le ofrece su tarjeta y ella la acepta, aunque duda un segundo antes de metérsela en el bolsillo del delantal.

—¿Ha comunicado al equipo policial lo de estas cartas desagradables? — La señora Ballard sigue sin apartar la mirada.

—¿Por qué lo pregunta?

No le responde.

—Bueno, si se entera de algo que pueda ser relevante, llámeme. ¿Lo hará? Ella asiente con la cabeza.

—El problema es que la señora Longfield tendrá que hablar con la policía si no deja de recibir estas cartas. Y no es lo que ella quiere. Está convencida de que su familia ya tiene suficiente de lo que preocuparse, señora Ballard.

—Ah, ¿sí? Vaya.

Matthew aprieta los labios y se despide.

Fuera, nota los ojos de la señora Ballard clavados en él mientras arranca el coche y hace un cambio de sentido antes de volver a meterse en esa carretera estrechísima.

Comprueba la pantalla del manos libres. Sal no le ha mandado nada. Se dice a sí mismo que no puede mirar atrás, que tiene que seguir dominando la situación.

Y, después, conduce con sumo cuidado y trata, con todas sus fuerzas, de olvidar los ojos de Barbara Ballard.

Capítulo 9

El padre

Henry divisa el coche que se acerca a la casa mientras está vigilando a las ovejas en el campo más elevado y desprotegido de la granja. El viento aquí arriba es virulento, por eso Henry se sube la cremallera de la chaqueta hasta la barbilla sin dejar de observar la casa ahí abajo.

Esta parte de la granja siempre ha supuesto un problema logístico. Es complicado acceder a ella sin la ayuda de un *quad*, y la relación de Henry con este tipo de vehículos por las colinas siempre ha sido complicada. Ha estado a punto de volcar muchas más veces de las que le ha contado a Barbara. En una ocasión, cuando iba por una de las pendientes más empinadas, pensó que, con la velocidad, el dichoso cacharro iba a dar una vuelta de campana. Se le levantaron dos ruedas del suelo y notó cómo cambiaba el peso. Es tal y como lo cuentan: en un momento fugaz se había imaginado cómo se las iban a apañar cuando él ya no estuviera.

El eco vuelve a resonarle en la cabeza.

La voz de Anna.

«Me das asco...».

Aquel día con el *quad* se había asustado tanto que había vuelto corriendo a casa y se había metido directo en el despacho, justo al lado del cuarto de los zapatos, y había contratado por internet un aumento de la cobertura de su seguro de vida. Poco más tarde, aquello había provocado que Barbara y él tuvieran una discusión muy acalorada.

«No podemos permitirnos aumentar el seguro de vida, Henry. Y, de todas formas, ¿por qué lo has hecho? No seas tan morboso».

Le había prometido que cancelaría el aumento de la cobertura, pero en el fondo estaba reflexionando sobre si debía reconsiderar la oferta de una granja vecina para comprarle aquellos campos impracticables, ya que a ellos les iba mejor para el ganado. Sin embargo, era una cuestión de orgullo. Todavía hacía ver que era un granjero como Dios manda y no un administrador de alquileres turísticos.

Ahora observa el coche mientras se aleja; está claro que la carretera de acceso pone nervioso al conductor: se lo está tomando con calma. No, Henry ha decidido que no venderá ni dará en usufructo ninguna otra parcela de la tierra que su padre y su abuelo se esforzaron tanto por conseguir. ¿Qué más da si la parte turística tiene más sentido sobre el papel? Los alquileres de vacaciones. El *camping*. En el fondo de su corazón, él sigue siendo un granjero. Por eso no deja de pensar en las pocas ovejas y el ganado que tiene y también en el aumento del seguro de vida, que sigue vigente.

No ha reconocido al hombre que acaba de salir de casa. Era alto y delgado, pero estaba demasiado lejos como para verle la cara. Durante un momento, Henry se plantea si será alguien de la policía, y nota la descarga de adrenalina que ya le es tan familiar.

Ha pasado un año y, al contrario que su mujer, Henry no cree que su hija siga viva.

Henry ve que Barbara sale al umbral para comprobar que el visitante se ha ido.

Está pensando que debería bajar y descubrir qué demonios pasa cuando oye balidos a su espalda. Se gira y ve a dos hembras que resbalan por el barro en el extremo más alejado del campo y se acercan peligrosamente al arroyo. Mierda. Tendrá que ir hasta allí y guiarlas hasta la zona más elevada y segura.

La humedad de la tierra provoca que el cometido le lleve más de lo esperado.

Ovejas de las narices. Son tontas de remate.

Llama a Sammy, que se le acerca con el rabo entre las piernas. Incluso el perro detesta ese campo, y mira al amo como si estuviera loco. «¿Qué hacemos aquí? Normalmente te traes el *quad*».

Al final, con la ayuda de Sammy, Henry logra que las dos hembras extraviadas y el resto del rebaño avancen hasta la zona más elevada del terreno. Desde allí, las conduce todavía más lejos: atraviesan la puerta que lleva hasta el campo colindante, que, a pesar de que ahora tiene poco pasto, es una opción mucho más segura para pasar la noche. Cierra la puerta y echa el

pestillo, llama a Sammy y perro y amo enfilan el sendero adyacente que lleva a la granja.

Se llama Primrose Lane, el camino de las primulas. A Anna le encantaba pasar por allí cuando era pequeña, porque había setos muy altos. Y siempre quería recoger ramilletes de flores silvestres.

«Vamos a echar una carrera, papá».

Henry cierra los ojos al evocar ese eco más amable y se queda quieto unos segundos. Se la imagina vestida con la chaqueta rosa de plumas, la goma rosa en el pelo y los guantes rosas. «Venga, papá. Te echo una carrera hasta casa». Con el ramillete de primulas en la mano.

Hasta que no nota a Sammy rozándole las piernas, Henry no abre los ojos de nuevo.

«Tranquilo, chico. No pasa nada».

Le acaricia la cabeza al perro, inspira profundamente y retoma el camino hasta casa. Cuando llegan al jardín, Barbara ya ha vuelto adentro.

En el cuarto de los zapatos, se quita las botas de agua y le ordena al pastor escocés, cubierto de barro, que espere.

—¿Quién era?

Barbara sale de la cocina pálida, mientras se seca las manos en el delantal.

—Un detective privado.

—Y ¿se puede saber qué hace aquí un detective privado?

—Dice que Ella, la florista, está recibiendo mensajes desagradables.

—Pero eso no es ninguna novedad.

—No, pero no solo por las redes sociales. Se ve que le están llegando cartas de verdad, o algo así. A su casa. La cosa se ha puesto fea.

—Y ¿esto debería importarnos porque...?

—Creo que el detective privado sospecha que se las he enviado yo.

—¿Te ha acusado de haberlo hecho?

—No explícitamente, pero lo ha insinuado. Como si me estuviera haciendo un favor. Como si me avisara.

Henry se detiene y entorna los ojos.

—Y antes de que preguntes: no, no se las he enviado yo. Aunque tampoco puedo fingir: me importa una mierda quién se lo manda.

—Bueno, espero que le hayas dicho que ni se le ocurra volver a aparecer por aquí. ¿Crees que deberíamos llamar a Cathy o al equipo de Londres y explicárselo?

—No, no ganamos nada. Ya le he dicho que no vuelva. Y él mismo ha dicho que va a informar a la policía.

—Y ¿no le has dicho nada más? Ninguna tontería, Barbara... ¿sobre mí?

Su mujer lo mira con frialdad, muy seria, sin pestañear.

Henry nota cómo se le acelera el pulso.

—No, Henry. No le he dicho ninguna tontería... sobre ti.

Henry se sienta en el viejo banco de iglesia que les sirve como banquetea en el cuarto de los zapatos.

—¿Jenny está en casa?

—Todavía no, se ha ido a la ciudad. Quiere un abrigo nuevo para la vigilia que sea calentito y elegante.

Henry ha dejado clarísima su opinión sobre la vigilia desde el principio. Él no es muy religioso. Había sido idea del párroco: señalar el primer aniversario de la desaparición con plegarias y velas. La habían fijado para el jueves... el día que se cumplía el año. Sin embargo, al confirmarse la emisión del programa, decidieron aplazarla hasta el sábado. Al ser fin de semana, también les iría mejor a los asistentes.

Barbara alza la barbilla.

—La madre de Sarah me ha dicho que ojalá pudiésemos postergar la vigilia hasta que Sarah tenga suficientes fuerzas para asistir, pero le he dicho que no era buena idea, que lo más importante es que Sarah se centre en recuperarse. Creo que deberíamos seguir con lo que habíamos planeado.

—Pero ¿sigues pensando que la vigilia es una buena idea?

—No lo sé, Henry. Pero la gente está siendo amable y parece que quieren hacer algo. Además, la prensa hará fotos, y eso ayuda a que se siga hablando del caso. Cathy dice que es positivo. Que se siga hablando del caso.

—¿Cómo está Sarah? ¿Sigue diciendo que fue un accidente? Lo de las pastillas...

«Nadie sufre una sobredosis sin querer», piensa Henry. Trata de sentir cierta compasión por Sarah, pero es incapaz.

Capítulo 10

La testigo

—Cariño, ¿por qué no dejas que haga yo el té? Date un respiro para variar.

Oigo la voz de mi marido, pero no me doy la vuelta. Desde el rellano superior de las escaleras, no aparto los ojos de las cartas que están tiradas sobre el felpudo. Lo diviso entre el abanico de facturas y sobres blancos; me llama a gritos. El sobre negro que ya me es tan familiar. Esta vez, la dirección está impresa en una etiqueta de color crema.

—Estoy bien, no te preocupes. Ya me conoces, prefiero ponerme ya en marcha.

Bajo deprisa para recoger las cartas del suelo y amontonarlas; noto la postal dura dentro del sobre y la meto en el centro justo cuando Tony comienza a bajar las escaleras.

—¿De verdad que estás bien, Ella?

—¿Te apetecen unos sándwichitos de beicon? Dile a Luke que en quince minutos están listos, por favor.

El corazón me va a mil por hora y evito mirarme en el espejo con tal de no ver lo evidente. Tengo la cara roja.

De verdad que creía que al llamar a Matthew todo esto se solucionaría; creía sinceramente que podía evitar que Tony tuviera que preocuparse por esto también, porque ya ha aguantado suficiente.

En la cocina, rebusco entre el correo para pasarle a Tony las circulares del club vinícola y las del banco. Sé que tendría que decírselo, y me he prometido que lo haré, pronto. Muy pronto. Pero primero quiero hablar con Matthew. Además, sé que volverá a disgustarse, y está agobiado con todo el tema del ascenso. Me siento culpable, porque me había repetido una y otra vez que no

fuera a Cornwallles. ¡Ay, no! De verdad que tenía todas mis esperanzas puestas en que Matthew lo solucionara.

—¿Hay algo que valga la pena? —Tony está mirando las cartas que tengo en las manos.

—Una de la aseguradora, con una oferta para varios coches.

Esboza una mueca y gira sobre los talones, mientras yo enciendo el horno y me mantengo ocupada preparando el pan y el beicon; justo en ese momento, suena el teléfono.

—Ya lo cojo yo —le digo: quizá es Matthew. Aunque creo que le pedí que me llamara a la tienda.

—Pasa algo, Ella, ¿verdad? Algo que no me has dicho.

—Ahora no, Tony, por favor. Estoy bien. —Joder. Si al final resulta que no es la madre de Cornwallles, tendremos que entregar las cartas a la policía. Bueno. En ese caso, se lo tendré que contar a Tony igualmente.

Mientras con una mano abro el paquete de beicon, con la otra descuelgo el teléfono, y me preparo para decirle a Matthew que me llame más tarde, a la tienda.

—¿Está la madre de Luke?

—Sí, soy yo, Ella Longfield. ¿Quién es?

—Rebecca Hillier, la madre de Emily. Solo quería confirmar la hora de la reunión.

—¿Qué reunión? Creo que me he perdido.

Se produce una pausa larga.

—¿Luke no le ha dicho nada?

—No, ¿ha ocurrido algo?

—Mire, no voy a hablar de esto por teléfono. Se lo he dicho claramente a Luke. Al grano: ¿están libres mañana o no?

Tony me está haciendo preguntas en silencio: «¿Quién es? ¿Qué pasa?».

—Bueno, la cosa es que mi marido ha quedado con unos amigos para jugar a póquer, así que...

—Pues a las 19:30, en nuestra casa. Luke tiene la dirección.

Y me cuelga.

—Qué rara... Y qué mala educación. Dile a Luke que baje, por favor.

—Pero ¿qué pasa?

—Ojalá lo supiera.

Coloco media docena de lonchas de beicon en una bandeja, un poco montadas entre sí para que quepan todas. Al oír los pasos de Tony subiendo por las escaleras, abro con rapidez el temido sobre.

—¡Ella! Será mejor que subas.

«Madre de Dios...».

En la habitación de Luke, enseguida me doy cuenta de que algo va mal, y al instante deo de sentir miedo por la postal y lo tengo por mi hijo. En estas últimas dos semanas ha llegado cada vez más tarde, tanto a trabajar en la tienda como al instituto. Hemos recibido una carta en la que se nos notificaba que también se ha saltado clases. El tutor nos ha pedido hacer una reunión. Mi intención era tratar de aclarar qué ocurría, pero con todo lo que ha sucedido últimamente...

—¿Se puede saber qué pasa, Luke? —Tony está más enfadado que preocupado.

Luke está hecho un ovillo bajo las sábanas, vestido con la ropa de ayer. Unos tejanos y una sudadera gruesa turquesa. Está sudado y huele mal.

—¿Tienes frío? ¿Te encuentras mal? —le pregunto, intentando mantener la calma. Me siento culpable por haber estado tan ciega.

—Contesta, Luke. ¿Qué ocurre? —Tony descorre las cortinas.

Luke, con la mirada sombría y la capucha puesta, no responde.

—Acabo de hablar con la madre de Emily. Me ha dicho no sé qué de una reunión. Ha sido un poco maleducada y, al parecer, creía que yo sabía de qué me hablaba. ¿Qué reunión, Luke? —intento no sonar enfadada.

Luke sigue sin abrir la boca.

—¿Qué ocurre, Luke?

En ese momento, el pánico se adueña de mí. Empiezo a pensar en qué puede ser: ¿drogas?, ¿robo?, ¿algún altercado con la policía? No, mi pequeño no sería capaz de algo así. Mi niño, que saca dieces en todo, que se supone que tenía posibilidades de entrar en Oxford o en Cambridge hasta que hemos llegado a esta época en la que le ha entrado la tontería. Es una fase, según Tony. Solo se ha rebelado un poco porque el año de los exámenes finales de bachillerato ha sido mucho más duro de lo que nadie esperaba. A lo mejor solo está hasta las narices de los exámenes. ¿Será eso?

—Por favor, Luke. Dinos qué pasa. Quizá podemos ayudarte. —Tony ha suavizado el tono.

En ese momento, Luke nos sorprende a ambos y se echa a llorar. Berrea como un bebé, algo incongruente e histriónico y, al mismo tiempo, es aterrador que ese llanto lo emita un chaval de metro ochenta vestido de pies a cabeza y cubierto con un edredón de rayas azules de Marks and Spencer.

Al instante reparo en dos cosas: sea lo que sea lo que haya ocurrido, es muy serio; y he estado tan trastornada con el caso de Anna Ballard que no me he dado ni cuenta de esto.

Capítulo 11

El padre

Henry está dando marcha atrás con el tractor cuando Barbara asoma la cabeza por la puerta.

—¿Qué demonios haces, Henry?

—Estoy preparándolo todo para tu querida vigilia.

—Anda, ahora resulta que es mi vigilia.

—Bueno, está claro que no fue idea mía.

Durante unos minutos, ella observa cómo maniobra con el tractor. Hace movimientos furiosos y erráticos de un lado para otro. Henry solo quiere que su esposa vuelva adentro, que lo deje en paz. Pero no.

—Sigo sin entender qué haces.

—Voy a colocar unas cuantas balas de paja para que la gente pueda sentarse.

—La gente no querrá sentarse. Ya te digo yo que estarán poco rato.

—La gente siempre quiere sentarse. Además, vendrán personas mayores que necesitan sentarse, Barb. Y no podemos sacar sillas. No quiero que se acomoden demasiado, porque, si no, no nos los sacaremos nunca de encima.

—Mira que eres ridículo.

A Henry le parece que es el momento perfecto para que lo acuse de ser ridículo. Desde el principio había dicho que no quería celebrar la dichosa vigilia. Anoche, ya en la cama, tuvieron una discusión al respecto entre susurros.

«Podríamos hacerlo enfrente de casa», había dicho Barbara cuando el párroco llamó. Henry había dejado muy claro que no quería que se hiciera ningún acto religioso, nada que se pareciera a unas exequias.

Sin embargo, el párroco les había dicho que la idea de la vigilia era exactamente la opuesta: la comunidad quería demostrar que no habían tirado la toalla, que continuaban apoyando a la familia. Que rezaban para que Anna volviera a casa sana y salva.

A Barbara le había encantado y aceptaron realizarla. Sería una celebración con poca gente. Vendrían a pie desde el pueblo o aparcarían en el polígono y vendrían caminando por la carretera.

—Pero si ha sido idea tuya, Barbara.

—Sabes que fue idea del párroco. La gente simplemente quiere mostrarnos su apoyo.

—Es puro morbo, Barbara. Eso es lo que es.

Vuelve a maniobrar con el tractor por el jardín y deposita dos balas de paja más al lado del resto.

—Ya está, no creo que hagan falta más.

Henry mira a su esposa y lo asalta esa sensación de contradicción tan extraña y a la vez tan familiar. No sabe cómo han llegado a este punto. La cosa ha ido degenerando no desde que desapareció Anna, sino a lo largo de los veintidós años de matrimonio. Se pregunta si todos los matrimonios acaban así. O si, sencillamente, es un mal hombre.

Cuando Barbara se coloca el cabello detrás de las orejas y levanta la barbilla, Henry contempla los labios carnosos, los dientes perfectos y los pómulos marcados que un día lo hicieron sentir de una forma muy diferente. Es un péndulo que sigue confundiéndolo, que le hace desear que pudiera dar marcha atrás. Volver al baile de los jóvenes granjeros, cuando ella olía a gloria y todo parecía sencillo y prometedor.

Y sí, también desearía volver atrás e intentarlo de nuevo. Hacerlo mejor. Todo.

Entonces, cierra los ojos. Vuelve a oír el eco de la voz de Anna junto a él en el coche.

«Me das asco, papá».

Quiere dejar de oír esa voz. Que se calle. Desea volver atrás por enésima vez. Regresar a la época en que Anna era pequeña y lo quería, y recogía ramilletes al recorrer el Primrose Lane. A la época en que él era su héroe y ella quería echarle carreras hasta casa para merendar.

Barbara dirige la mirada hacia el brasero.

—¿Vas a hacer fuego, Henry?

—Sí, hará frío.

—Gracias. También estoy preparando tazas de sopa. —Una pausa—. ¿De verdad crees que es un error, Henry? No me había dado cuenta de que te disgustaba tanto. Lo siento.

—No pasa nada, Barbara. A la fuerza ahorcan. Vamos a aprovecharlo al máximo.

Comienza a dar marcha atrás con el tractor y sale del jardín para volver a guardarlo en el granero. Ahí, en la penumbra, por fin el pulso le vuelve a la normalidad y se queda sentado en silencio en el tractor: necesita este silencio, esta tranquilidad.

Si hubiese hecho mal tiempo, el plan B era celebrar la vigilia en el granero. Pero ha hecho buen día, un poco frío, eso sí, pero el cielo está claro y despejado, así que se quedarán afuera. Henry tiene la esperanza de que el frío haga que la gente vuelva antes a casa, haya sopa o no.

Acaba de decidir que se quedará allí sentado un rato más. Sí. Está a gusto solo, en el granero. Llega a la conclusión de que no piensa moverse.

* * *

Una hora más tarde, Jenny aparece en la cocina para ver cómo está su madre justo cuando Henry se está quitando las botas en el cuarto de los zapatos.

—¿Seguro que estarás bien, mamá?

Barbara está removiendo la sopa que tiene en dos ollas grandes.

—Sí, no te preocupes. Lo que pasa es que es muy difícil saber cuánta gente va a venir.

Henry clava los ojos en la espalda de su mujer.

—Siento lo que ha pasado antes, cariño. Estoy un poco alterado.

—No pasa nada.

Ella no se vuelve para mirarlo, pero alarga un brazo y le toca el hombro a Jenny para reconfortarla.

—¿Cómo está Sarah?

Jenny respira hondo.

—Le encantaría venir. Su madre dice que le sabe muy mal perderselo. Y ella jura y perjura que lo de las pastillas fue un accidente. Pero nosotros nos sentimos fatal.

Hay algo en su tono que desconcierta a Henry.

—¿A qué te refieres? Lo que ha pasado es muy triste, pero no es culpa vuestra.

Jenny se vuelve hacia su padre.

—Bueno, o sí.

—Pero ¿por qué dices eso?

—Discutimos con ella, antes del programa de la tele.

—¿Quiénes?

—Todos. Yo, Tim y Paul. —Se le rompe la voz—. Hemos estado tan agobiados últimamente, con lo del aniversario... Y encima vosotros os pasáis el día discutiendo... No sé. Fuimos a ver a Sarah para proponerle que viéramos el programa juntos, pero perdimos los estribos. Se nos fue de las manos.

—Ajá, sigue...

—Supongo que todos nos sentíamos culpables por no haber ido a Londres. Si hubiéramos ido, habríamos sido más personas cuidando de Anna.

—No debes pensar eso —contesta Henry.

—Ya, pero el problema es que no puedo evitarlo. Los chicos se pusieron a interrogar a Sarah otra vez sobre por qué se habían alejado en la discoteca. Sobre qué pasó exactamente para que se separaran y por qué es tan poco explícita cuando le preguntamos.

En ese momento, Jenny comienza a llorar a lágrima viva.

—No queríamos hacer que Sarah se sintiera tan mal. Nos dejamos llevar por la situación, nada más. O sea, yo me rajé del viaje por John y el concierto, y ahora ya no estoy ni con él. No sé cómo fui capaz de anteponer un capullo a mi hermana. Es que nos sentimos tan culpables... Por no haber estado allí, en Londres. Pero no tendríamos que haberlo pagado con Sarah...

—Y ¿cuándo discutisteis?

—La noche anterior a la emisión del programa.

«Y por eso se tomó las pastillas», piensa Henry. «Madre de Dios».

Barbara abraza a Jenny.

—Bueno, es un lío, cielo —responde—, pero a todos nos está costando y es duro. No tienes que culparte de nada. Lo que tienes que hacer es hablar con Sarah y aclararlo, dile que no la culpas de lo que pasó.

—No, de verdad que no la culpamos. Pero es que estamos...

—Afectados, como todos. Hablaré con la madre de Sarah para ver cuándo puedes ir a verla y resolverlo. Venga, tranquila. Sécate las lágrimas y ponte el abrigo nuevo. La gente empezará a llegar pronto. Te ayudaré a solucionarlo, te lo prometo. Arreglarás las cosas con Sarah, ¿vale? Todo irá bien. Pero esta noche tenemos que ser fuertes, por Anna. ¿De acuerdo, cariño?

Henry observa a su mujer y se pregunta dónde habrá aprendido ese truco: saber siempre qué decirles a las niñas.

«¿Niñas?». Hace una mueca al darse cuenta de que ha usado el plural.

—Lo hacemos por Anna, no lo olvides. Para recibir a Anna con una sonrisa cuando vuelva.

Barbara le está secando la cara a Jenny con un pañuelo cuando suena el timbre.

Henry va a abrir arrastrando los pies, tapados con calcetines, y se encuentra al párroco con una chaqueta encerada y unas botas de agua.

—No voy a entrar, estoy lleno de barro —empieza, sonriendo—. Qué buena idea poner algo para sentarse, Henry. Os quería enseñar la lectura que he preparado. No es demasiado religiosa, tal como acordamos. Solo son unas palabras positivas e inspiradoras. Después, he pensado que quizá quieras decir algo tú misma, Barbara. Más que nada para agradecer el apoyo a los asistentes y animar a la prensa local que siga pidiendo la colaboración ciudadana en el caso, a ver si aparecen nuevos testigos. Que sepan que cualquier cosa, por pequeña que sea, es útil.

Barbara sonrío y Henry observa cómo Jenny desaparece escaleras arriba para ponerse el abrigo nuevo, pero, entonces, los llama de golpe desde la ventana del descansillo:

—¡Mirad! Mirad por la ventana, no os lo podéis perder... Venid.

El párroco, animado por ese entusiasmo repentino, se quita las botas de agua y sigue a Henry y Barbara escaleras arriba, desde donde se divisa con claridad la estrecha carretera que lleva hasta la granja. Con la última luz del ocaso, la imagen es fascinante: una delgada fila de todo tipo de luces serpentea por el camino, linternas, velas e incluso antorchas, que forman un sendero iluminado entre las sombras.

Henry se sorprende de su propia reacción. Le tiembla el labio.

Mientras contempla las luces titilantes, evoca a Anna corriendo ante él, vestida con el uniforme rosa a cuadros de la escuela debajo del abrigo, con un ramillete de flores en la mano.

Cathy, la agente de enlace de la familia, no tardará en llegar. Entonces, Henry se da cuenta de que lo ha hecho durar demasiado.

Tendrá que hablar con la policía.

Tendrá que contar la verdad a todo el mundo.

Capítulo 12

El detective privado

Matthew está construyendo pequeñas pirámides con las bolsitas de azúcar cuando la sargento Melanie Sanders entra en la cafetería mientras mira el reloj. No es capaz de estarse quieto, siempre ha sido así. Sal se pone de los nervios. Se ha puesto como objetivo tener tres pirámides levantadas a la vez. En cuanto una se derrumba, tiene que levantar otra antes de reconstruir la anterior. La mesa está un poco coja, lo que añade todavía más incertidumbre, y se lo está pasando tan bien que siente una punzada de decepción ridícula e infantil cuando se da cuenta de que tiene que parar.

—Siento mucho molestarte en fin de semana, Mel.

Matthew se levanta para darle un beso en la mejilla mientras trata de evitar ver cómo se derrumban las pirámides con el movimiento de la mesa.

—No, tranquilo. De hecho, me toca trabajar —responde ella. Tiene la vista clavada en los azucarillos.

—¿Han aumentado el presupuesto de las horas extra? —Matthew recoge el montón de azucarillos y los devuelve al recipiente de acero inoxidable que hay en el centro de la mesa, que reluce, limpia.

—No. Ha venido el inspector don Lerdo de Londres para trabajar en el caso en el que estás misteriosamente tan interesado. Estoy de niñera. —Alza el brazo para llamar a la camarera y mira el cartel que hay tras el mostrador antes de pedir un capuchino.

—Vamos, que te encanta estar con él.

Melanie esboza una mueca y saca la lengua.

Matthew nota que está sonriendo. Se alegra tanto de ver a Mel... Fue una de las pocas polis de la academia que también se había negado a beber café

instantáneo. El primer día se había traído una cafetera pequeña de pistón. Se habían reído de ellos sin piedad. Y, luego, cuando habían trabajado juntos, ella tenía una aplicación en el móvil que les indicaba dónde estaban las cafeterías más cercanas donde había cafeteras expreso en condiciones. Para ambos, su desayuno perfecto consistía en bocadillos de patatas fritas y un buen café italiano.

Matthew la mira y cae en la cuenta de lo mucho que lo echa de menos. Y no solo trabajar con Mel, sino formar parte del cuerpo. La sensación de estar en un equipo, la colaboración. Lo que están haciendo precisamente ahora.

—Bueno, Matt. Me vas a contar ahora mismo qué te traes entre manos, porque no tengo demasiado tiempo. —Mel abre los ojos—. El inspector ha ido a hablar otra vez con los Ballard. Supongo que estará relacionado con alguna novedad surgida a raíz del programa. Aunque, claro, no me han dicho casi nada, pero tengo que llevar a la agente de enlace hasta allí cuando hayamos terminado. ¿Qué ocurre? Necesito saber por qué estás tan interesado, Matt.

Matthew echa un vistazo por la cafetería y se saca del bolsillo una bolsa de pruebas con una postal y un sobre.

Melanie le da la vuelta para leer el mensaje y frunce el ceño antes de volver a mirar a Matthew para que se lo explique.

—Se lo han enviado a Ella Longfield, la testigo del tren. La florista. Fue ella quien me llamó. Recibió dos tarjetas previas a esta muy similares, pero, desgraciadamente, las tiró. Los matasellos son aleatorios. Liskeard. Algún lugar en Dorset. Y Londres.

—Y ¿no se le ha ocurrido notificárnoslo?

—Mel, te juro que yo le digo lo mismo. Se lo dije desde el principio. Pero está convencida de que son de la madre de Anna, Barbara Ballard. Y no quiere que tenga problemas; se siente culpable.

Melanie suelta un largo suspiro justo cuando la camarera le trae el café.

—No vas a cambiar nunca. Deberías haber entregado esto de inmediato.

—No seas injusta. Ahora esto es mi trabajo, Mel. Y no lo tendrías si yo no hubiera convencido a Ella. Pero bueno, los dos sabemos que lo más probable es que sea una broma y no algún tipo de pista.

—¿De verdad crees que es una broma, Matt? Es cierto que ha tenido bastantes problemas en las redes sociales desde que se filtró su nombre.

—Sí, menuda cagada esa, ¿no? —Matthew examina la expresión de Melanie mientras esta gira la bolsa de pruebas para inspeccionar la parte trasera.

—La cosa es que no sabemos cómo se filtró, Matt. Te lo digo en serio. Pero los de arriba se nos han quejado bastante. El gabinete de prensa está furioso. Sea como sea, nos esforzamos mucho en investigar este embrollo. Para tranquilizarla y para tratar de compensarla. Pero cuando lo hicimos nos pareció que lo más probable es que fueran trols o críos. Quizá amigos del instituto de Anna. Era desagradable, pero no había nada relevante ni ligado a la investigación. O a los dos chavales del tren.

—Entonces, ¿crees que esto es lo mismo? ¿Que solo es algún tarado que intenta asustarla?

—No lo sé. Se han esforzado bastante. —Mel estudia la tarjeta con mucha atención—. No creo que podamos encontrar huellas, pero lo intentaremos y las cotejaremos con el sistema. Es probable que sea un chalado. Pero dime: ¿por qué cree Ella que podría ser la madre?

Matthew le explica la visita de Ella a Cornualles. La pelea.

—Y tampoco se le ocurrió explicarnos eso. Genial.

—No creo que sea la madre, Mel. He hablado con ella.

—Joder, Matt. Que es una investigación en curso...

—Y, como ya te he dicho, no sabrías nada de esto si no fuera por mí.

Melanie hunde el dedo en la espuma del café.

—No me hace ninguna gracia tener que contárselo al inspector don Lerdo. Tienes razón, lo más probable es que sea otro trol. Pero le fastidiará que no se le notificara antes.

—¿Qué le pasa a este inspector? No parece que hayan avanzado demasiado.

—Es un arrogante insoportable. Es como si tuviera doce años. Y, si al menos fuera algo competente, me daría igual, pero parece que está distraído con un nuevo asesinato en Soho. Además, se cree que soy su chófer personal siempre que viene. Aunque tampoco es que venga demasiado.

—¿Podrás ser poco explícita cuando entregues esto? ¿Y me echas una mano?

—Que tú no tengas nada que ver, quieres decir.

Matthew inclina la cabeza y pone ojos de corderito degollado.

—Ya sé que parezco un disco rayado, pero tendrías que haberte quedado en el cuerpo, Matt. Tú lo sabes, yo lo sé, así que deja de intentar darme pena.

Matthew no responde. Melanie es una de las pocas personas que sabe realmente por qué dejó la policía.

—Bueno, va, dime qué descubriste con la madre. La agente de enlace cree que es honesta.

—Sí, yo también. No creo que las enviara ella. No metió la pata en ningún momento. Le insinué que eran mensajes amenazadores y se refirió a ellos como cartas, no como postales. Pero en esa casa hay algo que falla, Mel.

—¿Qué quieres decir?

—Fingió que quería llamar a su marido, pero por su lenguaje corporal era evidente que no lo quería tener cerca. Es un poco extraño...

Melanie entrecierra los ojos.

—¿Qué pasa con los padres, Mel? ¿Está limpios de verdad? Y ¿qué habéis conseguido tras el llamamiento del programa? ¿Algo que valga la pena?

—Mira, creo que lo mejor es que hablemos de que vas a ser padre. Es mucho más interesante.

Capítulo 13

La testigo

Tuve muchísima suerte con Luke cuando era un bebé, aunque al principio no era consciente, porque no tenía un punto de referencia: no tenía experiencia previa.

Sinceramente, creía que sería casi imposible llevar el negocio con un bebé. Durante las últimas semanas del embarazo, todo el mundo me ofrecía avisos alarmantes. «Prepárate», me decían. «La falta de sueño es una forma de tortura», seguían. «No tendrás tiempo para ti. No podrás ni darte un baño tranquila». Bla, bla, bla.

Llegó un punto en que me preocupaba de verdad no ser capaz de mantener la floristería abierta.

«¿Cuándo empieza a ser más fácil?», recuerdo que le pregunté a una amiga que tenía tres hijas. Eso fue unas dos semanas antes de que llegara Luke, y nunca me olvidaré de su respuesta: «Uy, nunca, Ella. Y espérate a que llegue a la adolescencia...».

Aquel día, al volver a casa, lloré y lloré; auguraba la catástrofe de tener que vender la floristería. Pero ¿sabes qué?

No fue, ni con mucho, tan difícil como me habían dicho.

Bueno, a ver: todavía recuerdo el pánico que me embargó al salir del hospital cuando ni siquiera éramos capaces de atarlo bien a la sillita, a pesar de lo mucho que habíamos practicado. También me acuerdo de la conmoción que sentí al ver que realmente iban a dejar que nos lleváramos aquel paquetito a casa sin que tuviéramos ni la más remota idea de lo que hacíamos. También recuerdo despertarme por la noche entre las tomas esas primeras semanas,

convencida de que me había olvidado de volver a ponerlo en el moisés y asustada por si se habría caído de la cama.

«¿Dónde está el bebé, Tony? ¿Dónde lo he dejado?».

Sin embargo, me sorprendió lo rápido que se calmaron las cosas.

Luke era un bebé feliz y tranquilo. Fácil de llevar. Mi madre vino a casa a cuidarlo y tuve que contratar a alguien para que me ayudara con la tienda, pero para la décima semana Luke ya dormía toda la noche.

Era el típico niño que, una vez le habías dado de comer y estaba limpio, ya estaba feliz y se lo pasaba bien solo. Podía dejarlo en una mantita con un móvil por encima y allí se quedaba, sonriendo embobado.

«Tú no eras así», me decía mi madre. «Debe de haber salido a su padre».

La naturaleza tranquila de Luke me permitió volver a la tienda mucho antes de lo planeado. Pusimos un gancho en el techo y le compramos uno de esos cacharros que botan. Se quedaba sentado allí durante horas, moviéndose hacia arriba y hacia abajo, y me miraba mientras yo apuntaba y preparaba los pedidos y le balbuceaba a los clientes. «Bote. Balbuceo. Bote. Sonrisa...».

Llevo sentada en la cama vete a saber cuánto tiempo, evocando todos estos recuerdos de Luke. Me aliso los pantalones. Le he dado muchas vueltas a la ropa que debía llevar, pero no voy a cambiarme. «Da igual lo que llesves puesto, Ella. La ropa no va a cambiar ni a solucionar la situación».

Lo que importa es que mi hijo, mi precioso Luke, ha vivido un infierno y yo no tenía ni idea. Ni la más remota idea. He estado tan distraída, todo el día pensando en Anna y en su familia y en las puñeteras postales que no he visto lo que tenía justo delante de las narices: que a mi hijo se le está cayendo el mundo encima.

Me quedé conmocionada cuando, al fin, lo escupió todo. Me sigue pasando lo mismo: santa inocencia. Ni siquiera me había dado cuenta de que ya tenía relaciones sexuales...

—¿Estás lista, cariño? —Tony está en el umbral de la puerta—. Luke ya está abajo.

—Sí, claro.

En la sala de estar le repito a Luke lo que le he dicho una y otra vez durante las últimas veinticuatro horas: que el momento de arrepentirse y de plantearse «y si...» ya ha pasado, que ahora lo que toca es afrontarlo sin miedo. Todos juntos. Le recuerdo que ya no debe vivirlo solo. Si ella quiere seguir adelante y tener el bebé, nosotros deberíamos apoyarla. Como una familia. Luke tiene que entender que eso no quiere decir que ahora tienen que vivir como una pareja. Ni sentar la cabeza. Son demasiado jóvenes. Pero sí

que tiene que ofrecerse a formar parte de la vida de su hijo. Ayudar a la madre y al bebé. Afrontar lo que ha pasado. Y nosotros los ayudaremos, a ellos y al bebé.

Luke y Tony están pálidos. No sé si soy la única que piensa que la peor parte se la llevan los padres de Emily. Tiene dieciséis años...

Conducimos sin mediar palabra. Veinte minutos. Luke nos guía al final del trayecto. El hecho de que no sepamos dónde vive su novia ya lo dice todo. Él me pedía que lo llevara al cine. Quedaban en la ciudad y cogía el autobús para llegar.

Me gustaría saber dónde tenían relaciones sexuales.

Ese pensamiento me devuelve al tren, a Sarah y a aquel muchacho. No entiendo cómo fueron capaces de hacerlo allí, en el lavabo de un tren. Sí, al recordar mi sorpresa, veo lo irónico de la situación: con qué facilidad juzgo.

Pongo la radio, pero Luke me pide que, por favor, la apague.

—Después de ese buzón, a la izquierda. Ahora la segunda a la derecha. Ahí. Es la casa solitaria que hay al final de esta calle sin salida. Esa.

Es una casa bonita. Es de ladrillo rojo con una enredadera alrededor del porche. Parece que las ventanas estén recién pintadas y el jardín de delante está immaculado. El césped está cortado a la perfección y hay arriates de rosas y un montón de geranios. No sé por qué me estoy fijando en todo esto. Supongo que es porque no me quiero bajar del coche.

—Bueno, ¿estás listo, hijo? —Tony es quien da el primer paso. Es el primero en abrir la puerta.

Luke se encoge de hombros. Lo miro y veo que todavía está conmocionado: no deja de repetir que usaron protección.

«Lo hicimos con condón. No lo entiendo».

—Cariño, ya te he dicho que lo hecho, hecho está. Estamos aquí contigo —le digo—. Venga, vamos adentro.

Los padres de Emily se presentan, pero no nos damos la mano. No vamos a fingir.

Emily está hundida en un sillón con un cojín en el estómago, igual de pálida que Luke.

—Emily no quería que nos viéramos así, pero creemos que, teniendo en cuenta lo jóvenes que son, tener una reunión todos juntos es importante. —Da la sensación de que Rebecca ha ensayado el discurso.

Me fijo en que su marido tiene la vista clavada en Luke. No puedo ni imaginarme lo que debe de rondarle por la cabeza, pero me gustaría poder borrarlo.

Luke es un buen chico. Ha metido la pata, sí, pero ella también. Ojalá tuviera el coraje de decirle al padre «deje de mirar así a mi hijo».

—Emily y Luke han hablado largo y tendido sobre las opciones que tienen, pero creemos que todos deberíamos saber qué opina cada familia. Nosotros, seguir adelante.

Rebecca no me quita los ojos de encima.

—Pues creo que tiene razón. Es importante que nosotros también lo hablemos. Lo primero que me gustaría decirles es lo mucho que sentimos, bueno, lo devastados que estamos, como ustedes, de que tengan que vivir algo así siendo tan jóvenes.

Noto la mirada de Tony y este inclina la cabeza, un pequeño gesto de apoyo antes de intervenir para ayudarme:

—Estoy bastante seguro de que intentaron ser sensatos y hacerlo con seguridad.

Tony se vuelve hacia el padre de Emily, pero solo recibe una mirada gélida.

—Tiene dieciséis años.

—Papá, por favor. —Emily echa un vistazo a Luke, todavía está pálido y no despega los ojos del suelo.

—Lo que queremos que quede muy claro. —Observo a Tony y, de nuevo, a los padres de Emily— es que, como familia, haremos todo lo que esté en nuestras manos para ayudar a Emily.

—Emily ha decidido que no quiere abortar. No queremos esconderlo. Pero es posible que se plantee darlo en adopción.

Un escalofrío me recorre el cuerpo. Nuestro nieto...

Rebecca mira a su hija a los ojos.

—Todavía tenemos mucho que hablar sobre el tema. Tiene que tener muchas cosas en cuenta: los exámenes, la universidad...

Se le rompe la voz y se me hace un nudo en el estómago.

—¿Quizá podemos hablar sobre esta cuestión? —Tony se aclara la garganta para seguir hablando.

—Creemos que la decisión la debe tomar solo Emily. —Ahora Rebecca mira a su marido—. Aunque, claro, lo hablará con Luke. Lo que queríamos saber es hasta qué punto podemos contar con su apoyo.

—Ya le he dicho a Emily que la apoyaré. —Luke la observa de hito en hito—. Ya se lo he dicho.

—Bueno, quizá tendrías que haber pensado en las consecuencias antes de...

—Papá, basta. Por favor. —La voz de Emily suena dolorosamente apagada.

—En fin, ¿hay algo más que necesiten saber? ¿Aparte de que Emily y Luke tienen todo nuestro apoyo? —Noto cómo cierro el puño izquierdo con fuerza por la tensión.

—No. —Rebecca levanta la barbilla—. Solo quería... queríamos estar muy seguros de que todos sabemos qué opinan los demás.

Se levanta en una indirecta para que nos vayamos. El objetivo de la reunión era asegurarse de que Luke nos lo había explicado todo.

Le entrego un trocito de papel con mi correo electrónico personal a Rebecca.

—Gracias.

Después, nos vamos en silencio. Sin darnos la mano. Sin nada más que añadir.

Volvemos a casa también en silencio. Ahora ya es un hecho. Con diecisiete años, Luke será padre. Quiero decirle lo que pienso, que yo cuidaré del bebé. Que no deben, en ninguna circunstancia, dar al bebé en adopción. El hijo de Luke...

Luego, al acercarnos a casa, me encuentro con otra sorpresa. Hay otra postal metida en el buzón. Medio salida. No está dentro de ningún sobre, es inconfundible. Negra con unas letras brillantes.

Son las ocho de la tarde, así que sea quien sea el autor, ha estado en casa.

En el porche, me abrumo solo de pensar en que esa persona ha estado en el mismo lugar donde ahora estoy yo. Me aterroriza pensar lo que eso implica. Para mí y para mi familia. Ahora me doy cuenta de que tendría que haberlo denunciado directamente a la policía. Tendría que habérselo dicho a Tony. Ahora sí que me preocupa que todo se me haya ido de las manos. Aunque también me percató de que esta noche no deberíamos hablar de mí ni de Anna, ni de lo que puedan comportar o dejar de comportar esas postales.

Esta noche solo hay que centrarse en Luke.

TE VEO...

21:00

Me gusta ver que duda.

Por eso me gusta observar a la gente. Por eso siento la necesidad de hacerlo.

Ni me acuerdo de cómo empecé. Solo sé que ahora es importante para mí. Pero, mira, es necesario observar porque es clave saber cuáles son las diferencias en el comportamiento de las personas cuando saben que las están vigilando... y cuando no.

Algunas personas tampoco cambian demasiado, pero la mayoría sí. No te das cuenta hasta que no has observado lo suficiente.

A veces, y esto también es importante, no hace falta que hagas mucho. Al final, lo acaban sabiendo. Se delatan. En ese momento, vigilarlas se vuelve todavía más interesante, porque llega un momento en que se giran. Hacia una ventana. O justamente en la dirección correcta, y bajarán la persiana o correrán las cortinas. Encenderán la luz. Comprobarán que la puerta esté bien cerrada.

Otras veces, tengo que ayudar un poco a la gente. Provocarla. Hasta que veo la mirada que he llegado a entender tan bien y que probablemente sea lo que más me gusta: cuando alguien nota que lo están observando, pero no las tiene todas consigo...

Capítulo 14

La amiga

Sarah, sentada en la cama, observa la taza de té frío de la mesita del hospital. ¿Por qué sigue su madre llevándole té? No le gusta el té del hospital. Huele raro.

Todavía tiene el brazo dolorido por el gota a gota. Al principio no entendía por qué todo aquel embrollo tenía que durar tanto. Creía que le limpiarían el estómago. Vomitaría un poco, pediría perdón y volvería a casa. Pero no.

Nunca te dicen la verdad del todo. Aunque, pensándolo mejor, ¿acaso deberían? Si sufres una sobredosis se supone que es porque te quieres morir, así que ¿importan los detalles de por qué has sobrevivido? El problema, reflexiona Sarah con la vista clavada en el té frío, es que no recuerda haber pensado en ningún momento en querer morir de verdad. Ni siquiera recuerda con exactitud qué estaba pensando cuando se tomó las pastillas. Solo se acordaba del pánico por lo que pudiera revelarse a raíz del programa. Que quizá todo el mundo descubriera lo que había pasado en el tren. Lo que había ocurrido en realidad en la discoteca...

Sí. Solo era pánico. Quería que todo se acabara de una vez por todas.

Pero no había tomado la decisión consciente de estirar la pata. De morir. No, qué va. Y ahora tampoco quiere morir, no tiene ninguna duda. Por eso le aterroriza tanto tener que afrontar los detalles: la obsesión que tienen con el hígado, tantas pruebas, los susurros, la expresión sombría del médico cuando examina los resultados...

Sarah tiene la sensación de que le tiemblan las manos. Cuando se las mira, ve que le tiemblan de verdad, y desearía no haber mirado nada en internet. Se

pregunta qué debe de sentirse realmente al morir. Si duele. Si te das cuenta.

Por un momento, eso le hace pensar en Anna, pero evita seguir por ahí. No. La encontrarán. Tienen que encontrarla. Siente un dolor profundo que la atenaza. Es desgarrador querer que Anna vuelva, pero no querer que se descubra...

Mientras tanto, la madre de Sarah sigue intentando restar importancia a las pruebas; continúa repitiendo con esa vocecilla cantarina que todo irá bien. Pero no todo va bien.

Los resultados de las pruebas del hígado siguen rozando el límite de los valores positivos. Han pasado cuatro días y, al parecer, seguir así el cuarto día es muy peligroso.

Le han devuelto el móvil y sí, lo ha buscado por internet. Se ve que mucha gente muere por fallo hepático el cuarto día.

Parece que sobrevivir a una sobredosis de paracetamol no implica necesariamente que vayas a vivir.

«Mamá, ¿me dejará de funcionar el hígado?».

«No digas eso, Sarah. Todo irá bien».

No es verdad. Los resultados están tan al límite que es posible que necesite un trasplante; no lo tienen claro. Parece que con el hígado es difícil predecirlo.

Le han dado carbón activado, y se supone que el fármaco que le han puesto en el gotero tiene que ayudar al hígado a resistir. Pero no hay nada garantizado. Solo queda esperar...

Sarah quiere, más que nada en el mundo, ver a su hermana. A Lily. Pero su madre se niega a hablar de ella, así que lo único que ha podido hacer es enviarle un mensaje por Facebook. Sin embargo, Lily no ha contestado todavía. Hace siglos que no ha actualizado su estado... La última foto que tiene es de algún tipo de retiro de yoga extraño.

Oye el ruido de la cortina que rodea la cama al descorrerse. Su madre ha vuelto de la tienda que hay en la planta de abajo.

—Te he comprado esto. —Lleva dos revistas en la mano y uvas.

Sarah mira a su madre y la embarga una miríada familiar y confusa de emociones. Amor. Ira. Frustración.

—Lo mejor será que llame a tu padre y le cuente cómo estás.

—No, ni se te ocurra. No quiero que venga. Quiero ver a Lily.

—Sarah, cariño, por favor. Tiene derecho a saber qué novedades hay, y si quiere venir...

—Que no. No quiero verlo, y lo digo en serio. ¿Por qué no hablas nunca de Lily?

—Lily tomó una decisión. Ahora lleva su vida aparte. Tu padre... está muy preocupado.

Sarah se vuelve hacia el otro lado. Ya lo había pasado suficientemente mal cuando su padre había insistido en presentarse en el hotel de Londres y hablar con la policía. Y con que no dejara de llamar para preguntarle cómo estaba.

Quizá le preocupaba lo que ella pudiera decirle a la policía.

Sarah observa a su madre, que toquetea las uvas y las revistas. Mueve la caja de los pañuelos y echa un poco de refresco en un vaso.

¿Cuántas veces ha intentado sacar el tema? ¿Hablar con su madre? ¿Arrancar la anilla de la granada? Pero siempre le pasa lo mismo. La hace callar. La anula. Vuelve a colocar la anilla. Y siguen fingiendo que su familia es otra familia desestructurada más. Una historia sencilla. Triste pero muy habitual. Nada fuera de lo común. Al fin y al cabo, los divorcios están a la orden del día.

«Tu padre se ha ido, pero todo saldrá bien. Vamos a llevarlo de la mejor manera posible. Seguimos queriéndoos mucho...».

De vez en cuando, a lo largo de los años, Sarah se había planteado contarle la verdad a Anna, pero, claro, ella tenía una vida tan diferente... Anna, tan preciosa, con una vida tan preciosa.

Sarah se recuesta sobre los cojines mullidos y cierra los ojos.

—Muy bien, cielo. Descansa un ratito. Voy a leer.

Anna y Sarah se habían conocido en tercero de primaria. Por aquel entonces, el padre de Sarah era camionero y pasaba mucho tiempo fuera de casa. Su madre siempre había querido vivir en el campo, así que se habían comprado una casa adosada de dos habitaciones en una urbanización pequeña en las afueras de la ciudad.

Sarah recuerda a la perfección su sorpresa cuando Anna la había invitado a cenar a su casa. Se acuerda de recorrer el trayecto por la carretera estrecha que llevaba hasta la granja enorme, llena de caos, de perros y con una hilera de botas de agua en un cuarto más grande que la cocina de su madre. «Imaginaos», les había dicho Sarah a su familia. «Tienen una habitación entera para las botas y los perros. Es una locura».

La primera noche tras haber visitado la granja, Sarah estaba tumbada en la cama sin saber cómo procesar lo que había visto. En su casa, «cenar» consistía en echar espaguetis de bote sobre una tostada, o hacer patatas al

horno para meterlas en bocadillos. Solo los fines de semana se esforzaban un poco más, pero incluso entonces lo sacaban todo de paquetes y latas.

En casa de Anna, era algo surrealista. Su madre hacía un guiso increíble —abundante y delicioso, con bolitas de harina y hierbas encima— y un pastel de manzana con crema casera. Había ido un miércoles, y Sarah se había imaginado que todo aquel despliegue era especialmente para ella, pero Anna le había dicho que no, que era lo habitual. «¿Por qué? ¿Qué te gusta comer?».

El padre de Anna había llegado del campo y se había sentado a comer con ellas. Era encantador y divertido, les había contado chistes, llevaba unos calcetines gruesos de lana, y le había preguntado a Sarah si le gustaría ir con Anna a ver a los corderitos que acababan de nacer.

Sarah había echado un vistazo alrededor de la mesa, y se había detenido en Anna; había sido como alejarse para observar desde el interior de una extraña burbuja y darse cuenta de que aquello era lo que ellos consideraban normal. No era en absoluto un teatrillo que montaban para los invitados. Para Anna, era lo habitual. Esa era la vida de Anna, tan diferente al resto.

Y no era envidia lo que había sentido, no exactamente, sino que había tomado consciencia, había sentido la incomodidad de ver su vida comparada con algo tan distinto por primera vez.

Anna también era diferente por otros motivos. Era guapa, amable y paciente. Había sido la primera en hacerse amiga de Sarah cuando esta estaba plantada sin saber qué hacer en el recreo: era la chica nueva. Anna la había invitado a saltar a la comba. Después, habían jugado a lanzar dos pelotas contra la pared, mientras cantaban rimas cada vez que le tocaba a una y hacían malabares a un lado y a otro para evitar que tocaran el suelo.

Les había encantado descubrir que compartían esa pasión: el juego de las dos pelotas. Habían llegado a ser las mejores de la escuela. Así había comenzado todo. Anna y Sarah. Amigas para siempre.

Sarah había tardado muchísimo tiempo en reunir el valor para invitar a Anna como ella hacía. Debía de haber ido docenas de veces a la granja a cenar. Guisos y pasteles, lasaña y todo tipo de manjares deliciosos, siempre con pudín de postre. El plato favorito de Anna eran los pastelitos de ciruela, parecidos a las barritas de avena, pero con fruta especiada en el centro. Olían de maravilla, según Anna era gracias a la canela. Se los comían como tentempié algunos días cuando jugaban a las dos pelotas en el jardín, pero otras veces su madre los calentaba con el pudín y los servía con distintos tipos de crema.

A menudo Jenny, la hermana de Anna, invitaba también a algunos amigos a cenar, y la mesa se llenaba de gente y ruido. Tim y Paul venían casi siempre; Sarah se sentía cómoda porque Tim era de una urbanización humilde de las afueras, así que ella no era la única con una vida totalmente diferente. De hecho, al parecer, la madre de Tim no pisaba la cocina y eso la hacía sentirse bien. Se ve que su madre no le hacía demasiado caso, por eso a la señora Ballard le encantaba mimarlo —y al resto también—: le abría su casa y le ofrecía guisos y pasteles invertidos.

No habían tardado en convertirse en una pandilla, con la granja como su zona de recreo personal. Montaron un campamento en los arbustos cercanos a los establos. En los días calurosos, la señora Ballard colocaba un aspersor en el jardín delantero para que pudieran entrar y salir en bañador antes de la hora de la merienda. El señor Ballard los dejaba montarse en un remolque que arrastraba el *quad*, mientras los chicos gritaban «más rápido, más rápido».

Aquel primer verano, la granja se había convertido en un segundo hogar para Sarah. Había sido inmensamente feliz.

Pero, de repente, cuando faltaba poco para Navidad, Anna se lo había preguntado sin tapujos: «Sarah, ¿crees que podría ir alguna vez a tu casa? ¿Cómo lo ves?».

«Supongo que sí».

Sarah había sentido una mezcla de nervios, vergüenza y culpa, porque quería sentirse orgullosa de su familia, pero le preocupaba lo que pudiera pensar Anna. No entendía cómo una persona que tenía un hogar tan maravilloso quisiera ir a ningún otro sitio. Sin embargo, si a Anna le había sorprendido el cuchitril que era su casa, las patatas al horno y las judías de lata, no lo había demostrado para nada.

«Se está tan calentito», había dicho mientras se acurrucaban a ver la televisión en el piso de abajo, tapadas con una manta que les había ofrecido su madre. «Tu casa es muy calentita, Sarah. En la nuestra nos helamos en invierno».

Habían seguido siendo mejores amigas durante el instituto, cuando Sarah había descubierto algo especial sobre sí misma: era mucho más inteligente de lo que creía. No era fácil darse cuenta de algo así en algo tan limitado como la escuela primaria de un pueblo. Siempre quedaba la primera en las pruebas de ortografía; siempre exponían sus redacciones en la pared y le ponían excelentes en matemáticas. Sin embargo, allí había tenido poca competencia. Después, en el instituto, la estrella de Sarah había comenzado a brillar con

más fuerza. Había seguido sacando excelentes, incluso en matemáticas, una asignatura que a Anna le provocaba muchos quebraderos de cabeza.

Así, Sarah había comenzado a ejercer otra función en su relación de amistad, algo que la hacía sentirse orgullosa y útil y le permitía ofrecer algo importante a la familia que se había portado tan bien con ella: ayudaba a Anna con los deberes de matemáticas y con las redacciones.

Paul también era brillante, y empezaron a bromear con que él y Sarah eran los cerebritos del grupo. Paul era el hijo de una amiga de la señora Ballard, y cuando había empezado a crecer y se había vuelto más guapo, Sarah todavía tenía más ganas de ir la granja. Los padres de Anna mantuvieron la misma política de puertas abiertas cuando crecieron. Y comían más. Se perseguían a gritos, escalaban árboles y jugaban al escondite en los establos. A otros padres les habría molestado el ruido, la comida, la música y el jaleo, pero a la señora Ballard no parecía importarle lo más mínimo.

Hubo una temporada en que Sarah y Paul ayudaban a los otros con los deberes entre platos de *pizza*, pastelillos y *scones*, y todo parecía estar en un equilibrio maravilloso. Unos daban y otros recibían. Eran felices, todo iba bien.

Sí, Sarah recuerda esta época dorada, durante el primer año de instituto, como la más feliz de su vida.

Aunque todo había cambiado a finales de ese curso. Otro tercer trimestre. Sarah tenía doce años, casi trece. Su madre se había ido a visitar a una vieja amiga de la escuela, y, como de la nada, a Sarah le había venido la regla por primera vez.

Su hermana Lily había ido a pasar la noche con una amiga, por lo que Sarah se había puesto a rebuscar por los cajones de su hermana, desesperada, con el fin de encontrar alguna compresa. De las que se enganchan, con alas; las había visto en anuncios y parecían fáciles de usar.

Pero lo único que había encontrado eran tampones pequeños en una caja. Estaba aterrorizada. Seguía leyendo las instrucciones para saber cómo ponérselos cuando había entrado su padre.

Sarah no había tardado nada en echarse a llorar. Tenía muchísima vergüenza, mientras él le decía que no fuera tonta, que no era nada de lo que debiera avergonzarse ni preocuparse. Era normalísimo. Estaba claro que sería un poco extraño. Le sabía mal que su madre no estuviera esa noche, pero no tenía por qué tener miedo de nada. Aquello formaba parte de la madurez.

Le había pasado un brazo por encima y, por un momento, Sarah se había sentido profundamente feliz y aliviada por tener un padre al que no le

desconcertaba lo que estaba pasando, un padre que podía hablar de todo aquello sin que fuera espantoso o un bochorno. Entonces, su padre le había quitado el folleto de las instrucciones de las manos. Le había dicho que el problema era que estaban pensados para chicas mayores, y que era probable que todavía no le fueran bien. Sarah estaba a punto de preguntarle si podía llevarla a la farmacia a comprar un paquete de compresas cuando su padre le había dicho que lo más importante era comprobarlo. «Para que no te haga daño».

«¿Cómo?».

«Es decir, que podrías dejarme echar un vistazo para ver cuánto has crecido. Ya me entiendes, ahí abajo. Así podríamos saber si puedes probar ya con los tampones».

«No, no hace falta. Me esperaré hasta que vuelva mamá».

«Va, no seas tonta. No hay ninguna razón por la que tengas que avergonzarte. La regla es algo completamente normal. No es sucia ni debes sentirte violenta».

Al recordar aquel episodio, Sarah sabe, como ya había sabido en lo más profundo de su ser en aquel momento, que aquello no estaba bien ni de lejos. Pero estaba consternada. No había tenido tiempo de procesar la situación.

Así que había hecho lo único que podía hacer, lo más terrible: había dejado que la examinara. Había dejado que la tocara para ver si había crecido lo suficiente. A continuación, él le había dicho: «No, no creo que puedas usar tampones. Aún no». Que iría a la tienda y le compraría otra cosa. «No tengas vergüenza».

Se había quedado sentada en la cama con pañuelos en los pantalones para absorber la sangre; inmóvil. Incapaz de moverse. Sentada en un silencio sobrecogedor. Era como si toda su vida se hubiera convertido en una bolita que le dolía tanto como el dolor del estómago.

El problema es que ahora seguía sin saber qué hacer o incluso qué pensar. Todavía no se lo ha dicho a su madre. A nadie. Ni a Anna. A nadie.

La granada aún conserva la anilla.

Cuando sus padres se separaron de repente, Sarah se limitó a negarse a visitar a su padre y eso provocó que ambos se enfadaran.

—No te has bebido el té.

Su madre mueve la taza de la mesita para dejar las uvas, y les quita el celofán.

Sarah la mira. Observa la taza de té frío que tiene en sus manos.

Y ¿qué es lo peor? Que ahora es incapaz de quitarse de la cabeza a su padre diciendo cada dos por tres lo guapa que era Anna. En los conciertos de la escuela. En las reuniones de padres. De hecho, lo decía todo el mundo, pero Sarah ha estado pensando, con la cantidad de horas que lleva encerrada en el hospital sin otra cosa que hacer más que pensar, que su padre lo decía mucho más que el resto. Sin duda, mucho más de lo que se consideraría cómodo.

«Es preciosa. Tu amiga Anna. Pero qué preciosa es, de verdad».

—La madre de Anna, Barbara, me ha llamado para preguntarme por ti. Me ha dado recuerdos. Parece que la vigilia fue muy bien. Ha salido en las noticias locales. La pandilla quiere saber si pueden venir algún día a visitarte, a ver si te animan.

—¿La pandilla?

—Sí. Jenny, Tim y Paul. Están preocupados por ti y les encantaría pasarse.

—No, no quiero. Todavía no.

—Bueno, no te preocupes si todavía no te apetece. Pero creo que te iría bien. Creo que a Barbara le encantaría. Ya sabes lo mucho que te aprecia.

—Que he dicho que todavía no, ¿vale? Cuando esté en casa. Bueno, tal vez.

Sarah es incapaz de pensar en eso ahora. De repente, ha empezado a pensar en otras cosas, más importantes y confusas.

No le ha contado a la policía la verdad sobre lo que le había pasado con Anna cuando estaban en la discoteca.

No le ha dicho a nadie que su padre les había enviado un mensaje aquella noche.

Capítulo 15

La testigo

Algunas veces la gente me pregunta: «¿Por qué elegiste dedicarte a las flores, Ella?».

Lo cierto es que no recuerdo ningún momento de mi vida que no girara alrededor de las flores. Desde que era pequeñita y recogía flores silvestres cuando daba paseos con mi abuela, me fascinaban los colores, los aromas y cómo podías cambiar totalmente la impresión y la atmósfera que creaban si se combinaban de forma distinta. La explosión de color sencilla y divertida de un ramo de primulas, pero luego se volvía más suave y delicada si añadías unas cuantas campanillas azules y sorprendía, contrastaba. Le daba un toque mediterráneo, los azules y los amarillos juntos.

Me encantaba que mi madre me dejara elegir flores del supermercado para luego ponerlas en jarrones en casa, y experimentar con el aspecto que tenían al caer. Me fascinaba aprender que los tulipanes solo tenían buen aspecto si los ponías en un jarrón de una altura concreta en el que tan solo sobresalieran por el borde. Ni que colgaran demasiado, ni que no colgaran lo suficiente.

Jamás olvidaré el placer de aprender a revivir las rosas con agua limpia y cortar los tallos formando un ángulo. El milagro de verlas levantar la cabeza, como si me dieran las gracias.

No sorprendió a nadie que, cuando fui lo suficientemente mayor como para empezar a trabajar los fines de semana, ya supiera con exactitud dónde iba a probar primero. Había una floristería pequeñita en la ciudad en la que me crie. Pasaba por delante todos los días de camino a la escuela, y siempre me detenía a observar el escaparate y los cubos de narcisos que ponían fuera en primavera. Aunque, en honor a la verdad, he de decir que no era

demasiado inspirador: ramos normales expuestos de forma habitual y demasiados claveles.

Sin embargo, jamás me había sentido tan orgullosa como cuando me ofrecieron mi primer turno de seis horas los sábados. Llegaba temprano para ayudar con los productos que acababan de llegar, y aprovechaba para inspirar los aromas celestiales que desprendían las nuevas flores. El lacito brillante. El sonido del tisú y del celofán. Aprendí muy rápido a respetar los gustos más populares: los claveles, horrorosos, y los helechos, que también son feúchos. Al principio me mordía la lengua, porque no quería ofender a nadie. Pero, a medida que ganaba confianza y conocimientos, empecé a hacer algunas sugerencias a los clientes habituales: «¿Qué le parecerían unos girasoles?», «¿O unos lirios?», «¿Algo diferente esta vez?».

Y Sue, la jefa, tampoco tardó demasiado en dejarme pedir cosas nuevas y preparar mis propios ramos, humildes y con el precio ya puesto.

«Tienes muy buen ojo, Ella. Has nacido para esto... Deberías hacer un curso».

Y eso hice. Un curso básico para principiantes, y luego otro, más avanzado, sobre ramos de boda, y otro más sobre diseños modernos. Después de eso me apunté a un concurso y aparecí en el periódico local al ganar un premio regional.

El premio consistía en pasar una semana trabajando en una de las mejores floristerías de Londres y visitar los mercados de flores al romper el alba. Aterrorizante. Agotador. Estimulante. El paraíso...

Y, después, había ocurrido lo inimaginable. Cuando acabé el bachillerato, hice un año de universidad: estudios de floristería y empresa. Durante ese año, murió mi abuela, y nos dejó una herencia inesperada a los cinco nietos. «Vete de viaje», me decían mis amigos. «Cómprate un coche. O da la vuelta al mundo».

No. Tumbada en la cama, rebosante de alegría, sabía exactamente lo que quería hacer.

Me las apañé para negociar el alquiler de un local. Mi propia tienda. Mis padres decían que había perdido la cabeza. «¿Tú te has parado a pensar en la cantidad de negocios pequeños que fracasan el primer año?».

Y sí, en parte tenían razón. Tardó mucho más en ser rentable de lo que me esperaba. De hecho, durante el primer año me daba poco más que el salario mínimo después de pagar todos los costes, y ya no hablemos de las horas que le echaba. Pero el negocio no se hundió, todo lo contrario: comenzó a funcionar en cuanto le cogí el ritmo, durante los dos años siguientes.

Aprendí a ganarme el pan con las bodas y los días festivos de cada estación. El Día de la Madre. El Día de San Valentín. Sin embargo, lo más importante eran los detalles, eso lo tenía muy claro.

Para poder competir con los supermercados, sabía que tenía que ofrecer algo distinto. Mi propuesta comercial era un estilo informal y descuidado y sofisticado a partes iguales, con toques caseros que hacían que destacara. Comencé a atar los ramos a mano antes de que fuera la práctica habitual. Utilizaba cordeles poco comunes y etiquetas hechas a mano decoradas con flores prensadas que se habían marchitado.

Aprendí a no tirar nada. Ponía los ramilletes de oferta si había pedido demasiados. Dedicaba horas extra a prensar las flores y, así, aprovecharlo todo.

No tardé en vender tarjetitas y etiquetas, además de usarlas en los ramos. Son unos ingresos adicionales muy bienvenidas.

Aquí es donde soy más feliz. En mi tienda. Rodeada de lo que yo he creado.

En la tienda no me preocupo apenas por lo que la gente puede pensar o decir de mí, si estoy chapada a la antigua o si soy un alma vieja en el cuerpo de una mujer joven, que es lo que todos me decían cuando monté el negocio.

Hoy, aquí —cuando solo son las seis de la mañana y el resto del mundo justo empieza a desperezarse— estoy en mi propio universo, tengo que preparar unos pedidos antes de reunirme con la policía en casa. Allí volveré al mundo real, en el que Anna sigue desaparecida y las postales han empezado a asustar también a Tony.

Trabajo con cuidado. Vendrán a recoger un ramo de cumpleaños al mediodía. Tengo seis centros de mesa para una cena en uno de los hoteles de la zona. Dos tazas de café. Tres.

Trabajo con cuidado, usando mis tijeras de podar favoritas. Tienen un mango de un rojo brillante y las hojas más afiladas del mercado. Son magníficas.

Justo entonces, sucede algo extrañísimo. A eso de las seis y media, quizá las siete menos cuarto, dejo el último centro de mesa en el mostrador, casi acabado, para ir al baño, que es un anexo pequeño en la parte trasera de la tienda. Cuando vuelvo al banco de trabajo, las tijeras han desaparecido.

Oigo un coche en la calle, y debo admitir que me pega un susto. Estoy desconcertada. Suelo tener muchísimo cuidado con las tijeras, y no solo porque sean peligrosas, sino porque cuestan un dineral. No quiero que se caigan al suelo y que se les rompa el mango. Son como el cuchillo favorito de

un chef. Mi amuleto de la suerte. Tengo dos más de repuesto en los cajones, pero no me siento cómoda usándolas; no las noto igual.

Me acerco a la puerta delantera y observo el aparcamiento que hay enfrente. Hay un coche con las luces encendidas, así que no puedo ver al conductor. Compruebo la puerta de la tienda. No está cerrada, aunque normalmente no me preocupa eso. Si estoy en la tienda, considero que está abierta. Si alguien ve las luces y llama temprano, le atenderé. Siempre voy a aceptar un encargo. Sin embargo, hoy, y solo esta vez, echo el pestillo. Me quedo muy quieta y me doy cuenta de que el corazón me va a mil por hora. Espero un poco. Dos minutos. Quizá más.

«No seas tonta, Ella. No te comas el coco».

Por fin, el coche se va y siento cómo me relajo, y recuerdo que las tiendas vecinas tienen pisos en las plantas superiores, así que no debería sorprenderme que alguien esté en movimiento tan temprano. Quizá es alguien que se va a trabajar.

Así que vuelvo a la zona de trabajo de la parte trasera de la tienda, muy confundida. Desde ese nuevo ángulo a través del pasillo que conduce al mostrador, veo las tijeras encima de la caja registradora. No recuerdo si las he puesto ahí. De hecho, ni tan solo recuerdo si las he llegado a poner alguna vez allí. La parte superior de la caja está un poco inclinada, así que no me parece algo que yo haría. ¿Y si resbalan?

Miro a mi alrededor de la misma manera que inspeccionas la cocina cuando estás buscando un ingrediente que creías que ya habías sacado de la nevera.

Estoy cansada, no hay más. «Estás cansada y estás de los nervios. Te comes el coco y te montas películas, Ella. Tony tenía razón... Tendrías que haberte quedado en casa y haber hecho esto más tarde».

Me pasan demasiadas cosas por la cabeza. Acabo el último centro de prisa y lo guardo todo en el refrigerador cercano al banco de trabajo, un tipo de nevera para flores que las mantiene a la temperatura idónea, listas para cuando vuelva.

* * *

Al regresar a casa, me encuentro a Tony en bata en la cocina.

—¿Estás bien? Estaba preocupado. Tendrías que haberme dejado ir contigo.

—Sí, tranquilo. Quería que te quedaras aquí para hablar con Luke. Ya lo he acabado todo.

Está más calmado, pero no es difícil deducir por cómo se mantiene en pie y por las bolsas que tiene bajo los ojos que tampoco ha dormido demasiado. Reaccionó como me esperaba: con más preocupación que enfado. «Me lo tendrías que haber dicho, Ella. No quiero más secretos...».

Y por eso me siento fatal. Le enseñé la última postal, pero todavía no le he dicho nada sobre Matthew...

—No sé si me parece bien que sigas trabajando sola en la tienda. No tan temprano, quiero decir. Al menos hasta que sepamos qué está pasando, a ver qué dice la policía. Ojalá me hubieras hecho caso y te hubieras quedado en casa, o me hubieras dejado ir contigo.

—Tenía que acabar los pedidos, Tony. Y, de todas formas, acabará siendo algún mamarracho. Un adolescente con la cara llena de granos que no tiene nada mejor que hacer.

No logro que eso suene convincente del todo, porque ya no sé qué pensar. No sé qué creo en realidad. No sé si debería estar más o menos asustada.

—Han estado en casa, Ella. Quien haya escrito la postal, ha estado aquí. En nuestra casa.

—Sí, y tienes razón: eso cambia las cosas, y soy consciente de que debería habértelo dicho desde el principio, lo siento mucho. Ahora me encantaría que nos dijeran qué hacer. La policía llegará en media hora, y escucharé todo lo que tengan que decirnos, Tony. La única razón por la que no me había preocupado antes es porque creía que era la madre.

—¿Te pensarás al menos lo de ir a trabajar sola tan temprano?

—Si te quedas más tranquilo, puedo intentar llegar más tarde a partir de ahora. —Lo miro de hito en hito—. ¿Has hablado con Luke?

Anoche, cuando estábamos en la cama, Tony fue el primero que se atrevió a decirlo: «¿Me tomarías por loco si te dijera que tendríamos que ofrecernos a adoptar el bebé?». Me puse a llorar y lo abracé con todas mis fuerzas, aliviada porque aquello era justo lo que yo pensaba. Admitimos que éramos demasiado mayores y que probablemente se nos había ido la cabeza, pero no éramos capaces de dejar que nadie más criara al hijo de Luke si la familia de Emily no podía hacerse cargo.

—Me ha dicho que se lo dirá a Emily más tarde. Solo está de diez semanas, así que todavía es algo pronto para tomar cualquier decisión. —Tony me pone la mano en la mejilla—. Creo que ha sido un alivio para él, pero no estoy seguro. Sigue consternado.

Tony prosigue explicando que Luke quiere dejar de trabajar en la tienda. Es demasiado con todas las preocupaciones que tiene. Lo entiendo a la perfección, aunque sé que no será fácil encontrar un sustituto. Empezar tan pronto suele echar para atrás a mucha gente. Pero Luke es lo primero, así que ya daremos con la solución.

—Bueno, vamos a ver qué nos dice la policía. Ya volveremos a hablar de Luke y de la tienda después.

Le agarro la mano, todavía en la mejilla, y la beso.

A decir verdad, me sorprende que vayamos a ver al inspector de Londres. Se supone que ha venido a comunicarles alguna novedad a los Ballard en Cornualles, de modo que parará a hacernos una visita al volver.

Matthew me ha puesto al corriente. Su amiga de la policía ha entregado la postal anterior. No han encontrado nada. No hay ni una huella. Pero quieren ver esta última también. La he puesto en una bolsa para congelar transparente. Según Matthew, me proporcionarán bolsas de pruebas en condiciones y guantes especiales por si nos llegaran más postales. Al parecer eso aumenta las probabilidades de conseguir alguna huella. Me ha dicho que no mencione su nombre en ningún caso. Que diga que yo misma entregué las postales a la policía.

Tony se ha alejado y está buscando algo debajo del fregadero, supongo que el espray antiinsectos; hay una mosca azul zumbando por la ventana de la cocina. Al final, desiste y abre la ventana para echar al insecto con un trapo de cocina, antes de girarse hacia mí y ladear la cabeza.

—Se te ve agotada, Ella. ¿Estás bien, cielo?

Capítulo 16

El padre

Henry está sentado en su lugar favorito del muro de piedra, desde donde goza de unas vistas magníficas de los campos superiores, tan problemáticos. Una ligera bruma flota sobre el río que serpentea allí abajo, pero las ovejas pacen tranquilas al otro lado y Sammy está contento. Henry le acaricia las orejas.

En momentos como ese, mientras contempla cómo el sol matutino disipa la niebla, se siente en paz. Piensa en que le gustaría poner algunas vallas adicionales en el campo más grande, a ver si así evita que las ovejas lleguen a la pendiente embarrada que conduce al río. Pero las vallas son caras, y Barbara no quiere gastar dinero en la granja.

¿Reformar las cocinas e instalar duchas de hidromasaje en los apartamentos? Adelante. ¿Pagar a un diseñador web para que actualice la optimización de su motor de búsqueda, signifique lo que eso signifique? Pues parece que «es lo más lógico desde el punto de vista económico». Ahora bien, ¿poner vallas? ¿Comprar forraje? ¿Hacer reparaciones en el tractor?

Henry mira al perro, que jadea con la lengua colgando después de haber echado un vistazo a las lindes del campo. Y también a las del contiguo.

Para Henry, esto es lo que realmente tiene lógica: un perro que corretea, feliz, por el perímetro de todos los campos a los que llega, que vuelve triunfante con el amo meneando la cola y lo mira para comunicarle que ha inspeccionado todos los bordes.

Henry echa una ojeada al reloj. Falta una hora, debería volver. Darse una ducha. Tener otra discusión con Barbara. Volver a intentar aliviar la tensión antes de apechugar con las consecuencias.

«Vamos, chico».

Toma la ruta más larga a propósito. Hoy no puede soportar recorrer Primrose Lane. Al llegar a casa, está en el cuarto de los zapatos colgando la chaqueta encerada cuando Barbara aparece.

—¿Dónde te habías metido? Tenemos que hablar más, Henry. Antes de que llegue la policía. Me preocupa que yo también acabe metida en problemas. Hay que pensar en Jenny.

—Ya se me ocurrirá algo.

En la cocina, Barbara se sienta a la gran mesa reluciente de madera de pino y se pone a dar golpecitos con los dedos. Él observa el hervidor de agua que hay en la cocina Aga, sin tener claro si le apetece una taza de té, aunque al final desiste. Centra la mirada en su mujer.

—Creo que tendré problemas, Henry. Sabía que no debería haberte dejado que me convencieras de mentir a la policía. —Se estira la manga del jersey y dobla el puño.

—No pasará nada, Barbara. Se lo vamos a contar todo, ya verás como lo entienden.

—¿Sí? ¿Tú crees?

Henry cierra los ojos. Le sabe mal haber disgustado tanto a su mujer. Le sabe mal que además ahora tenga que pasar por esto. Siente ser tan mal marido. Pero también está harto de tener que pedir perdón por lo mismo una y otra vez, porque ni ayuda ni va a cambiar las cosas.

—Lo siento, Barbara.

—Bueno, no te ofendas, pero a buenas horas. Es perjurio, ¿verdad? Lo de mentir a la policía...

—Creo que eso es solo en los juicios, cariño.

Henry clava los ojos en el suelo, en sus mullidos calcetines de lana gris.

«Me das asco». Otra vez la voz de Anna. Le retumba en la cabeza. Están en el coche. Ella en el asiento del copiloto y se niega a mirarlo a la cara.

En ese momento piensa que no hay nada en el mundo que Barbara o la policía le puedan decir que lo haga sentirse peor de lo que ya se siente.

—De todas formas, sigo sin entender por qué tuvimos que mentir. Dime, ¿puedes llegarte a imaginar lo que pasé aquella noche, Henry? Nadie en casa, nuestra hija desaparecida... Y yo aquí... sola como la una.

Henry cierra los ojos y no responde.

—Por cierto, quiero que te vayas a vivir a otro sitio.

—Barbara, por favor. ¿De qué nos va a servir eso? Piensa en Jenny. ¿Cómo voy a tirar adelante la granja si me voy?

—La granja no tira, Henry. Hace siglos que la granja no tira.

Abre los ojos y se encuentra con su mirada.

—¿Quieres saber por qué lo nuestro no funciona, Barbara? Porque te casaste con un granjero y después decidiste que no querías estar casada con uno.

—Eso es injusto.

—Ah, ¿sí?

Se quedan sentados unos minutos sin mediar palabra.

—En fin. Vamos a reunirnos con la policía juntos, Barbara. Les explicaré por qué te pedí que les mintieras la noche que Anna desapareció. Y no pasará nada, lo solucionaremos. Siento haber hecho que lo hayas pasado tan mal, pero, si realmente quieres que me vaya, con el debido respeto te digo que lo que yo haga a partir de mañana no es de tu incumbencia. De momento, voy a darme una ducha antes de que lleguen.

En el piso de arriba, bajo el chorro de agua que ha puesto demasiado caliente a propósito, Henry se siente aliviado por primera vez. De haberlo soltado todo. Se ha estado engañando a sí mismo durante años, diciéndose que podía continuar en esas condiciones.

Pero ¿ahora?

Henry levanta la cabeza hacia el chorro de agua, pero tiene que bajar la temperatura al percatarse de que le está quemando la piel. Y, durante unos instantes, hace algo que no ha hecho desde que murió su madre. Bajo el chorro de agua caliente que le está dejando la piel demasiado roja, Henry Ballard se echa a llorar.

Llora por Anna, a quien no encontrarán nunca. Y quien conoce su peor secreto.

«Me das asco, papá...».

Después, Henry se afeita por segunda vez ese día, elige una camisa a cuadros azul, unos tejanos limpios y una sudadera azul marino. Lo hace por inercia, sin pensar. Hace tiempo que ya no intenta prever y preparar las cosas mentalmente. Será lo que tenga que ser.

Llegan tres policías. Un sargento de la zona, Melanie Sanders, a quien ya han visto unas cuantas veces y que es bastante simpática; Cathy, la agente de enlace de la familia; y el inspector de Londres, alto y flacucho, a quien Henry nunca ha soportado.

Desde el principio, el ambiente es muy diferente al de los encuentros anteriores. Cathy acepta la taza de café que le ofrecen y Barbara ha llevado a la mesa en una bandeja, pero el inspector la rechaza.

—Estamos aquí porque creo que quiere hablar con nosotros, señor Ballard. ¿No es así?

—Sí, lo siento. Esto es muy duro para mí, pero necesito explicarles algo sobre la noche que desapareció Anna. Algo que quiero aclarar.

El inspector mira a las dos agentes y, de nuevo, a los Ballard.

—Qué curioso, señor Ballard. Debemos de tener algún tipo de telepatía, usted y yo, porque he venido hasta aquí para hablarle precisamente de eso. — El inspector no hace el mínimo esfuerzo para disimular el sarcasmo o evitar meter el dedo en la llaga.

»Verán, hemos recibido algunas llamadas muy interesantes después del llamamiento del programa del aniversario. Llamadas que nos han confundido un pelín.

Henry observa a Barbara, que está inmóvil.

—Así que ¿por qué no nos lo cuenta usted primero, señor Ballard?

—Está bien. Ay, madre, qué vergüenza. Bueno, no dije la verdad en mi declaración sobre la noche que desapareció Anna, y le pedí a Barbara que me cubriera por la vergüenza que me daba. Y no quería que eso los distrajera de su investigación.

Henry nota la mirada penetrante de su mujer.

—Todo fue culpa mía. Mi mujer no tiene nada que ver. Bebí demasiado; no estaba en casa.

—Ah, ¿no estaba en casa?

—No.

—Y el hecho de que nos diga esto ahora, de que cambie su coartada, no tendrá nada que ver con que sabe que tenemos novedades, ¿verdad?

—No, por supuesto que no. ¿Cómo iba a saberlo?

—Bueno, señor Ballard. Esta nueva versión de su paradero la noche en que desapareció su hija... ¿Cree que explicaría por qué algunos testigos vieron su coche cerca de la estación de tren aquella noche?

—¿Cómo?

—Se lo digo, señor Ballard, porque hoy estoy aquí para preguntarle por qué hay testigos que vieron su coche cerca de la estación de tren de Hexton la noche en que desapareció Anna. No aquí en la granja, no, tal y como su mujer y usted nos confirmaron hace tiempo, sino cerca de una estación de tren donde paran trenes de alta velocidad que van a Londres. Por tanto, le pregunto: ¿fue usted a Londres la noche en que desapareció su hija, señor Ballard? ¿Es eso lo que realmente quería decirnos?

—Qué tontería. Claro que no. Estaba en casa a la mañana siguiente. Estuvimos hablando con la policía, lo sabe de sobra. No hay manera humana de haber ido hasta allí y volver, está demasiado lejos. ¿Cómo podría haber...?

—¿Sabe qué, señor Ballard? Pensándolo mejor, creo que lo ideal sería que continuáramos esta charla con un poco más de formalidad. En la comisaría de la ciudad. No me cabe duda de que la sargento Melanie Sanders nos abrirá una de sus maravillosas *suites* para interrogatorios.

Henry nota que el pánico se apodera de él. Es como un cambio de temperatura repentino que le recorre el cuerpo. Está tan consternado que, durante unos instantes, no sabe si tiene demasiado frío o demasiado calor. Solo que no lleva la ropa adecuada. La tela está demasiado cerca de la piel. Se le pega, como si siguiera mojado tras la ducha.

Invadido por el pánico, mira a su mujer, pero no le ofrece ni apoyo ni alivio. Tan solo una confusión desmesurada y terrible en su mirada.

—¿Nos vamos, señor Ballard?

Henry cree que quizá debería preguntarles si tiene otra opción. Si se trata de un arresto o se lo están pidiendo. Si Barbara debería llamar al abogado. Si debería plantarse y negarse a ir. Sin embargo, no tarda en recomponerse y piensa que debe ser cauteloso en extremo. Decir lo que no debe o negarse a cooperar podría perjudicarlo sobremanera. Podrían malinterpretarlo.

Y, por eso, Henry Ballard se levanta y, mientras salen de la casa, intenta calmarse y decide que, por el momento, no dirá nada más.

Capítulo 17

La testigo

He estado tumbada en la cama pensando en el karma. Es una tontería, ya lo sé, pero es que las postales me han puesto histérica.

Últimamente, tengo unos sueños muy confusos. Anna en el tren. Los ruiditos de Sarah y el tío ese en el puñetero lavabo. Y la conmoción por lo de Luke y su novia.

No suelo pensar en este tipo de cosas, pero es imposible pasar por alto la ironía. Y es como si... No sé... Como si la vida me intentara enseñar una lección espantosa y mi cerebro fuera incapaz de sobrellevarlo.

Algunas noches es tan duro que siento una opresión en el pecho. Entonces, tengo que levantarme y prepararme una taza de té, y, claro, Tony también se levanta —muy preocupado—, y eso es justo lo que quiero evitar: compartir la culpa que me corroe. Lo que intento hacer es revivirlo mentalmente cuando estoy sola, lo rebobino todo una y otra vez y pienso en hasta qué punto lo que le ocurrió a la pobre chica es culpa mía. Y luego deseo con todas mis fuerzas poder volver atrás y cambiar las cosas.

Pero ¿qué pasa? Que el problema es, y lo digo con la mano en el corazón, que no puedo evocar todo aquello sin sentirme horrorizada por el recuerdo de aquella chica y aquel hombre teniendo relaciones sexuales justo después de conocerse.

Ojalá pudiera soltarle estas cosas a la gente a la cara. Preguntarles sin tapujos qué habrían hecho en mi lugar. Si se habrían sorprendido o se habrían cabreado si se hubieran encontrado con lo que oí. El problema es que la policía solo ha publicado que «la testigo» oyó a un par de chicos que acababan de salir de la cárcel hablando con las chicas, y que «la testigo»

estaba sorprendida de lo poco que habían tardado en hacer buenas migas. Lo poco que habían tardado en hacer planes poco prudentes juntos. Planes peligrosos.

Solo me han juzgado por eso. Por no interceder al ver que dos chicos con antecedentes se habían fijado de una forma tan evidente en las dos chicas de pueblo. Es de lo único que se ha hablado en las redes sociales y en la prensa sensacionalista. «¿Qué habrías hecho tú? ¿Habrías seguido a lo tuyo?». Dos chicas de dieciséis años y dos chavales que acababan de salir de prisión.

La policía nunca ha revelado el incidente del sexo en el lavabo, y me han pedido que no lo divulgue para no interferir en la investigación, así que solo se lo he podido contar a Tony. Dice que tenía razones más que de sobra para estar consternada, y que la gente dejaría de meter las narices donde no la llaman si supiera todo lo que pasó.

Hemos hablado largo y tendido sobre el tema desde que supimos lo que había sucedido con Luke y su novia, y Tony dice que no tiene nada que ver: una cosa es una chica joven que tiene relaciones con alguien a quien acaba de conocer en un lavabo público, y otra muy distinta es que Luke y Emily cometan un error en una relación sentimental. Sé que tiene razón, pero no puedo evitar sentirme una hipócrita al haber juzgado a Sarah con tanta dureza.

Hoy Tony se ha ido pronto a trabajar. Él también se dedica al comercio, pero en un sector muy diferente: vende cereales a los supermercados. Desempeña las funciones de director regional y están a punto de hacerlo fijo si se las apaña para que las cifras de ventas alcancen los objetivos. Estoy tan, pero tan orgullosa de él... Pero se siente muy presionado y me encantaría que no tuviera que viajar tanto.

Por ahora, y como cada dos por tres tiene que irse de viaje, le he prometido que reorganizaré mi horario laboral para no estar sola en la tienda demasiado rato. Al menos hasta que la policía tenga novedades y las cosas se calmen un poco.

Por eso ahora me siento rara. Sigo en la cama y ya voy por la segunda taza de café. Son las ocho de la mañana, algo que para una florista es levantarse muy tarde. Estoy dándole mil vueltas a todo.

Al karma.

Y también a si soy una mojigata. A ver, es evidente que estoy algo desfasada. Soy demasiado inocente: creía que mi hijo de diecisiete años no habría tenido relaciones sexuales todavía. Me someto a examen cada vez más, porque me preocupa ser una hipócrita por lo que pasó en el tren. ¿El género determinó mi juicio? Porque lo primero que había pensado fue que,

claramente, Sarah no era tan buena chica como me había imaginado, y por eso me había distanciado de la situación. Pero ¿y si hubiera sido Luke? Si lo pienso mejor, quizá no soy tan hipócrita, porque me habría horrorizado y consternado igual si mi hijo, o cualquier otro chico joven, hubiera hecho aquello con alguien que acabara de conocer.

Quizá lo que pasa es que me gusta que haya ciertos límites, porque, no me malinterpretes, esto no tiene nada que ver con el sexo *per se*; Tony y yo no podemos quejarnos en ese sentido, la verdad. Pero creo que es algo privado. El sexo. No es algo informal de lo que puedas hablar con cualquiera en una cena. Y, por supuesto, no es algo que se deba realizar con un desconocido en un lavabo público.

Y lo del karma...

Me suena el móvil; en la pantalla veo que se trata de Matthew Hill. Miro el reloj. Son las ocho y diez.

—Hola, Matthew. Iba a llamarte, de hecho. Quería decirte que el inspector de Londres ha pospuesto la cita; vendrá más tarde. Se ve que ha tenido que quedarse en Cornualles más de lo previsto. Creo que ha habido novedades en la investigación, y espero que eso signifique que se han hecho progresos.

—Pues la verdad es que siento desilusionarte, pero me temo que de momento no tienen nada. Acabo de hablar con mi contacto de Cornualles y parece que la investigación es un caos. Me ha dicho que se dirigen a un callejón sin salida. Pero bueno, no te llamaba por eso. Tengo buenas noticias. Me acaban de llamar. Mi mujer se ha puesto de parto. Justo ahora voy a recogerla. Es un poco surrealista, la verdad, pero quería decirte que es posible que deje de estar disponible durante unos días.

—¿Unos días? —le digo, riendo—. Creo que te quedas corto, Matthew. Pero ¡qué gran noticia! Por favor, no te olvides de decirme cómo ha ido. ¿Sabéis ya si es niño o niña?

—No, qué va. Nos da igual...

—Bueno, pues buena suerte. Conduce con cuidado e intenta relajarte.

—Ya te llamaré.

A continuación, dejo el teléfono y me doy cuenta de que me he calmado. Matthew Hill no tiene ni idea de lo que se le viene encima, y quizá no sea algo negativo.

Porque, cuando eres padre, aprendes que el amor a veces produce un terror que jamás habías sentido, y no vuelves a ver el mundo de la misma manera. Y es por eso, precisamente, por lo que no soy capaz de soportar el papel que jugué en la desaparición de Anna.

Capítulo 18

La amiga

—¿**T**e parece bien si les digo que pasen, cariño? ¿Aunque sean solo cinco o diez minutos? Quizá te animan un poco. La enfermera dice que pueden hacer una excepción siempre y cuando la visita sea breve.

Sarah mira a su madre y tiene claro que aquello no es una pregunta. Pone una expresión muy concreta cuando intenta darle forma de pregunta a una sugerencia: se inclina ligeramente hacia delante, no pestañea y levanta las cejas, señal de que solo hay una respuesta correcta. En este caso, *sí*. Cuando era pequeña, Sarah se rebelaba ante aquella táctica, pero hace tiempo que aprendió que resistirse no sirve de nada. Y tampoco es que tenga energía para más sermones.

—Bueno, vale, pero estoy cansada, solo un ratito.

Es el sexto día y ya les han confirmado que sus funciones hepáticas están mejorando. El gesto del médico cuando aparece en la habitación ya no es tan sombrío, y las enfermeras dicen que «van por el buen camino». El equipo de apoyo psicológico ya la ha dejado en paz e incluso se empieza a hablar del alta.

Sarah no tiene claro que quiera volver a casa. Sigue preocupada por lo rápido que le cambia el estado de ánimo, por lo poco que ha tardado en pasar de tener miedo a morir a impacientarse porque sigue en el hospital y porque su madre la pone nerviosa.

Y ha vuelto su otro gran pavor: le preocupa lo que haya podido revelarse a raíz del llamamiento del programa.

Sus amigos entran en masa en la habitación con miradas temerosas. Sarah está en una habitación justo al lado del ala de pediatría. Como tiene diecisiete

años, todavía no pueden ponerla en el ala de los adultos, así que el objetivo de esa habitación es que no se sienta tan incómoda. Lejos de los bebés. Las enfermeras le han dicho que ha tenido «suerte» de que la habitación estuviera vacía.

«¿Suerte?».

—No sabíamos qué traerte, así que hemos optado por el azúcar. A tu madre no le va a parecer bien, pero bueno. —Tim sostiene una cajita de galletas y otra de caramelos de dulce de leche.

Sarah ha decidido martirizarlos todo lo posible, así que se niega a mirarlos a los ojos.

Justo anoche tuvo un sueño de una fiesta de cumpleaños que la señora Ballard le había preparado a Tim; todos estaban en la granja. Debía de cumplir diez, quizá once. A la madre de Anna le había parecido fatal que la madre de Tim no diera ninguna importancia a las fiestas, y le había preparado una celebración en la que no había faltado una merienda de reyes y un pastel de chocolate con nata en forma de estrella. Tim y Paul habían traído un kit de globoflexia y habían aprendido a hacer perros salchicha, espadas y sombreros. Con un perro salchicha amarillo bajo el brazo, Sarah había cruzado la carretera estrecha que partía de la granja hasta donde la recogían para volver a casa. Aquel día había sido muy feliz y se había puesto muy triste cuando había terminado. Había notado cómo le cambiaba la expresión; los chicos, que la habían acompañado, la miraban de reojo. «Cómo cuesta siempre volver a casa, ¿eh?». No recuerda quién lo había dicho, si Tim o Paul, pero sí que se acuerda exactamente de cómo se había sentido al asentir: triste y un poco culpable. Sabía que no estaba bien preferir la familia de Anna a la suya, pero no podía evitarlo.

Y ¿ahora? Por fin, Sarah levanta la vista y los observa a todos, uno por uno. Se pregunta qué ha pasado. En qué momento han dejado de tener la relación que tenían en aquel momento.

Jenny está pálida, y Sarah piensa que ojalá se acuerde de las cosas terribles que le había dicho durante la discusión. Porque los chicos no habían sido los únicos que la habían tratado con crueldad. Sin embargo, en este momento, le viene a la cabeza la imagen de Anna en la discoteca, y cierra los ojos y se recuesta en el mar de almohadas.

—Lo siento. ¿Estás bien? ¿Quieres que avisemos a la enfermera? —Es Jenny.

—Estoy bien, pero muerta de cansancio.

—Claro, como para no estarlo. Bueno, le hemos prometido a tu madre que no estaríamos mucho rato, pero queríamos... —La voz de Jenny se apaga hasta convertirse en un hilillo y respira hondo.

—Sarah, lo que queremos es pedirte perdón. Por lo que te dijimos. —Tim es quien da el paso.

Sarah abre los ojos y los vuelve a mirar, uno por uno. Tim. Paul. Jenny.

—Es que nos sentíamos tan culpables por habernos escaqueado del viaje para hacer otras cosas... Eso es lo que pasó. —Paul juguetea con la hebilla del cinturón—. No deberíamos haberlo pagado contigo.

—Me pedís perdón por decirlo... Pero ¿seguís creyendo que fue culpa mía?

Sarah no aparta la vista de los chicos. Habían sido los más directos durante la discusión.

—Es culpa de esos tíos. Si pudieran encontrarlos... —tercia Jenny.

Al final, Sarah inspira hondo.

—Bueno, ¿cómo fue el llamamiento? ¿Recibieron muchas llamadas? Me han devuelto el móvil, pero no tengo datos para verlo.

Una vez roto el hielo, le cuentan lo mucho que ha ayudado el llamamiento. Parece que se recibieron un montón de llamadas. Sarah vuelve a mentir y les dice que lo de las pastillas fue un accidente y que no se preocupen.

—¿Eso significa que no volverás a hacerlo? —le pregunta Jenny con insistencia.

—No, de verdad. Le prometí a mi madre que tendría más cuidado, y no quiero que vuelva a pasar por lo que ha pasado. Fue una estupidez. Bueno, va, contadme: ¿qué salió en el programa?

Jenny explica que a ella le encantó porque habían utilizado aquel vídeo tierno de Anna, y una de las fotos que ella le había enviado al productor del programa, pero a su madre le molestó que cortaran su entrevista de forma radical.

—Editaron todos los fragmentos en los que hablaba de otras chicas desaparecidas que al final habían encontrado y en los que decía que no se podía perder la esperanza, que cualquier información podía ser clave para encontrar a Anna viva.

Todos se callan unos segundos.

Sarah vuelve a cerrar los ojos.

De repente, su madre entra en la habitación, los saca a todos de allí y les dice que el personal se ha saltado las reglas y que no quieren tentar a la suerte.

Así pues, se despiden y vuelven a pedirle perdón.

Cuando se han marchado, la madre de Sarah se sienta en la silla que hay junto a la cama, inquieta. Se alisa la falda una y otra vez.

—¿Qué te pasa, mamá?

—Nada.

—Sí que te pasa algo.

Su madre echa un poco de refresco concentrado en el vaso vacío de Sarah y lo acaba de rellenar con agua de una jarra de plástico. Examina la cajita de caramelos de dulce de leche como si estuviera leyendo la descripción de la parte trasera.

—La cosa es que la policía ha vuelto a llamarme, Sarah. Y a los doctores no les cabe duda de que todavía estás muy débil para verlos. No quería que te enteraras. Ya has sufrido bastante, pero parece que quieren volver a hablar contigo cuando regreses a casa, y creo que tienes que saberlo. Para que te puedas preparar y no te pille desprevenida.

—¿De qué? ¿De qué quieren hablar conmigo?

—Pues se ve que han aparecido más testigos de la discoteca. Después del llamamiento. No sé nada más.

—Pero es que les he dicho todo lo que sé. Absolutamente todo.

—Ya lo sé, cielo.

—No, no quiero volver a hablar con ellos.

—Te entiendo, cariño. No te alteres. Intentaré que vean que necesitas descansar.

Sarah se tumba de nuevo en las almohadas, cierra los ojos y vuelve a tratar de ignorar el eco de la voz de Anna. La desesperación cincelada en su rostro aquella noche en la discoteca.

«Por favor, Sarah. Tengo miedo. Te lo suplico. Por favor...».

Capítulo 19

La testigo

Respecto a lo que le prometí a Tony sobre no volver a ir temprano a la tienda por mi cuenta hasta que instalaran las alarmas nuevas... Bueno. Intenta sacar de la cama a un adolescente deprimido justo al despuntar el alba y luego me cuentas.

Aunque tampoco puedo enfadarme demasiado. Luke me prometió que seguiría yendo a trabajar hasta que cubriéramos su vacante, pero últimamente no hace más que dar vueltas como un alma en pena. Siempre está agotado. Le hemos dejado saltarse clases unos días más, hasta que todo el mundo se adapte a lo que ocurre con Emily. Pero es difícil saber cómo actuar.

Esta mañana he llamado pronto a la puerta de su habitación, pero no ha habido respuesta. He vuelto más tarde y Luke tenía una pinta horrible, además de un dolor de cabeza tremendo. Le he dado una pastilla y le he dicho que viniera cuando pudiera. Tony está en Bristol, por lo que tengo un dilema: cumplir con mis deberes para con mis clientes o estar a salvo y cumplir la promesa que le hice a Tony. Lo único positivo es que la policía se ha comportado. Seguramente se sienten culpables porque se había filtrado mi nombre. Han enviado un coche patrulla que pasa por delante de casa y de la tienda cada dos por tres solo para hacer acto de presencia. Al parecer, están bastante seguros de que es algún energúmeno, pero vamos a instalar alarmas nuevas en la tienda de todas formas, e intento convencerme a mí misma de que la situación está controlada.

Total, que he decidido plantarme allí sola temprano —solo por esta vez— pero no dejaré de estarle encima a Luke para que venga. Hace poco que se

sacó el carné de conducir y Tony le compró un Mini, así que puede venir en un momento.

Cuando llego a la tienda, ya le he enviado dos mensajes, pero aún no me ha respondido. Si soy sincera, me da pena que quiera dejar el trabajo. Luke me ha estado ayudando los fines de semana desde que tenía catorce años; le hacía mucha ilusión y tiene buena mano con los clientes. Además, era perfecto: él gana dinero extra y creo que el trabajo le inculca algo de disciplina. Más aún, así comprende lo que se siente cuando te pagan por horas: el esfuerzo que supone y la satisfacción cuando se acaba el día.

El viaje de Tony a Bristol es importante para que lo asciendan —están decidiendo si deberían cambiar el nombre de los cereales— y he optado por no decirle nada sobre esto. Solo conseguiría que se disgustara y se preocupara por que esté aquí sola a estas horas.

Al lío. «Concéntrate, Ella». Estoy con el agua al cuello: tengo que preparar seis centros de mesa para una comida en el ayuntamiento. Es una gran oportunidad y puede convertirse en un pedido regular gracias a un contacto que tengo en el *catering*, así que no quiero decepcionarlos. Ese es el problema con los clientes habituales: por un lado, es de agradecer y te sientes halagada; pero, por el otro, siempre temes que puedas llegar a depender de ellos. Te aterroriza la idea de que puedas meter la pata y que el cliente cambie de proveedor.

Normalmente dibujo algunos bocetos y preparo un *collage* de ideas, que luego acuerdo por correo electrónico con la directora del *catering*, Kate. Tiene muy buen ojo y a veces cuelga algunas fotos de mis productos en las redes sociales, algo muy útil en los tiempos que vivimos. He ganado algo de fama gracias a ella, sobre todo porque hago cosas un poco distintas. No me gustaría pifiarla ni confiarme demasiado.

Conseguir que lo que hago parezca innovador ha sido gracias, en parte, a acumular una buena colección de jarrones y accesorios, así puedo ir cambiando con mucha facilidad. Ojalá tuviera más espacio en el almacén, aunque, si soy totalmente sincera, creo que me gasto demasiado dinero en la presentación. En un negocio tan pequeño como el mío hay que prestar mucha atención a cada céntimo, pero creo que invertir en la presentación ayuda a conservar clientes, y es importante no dejar de sorprenderles nunca. Lo que está claro es que consigues que se compartan más fotos en las redes sociales.

Para este encargo, uso unos cubitos de acero galvanizado; hemos acordado que queremos un aspecto muy moderno y a la vez animado. Me he decidido por anturios rojos, rosas blancas y lisianthus, que contrastarán con

hojas de un verde reluciente. Quedará precioso combinado con los manteles blancos y los colores neutros de la estancia.

Siempre le digo a Tony que lo que esperas al acabar cada encargo es que los invitados pregunten quién ha preparado las flores. Kate es muy fiel y siempre tiene tarjetas de la tienda a mano. Lo único que me frustra es que a veces se ponen en contacto conmigo delegados de congresos de ciudades muy lejanas para proponerme un encargo, porque solo puedo aceptar los que se entregan en un radio de acción limitado.

Madre mía. Pasan los minutos y sigo sin saber nada de Luke.

Todavía hay poca luz y me estoy planteando tomar otra taza de café cuando oigo el motor de un coche. Me pregunto si será Luke, pero no estoy segura de que suene como el Mini. El coche de afuera se para. Me quedo quieta.

Qué ridiculez. «Solo es un coche, Ella. Relájate».

Me quedo inmóvil, esperando a que el coche se marche, pero parece que no tiene esa intención. Apaga las luces. Me digo que es probable que sea algún vecino.

Espero uno o dos minutos y vuelvo a enviarle un mensaje a Luke. No responde. No se oye ni una mosca, así que me vuelvo de nuevo hacia los anturios. Intento concentrarme en las flores. Y justo entonces... Ay Dios.

Alguien está intentando abrir la puerta de la tienda. Está cerrada, por supuesto. «Joder».

Luke tiene llave, no puede ser él.

Agarro el móvil, preparada para pedir ayuda. Sea quien sea quien esté intentando forzar la puerta, decido correr hacia la parte trasera y llamaré a la policía. Incluso mientras voy trazando este plan, me siento estúpida y asustada a partes iguales.

Oigo el ruido de la maneta de la puerta. No consigo ver nada por culpa de la cortina corrida que cubre todo el cristal.

Sigo quieta y en silencio. Las únicas luces de la tienda que hay encendidas son las de la zona de trabajo, en la trastienda. No voy a acercarme a la puerta. Ni hablar. Una parte de mí quiere creer que se trata de Luke, que se ha olvidado las llaves. Pero si fuera él me llamaría, ¿no?

Pasos. Sí. Finalmente, oigo a alguien alejarse. Ay, sí. Bien. Por fin, gracias a Dios. Vuelven a encenderse los faros del coche. Se marcha.

Dudo sobre si debería llamar a Tony o no, pero recuerdo que, en principio, yo no debería estar aquí.

Es tan extraño estar en un sitio donde suelo sentirme segura y feliz y, de repente, estar en ese mismo sitio y tener la sensación de que soy una persona totalmente diferente...

No quiero ser esta persona.

No soporto a esta nueva persona.

Noto que las lágrimas se me agolpan en los ojos. Y pienso: «Pero qué estúpida eres. ¿Por qué no hiciste lo que debías hace un año? ¿Por qué no llamaste a los padres cuando ibas en el tren y lo dejaste todo en sus manos; dejar que fuera su responsabilidad, no la tuya?».

¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? «¿Por qué no pudiste hacer algo tan simple, Ella?».

No sé cuánto tiempo llevo parada, pero un vistazo al reloj grande de la pared me dice que ya es hora de moverse. Ahora sí que estoy con el agua al cuello.

Justo en ese momento, me suena el móvil y doy un respingo. En la pantalla, el nombre de Luke.

—¿Acabas de intentar entrar en la tienda?

—No. ¿Qué dices? Te llamo para decirte que estoy a punto de salir. ¿Por qué estás tan asustada, mamá?

—Nada, no pasa nada. Mira, ven lo antes posible. Se lo prometiste a tu padre...

Cuelgo y de inmediato me arrepiento del tono. Mierda. Le envío un mensaje para pedirle perdón:

Lo siento. Solo estoy cansada. La cafetera está encendida.

Acto seguido, al fin, vuelvo a las flores e intento embriagarme de los colores brillantes y el perfume. Trato de centrarme en el trabajo.

Durante un instante, dudo sobre si he tomado la decisión correcta al escoger estos cubitos. ¿Quizá tendría que haber optado por los recipientes cuadrados de cristal? No; además, ya es tarde. No tengo tiempo de volver a empezar. Así ya quedará bien.

Ya hay luz en la calle, y eso es un alivio. Se ven con más claridad los coches que pasan y aparcan, sin que los faros deslumbren. Ya no tengo esa sensación ridícula de que me están observando, como si estuviera en una pecera.

Son casi las siete de la mañana y vuelvo a oír el ruido de la puerta. Esta vez recibo un mensaje de Luke que me confirma que es él. Al final, resulta que sí se ha olvidado las llaves.

—¿Por qué cierras la puerta, mamá? ¿No decías que te gustaba tener encargos imprevistos?

—Tu padre insistió en que sería lo mejor. Es por las puñeteras postales que me están enviando.

—Pero ¿no dijo la policía que sería algún payaso?

—Sí, y seguramente tienen razón. Pero queremos ser un poco cautelosos. Ya sabes lo que dicen, mejor prevenir que curar. ¿Cómo va el dolor de cabeza?

—Ya no me duele. Entonces... ¿vas a volver a quedar con la policía? — Parece preocupado; ojalá me hubiera callado algunas cosas.

—No lo sé, no creo. Al final todo se arreglará, seguro.

—Te prometo que, si descubro quién te está enviando las postales, le voy a dar para el pelo.

—No digas eso, Luke. Decir esas cosas no ayuda. Tenemos que dejar que la policía haga su trabajo.

—Papá no opina lo mismo.

—¿Perdón?

—Nada, nada. —Parece avergonzado—. ¿Quieres otro café, mamá? Por cierto, me muero de hambre. ¿Hay algo de comida?

Capítulo 20

El padre

La primera vez que Henry empuñó un arma tenía nueve años.

Su padre le había hecho prometer que no le diría nada a su madre. El tío George también estaba con ellos aquel día. Se lo llevaron a uno de los campos inferiores, junto al río, a cazar conejos.

«Son una plaga», le había dicho su padre. Se ve que siete conejos podían llegar a comer lo mismo que una oveja. De ahí que fueran una pesadilla tanto para los cultivos como para el huerto. Además, las madrigueras causaban problemas serios al ganado. El padre de Henry decía que, de pequeño, había visto cómo un ternero se había torcido una pata de gravedad al meterla en una madriguera. Habían tenido que sacrificarlo, claro, pero había sufrido profundamente, berreaba de dolor hasta que sacaron el arma del armario. «Conejos del demonio...».

Le habían contado muchas cosas en aquella primera lección de tiro, sobre todo respecto a las normas y la seguridad. La licencia y las leyes. Le habían dicho que podría tener un rifle cuando fuera mucho mayor, pero solo si demostraba que podía ser responsable y seguir todas las normas al pie de la letra. Era tan esencial como legal controlar la población de conejos, pero estaba prohibido matar tejones, por lo que era capital ir con cuidado.

Su padre y su tío le habían explicado las nociones esenciales de seguridad. No se dispara al ganado. No se dispara en lugares de acceso público. Solo se dispara de día. Comprueba siempre que no haya otros cazadores por delante de ti. Asegúrate, por lo que más quieras, de dónde está el resto del grupo antes de disparar.

Tumbado en la hierba, su padre le había preparado el arma y le había enseñado cómo se disparaba. Lo había advertido del retroceso y del golpe que podía recibir en el hombro, para que se preparara. Pero también había añadido que no tardaría en acostumbrarse. Además, había afirmado que lo llevarían a galerías de tiro y a practicar tiro al plato para que mejorara la puntería.

Tras el primer disparo, Henry estaba totalmente horrorizado. Había dado directo en el blanco de pura casualidad. La consternación lo había embargado al ver al conejo tambalearse y, luego, caer. La sorpresa de su padre y la celebración eufórica posterior estaban en las antípodas de lo que Henry sentía en el estómago. No se había atrevido a decirlo, pero se sentía tan mal que creía que iba a vomitar.

«Qué maravilla, hijo. Ha sido perfecto. Has nacido para esto. La virgen, George. ¿Lo has visto? Tiene el ojo de un halcón».

Ahora, el armario de las armas está en el despachito que hay junto al vestidor. Cumple con todas las normas, aunque a Henry le gustaría haber escogido el modelo del candado con combinación. Había optado por una versión sencilla de acero con una llave que tiene que guardar en otro sitio. En teoría, no puede decirle a nadie dónde está y tiene que ir cambiándola de ubicación con regularidad. Pero en la práctica, se ha olvidado más de una vez del «nuevo» escondite, y ha acabado poniendo la casa patas arriba y culpando a Barbara y a las chicas. Por eso, su rutina ahora es dejarla en el cajón de los calcetines, dentro de un par de calcetines rojos de *rugby* que ya no utiliza. Le cuesta poco recordarlo y le parece que es poco probable que un ladrón rebusque entre los calcetines.

Con todo, de vez en cuando oye alguna noticia trágica sobre un niño que ha tenido acceso a un arma, y a Henry le entra el pánico y se va pitando a comprobar los calcetines rojos.

Hoy, Henry se ha levantado temprano en la tristeza ligera que impregna la habitación de invitados. Barbara insistió en que no volvería a entrar en la habitación de matrimonio en cuanto regresó de la comisaría. No lo habían arrestado de forma oficial y la policía aún sigue analizando la nueva coartada, pero cuando vio que Barbara lo obligaba a irse definitivamente, Henry comprendió que solo había conseguido empeorar la situación, a pesar de querer mejorarla.

«¿Qué te ha dicho la policía? ¿Por qué estaba tu coche cerca de la estación de tren? Me dijiste que estabas borracho y que habías dormido en el aparcamiento del *pub*. Por qué coño no me dices lo que está pasando, Henry...».

Echa un vistazo al reloj. Son las cinco y media. Busca la llave en el cajón de la mesita; anoche la sacó de los calcetines cuando Barbara estaba haciendo la cena. Se pone la misma ropa de ayer, que dejó tirada en una silla, y se mete la llave en el bolsillo derecho. Corre las cortinas y se estremece al ver que hace un día demasiado bonito para lo que le espera. Para los ánimos que tiene. Para el plan.

Henry oye su propia respiración unos instantes mientras observa las formas de las nubes. Son cirrostratos. Su padre también le había enseñado cuatro cosas sobre las nubes. Ser capaz de interpretarlas es esencial para un granjero. Los cirrostratos son como sábanas finas y casi transparentes colgadas en un tendedero. Indican la presencia cercana de lluvia, y siente una comezón involuntaria y familiar. La necesidad de ponerse manos a la obra. De seguir adelante.

Baja las escaleras, con cuidado de no hacer ruido: evita el tercer escalón empezando por abajo, es el que más cruje. Atraviesa la cocina y se dirige al cuarto de los zapatos. Allí está Sammy, con los ojos vivos y llenos de energía, meneando el rabo.

Henry nota un vacío en el estómago al encontrarse con la mirada ámbar que tanto conoce. Le acaricia la cabeza, «quieto aquí», y va hacia el despacho mientras se saca la llave del bolsillo. Elige la escopeta más antigua, saca la munición de la parte trasera del archivador de madera de la esquina —no es lo más seguro del mundo, pero últimamente ha descuidado un poco la seguridad—, vuelve a cerrar el armario de acero y regresa al cuarto de los zapatos; Sammy sigue ahí parado, con la cabeza inclinada, esperando su permiso.

—No. Hoy no, chico. Quédate aquí.

El perro parece desconcertado. Echa las orejas hacia atrás. Se mantiene firme y se mueve un poco.

—He dicho que te quedes aquí, ¿vale? Vuelve a tu camita. Ya.

Se miran de hito en hito y Sammy regresa a la cama con el rabo entre las piernas, se sienta jadeando y con la lengua colgando y observa, con los ojos redondos y brillantes, cómo Henry abandona la habitación.

Fuera hace más frío del que esperaba. Henry mira el jardincito que hay enfrente de la carretera de acceso, y vuelve a recordar las tiendas y el trampolín. Las chicas chillando de felicidad desde su escondite entre los arbustos.

Se acuerda de lo mucho que le gustaba a Anna que le diera vueltas por el jardín agarrándola solo por las piernas cuando era muy pequeña. Y de lo triste

que se había puesto cuando se había vuelto demasiado alta como para que aquello fuera seguro:

«Eres demasiado alta».

«No, *porfi*, papá».

«Te vas a dar un golpe en la cabeza. No lo voy a hacer».

Rememora la vigilia, y lo mucho que se sorprendió. Fue muy emocionante que viniera tanta gente. Las velas. Las canciones. Barbara y Jenny de pie, abrazadas, demasiado afectadas como para unirse, con los labios apretados para evitar echarse a llorar.

Henry vuelve la mirada para contemplar la casa, con las cortinas todavía corridas, y camina con el mayor cuidado posible por la grava hasta llegar al establo más cercano. Entra por una pequeña puerta secundaria y deja las grandes puertas dobles del tractor cerradas a cal y canto, como estaban. Se dirige hacia la esquina más alejada y se sienta entre las balas de paja que sobraron del día de la vigilia.

Deja el arma en el suelo y nota cómo se le acelera el pulso. ¿Está asustado?

No le viene a la cabeza una respuesta.

En cambio, sí que evoca todo un álbum de fotos: una baraja de cartas mezcladas y repartidas; Barbara y él durante la luna de miel, qué diferentes eran; las chicas cuando no eran más que bebés, Anna con el pelo rubio; Jenny, muy oscuro.

Henry se pregunta si el subconsciente está rescatando todas esas imágenes nostálgicas para tratar de disuadirlo. Pero... no. La policía no tardará en averiguar que no estaba durmiendo en el coche porque estuviera borracho. Más pronto que tarde, la policía, y también Barbara, descubrirán la verdad.

Entonces le viene otra cosa a la cabeza:

«Eres idiota, Henry».

El disparo se oirá desde casa. Joder. Vendrán y lo encontrarán. Y lo verán. Quizá la primera sea Jenny. ¿Cómo es posible que no haya pensado antes en eso?

Henry saca el móvil mientras intenta elaborar alguna estrategia. Podría llamar a la policía y decirles que vinieran. Sí. También podría atrancar las puertas desde dentro y que la policía tuviera que arreglárselas con eso primero. ¿Serviría de algo? ¿O quizá debería alejarse de la casa? ¿Tal vez en lo alto de la cresta?

Pero, entonces, en este último caso, otra persona lo encontrará. Otro pobre inocente.

En ese preciso instante, Henry se da cuenta de que no ha planeado detenidamente lo que está haciendo. Para nada.

Busca deprisa un trozo de papel en el bolsillo. ¿Y un bolígrafo? Sin embargo, solo encuentra unos recibos viejos, un trocito de cable y un paquete vacío de chicles.

Henry cierra los ojos y frunce el ceño al recordar a Sarah, la amiga de Anna, y el incidente de las pastillas. ¿Lo había pensado concienzudamente? ¿Era esta su intención de verdad? ¿Había llegado a escribir una nota? ¿Cómo se justificará él si no deja una nota?

El corazón le late tan deprisa que le empieza a doler el pecho de verdad. Prepara el arma, la amartilla con ambas manos y la vuelve a colocar en el suelo de modo que le apunte al cuello.

Por alguna razón, no puede dejar de pensar en una serie de televisión en la que un maquillador explicaba que habían utilizado un hígado para crear la sangre y los restos del cerebro, para que pareciera más realista. Se imagina que ya ha pulsado el gatillo y se pregunta qué habrá después. ¿La nada? ¿O habrá algo? Henry no es una persona religiosa, por lo que no sabe lo que le espera. Pero se sorprende al darse cuenta de que le preocupa el dolor.

Mueve la escopeta un poco para que apunte hacia el tejado del establo, y toma una decisión. Sin papel ni nota, la única opción que le queda es llamar a la policía. Sí. Agarra el teléfono con la mano derecha para poder llamar.

Tiene el número de la sargento Melanie Sanders guardado en la memoria y decide que primero hablará con ella. Le cae bien. Parece honrada. Decente. Mucho más agradable que el tipo de la Policía Metropolitana de Londres. Oye el tono de llamada. Una vez, dos, tres. Espera a que conteste. Cinco, seis. El corazón todavía le aporrea el pecho mientras cierra con fuerza los ojos y reza para que no salte el contestador.

Capítulo 21

La amiga

Sarah no abre la boca en el camino de vuelta a casa mientras que su madre habla como una cotorra. No tiene que ir al instituto. Puede tomarse el tiempo que necesite y recuperar fuerzas.

Su madre dice que se alegra de que haya podido arreglar las cosas con su grupito de amigos, y que tiene que recurrir ellos cuando necesite apoyo. Nadie le echa la culpa a nadie. Se acabaron ya las tonterías. ¿Por qué no quedan pronto alguna noche para cenar *pizza* y ver una peli?

Sarah se sorprende porque se siente insegura al caminar por el jardín delantero. Debe de ser por todo el tiempo que ha pasado en la cama. Observa los tres rosales que hay bajo la ventana del salón y repara en la gran cantidad de flores que hay. Cuando se la había llevado la ambulancia, recuerda estar tumbada en la camilla y pasar por delante de los parterres. En aquel momento, no había ni una sola flor. Ahora hay cinco. No, seis. Se le hace raro que algo así haya cambiado tan rápido.

—Vamos dentro, cielo. Nos prepararé un poco de té.

No le apetece, pero se no se lo dice.

Después de entrar, Sarah se queda de pie en el salón, algo aturdida, mientras su madre deja su bolsita en el sofá. Sarah la mira. Es su bolsa de viaje de tela escocesa. Dentro tiene el neceser de maquillaje que había usado a conciencia cuando habían ido a Londres. El lápiz de ojos, el rímel y su pintalabios favorito. Se contempla en el espejo que hay encima del sofá. Hoy no lleva maquillaje. Los ojos se le ven pequeños. Los labios, secos.

El reflejo también le muestra el abanico de fotos en todo tipo de marcos que descansan en la estantería de pino de la pared de enfrente. En una aparece

sentada en una piscina hinchable haciendo pompas de jabón. Sus padres están sentados a su lado, sonriendo.

En otra, está haciendo el pino, y la falda que llevaba se le había bajado y salía enseñando unas bragas moteadas blancas y rosas. Sarah frunce el ceño mientras trata de recordar quién hizo la foto.

Acto seguido, repasa el resto de las fotos hasta dar con la de su hermana Lily sentada en un banco durante unas vacaciones en Francia. Parece que está triste. Bueno, no, *triste* no es la palabra. Parece algo ausente y desconectada.

Sarah oye el ruido del hervidor de agua a través del pasadizo abovedado que conduce a la cocina.

—¿Por qué se fue Lily?

—Perdona, cariño, no te he oído con el hervidor. —Su madre vuelve al salón, se detiene y la mira.

Sarah sigue observando la foto de su hermana.

—¿Por qué se fue Lily?

—Me parece que no es el mejor momento para hablar de estas cosas. Tienes que descansar, cielo.

Sarah inclina la cabeza a un lado y se gira para clavar los ojos en los de su madre. Nota el picor de las lágrimas que están a punto de asomar y que el labio inferior le tiembla. Sabe lo poco que le costará a su madre volver a poner la anilla en la granada, como siempre. Porque Sarah siempre se lo permite.

—Fue por culpa de papá, ¿verdad? Por eso se fue.

Su madre palidece.

—¿Por qué dices eso? Ya sabes por qué se fue tu padre. Nuestro matrimonio no funcionaba... Cuando las cosas con Lily estallaron, el resto...

—¿Qué cosas fueron las que estallaron?

Sarah lleva tres años sin ver a su hermana. A veces, Lily llama para saber si Sarah está bien, pero ahora hace tiempo que no lo hace. Son amigas en Facebook, pero, cuando Sarah entra en su perfil, apenas la reconoce. Está pasando por algún tipo de etapa *hippie*. Lleva el pelo teñido de colores poco habituales, ropa rara... Vive en Devon, en una especie de comuna. Siempre está publicando cosas sobre cristales y sanación. Sobre yoga y velas. Sobre reiki y harina de espelta. Sarah aún la echa de menos; no comprende por qué Lily no se ha puesto en contacto últimamente con todo lo que le ha ocurrido. Con la desaparición otra vez en las noticias.

—Dime la verdad, mamá.

—Pero ¿a qué te refieres? Te estás poniendo un poco melodramática, cariño. Ha sido muy duro y debes de estar alterada. Lo de tu padre y yo... Pues dejó de funcionar. Ya está. Pero sabes que los dos te queremos igual.

Sarah no aparta los ojos de los de su madre y trata de interpretar esa mirada con todas sus fuerzas, atravesarla con la suya propia y provocar la reacción que busca. Sin embargo, el hervidor avisa de que el agua ha llegado al punto de ebullición y su madre gira la cabeza.

—No quiero tomar nada, gracias. Voy a echarme un rato.

—¿Ni un sándwich?

—He dicho que no quiero nada.

Sarah agarra la bolsa que hay en el sofá y sube las escaleras; cierra la puerta de la habitación y apoya la espalda en esta, sin sacar aún la mano del frío picaporte de cerámica. Se acuerda de que había sido Lily quien los había elegido: picaportes nuevos para toda la casa. «Es increíble la diferencia que pueden suponer los detalles más pequeños». Había ocurrido durante la etapa en la que Lily todavía hablaba de estudiar bellas artes y siempre se mostraba entusiasmada con un proyecto u otro. El lavadero siempre estaba patas arriba con todo tipo de planes. Una semana hacía manualidades con fieltro o serigrafía y, a la siguiente, sábanas de algodón teñidas a mano para hacer alfombras de trapillo.

Sin embargo, todo aquello había desaparecido de repente. Lo sustituyeron discusiones interminables. Gritos y portazos. Lily empezó a hacer novillos, se quedaba en la cama todo el día. Y tenía la misma expresión triste de la foto de Francia.

Sarah se mira el reloj y se dirige hacia el escritorio para encender la lámpara y ajusta el brazo para que ilumine a la perfección la zona de trabajo. Enciende el portátil y espera con impaciencia a que acabe de cargarse y arrancar.

Tiene el perfil de Facebook lleno de mensajes de apoyo en los que le desean que se recupere pronto. Al parecer, la mayoría de sus amigos sabían que hoy volvía a casa. Las noticias vuelan. Había tenido que eliminar de su lista de amigos a un montón de gente que no hacía más que decir mezquindades cuando Anna había desaparecido. De hecho, había llegado a plantearse cerrar el perfil. Todavía recibe de vez en cuando comentarios horribles con enlaces a alguna noticia, pero Sarah se esfuerza por ignorarlos y bloquea a cualquiera que se pase de la raya. Lo cierto es que no soporta lo que le dicen algunos, pero le preocupa mucho más lo que deben de decir a sus espaldas. Así que, de momento, no va a cerrar la cuenta.

Sarah se mete en el de su hermana y ve que ha actualizado la foto de perfil: ahora lleva las puntas teñidas de rosa. También ha subido un nuevo álbum de fotos de algún lugar que no reconoce: huertos de árboles frutales, campos, imágenes de posturas de yoga desenfocadas al alba y un grupo numeroso de personas cogidas de la mano, sin mirar a la cámara.

Sarah abre el chat y siente un arrebató de tristeza. La última vez que hablaron había sido poco después de que ocurriera todo. Relee todos los mensajes. Lily la había llamado varias veces, pero entonces Sarah todavía estaba conmocionada y no estaba muy comunicativa.

Ahora las cosas han cambiado. Esboza una mueca y se pone a escribir. «Tengo que hablar contigo, Lily...». Está a punto de darle al botón para enviarlo cuando vuelve a leerlo, frunce el ceño y se da cuenta de que es demasiado vago, con eso no conseguirá que le responda rápido. Añade su nuevo número de móvil y escribe algo más: «Es sobre papá. Creo que ha tenido algo que ver con lo que le haya ocurrido a Anna...».

Deja el cursor encima del botón de «enviar»; el corazón le late a mil por hora. Durante unos instantes duda sobre si será capaz de hacerlo. No sabe si tiene el coraje suficiente como para arrancar la anilla de la granada de una vez por todas. Se tapa la boca un momento con ambas manos.

Acto seguido, suelta todo el aire y lo envía.

Capítulo 22

El detective privado

—Te lo digo en serio, tienes que dejar de mirarme así.

La mujer de Matthew le sonrío mientras su hija mama, contenta, del pecho izquierdo. El bebé, tan minúsculo que parece imposible, tiene una mata increíble de pelo negro y está recostado sobre una almohada para proteger la barriga de Sally tras la cesárea.

Matthew no puede evitarlo. Se le cae la baba, tiene los ojos como platos. Todavía es todo tan...

—Lo siento, es que aún no lo he asimilado.

—Ya lo sé. «Es un milagro», no paras de repetirlo, Matt. Y me encanta que estés tan ilusionado, de verdad. Pero, por favor, te pido que dejes de mirarme con esa cara.

—¿Con qué cara?

—Esa cara de veneración que pones. Como si me hubiera convertido en una diosa o algo así. Me asusta. Casi más que la de sexo.

—Perdona, mi cara de sexo es la mar de normal. —Saca la lengua.

Matthew no está dispuesto a admitir que él mismo se ha visto la expresión —en el espejo del baño— después de un arrebato de rencor y paranoia, después de que Sally le dijera, cuando hacía poco que habían empezado la relación, que la cara que ponía cuando tenían relaciones era bastante «curiosa». Ninguna mujer se lo había dicho antes. De hecho, al recordar su imagen en el espejo, pensó que no era una expresión que atemorizara, pero era... apasionada.

—¿Te he dicho ya que eres increíble?

Matthew alargaba la mano para acariciarle el brazo a su mujer y después hace lo propio en el pelito oscuro de su hija.

Su hija. Le da varias vueltas a la palabra en su cabeza y respira hondo.

—Bueno, y ¿qué planes tienes hoy, papi?

La pregunta lo descoloca.

—¿Qué quieres decir? Me voy a quedar aquí sentado, con mis dos chicas preciosas. ¿Qué voy a hacer si no?

—¿Todo el día?

—¿Por qué no?

—Porque si te quedas aquí sentado con esa cara todo el día, no voy a dormir y tu hija tampoco, y te vas a morir de aburrimiento.

—No me aburro. Es...

—Un milagro. Ya lo sé, cielo.

Los dos se echan a reír a carcajadas.

Matthew se vuelve para echar un vistazo a la habitación, se levanta y se acerca a la bolsa que han dejado en la silla que sobra y que contiene todas las cosas de su hija. Está llena de objetos suavitos y preciosos, de color blanco o amarillo, porque no habían querido conocer el sexo del bebé de antemano.

Pueden disfrutar de la privacidad de esta habitación individual y llena de luz porque tuvieron que someter a Sally a una cesárea de urgencia. Matthew mantiene el rostro girado mientras vuelve a recordar el horror que han vivido. Ocho horas de tortura a las que ellos llaman parto, seguidas del terror que los había atenazado al saber que el bebé tenía la cabeza en una posición poco adecuada para que saliera y mostraba señales de no poder aguantarlo, de modo que era vital realizar una cesárea. No era lo que Sal quería en absoluto, y Matthew nunca olvidará el miedo y la angustia cincelados en el rostro de su mujer cuando se la llevaban en silla de ruedas al quirófano, mientras él le agarraba la mano e intentaba calmarla.

Por eso, seguramente, siente esta euforia desmedida. Por eso pone la cara de veneración. Por eso lo ha embargado una ola sobrecogedora de alivio.

—Mira, creo que sería mejor que te fueras a casa unas horas. Dúchate y echa una cabezada. Puedes llevarte la lista de cosas que necesito y volver esta noche. Mi madre me llamará otra vez esta tarde, y, si te digo la verdad, estoy exhausta, Matthew. Lo que necesito es dormir.

Ahora Matthew sí que se gira y se sienta a su lado en la cama.

—¿Estás segura? No me siento bien dejándote aquí sola todavía.

—Llevas horas y horas aquí, cariño.

—No se acerca ni de lejos a lo que has tenido que pasar.

Ella aprieta los labios y Matthew tiene la impresión de que distingue cierto brillo en sus ojos.

—Qué miedo, ¿verdad?

Él se limita a asentir, teme que se le rompa la voz si retoma la palabra demasiado pronto, así que aprovecha para toser, por si acaso.

—Matthew, voy a tener que quedarme aquí unos días, y era algo que no esperábamos. Así que ¿por qué no trabajas un poquito en el caso hasta que me den el alta?

—No estaba pensando en el trabajo. —Mentira.

Su mujer ladea la cabeza. Lo conoce a la perfección.

—Bueno, vale, quizá un poco. Pero solo porque cuando vives algo así, empiezas a ver las cosas de un modo completamente diferente.

—¿A qué te refieres?

—A nada.

Ojalá no hubiera dicho eso en voz alta; no quiere vincular su preciosa hija al trabajo, a las ideas inquietantes que le rondan la cabeza. Tampoco quiere que su mujer establezca esa relación. Sin embargo, lo cierto es que ahora es incapaz de planteárselo todo desde un punto de vista totalmente distinto. La imagen de perfil de Anna en Facebook, que es la que han usado en todos los telediarios durante el último año. Su madre, Barbara. Y Ella, también. Matthew lo enfoca todo de una forma distinta. Se le hace un nudo en el estómago y se da cuenta de que está moviendo la pierna derecha hacia delante y hacia atrás.

—Pues eso, que creo que tiene sentido que trabajes un poco entre visita y visita, y luego ya me mimarás cuando me den el alta.

Matthew se muerde el labio inferior. Sal quería volver a casa lo antes posible. Él confiaba en poder aparcar el trabajo durante las dos primeras semanas. Pero la cesárea y el ingreso subsecuente en el hospital les han desbaratado todos los planes.

—Vale, tienes razón. Me iré a casa, me ducharé, me pondré un poco al día con el trabajo y volveré por la noche. ¿Seguro que te parece bien?

—Me parece genial.

Matthew la besa en la boca con dulzura y acaricia ligeramente con los labios la cabeza de su hija.

—Es increíble, ¿no te parece?

—Es un milagro —responde ella, tomándole el pelo, pero con el mismo brillo de antes en los ojos.

* * *

Al cabo de una hora, ya en casa, Matthew camina preocupado de un lado para otro. Es muy extraño pensar en que no tardarán en volver todos. Como una familia. No solo Sal y él, sino los tres. Echa un vistazo alrededor, de repente se pregunta si tendrán suficiente espacio. En una esquina hay una cesta de mimbre grande con varias cosas nuevas, muchas de las cuales son totalmente extrañas para él. Hay un artilugio que se llama «gimnasio para bebés», que cree que viene desmontado. Y también cambiadores y cosas por el estilo.

Tiene la sensación de que todo esto es maravilloso, sí, un milagro, y a la vez le provoca un miedo horroroso. Matthew duda sobre si está preparado (¿acaso lo está alguien?).

Pulsa el interruptor para encender la cafetera y ojea el correo. No hay nada importante. Lo deja sobre la encimera de la cocina y saca el móvil justo en el momento en que la luz verde de la máquina le indica que ya está lista.

Coloca una taza pequeña de porcelana debajo de la boquilla y lo invade la sensación de desconexión que acompaña el agotamiento extremo. Tiene la impresión de no acabar de encajar en el espacio que lo rodea. Pulsa el botón para hacerse un café largo y con la otra mano marca el número de Melanie. Para su sorpresa, descuelga de inmediato.

—Me preguntaba cuánto tardarías en llamarme. ¿Cómo te has enterado? ¿Has oído campanas o, como yo siempre he creído, eres vidente? —Melanie le habla entre susurros.

Matthew nota que está frunciendo el ceño y se queda callado. No tiene ni la más remota idea de a qué se refiere.

—Las noticias vuelan.

—Lo sabe Ella, ¿no? ¿Así es como te has enterado?

Matthew no responde.

—Bueno, pues no se lo digas a nadie, pero como dice el refrán, ahora sí que se va a armar la gorda. Hasta donde yo sé, la prensa todavía no se ha enterado, y queremos que siga así. Al menos por ahora.

Matthew observa la prometedor espuma del expreso; se sorprende de que el farol haya funcionado. Da un sorbito y se pregunta qué diantres debe de haber pasado. Hasta anoche, los equipos de policía de Londres y de Cornualles querían tanta cobertura informativa del caso como fuera posible. ¿Qué ha podido ocurrir para que, de repente, la policía no quiera que la prensa se entere?

—¿Por qué no me cuentas lo que puedas, Melanie, y yo te cuento todo lo que sé? Además, prometo estar atento y avisarte si la prensa se entera de algo.

—Matthew tiene buenos contactos con los periodistas de la zona, y Melanie lo sabe.

—Esto es totalmente confidencial.

—Ostras, Mel, si ya me conoces... Que me cargué mi trayectoria profesional, pero no voy a joderte la tuya.

—Bueno, pero no quiero contártelo por teléfono. ¿Cuándo podríamos vernos en el Saltash? La cafetería de siempre.

—Te envió un mensaje.

—Genial. Y no le digas ni una palabra a nadie. ¿Vale?

—Hecho.

—Ah, por cierto, ¿cómo está Sally? Ya ha salido de cuentas, ¿no?

Una oleada de culpa lo asalta. La verdad es que durante unos minutos, Matthew se ha olvidado del tema. No, *olvidar* no sería la palabra. Digamos que... ha desconectado. Le sorprende haber sido capaz de hacer algo así y se pregunta si le pasará más veces a partir de ahora. El trabajo. La familia. Dos facetas que separa por completo en su cabeza. De pronto, evoca la imagen del hospital, vívida y encantadora.

—Ya soy padre, Mel. De una niña. Hemos tenido una niña preciosa.

Capítulo 23

El padre

Henry echa un vistazo a la celda de la comisaría y piensa en Sammy. Espera que Jenny lo saque a pasear como Dios manda. Se inclina hacia delante y se tapa la cara con las manos. Pobre Jenny. Con todo lo que ha sufrido, ahora le añade esto.

Cierra los ojos al recordar el lío descomunal y tremendo que ha armado. ¿Por qué no había tenido el valor de pulsar el gatillo?

Ha intentado tumbarse en la plataforma elevada y dura que hace de cama, pero le provoca dolor de espalda. El colchoncito azul de plástico no evita la crudeza del bloque de cemento. Se pregunta cuánto tiempo lo tendrán allí metido. Observa la puerta y lo recorre un escalofrío cuando recuerda el sonido que ha hecho al cerrarse. No se parece a nada que te puedas imaginar hasta que lo oyes desde el lado incorrecto. Henry no se considera claustrofóbico, pero nunca lo habían puesto a prueba de esta manera. Está acostumbrado al aire libre. A la libertad. Al aire fresco. Intenta recordar lo que dice la ley. ¿Cuánto tiempo puede retener la policía a alguien sin que se le acuse de algo?

Le han quitado los zapatos y el cinturón, y de repente se da cuenta de que probablemente está más acostumbrado a pasearse en calcetines que la mayoría de gente. Siempre deja las botas en el cuarto de los zapatos. No soporta las zapatillas de estar por casa. También es consciente de que debe de haber perdido peso a lo largo de los últimos días, porque se le caen los pantalones cuando camina hacia la puerta, que tiene una rejilla horrible.

Se acuerda de Barbara y de los pastelitos de ciruela. De Anna haciendo la rueda por el jardín. Del grupito de amigos, cuando se acercaban y se alejaban

corriendo del aspersor. Lo que necesita es una TARDIS para volver atrás en el tiempo. A una versión de su vida completamente distinta.

De repente, la impaciencia y la rabia embargan a Henry. Ya basta. Ya ha tenido suficiente. De todo. De este sitio. De esta mierda de sitio.

—¿Puedo hablar con alguien, por favor?

No recibe respuesta.

Henry golpea la puerta y grita más fuerte.

—¡Necesito hablar con alguien!

Al cabo de unos minutos, oye cómo se desliza la puertecita de la rejilla y se encuentra con la mirada de un agente uniformado.

—¿Quiere hacer el favor de callarse?

—Quiero hablar con mi abogado.

—Pero ¿no decía que no había hecho nada malo y que no necesitaba un abogado?

Usa un tono de puro sarcasmo.

—Pues he cambiado de idea. Quiero ver a mi abogado. Conozco mis derechos y no voy a hablar con nadie más hasta que no hable con él.

—Pues muy bien. Me lo apunto. Pero aquí mandamos nosotros y va a tener que esperar.

Henry le sostiene la mirada desde el otro lado de la rejilla.

—No he hecho nada malo.

—Por supuesto que no.

El transcurso de dos horas más fuerza a Henry a afrontar la humillación que le supone utilizar ese retrete asqueroso que queda a la vista, y reza con todas sus fuerzas para que mientras tanto no se produzca ningún movimiento en la rejilla.

Ha insistido en que quiere ver a su propio abogado y no a uno de oficio, lo que parece haber ralentizado un poco el proceso.

Cuando por fin le dejan hablar a solas con Adam Benson, quien hasta el momento solo se había encargado de cuestiones de la propiedad y del testamento, Henry comprende la gravedad de la situación y de sus errores de cálculo. Adam se sincera sobre su limitada experiencia en procedimientos criminales. Con todo, Henry le dice que no quiere a nadie más. El consejo de Adam es simple: «Dime la verdad. Confía en mí».

—¿Hay algo que debas contarme, Henry? Porque, en ese caso, te recomiendo encarecidamente que lo hagas, y me pondré en contacto con algunas personas más capacitadas que yo para gestionar esta situación.

¿La verdad?

Henry evoca a Anna sentada a su lado en el coche. Con el rostro pálido. «Me das asco».

* * *

Henry nota que le tiembla el labio inferior cuando entra en la sala de interrogatorios, donde lo espera Adam, sentado justo enfrente del puñetero inspector de Londres. Un hombre que Henry no puede ni ver.

—No podéis tenerme aquí para siempre. No he hecho nada malo ni ilegal.

—Ha apuntado a uno de mis agentes con una escopeta, señor Ballard. Y a eso lo llamamos «actitud amenazante».

—Entrasteis a la fuerza en el establo. Me asustasteis. Solo protegía mi propiedad.

—Señor Ballard, entramos a la fuerza después de que usted nos llamara muy agitado y nos exigiera hablar con la sargento Melanie Sanders. Entramos a la fuerza para evitar que se hiciera daño a sí mismo o a otras personas. Usted lo sabe, yo lo sé, así que ¿por qué no dejamos ya de insistir en esta tontería del allanamiento? Nos ahorraremos mucho tiempo.

Adam gira la cabeza con los ojos como platos y le dedica un asentimiento a Henry para animarlo a seguir el consejo del inspector.

—Estaba muy angustiado. No podía más. La desaparición de Anna...

Henry nota que el corazón le late con fuerza e intenta relajarse.

De pronto, siente unas ganas tremendas de volver a casa, de pedirle perdón a Barbara y, sobre todo, a Jenny por la escena que había montado en el establo. Por los gritos. Por haber llegado a un punto muerto. Porque el pobre Sammy se había echado a ladrar, frenético, afuera. «Por todo este lío. Este lío espantoso». Además, Henry quiere hablar con Melanie Sanders, no con este capullo londinense.

—¿Por qué no puedo hablar con la sargento Melanie Sanders? —Cuando los había llamado desde el establo les había dejado claro que solo hablaría con ella.

—En estos momentos no trabaja. Se lo dijimos cuando nos llamó... Sigamos. La última vez que hablamos formalmente... antes de este incidente reciente... —El inspector va hojeando documentos. Henry supone que es la transcripción de la última declaración, la que había hecho después del programa de televisión—. Nos dio una segunda versión de su ubicación la noche en que Anna desapareció. Por tanto, ahora mismo su coartada es que

dejó el coche cerca de la estación de tren la mayor parte de la noche porque había bebido demasiado y decidió dormir en los asientos traseros.

—Exacto.

—Y ¿es eso lo que le dijo a su esposa? ¿Por eso le pidió que nos mintiera?

—Sí. Me daba mucha vergüenza haber acabado tan borracho. Pensé que daría muy mala imagen.

—He aquí el problema, señor Ballard. Hemos vuelto a hablar con los testigos que llamaron después de la emisión del programa y no vieron a nadie durmiendo en los asientos traseros del coche.

—Quizá no me vieron porque estaba tumbado. O quizá vieron el coche antes de que yo saliera del *pub*.

—Ah, cierto. El *pub*. The Lion's Head. Bueno, pues he ahí el otro problema. Me pregunto por qué no dejó el coche en el aparcamiento del *pub*. Además, parece que nadie en el Lion's Head recuerda haberlo visto esa noche.

—Estaba muy lleno. Tanto el aparcamiento como el *pub*. A reventar, de hecho. ¿Por qué iban a fijarse en mí?

Henry nota que le han empezado a sudar las manos de repente y se las seca en los pantalones por debajo del escritorio. Se vuelve hacia su abogado, que está tomando notas en un cuaderno, y se pregunta para qué serán las notas. Echa un vistazo a la grabadora que está registrando el interrogatorio y piensa en si les darán una transcripción. Está empezando a aprender que el problema de mentir es que tienes que recordar los detalles de lo que cuentas. Debes conseguir que todo encaje. Sin embargo, cada nueva versión hace que eso sea cada vez más difícil.

—¿Qué puede decirme de la amiga de su hija, Sarah? ¿La conoce bien?

—El inspector se inclina hacia delante para examinarlo de cerca cuando Henry responde.

—No sé a qué se refiere. Es la mejor amiga de Anna. Desde hace años. Viene mucho a casa, como el resto de sus amigos. Siempre los hemos recibido con los brazos abiertos.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a Sarah, señor Ballard?

—¿Cómo?

Capítulo 24

La amiga

Sarah, abstraída, piensa en el canto. Pronto había descubierto que cantar era una de las aficiones que tenía en común con Anna —además de la obsesión con el juego de las dos pelotas cuando se habían conocido—. Las dos cantaban en el coro durante la educación primaria, y les encantaba. Después, en secundaria, se habían apuntado juntas al grupo de teatro musical.

Durante unos cuantos años, ese caldo de cultivo de ambiciones teatrales había comportado una montaña rusa de lágrimas y rabieta, triunfos y tragedias para las dos chicas. Entre el primer y el segundo curso de secundaria, el compañerismo era casi siempre algo positivo. Las dos jovencitas cantaban juntas partes del coro. Sin embargo, cuando habían empezado a participar en las audiciones para los papeles más importantes, todo se había vuelto más competitivo. Al igual que sus hormonas, la nostalgia y las inseguridades habían comenzado a bullir, y Anna y Sarah se tomaron las discusiones y las reconciliaciones posteriores desde un punto de vista totalmente diferente.

Mientras Sarah sorprendía a todo el mundo con su talento académico creciente, Anna se convirtió en la que cantaba mejor. Cuando llegaron a tercero, las dos se obsesionaron con la idea de convertirse en una estrella de musical. Ambas creían que era perfectamente factible y habían urdido un plan para solicitar plaza y estudiar juntas música e interpretación. Se imaginaban compartiendo piso y pasándose el día cantando en un escenario del West End, y decidieron ignorar la desaprobación de Tim, Paul y de los adultos de sus familias.

El padre de Anna se había mostrado especialmente desdeñoso: «Esto es culpa de *Factor X*, Anna». No dejaba de repetirles, sentado a la mesa de la granja en calcetines, que una cosa era disfrutar de las obras de la escuela, y otra muy diferente era engañarse y creer que de aquello podían hacer carrera. «¿Sabéis, chicas, dónde acaban la mayoría de los estudiantes de teatro musical? Sirviendo mesas y cerveza. Dejaos de quimeras y pensad una carrera de verdad. Las dos. Algo que tenga salida...».

Sarah y Anna le hacían caso omiso. Se acurrucaban en la habitación de Anna, tapadas con las sábanas, y veían sus espectáculos favoritos en DVD una y otra vez. *Cats*. *El fantasma de la ópera*. *Starlight Express*.

Y entonces, un sueño hecho realidad: cuando comenzaron cuarto, el departamento de teatro anunció que la obra de ese curso sería el musical favorito de las dos: *Los miserables*.

Sarah suspira y echa un vistazo al reloj. Entrecierra los ojos al recordarlo. La primera discusión que había tenido con Anna sobre para qué papel iban a presentarse a la audición cada una. Recuerda estar sentada en la habitación de Anna y haberse quedado calladas, al comprender las dos, con sorpresa y miedo, lo que le aguardaba a su amistad.

De pronto, no había lugar para la lealtad o los acuerdos. Las dos estaban preparadas para sacrificar hasta su alma con tal de interpretar a Fantine.

Desde el principio, Sarah sabía que lo más probable era que le dieran el papel a Anna, pero no por eso dejó de intentarlo. En su habitación, había mirado una y otra vez en secreto a Anne Hathaway en la película homónima, hasta que hubo perfeccionado cada movimiento, cada suspiro, cada lágrima. Aunque le da vergüenza admitirlo, comenzó a desear que Anna se resfriara o que su padre le prohibiera la distracción que suponía el teatro musical durante aquel año, porque había exámenes finales.

Pero no. El día de la audición, las dos estaban allí —mejores amigas y a la vez archienemigas—; se habían deseado lo mejor para la galería, pero cultivado en secreto pensamientos nuevos y confusos. Sarah estaba avergonzada, pero la consumía la ambición y los celos.

El 3 de octubre se acabó todo. Una nota en el tablón de anuncios del departamento lo confirmó: Anna interpretaría a Fantine. Sarah estaría en el coro con la «responsabilidad adicional» de estudiarse el papel de *Madame Thénardier* por si hubiera que sustituir a la actriz principal. La villana.

La expresión de Anna lo dijo todo sobre su personalidad:

«¿Quieres que renuncie, Sarah? De verdad, si es tan importante para ti, lo dejo. Igualmente, mi padre no quiere que lo haga. No quiero que esto se

interponga entre las dos».

«No seas tonta. Me alegro por ti».

Después, durante semanas y meses, Sarah había tenido que ser testigo de todo. De que Anna se convirtiera en el centro de atención. De que todo el mundo admirara su talento. Todos los chicos, que decían que los del teatro musical eran «para troncharse», habían empezado a verla con otros ojos, porque los ensayos se grababan y se publicaban en Facebook. Hasta pareció que Tim y Paul, que detestaban los musicales, se volvieron más tolerantes y mostraron interés en lo que pasaba. Sarah todavía estaba coladita por Paul en secreto, y no soportaba ver las gracietas que este publicaba en Facebook en las que le decía a Anna lo fantásticamente bien que le sentaban los trajes.

En esa época, Sarah había comenzado a cambiar. No había sido una decisión consciente. Fue más un experimento para subirse la autoestima... Y la había llevado a su perdición. Había descubierto que había otras maneras de tener éxito con los chicos. Al principio se sentía muy poderosa. Había conseguido ser otro centro de atención. Después, enseguida, había surgido el lado más repugnante: habladurías y comentarios desagradables que recibía en redes sociales. Alguien compartió una fotografía. Y, de repente, todo se le había ido de las manos.

No habían tardado en empezar a tildarla de guarra. Alguien hizo correr el rumor de que una vez les había hecho una felación a dos chicos del equipo de *rugby* en la misma fiesta.

Anna, siempre fiel, le repetía que los ignorara, que solo la odiaban. Sarah se preguntaba si Anna, en lo más profundo de su ser, sospechaba que se estaba descarriando, pero nunca llegaron a hablar del tema en condiciones. En público, Anna solo la defendía. Según esta, la gente se inventaba aquellas cosas porque tenían envidia de lo inteligente que era. Sarah nunca le había dicho que era verdad.

Todo.

También en esa época, la amistad de la pandilla había comenzado a irse a pique. ¿Fue quizá porque los otros chicos les contaban demasiadas cosas a Tim y a Paul? Sarah nunca lo ha sabido a ciencia cierta.

Y, ahora, mientras mira los horarios de tren en el móvil, Sarah se da cuenta de la necesidad imperiosa que tiene de ir a Tintley y hablar de todo aquello con la única persona que puede entenderla.

Lily.

Durante todo un año, Sarah se ha convencido a sí misma de que Antony y Karl son los culpables de lo que sea que le haya pasado a Anna. Sin embargo,

se le han empezado a ocurrir ideas nuevas y turbadoras, no puede dejar de darles vueltas, y van cobrando más fuerza cada día.

Porque Sarah recuerda que su padre había aparecido en la escuela cuando menos los esperaban para ver la obra de *Los miserables*. Recuerda lo mucho que repetía lo maravillosa que había estado Anna.

Y no puede olvidar la verdad de lo que había sucedido en Londres. La verdad sobre lo que había pasado en la discoteca. Y el mensaje.

El mensaje que todavía no se ha atrevido a enseñar a nadie.

TE VEO...

20:00

Elijo a las personas que observo con cuidado.

Tienen que ser especiales. A veces, lo hago porque las quiero y sé lo mucho que me necesitan; otras, porque las odio. Nunca elijo a nadie que esté en un punto intermedio. ¿Para qué esforzarte si no es por alguien que te inspira un sentimiento poderoso?

La situación actual es complicada, porque he tenido que dejar de observar durante un tiempo. Me frustra mucho. Me pone de los nervios, como si necesitara un cigarrillo.

Pero sea como sea, tienes que estar tranquilo. Tienes que ser más inteligente que la gente a la que vigilas. Tienes que mantener la expresión adecuada. Hablar en el tono correcto.

Y eso se me da de perlas.

La expresión adecuada.

El tono correcto.

Para que no sepas a quién estoy vigilando. Ni por qué.

Capítulo 25

La testigo

Luke recibió el mensaje ayer al anocheecer. Emily ha perdido al bebé. Nos hemos pasado gran parte de la noche hablando y dándole vueltas sin llegar a nada.

Luke está destrozado: siente una mezcla de tristeza, alivio y un profundo sentimiento de culpa. Ella se niega a hablar con él por teléfono. Solo le ha respondido una vez, pero no hacía más que llorar, y al cabo de poco le ha enviado un mensaje y le ha pedido que la deje en paz. Emily no sabe cómo sentirse. Nadie lo sabe.

Nunca he visto a Luke tan deprimido. Ni tan triste. Todavía no dejo que vaya al instituto. Ha empezado a preocuparse porque se ha perdido muchas clases, pero sigo pensando que ya se pondrá al día cuando pueda o, en caso de necesitarlo, incluso puede repetir. Me encantaría quedarme en casa para apoyarlo, pero vuelvo a encontrarme con un dilema. Tengo que acabar el encargo de una boda y tener todas las flores listas para la furgoneta de mensajería que llegará a las ocho en punto. Los ramos tienen que estar en casa de la novia, como muy tarde, a las diez y media, y el resto de las flores, en el banquete, poco después. He intentado llamar a un par de amigos floristas para ver si pueden hacerme un favor urgente y encargarse del pedido, pero nadie puede.

Así que, ¿qué hago? ¿Dejo tirada a una novia?

Tony está de viaje y pasará dos noches fuera, tiene que reunirse con directores de otras zonas —uno de esos encuentros para fomentar el espíritu de equipo—. No ha podido escaquearse, ya que es posible que su jefe también haya ido. Así que me toca a mí tomar la decisión. ¿Es lo más acertado dejar

solo a Luke y es seguro que yo esté en la tienda temprano ahora que ya tenemos el nuevo sistema de seguridad?

Hemos cambiado las cerraduras y nos han instalado una alarma, pero el dichoso sistema ha estado fallando y los vecinos que viven encima de los negocios se han quejado. Hay algo que la activa por accidente. Ya ha saltado tres veces, y, si soy sincera, estoy harta. Nos ha costado una fortuna y no es suficientemente buena. La empresa no deja de ponerme excusas cuando los llamo y me insinúa que será por cómo la he configurado. Pero no soy tonta, he seguido las instrucciones al pie de la letra.

En el último correo electrónico me intentaban convencer de que el sistema necesitaba un tiempo para estabilizarse; ni que fuera una permanente que necesita varios días para asentarse. Que estamos hablando de electrónica. De ciencia. Así que tiré a degüello y les amenacé con ir a atención al consumidor. En el correo de respuesta me dijeron que los ratones pueden activar las alarmas. ¿Ratones? ¿En serio?

He tenido que ir a las dos de la madrugada a la tienda y dejar un rato solo al pobre Luke. Lo confieso: en vez de reiniciarla, he apagado el cacharro del demonio. Sí, ya lo sé. Pero es que solo empeora las cosas. Es una pérdida de espacio.

Ahora son las cinco de la mañana y tengo que irme ya si quiero tener las flores a tiempo para cuando llegue la furgoneta. Preparo dos tazas de té y llevo una a la habitación de Luke.

Está sentado en la cama, todavía vestido con el chándal que vestía ayer.

—He hecho té.

Me mira como si le estuviera hablando en una lengua desconocida. Como si no me reconociera.

—¿Crees que se va a enterar todo el instituto?

—No lo sé, amor. Espero que no.

—Yo también lo espero. No podría soportarlo. Me refiero a que Emily tenga que pasar por eso. —Se tapa la cara con las manos.

—Mira, cielo, no te voy a pedir que vengas conmigo a la tienda. Pero tu padre se va a enfadar si se entera de que he ido sola, así que lo mejor será que no se lo digamos.

Luke se vuelve hacia mí con la mirada perdida.

—¿Crees que es seguro que vayas sola?

—Sí, claro. No te preocupes, cielo. Tenemos la alarma. No me va a pasar nada. La policía está segura de que las postales son de alguien que quiere llamar la atención. Son desagradables, pero son inofensivas.

—¿De verdad? ¿No quieres que vaya?

—No, cariño. Tienes muy mala cara. Quiero que descanses y que me prometas que estarás bien y que, bueno, que tengas presente que todo saldrá bien. Estamos aquí para ayudarte. Y sé que ahora mismo estás demasiado triste y confundido, pero pasará.

—¿Sigues preocupada por... por esa chica? ¿Por Anna?

—No, cariño. He intentado dejar de pensar en ella. Ahora estoy preocupada por ti.

Le digo que tendré el móvil a mano y que me llame o me envíe un mensaje inmediatamente si surgiera cualquier cosa. Hoy no voy a abrir la tienda. Cuando el repartidor se lleve las flores de la boda, pondré el cartel de «cerrado» y volveré directa a casa.

—¿Te parece bien, Luke? ¿Estar solo unas horitas?

Asiente con la cabeza.

—Ten el móvil encendido, cielo.

Vuelve a asentir.

* * *

A esta hora de la mañana nunca hay tráfico, y no tardo en llegar con el coche a la puerta de la tienda. Es ridículo, pero ahora conduzco con las puertas cerradas. No se lo he dicho a Tony, y tampoco estoy muy segura de qué creo que puede pasarme.

El problema es que cuando estoy en la tienda aún tengo la sensación de que me observan. Es una percepción física y extraña, como si alguien me hubiera dado un golpecito suave en el hombro antes de volverme y descubrir que estoy sola. Supongo que debe de ser la paranoia. Lo que ha dicho la policía no me tranquiliza tanto como he hecho creer a Luke y a Tony. Todavía recuerdo el incidente de las tijeras de podar.

Me he planteado volver a llamar a Matthew, pero ha estado desconectado del tema desde que su mujer dio a luz y no quiero molestarlo. En cualquier caso, él es detective privado, no un guardia de seguridad.

Echo un vistazo a los alrededores del coche. No veo nada que se mueva. Las luces de los pisos siguen apagadas. Debe de haber entre doce y veinte pasos desde el coche hasta la tienda. He hecho este trayecto un millón de veces, día sí y día también. No puedo permitirme estar así.

«Tranquilízate, Ella».

Respiro hondo, aprieto la palanca para desbloquear las puertas y salgo del coche tan rápido como puedo. Con las llaves de la tienda en la mano, me espero a llegar al portal antes de girarme y pulsar el botón de la llave del coche para cerrarlo. El corazón me late con fuerza cuando entro en la tienda y compruebo que la puerta está bien encajada para que la cerradura automática se bloquee. Es un tipo especial de cerradura nueva para la que se necesita una llave una vez cerrada, como ocurre con la puerta de las habitaciones de los hoteles. Durante el día, mantengo la puerta abierta con un cubo de flores lleno de los ramos especiales del día. Pero ahora compruebo dos veces que está bien cerrada y asegurada. Bien. Dejo la persiana del interior de la puerta bajada. El interior de la tienda se ve por el escaparate, pero eso no puedo evitarlo. De todas formas, trabajaré sobre todo en la parte trasera.

Me muevo deprisa por la zona de trabajo, me quito la chaqueta, la dejo en una silla y enciendo la cafetera. Soy muy organizada. Anoche llené la cafetera para que estuviera lista esta mañana mientras preparaba los seis centros de mesa que ahora reposan en el estante central del refrigerador. Las flores para los tres ramos nupciales están metidas en agua con cuidado, en el estante inferior, en el orden en que las prepararé. Primero los ramos de las damas de honor y después el de la novia.

Cuando abrí el negocio, solía preparar todas las flores para bodas el día anterior. Me preocupaba ir corta de tiempo y meter la pata. Ahora sé exactamente cuánto tardo en hacer cada cosa y tengo más confianza en mí misma. Prefiero que todo esté lo más fresco posible, así que solo preparo los ramos de novia el día anterior si hay algún contratiempo con la mensajería o problemas puntuales con el suministro de flores.

Antes también solía hacer los repartos yo misma, pero ahora tengo a un chico excelente que me ayuda. Contratar a Tom me sale barato y es alguien de quien me puedo fiar; maneja las flores con cuidado y nunca me ha dejado tirada. Llegará en menos de tres horas, así que tengo que ponerme manos a la obra.

El pedido de hoy consiste en tres ramos informales de rosas y margaritas grandes; ambas flores son fáciles de conseguir. Los arreglos informales y hechos a mano son mi especialidad, pero la novia quiere un acabado clásico con lazos. Los ramos se hacen rápido, pero siempre tardo un poco más, así que, si empiezo ahora, iré bien de tiempo.

Me encanta que la novia se haya decantado por la simplicidad. Su vestido tiene un montón de lazos, así que quiere unas flores muy sencillas para que contraste. Sabia decisión.

En los ramos de las dos damas de honor voy a poner gerberas de un rosa intenso y capullos de rosa bien cerrados. Lo preparo todo en el banco de trabajo, empiezo a cortar trocitos de celo floral y los engancho en el borde del banco. A continuación, empiezo a crear el primer ramo: sitúo la mejor flor en el centro y voy añadiendo el resto en espiral hacia fuera. Queda muy bien. Las flores son de una calidad excepcional y voy a buen ritmo. No siempre lo consigo. No tardo en darle la forma que quiero y lo coloco en un espejo situado estratégicamente para poder observar cómo se ve el ramo desde el otro lado. Genial. Sin duda. Estoy muy satisfecha. La forma es excelente. Vuelvo al banco de trabajo y uso el celo para asegurar los tallos, pero sin que estén demasiado apretados: hay que ir con cuidado de no dañarlos. Después, meto ese primer arreglo en uno de los jarrones del banco, y, al girarme, veo que el café está listo. Me lo sirvo en una taza grande y le echo un poco de leche de la mininevera, y me siento.

Ahora, al dejar de pensar en las flores, comienzo a darle vueltas a todo. Me llama la atención el gancho del techo: es el que usábamos para el balancín de Luke cuando era un bebé, y lo recuerdo dando botes y sonriendo. Era muy feliz.

Hice todo lo que pude por animarlo anoche, pero no fui capaz de encontrar las palabras. Y, ahora, pienso en lo cerca que he estado de ser abuela y me derrumbo. Lágrimas. No sollozo: tan solo noto la humedad en las mejillas. Me permito llorar mientras me tomo el café, la sal se mezcla con la bebida, y poco después agito la cabeza y busco un pañuelo en el bolso, que he dejado en el mostrador. Me limpio la cara, me sorbo la nariz y me vuelvo hacia las flores.

Pongo el piloto automático. Me seco las manos con cuidado en la toalla que hay junto a la pila y saco un lazo doble de color marfil de los cajones — de un rollo caro que reservo para las bodas— y el paquetito de alfileres de perlas. En esta parte hay que proceder con especial cuidado.

Saco las flores del jarrón y uso mis tijeras favoritas, las del mango rojo, para igualar la altura de los tallos. A continuación, enredo el lazo con cuidado para cubrirlos, giro la punta del final para que quede bonito y lo aseguro con los alfileres. Lo sostengo a la altura de la cintura para comprobar que es cómodo y vuelvo a colocarlo ante el espejo; acto seguido, deslizo los dedos arriba y abajo por el lazo para asegurarme de que no hay ninguna punta de alfiler que sobresalga. No encuentro ninguna. Ha quedado precioso.

La siguiente parte es más compleja, porque tengo que asegurarme de que el segundo ramo de las damas de honor es exactamente igual que el primero,

y que no haya ninguna variación o desequilibrio que arruine las fotografías. Son las cosas que aprendes con los años. Lo crucial que es la atención por el detalle.

Justo estoy echando un vistazo al reloj que hay encima de la pila cuando lo oigo. Me quedo muy muy quieta, y tuerzo el gesto porque el sonido no tiene ningún sentido. Suena justo como sonaría meter una llave en la cerradura.

Desde donde estoy, a través de la entrada, no se ve la parte delantera de la tienda.

—Luke, ¿eres tú?

Nadie más tiene llave.

De nuevo, me quedo inmóvil, como si al hacerlo, de alguna manera, anulara mi presencia. Como si así pudiera evitar que me sucediera algo malo.

—Luke, me estás asustando. ¿Estás bien, cariño?

Sigo sin recibir una respuesta, así que, lentamente, alcanzo el bolso, saco el móvil y marco el número de la policía.

—Seas quien seas, te informo de que estoy llamando a la policía. ¿Me oyes?

Vuelvo a oír más ruidos: alguien sacude con fuerza el picaporte y luego, pasos. Me acerco a la entrada, desde donde sí veo por el escaparate, y diviso el destello de unas luces en el exterior. Al parecer, hay un coche que da marcha atrás y se va a toda prisa.

El corazón me late a mil por hora y sigo con el móvil en la mano cuando por fin la llamada de emergencia da señal, y justo entonces la veo. Al otro lado del cristal. Está en el suelo, justo delante de la puerta.

—Policía, bomberos o ambulancia. ¿Qué servicio de emergencia necesita?

Observo el objeto que hay en el suelo, a menos de un metro de la puerta, y de pronto me invade un batiburrillo de imágenes confusas. No entiendo ni una sola.

—Lo siento, he llamado por error.

Cuelgo y me dirijo hacia la puerta. Abro, salgo, recojo el objeto y vuelvo a cerrar enseguida la puerta desde dentro.

Me presiono el pecho con la otra mano, quiero que se me calme el pulso; mientras, la cabeza se me llena de preguntas.

Sostengo el objeto en una mano y lo observo, como si de alguna manera eso pudiera cambiar lo que es. Le doy la vuelta, incrédula porque la reconozco. Porque me trae a la memoria recuerdos muy vívidos.

Entonces, marco el número de Luke.

Suena cinco, seis veces hasta que responde, medio dormido.

—¿Qué pasa, mamá? Estaba dormido.

—¿Sigues en casa?

—Sí, claro.

No tiene sentido. ¿Por qué iba a mentirme? ¿Por qué iba a querer venir hasta aquí y darme un susto?

Miro la pieza sólida de plástico que tengo en la mano, y acaricio uno de los lados con el pulgar. Sé que es de Luke. Ahora mi único cometido es decidir qué demonios voy a hacer.

Capítulo 26

El padre

Henry tiene la vista clavada en la mosca que hay en la pared. No tiene ni idea de por qué la policía le está haciendo preguntas sobre Sarah. No quieren explicárselo.

Lleva allí encerrado sabe Dios cuántas horas y la mosca lo está volviendo loco. El insecto se ha detenido un instante para luego saltar de aquí para allá, primero en diagonal, aproximadamente medio metro, y después en vertical. Henry entrecierra los ojos e intenta comprender por qué la escena le suscita esa extraña familiaridad, rebusca entre los recuerdos hasta que, al final, establece la relación.

Se echa a reír. «Norman Bates». Suelta carcajadas mientras sacude la cabeza ante lo absurdo y lo surrealista de la situación. La acústica de las celdas de la comisaría es muy potente, y escucha cómo el eco de su risa se desvanece, primero entre esas cuatro paredes y, después, en su cabeza. Mientras espera a que se haga el silencio absoluto, se inclina hacia delante hasta taparse la cabeza con las manos, toma una decisión y se levanta.

«Vale, Norman, ¿qué te parece si esta vez matamos la mosca?».

Animado de repente por esta nueva determinación —las ganas de querer hacer algo por fin—, Henry echa un vistazo a la habitación en busca de la solución al desafío consiguiente: es decir, cuál será el arma. Durante un instante, se plantea quitarse la camiseta y utilizarla para golpear la mosca, pero se imagina al guardia que mira a través de la rejilla y le ve el torso ligeramente fofo y decide rechazar esta opción. Todavía tienen el cinturón por seguridad. «Mmm». Y, en ese momento, se le ocurre una idea. Se mira los pies.

Henry se quita el calcetín izquierdo y comprueba hasta dónde lo puede estirar. La tela elástica, lo que satisface a Henry. Bien. Por suerte es de una mezcla de algodón y lana, no de esa basura sintética que venden ahora. Le irá de perlas. A continuación, se queda inmóvil, sentado en el colchón de plástico azul, y espera. La mosca se vuelve a mover unas cuantas veces y al final se detiene en medio de la pared que Henry tiene justo enfrente.

Lentamente, Henry apunta, mientras intenta moverse lo menos posible. «Paciencia, Henry, paciencia. Espera... espera... y dispara. Joder». El calcetín golpea la pared a una velocidad increíble, pero erra su objetivo por un milímetro; la mosca comienza a zumbear por el cuchitril.

Henry se levanta para recuperar el calcetín y vuelve a sentarse en la cama, justo en el momento en que repara en otra ironía: su guerra eterna contra las moscas.

Desde pequeño ha sido incapaz de soportar el hecho de verlas molestando al ganado. Sentía incluso náuseas al verlas avanzar hasta los ojos de las vacas o los terneros mientras los pobres animales meneaban el rabo y las orejas.

Había oído hablar largo y tendido del riesgo que suponían, y no solo para el ganado. En la cocina, su madre se quejaba de las terribles enfermedades que transmitían las moscas. En la parte alta de la pared, tenía una versión en miniatura de las lámparas matamoscas industriales de las cocinas de los restaurantes. Henry se quedaba mirándola fijamente, fascinado y con un ligero malestar al ver la barra azul destellar con cada nueva sentencia de muerte.

En esa misma época, en la granja, su padre le inculcaba las opciones para controlar las moscas que incordiaban al ganado. Era una parte esencial de la gestión ganadera, ya que las moscas no solo eran molestas, sino que causaban enfermedades oculares, poca productividad y todo tipo de problemas. Cuando al final la granja había pasado a sus manos, Henry estaba más que acostumbrado a la espantosa realidad de tener que asignar una porción importante del presupuesto anual a aerosoles y etiquetas insecticidas para las orejas.

«De verdad que no las soporto», piensa mientras inspecciona la celda policial en busca de su nueva enemiga. Supone que la atraerá el horror que constituye la taza del váter de acero inoxidable y, en efecto, al cabo de unos pocos minutos, ahí está, posada en el borde. Durante unos segundos, Henry piensa en cuánto tardarán en soltarlo, y reza para que sea antes de que tenga que cagar. No quiere ni imaginarse el sargento que lo vigila abriendo la puerta mientras él está en uno de los momentos más íntimos que uno puede tener.

¿Puede que sigan algún tipo de protocolo? ¿Quizá miran por la rejilla primero y dejan que acabes?

La mosca no se mueve. Henry estira el calcetín por segunda vez, intentando con todas sus fuerzas mantener inmóvil el resto del cuerpo. La mosca echa a andar, primero por dentro de la taza y después de nuevo por el borde —no hay tapa— en el sentido inverso a las agujas del reloj. Finalmente, vuelve a detenerse y Henry apunta.

Esta vez no solo lo consigue, sino que lo invade una euforia absurda.

—¡Te pillé!

Lo grita más alto de lo que quería, y no tarda en aparecer un rostro en la rejilla de la puerta. Es un agente distinto, más joven, lo que le confirma que ha habido cambio de turno.

—¿Qué hace?

Henry esboza una mueca al darse cuenta del precio que tendrá que pagar por acertar el blanco: el calcetín reposa ahora en el agua, junto con el cadáver de la mosca.

—Se me ha caído el calcetín en el váter.

—Y ¿se puede saber por qué ha tirado el calcetín ahí? ¿Qué pasa, está intentando obstruir las cañerías?

—No, estaba matando una mosca.

—Bueno, pues ya puede pescarlo usted mismo. —Acto seguido, ese nuevo rostro se aleja de la puerta.

Henry reflexiona un momento sobre lo que acaba de ocurrir, da vueltas a la frase mientras se pregunta cómo puede sacar provecho de la situación. No pueden obligarlo a meter las manos en el váter, ¿verdad? No. Presentará una queja formal. Se lo dirá a su abogado, a las autoridades y al periódico local.

Justo cuando está a punto de saltar con esa queja absurda, oye el ruido que hace la puerta de la celda al abrirse y el nuevo sargento de servicio, que al parecer ha cambiado de idea, se presenta con unos guantes protectores, una bolsa de plástico y una escobilla.

—Póngase contra la pared. —Usa un tono autoritario, de modo que Henry obedece sin rechistar. Acto seguido, observa cómo el joven pesca el calcetín con la escobilla y lo coloca en la bolsa antes de tirar de la cadena.

—¿Ha visto la mosca muerta? —Henry quiere que le crea.

—Déjese de moscas y deme el otro calcetín. No queremos que vuelva a repetirse esta escena.

—Pero se me van a enfriar los pies.

—Haberlo pensado antes de ponerse a jugar con las cañerías.

Henry suspira, se quita el calcetín que le queda y lo entrega.

—¿Cuándo vendrá mi abogado? Me dijo que estaría aquí a primera hora de la mañana. Ah, y ¿han vuelto a comprobar lo que le expliqué al inspector anoche? ¿Sobre dónde estaba de verdad la noche en que Anna desapareció? ¿Van a dejar que me vaya ya? No pueden retenerme aquí. Conozco mis derechos.

El sargento suelta un largo suspiro mientras abandona la celda. Cierra la puerta y le responde desde el otro lado.

—Eso no depende de mí. ¿Ve esto? —Sostiene en alto la bolsa de plástico—. Yo me encargo del trabajo sucio.

Capítulo 27

La amiga

Sarah observa atentamente a Lily mientras trastea con un hervidor de agua en una cocina tradicional Aga —es un modelo antiguo, una versión más pequeña y destartada que la que tiene la familia de Anna en la cocina—. La Aga de los Ballard es de color azul oscuro y mucho más ancha, tiene más fogones. La madre de Anna siempre le pasaba un trapo húmedo a las partes cromadas y las puertecillas para sacarles brillo. En cambio, esta es de un tono crema mugriento, está desconchada y ofrece un aspecto general descuidado.

—¿Café o té? —Lily le lanza la pregunta sin volverse, mientras abre el armario que hay al lado de los fogones y saca dos jarritas llamativas de cerámica, de color verde oscuro decoradas con margaritas blancas y grandes.

—Pues... café, por favor.

Lily está completamente cambiada. Ahora está mucho más delgada y tiene un estilo más original de lo que Sarah recordaba, lleva la melena casi hasta la cintura, cortada en forma de V, con las puntas teñidas de un tono rosa chillón muy poco atractivo. El color del pelo y ese nuevo aspecto han sido el tema principal de conversación desde que Lily ha ido a buscar a su hermana a la estación de Tintley, sin duda porque ambas prefieren evitar hablar de la razón por la que Sarah ha venido.

Lily se gira y se apoya en la barra de la cocina Aga para explicarle por enésima vez que está muy contenta con el pelo. Se lo toca para enseñarle que se ha decolorado los últimos cinco centímetros para poder usar tónicos y tintes vegetales y que «se note el cambio». Por ahora, ha probado el color berenjena, pero no le había quedado demasiado bien, el verde y, ahora, el rosa, que es su favorito, aunque le preocupa que se le destiña muy rápido.

Pero de verdad, ¿qué opina Sarah?

Sarah le ha dicho que mola, algo que no es del todo cierto, pero porque esa nueva versión de su hermana la desconcierta. La última vez que Lily había visitado a Sarah y a su madre en Cornualles había sido unos tres años atrás, cuando todavía no había pasado demasiado tiempo desde la discusión que desembocó en la marcha de su padre y la decisión de Lily de irse de casa. En aquella visita, Lily tenía mala cara, pero estaba más reconocible. Llevaba el pelo castaño cortado en una media melena, unos tejanos normales y una sudadera. Y, como mínimo, pesaba siete quilos más.

Les había explicado que el objetivo de la visita era tranquilizarlas y decirles que estaba muy feliz en Devon —aunque se había cuidado de no decir dónde exactamente—, que había hecho buenos amigos y que estaba comenzando una nueva vida que le permitiría pintar y hacer las cosas que le importaban.

Sarah recuerda que había querido decirle: «¿Es que acaso yo ya no te importo?». Pero no tuvo el coraje. Más tarde, en el piso de arriba, Lily le había susurrado: «¿Estás bien?», pero lo había hecho con tal dejo de pánico que, de alguna manera, la obligaba a decir que sí, por lo que Sarah no le había contado la verdad sobre lo mucho que la echaba de menos y lo afectada y desorientada que estaba todavía por el divorcio de sus padres y la desintegración repentina de la familia.

La ropa de la nueva Lily imita el estilo *hippie*. Lleva una camiseta de algodón que le llega a las pantorrillas y una blusa con bordados y lazos que cuelgan de las mangas y el pecho; que podrían estar atados, pero no es el caso. A pesar de que la ropa le cubre todo el cuerpo, Sarah nota, a partir de lo poco que ve, que su hermana está mucho más delgada. Está esquelética, lo ve sobre todo en las muñecas, en las que luce varias pulseras de cuentas.

—Siento muchísimo no haberte llamado más veces por el tema de Anna —suelta Lily de repente, al volverse para verter el agua hirviendo en una cafetera amarilla grande—. Debes de haberlo pasado fatal.

La había llamado un par de veces después de la desaparición de Anna, le había mandado una postal y le había escrito unos cuantos mensajes breves por Facebook. Sarah esperaba mucho más y le habría ido muy bien el apoyo de su hermana. A pesar de que le decía que no quería hablar sobre el tema, nada más lejos de la realidad. En el fondo, era lo que más quería. ¿Le habría contado la verdad en aquel momento si Lily se hubiera esforzado un poco más? ¿Si hubiera insistido? No conoce la respuesta a esas preguntas, así que no dice nada y espera a que el café esté listo. Mientras venía en el tren, se lo

ha imaginado de una manera totalmente diferente. Un alud de revelaciones. Lágrimas. Abrazos. Alivio.

«Creo que papá ha tenido algo que ver con lo que le ha ocurrido a Anna...».

¿Por qué Lily no le ha preguntado nada al respecto?

Ahora que Sarah ha llegado, no tiene nada claro qué va a suceder. Ella y Lily se sienten como un par de desconocidas en esta cocina grande y desordenada. La anilla está bien colocada en la puñetera granada.

—Bueno, ¿le has dicho a mamá que estás aquí?

—No le he dicho dónde, solo que venía a visitarte y que no se preocupara.

—Perfecto. No quiero que conozca la dirección. —Lily juguetea con la falda, toquetea una mancha o una pelusa imaginaria y luego Sarah nota que su hermana la mira de hito en hito, impasible.

—¿Crees que podrías llamarla para confirmarle que estoy contigo, Lily?

—¿Crees que hace falta?

—Sí. Está bastante alterada. —Hace una pausa. Sarah se siente culpable—. Le ha dicho a la policía que he desaparecido, que me he escapado de casa.

—Ostras, Sarah, tendrías que habérmelo dicho desde el principio. No queremos que la policía se acerque por aquí.

—Lo siento.

—Vale. —Lily alza los ojos al techo y luego observa de nuevo a Sarah, con los brazos en jarras—. No tengo móvil ahora mismo. Intentamos evitarlos. Solo tenemos uno que compartimos para emergencias.

A Sarah le resulta chocante. ¿No tienen móvil? Con curiosidad por saber a quién se refiere ese *nosotros*, se saca el suyo del bolsillo, selecciona el número y llama. Espera a oír el sonido de la voz de su madre y se lo pasa directamente a Lily mientras le pone ojos como platos.

—Hola, mamá. Soy Lily. Solo te llamo para decirte que Sarah te ha dicho la verdad y que no tienes que preocuparte. No ha desaparecido. Va a estar unos días conmigo y está sana y salva.

Sarah oye la voz de su madre que brota del teléfono que su hermana se aprieta contra la oreja. Algunas palabras surgen con el suficiente volumen como para que Sarah las entienda. «Casa». Seguida de balbuceos y... «policía». Intenta descifrar la expresión de Lily. Frunce mucho el ceño. Tiene los ojos entrecerrados. Realiza un movimiento rápido de la cabeza y luego parece que la interrumpe:

—Mira, entiendo que estés alterada, mamá, pero Sarah no quiere volver a casa todavía. No hace falta que metas a la policía. No se ha escapado ni ha

desaparecido; está aquí conmigo... Si quieren hablar con ella, que esperen a que vuelva.

Su madre inicia otra perorata a un volumen desproporcionado y esta vez Lily cierra los ojos y esboza una mueca ante lo que oye.

—Siento decirte que discrepo en esto. Le diré a Sarah que no apague el móvil por si le envías algún mensaje. Vale. Adiós.

Baja el móvil hasta la cintura, por lo visto busca el botón para colgar y se lo devuelve a Sarah.

—Veo que no ha cambiado.

Sarah niega con la cabeza justo cuando el teléfono vuelve a sonar. Cuando estaba en el hospital, se había descargado este tono de llamada. Parece el de los teléfonos antiguos. Le había gustado bastante en aquel momento, porque le recordaba a las comedias antiguas. Pero ahora, de pronto le parece ridículo. La pantalla le confirma que vuelve a ser su madre. Rechaza la llamada y pone el móvil en silencio mientras Lily se vuelve para terminar de preparar el café; lo vierte en dos tazas de un rojo brillante y levanta un cartón de leche con expresión interrogativa, ante la cual Sarah responde con un asentimiento.

Se quedan de pie mientras dan sorbitos, Sarah busca una silla con la mirada y se pregunta de nuevo si será capaz de sacar el tema que tanto le aterra. Como si lo presintiera, Lily le anuncia de improviso que va a enseñarle dónde vive. Acto seguido, sale de la cocina como una exhalación mientras la falda gira con el movimiento y le pide que la siga.

—Ven, que te lo enseñe todo. Tengo que presentarte a la gente.

Sarah se siente incómoda mientras caminan e intenta mantener la taza equilibrada; no tiene ningún interés en hacer un *tour*, y mucho menos en tener compañía.

La casa es grande e impresionante, aunque allí donde mira todo tiene un aire destartado y gastado. En la sala de estar hay unos cuantos sofás grandes y desteñidos, una pared entera llena de libros en el comedor y una veranda repleta de plantas. Los suelos son de parqué y están cubiertos por alfombras de colores vivos. Lily no para de hablar mientras caminan. Hay tres parejas que comparten la casa con Lily y la propietaria, Caroline. No es una comuna, sino más bien un lugar en el que viven juntas personas con un modo de pensar parecido. Casi todos son artistas.

—Entonces, ¿tienes trabajo? O sea, ¿cómo pagas esto? —Sarah le da sorbos al café cuando se detienen en medio de la veranda. Se pregunta dónde deben de estar los demás. ¿Quién hay concretamente hoy en casa que ella tenga que conocer?

—Todos tenemos trabajos y aportamos como podemos. Los padres de Caroline son los dueños de la casa. Es un alquiler nominal.

—Pues qué suerte.

—Creemos que cada uno se labra su suerte en la vida. Que somos responsables de la persona en la que nos convertimos y de si aprovechamos al máximo nuestro potencial o no.

Eso tiene resonancia y Sarah recuerda que esas habían sido las palabras exactas que su hermana había pronunciado aquel primer día que había ido a verlas a casa. Supone que debe de ser una cita de la famosa Caroline.

—Oye, y ¿cómo es Caroline?

—Caroline es muy especial. —Lily sostiene la taza de café con ambas manos—. De verdad que es una persona muy especial. Luego te la presento.

—Y ¿le parece bien a los demás que me quede?

Lily sonríe, pero no dice nada. Sarah observa a su hermana de hito en hito y decide que ya es suficiente.

—Vale. Mira, mientras estemos solas, necesito hablar contigo de papá, Lily, que para eso he venido.

El rostro de Lily muda de inmediato: no solo palidece, sino que adopta una expresión que oscila entre el terror y un agotamiento profundo. Se ha quedado congelada de golpe. Y justo cuando Lily parece coger aire para hablar, ve un hombre en el umbral de la puerta del jardín. Sarah no lo ha visto caminando por el jardín y, al oír el chirrido de la puerta, se sobresalta, de modo casi vierte la bebida.

—Lo siento, perdona. No te había visto.

—No, tranquila. Culpa mía. —El hombre atraviesa la habitación con la mano extendida. Sarah se sorprende: la formalidad de estrechar la mano. Va vestido como Lily, como si fuera de otra época. Lleva unos pantalones holgados y extraños de color verde brillante atados con firmeza en los tobillos y una camiseta azul marino.

—Tú debes de ser la hermana de Azafrán, ¿verdad?

—¿Azafrán? —Sarah se vuelve hacia Lily, inclina la cabeza y arquea las cejas.

—Todos adoptamos un nuevo nombre al llegar aquí. —Lily le dedica una sonrisa al intruso—. Te presento a Luna.

«Ostras. ¿Se ha metido en una secta?». Se da cuenta de que Luna lleva las mismas pulseras de colores brillantes en las muñecas que Lily.

—Bueno, pues encantada de conocerte, Luna, y os agradezco mucho que dejéis que me quede, pero de verdad que necesito hablar con mi hermana en

privado. Por favor.

Sarah confiaba en que esta petición, junto con la referencia a los lazos familiares, sería suficiente, pero no. El hombre se acerca todavía más a Lily y posa la mano en las cuentas de la muñeca izquierda de su hermana. Mira fijamente a Lily, como si estuviera descifrando algún secreto.

—Ya lo hemos hablado, Azafrán. Tú decides. Quieres que me quede, ¿verdad?

—¿Cómo que ya lo habéis hablado? —Sarah está perpleja, y deja la taza de café en una mesita para poder erguirse en condiciones—. Esto es cosa nuestra. Son asuntos familiares. Es mi hermana y tengo que hablar con ella de algo importante. A solas.

Luna no hace ademán de moverse. «¿Será la pareja de Lily? ¿Es eso?».

Lily no dice nada, su expresión aún delata la angustia que siente. Al final, Luna retoma la palabra:

—Recuerda que la decisión está en tus manos, Azafrán. ¿Quieres hablar con Sarah? —Hace una larga pausa—. O ¿no?

Capítulo 28

El detective privado

—Un café expreso doble. —Matthew está rebuscando en la cartera para encontrar un billete de cinco libras cuando Melanie se planta a su lado.

—¿Doble? ¿Crees que eso es lo que te hace falta, Matt?

Este se vuelve para sonreírle, alegre de verdad, y le da un beso en la mejilla con entusiasmo, un gesto que la hace sonrojar. Él también se sonroja.

—¿Y a ti, Mel? ¿Un trozo de pastel? ¿Un bollo tostado? Invito yo.

—Tengo que portarme bien. Ya tomo demasiada cafeína. —Melanie examina la lista de té, y se decanta por un Earl Grey con limón y declina el pastel. Eso no disuade a Matthew, que pide una porción de pastel de zanahoria y elige una mesa en un rincón tranquilo.

Para su sorpresa, Melanie saca un regalo de la mochilita. Papel de regalo y lazos rosas con un estampado de cigüeñas.

—No, Mel, no hacía falta. ¿De dónde has sacado el tiempo para esto?

Está un poco alterado: lo ha conmovido.

Ahora le toca a ella sonreír, le insiste para que lo abra. Dentro hay el pelele más encantador del mundo con un sombrerito a juego, ambos de color blanco con corazones rosa pálido.

—Es precioso. Estoy muy emocionado.

—Bueno, dime: ¿cómo es eso de ser padre?

Inspira hondo. Melanie es la primera persona a la que Matthew ve fuera de la familia más cercana. Fuera de la burbuja del hospital.

—Es abrumador. Sal es increíble, pero ha sido durísimo. —Se lo explica todo sucintamente y le ahorra los detalles más escabrosos de la odisea de la cesárea. El horror de esperar en el pasillo hasta que lo avisaran. El miedo. Y

la alegría. Y también se encuentra en un momento extraño de espera y de no saber cómo comportarse o qué hacer, ahora que Sally estará ingresada durante días en el hospital.

—¿Por eso estás trabajando? Ya decía yo que era raro...

—Es que es este caso. No puedo dejar de darle vueltas, Mel. Y ahora... — Se detiene cuando la camarera se acerca con las bebidas, y espera a que vuelva al mostrador y no pueda oírlos. Mientras Matthew contempla cómo se aleja, se fija en el tono rubio cobrizo de su pelo y recuerda un caso de robo de bebés en el que trabajó hace años. La madre tenía ese mismo color de pelo. Y rizado, también, como la camarera. Se acuerda de que, cuando la estaban interrogando sobre lo que había pasado, la madre había tenido que levantarse de golpe para ir a vomitar. Matthew había sentido compasión por ella al verla sentada allí, con las manos temblorosas, pálida y aterrorizada. Sin embargo, se da cuenta, avergonzado, de que también había estado impaciente para que aquello acabara y pudiera retomar el trabajo. Sin embargo, es ahora cuando empieza a comprenderla...

Matthew vuelve a centrarse y ve que Melanie lo está mirando.

—¿Todo bien, Matt?

—Lo siento, estaba en la luna. No duermo nada. Me paso las mañanas y las tardes en el hospital, e intento hacer cuatro cosas en casa entre idas y venidas.

—Y trabajas.

—Y trabajo, sí. Estoy intentando atar algunos cabos antes de que vengan a casa.

—Bueno, pues espero que no intentes atar los cabos del caso de Anna Ballard, porque ahora mismo son incontables.

Melanie se inclina hacia delante.

—Que quede claro que te digo esto porque confío en ti, y porque ahora mismo me entran ganas de hacer lo mismo que tú y tirar la toalla.

Matthew trata de interpretar la expresión de Melanie. Ojalá no sea verdad. Solo se estará desahogando... ¿Debería admitir que a menudo se arrepiente de lo que hizo? ¿Que algunos días desearía poder volver atrás en el tiempo?

—Ni se te ocurra dejarlo, Melanie, ¿queda claro? Vales tres veces más que el inspector este que no conoce ni su madre.

—Sí, ya... Pero los dos sabemos que eso no sirve de nada.

Matthew se limita a suspirar, y desea poder decirle que eso no es verdad.

—Bueno, Matt, al grano. ¿Esto quedará entre nosotros?

—Me lo llevaré a la tumba. —Los dos saben que ya hace tiempo que se han pasado de la raya; que si funciona es porque confían el uno en el otro.

—El padre de Anna llamó a la comisaría. Quería hablar conmigo. Solo conmigo. Nos dijo que estaba en el establo con una escopeta.

—Madre mía.

—Total. ¿Qué crees que decidió hacer el inspector don Lerdo? Pues decidió no decírmelo. Bueno, no, mucho peor: se lo montó a escondidas para que me dieran el día libre y así yo no me inmiscuyera en el tema; luego, le dio por irse para allá y provocar al señor Ballard al comunicarle que no podía hablar conmigo. La jodió tanto que Henry Ballard acabó apuntando con el arma a todo Dios y estuvo a punto de matarse en el proceso.

—La virgen. ¿Y ahora dónde está?

—Lo tienen bajo custodia y no dejan que me acerque. Me avisó uno de los agentes, y acabo de hablar con la agente de enlace que está en su casa con la madre, Barbara.

—Pero ¿por qué te han dejado al margen?

—Vete a saber. Seguramente porque me he dado cuenta del inútil altanero e incompetente que es.

—Por favor, dime que no le has dicho eso a la cara.

Melanie se ruboriza.

—Joder, Mel.

—Bueno, la cosa es que se dice que también está ocupándose del caso de un asesino en serie, y, me da la sensación de que no le importa un carajo encontrar a Anna Ballard. Es un vago, está esperando a que aparezca el cadáver para que los forenses puedan ocuparse del resto. Ha bajado de Londres solo porque ha venido a ver a algún amigo.

—Ya veo. Pero ¿de verdad creen que el padre tiene algo que ver con el caso? Es decir, ¿tú crees que ha podido ser él? ¿Qué pasa con los chavales que acababan de salir de Exeter? Pensaba que seguían siendo los sospechosos principales.

Melanie se recuesta en la silla.

—Pues ya somos dos.

Justo en ese momento, le suena el teléfono. Tiene un tono nuevo de estilo jazzístico, algo que no sorprende a Matthew. A Mel siempre la ha vuelto loca el *jazz*. Para celebrar que pasó las primeras pruebas para entrar en la policía, organizó una fiesta en un bar de *jazz* fantástico de la zona. Fue una noche increíble.

Melanie se saca el móvil del bolsillo, y Matthew asiente con la cabeza para comunicarle que lo entiende, y ella se levanta y se aleja para hablar en privado.

Matthew se acaba el café y toma un azucarillo del bol de cerámica que hay en el centro de la mesa. Se plantea ponerse a construir una pirámide, pero se lo piensa dos veces. «No juguetees. Hoy no». Vuelve a dejar el azucarillo donde estaba y espera a que Mel vuelva.

—Espérate, que la cosa mejora. Te juro que no te vas a creer lo que acaba de pasar.

Matthew se queda callado y se limita a levantar las cejas.

—Vale, pues lo primero es que me toca ir a ver al jefe. El lameculos me ha denunciado. Ha puesto una queja formal.

—Hostia, Mel, lo siento. ¿Es por mi culpa?

—¡Qué va! No saben que he estado hablando contigo. Da igual, no te preocupes, sé apañármelas sola. —Inspira profundamente—. Matt, están intentando crear un bloqueo informativo, pero ya te digo yo que nada impedirá que la prensa se entere de lo que está pasando.

Capítulo 29

El padre

—¿Se puede saber por qué este hombre va sin calcetines? —El inspector mira al sargento que ha escoltado a Henry hasta la sala.

—Ya le he dicho a mi abogado que no quiero esperar a que me devuelvan los calcetines. Lo que quiero es empezar de una vez. —Henry se sienta al lado de su abogado.

«Para que quede constancia en la grabación», el inspector comenta que Henry Ballard no se ha negado a seguir adelante con el interrogatorio descalzo, a pesar de que su expresión y su tono dejan claro que la escena no le impresiona lo más mínimo.

—¿Han comprobado lo que les dije?

—Las preguntas las hago yo, señor Ballard.

Henry se muerde el labio inferior mientras el inspector echa un vistazo a dos hojas de papel que tiene delante. Henry, que las intenta leer al revés, solo es capaz de descifrar un nombre, lo que sugiere que, en efecto, han investigado la nueva versión de su coartada.

«April».

—¿Sabe su mujer lo de su amante?

—No, no lo sabe. —Henry no piensa añadir que su relación con Barbara está en sus últimos estertores—. Había tenido una aventura tonta cuando sus hijas eran pequeñas —cuando Barbara parecía más interesada en Anna, Jenny y sus amigos que en él—. No había sido algo serio y se había arrepentido profundamente. Cuando Barbara lo había descubierto, le había dado una segunda oportunidad, pero le había dejado claro que no habría una tercera si volvía a engañarla.

—Y ¿en serio cree que ella se ha tragado esa bobada de que durmió en el coche, señor Ballard?

—No lo sé, pero les pediría que no le dijeran nada sobre April...

—Ya me imagino, pero hasta el momento nos han llegado tres versiones de su historia. Y mi tiempo es oro. ¿De verdad tengo que recordarle que esto es una investigación seria?

—¿Cómo se atreve? —Henry se levanta y la silla hace un fuerte ruido al rayar el suelo embaldosado.

—¡Siéntese!

Henry lo ignora.

—Mi hija sigue desaparecida. Ha pasado un año entero y todavía no tienen ni idea de lo que sucedió. Justo al principio van y permiten que los dos sospechosos principales salgan del país, y ahora encima considera que tiene que recordarme que esto es serio.

El abogado le posa una mano en el brazo con suavidad, mientras con la otra le indica que se siente, pero Henry está que echa chispas. Ya le ha seguido el juego demasiado rato a este imbécil incompetente.

—Si nos hubiera dicho la verdad desde el principio, señor Ballard, podríamos habernos ahorrado muchísimo tiempo. Siéntese, por favor.

Al final, Henry obedece.

—Entonces, ¿han hablado con April? ¿Le han tomado declaración? —Se le hace extraño pronunciar su nombre en público. No le gusta imaginarse a la policía allí, metiendo las narices y aireando los trapos sucios.

—Sí, nos ha confirmado su última versión de lo sucedido. Aunque tengo la impresión de que se ha acostumbrado a pedirle a las mujeres que mientan por usted. A la primera que se lo pidió fue a su esposa, claro.

—Barbara no tiene la culpa. Le dije que no quería que la policía supiese lo borracho que estaba. Que tenía pensado volver en coche y que al final me tuve que quedar a dormir allí.

—Y ¿me está diciendo que ella se lo creyó?

Henry se mira los pies, preguntándose si debería haber cambiado de idea acerca de los calcetines. Había supuesto que lo dejarían irse. ¿Por qué le hacían más preguntas? Según las normas, tenían una hora más para acusarlo de algo o dejarlo libre.

—Señor Ballard, creo que no es necesario que le recuerde que puedo acusarlo de alteración del orden o de comportamiento amenazante.

—En el establo me alteré tanto porque quería hablar con Melanie Sanders. Ya se lo dije.

—Y ¿por qué con Melanie Sanders? —Su tono deja entrever mucho más que las palabras.

Henry intenta interpretar la expresión del inspector y percibe algo que le dice que debe ir con cuidado.

—Creo que es una persona de trato fácil. Se ha portado bien con mi familia, igual que Cathy, la agente de enlace.

—De acuerdo. Bueno, pues ella se ha tomado unos días libres, como ya le dije. Y soy yo quien lleva este caso.

Revuelve los papeles. Al final, el abogado de Henry toma la palabra:

—Bueno, pues si ya les ha convencido la versión de los acontecimientos del señor Ballard, debo pedirles que lo dejen en libertad. Ha sufrido mucho y necesita estar con su familia.

El inspector parece sopesarlo cuando de pronto se abre la puerta de la sala de interrogatorios.

—¿Qué pasa? Espero que ahora no tenga nada que ver con calcetines.

El sargento cruza la sala y le susurra algo al oído al inspector. La expresión del agente sénior cambia por completo, y Henry frunce el ceño cuando el inspector confirma para la grabación que abandona la sala y que necesita pausar el interrogatorio unos minutos.

—¿Qué ocurre? —Henry se vuelve hacia su abogado, que se limita a encogerse de hombros.

El inspector tarda unos cuantos minutos en volver, solo para agarrar su chaqueta del respaldo de la silla y anunciar que Henry queda en libertad por ahora, pero que la policía se reserva el derecho de volver a interrogarlo y que quizá tengan que hablar con él más adelante.

Acto seguido, el inspector respira hondo y mira a Henry fijamente. Comunica que la investigación policial ha tomado «un rumbo inesperado». Su tono es diferente, reservado. Les dice que llevarán a casa a Henry y que le explicarán más cosas de camino.

Henry está completamente confundido. Confiaba en poder llamar a Barbara, con la esperanza de que la aventura con April no se hubiera filtrado y así su mujer lo recogiera. Ahora se pregunta por qué le está ofreciendo la policía un servicio de taxi. Echa un vistazo a todos los rostros de la sala; es indudable que el ambiente ha cambiado.

—¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido?

—Se lo explicaremos de camino, señor Ballard.

Capítulo 30

La amiga

Sarah está sentada en el sofá y se inclina hacia delante para taparse la cara con las manos. «Piensa, piensa, piensa».

Necesita encontrar las palabras precisas para sacar a la Lily de verdad del interior de aquella extraña distante e irreconocible. Pero no encuentra las palabras, así que se pone a dar vueltas, como suele hacer por la noche, a lo último que le había dicho a Anna. A la conversación terrible y furiosa que no ha contado a la policía y que esperaba compartir aquí con Lily. Con la Lily de siempre.

Ahora tiene a tres personas sentadas enfrente, que repiten ese toqueteo tan característico de la pulsera de cuentas mientras Sarah desea con todas sus fuerzas que se vayan por ahí y la dejan hablar con su hermana. Al igual que Luna, hay una pareja que se hace llamar Arcoíris y Cascada.

—¿Formáis parte de una secta? —salta al final Sarah mientras los mira de hito en hito, sin importarle ya si puede ofenderlos—. O sea, ¿qué es eso de las cuentas y los nombres raros?

—No tienes de qué preocuparte, Sarah. Es bueno. Nos calma y nos sana. —Lily observa fijamente a su hermana y parece tan frágil que, de repente, a Sarah la invade la frustración y siente unas ganas tremendas de llorar.

—Vale. Pues mira, si no le dices a esta gente que se vaya, lo voy a contar todo delante de ellos. Lo de papá, Lily. Y, a menos que me haya equivocado, creo que no quieres que oigan esta conversación.

Por fin, Lily se vuelve hacia sus nuevos amigos estrafalarios y les pide que las dejen solas.

—¿Estás segura? —le pregunta Luna con dulzura y sin apartar los ojos de los de Lily, lo que le confirma a Sarah que son pareja.

—Sí, no pasa nada. Si te necesito, te llamaré.

Cuando por fin abandonan la habitación, Lily cierra la puerta y se sienta enfrente de Sarah.

—¿A qué os dedicáis aquí, Lily? Has cambiado tu manera de vestir. Tu manera de ser. No me gusta y no lo entiendo. O sea, somos hermanas y aun así parece que no quieras saber nada de mí.

—No es eso.

—Y ¿qué es, entonces? Hace un año que desapareció mi mejor amiga. Ahora mismo, podría estar muerta. Y apenas te has puesto en contacto conmigo.

—Lo siento, tienes razón. Perdóname. Mira... Estaba muy mal cuando llegué aquí, Sarah. Necesitaba espacio. Necesitaba ponerme bien y encontrar la manera de conservar las fuerzas.

Se hace el silencio unos instantes, mientras Sarah evoca cómo era la vida justo antes de que Lily se largara y sus padres se divorciaran. Los portazos. Los gritos, y, mucho peor: las palabras, escupidas, más que susurradas, tras las puertas cerradas. Nadie le contaba lo que ocurría. El estado de ánimo de su madre.

Y, después, recuerda aquel momento horrible con su padre:

«Lo único que voy a hacer es comprobar si has crecido lo suficiente...».

Intenta acordarse del momento con más exactitud. ¿Cuándo fue aquello? ¿Unos meses antes de que petara todo? Sí, más o menos. Por eso se había sentido tan confusa cuando se divorciaron. Echaba de menos al padre que siempre había querido de pequeña, pero se alegraba de que se hubiera ido, y eso la hacía sentirse culpable, confusa y miserable.

—¿Por qué se fue papá, Lily?

—¿Por qué crees que puede estar relacionado con lo de Anna? ¿Por qué ahora de repente lo crees? ¿Qué ha pasado?

—Porque he tenido un año entero para rayarme. Y creo que las dos sabemos por qué puede haber una conexión.

A Lily le tiembla la mano, y Sarah es incapaz de dejar de observarla. Con la otra, su hermana se baja la manga, y Sarah recuerda otros momentos de cuando vivían juntas en casa. Cuando Lily empezó a hacer novillos y a autolesionarse. Se clavaba el compás del kit de matemáticas en el brazo.

—Un día papá me hizo algo raro, Lily. No se lo he contado a nadie, jamás, ni a mamá, ni a Anna. A nadie. Y tampoco tengo muy claro lo que

pasó ni si lo exageré. Pero lo que hizo no estuvo bien, y le he estado dando vueltas y más vueltas desde lo que le pasó a Anna. Y necesito que me digas si crees que estoy loca por desconfiar del motivo por el que se marchó papá. Mamá siempre se ha negado en rotundo a hablar sobre el tema, y yo siempre he creído que él tuvo una aventura y a ella le duele. Pero necesito que me digas...

—Joder, Sarah. ¿A ti también te hizo daño? —La expresión de Lily es de puro pavor, y se le agolpan las lágrimas en los ojos.

—No, no como tal. —Sarah hace una pausa y desvía la mirada—. Me tocó. Pero no estuvo bien...

—Hostia. ¿Cuándo fue? ¿Te lo hizo más veces?

—No. Solo esa vez. Unas semanas antes de que se fuera.

Lily se levanta y se acerca a la ventana, mira hacia fuera y se vuelve de repente hacia Sarah con el rostro ensombrecido.

—Tendría que haber ido a la policía. Joder, lo siento muchísimo, Sarah.

—¿Cómo? ¿A qué te refieres con lo de la policía? ¿Para qué?

—Papá no es un buen hombre, Sarah. A mí... —Su mano derecha se agarra a su muñeca izquierda y se pone a girar las cuentas más grandes de la pulsera—. Mira, me hacía cosas. A menudo. Estaba tan asustada que no era capaz de decírselo a nadie. —Está muy agitada, pero vuelve a sentarse y se inclina hacia delante—. Pero, entonces, la cosa empeoró y me daba miedo que te hiciera daño a ti también. Creía que así te protegería. Por eso le dije a mamá que había venido a mi habitación. Cuando nos mudamos a la casa nueva. Pero no me creyó.

—¿Se lo dijiste a mamá? ¿Me estás diciendo que mamá lo sabía?

—Sí. Creía que iría de cabeza a la policía, pero se limitó a contárselo a papá, y él respondió... —Una pausa larga. Lily está tirando, desesperada, de las cuentas que lleva en la muñeca—. Le dijo que mentía para llamar la atención; que estaba como una cabra y que eran tonterías para que no habláramos de que me estaba saltando clases. Que necesitaba ayuda... como ir al loquero o algo.

Sarah se tapa la boca con las manos.

Lily se limpia las lágrimas que le recorren las mejillas.

—Así que, al final, les dije que, si papá no se iba, iría yo misma a la policía y lo denunciaría.

Sarah clava los ojos en el suelo.

—Ahora estoy convencida de que es lo que debería haber hecho. Ir a la policía. Lo siento muchísimo, Sarah. Lo único que quería era ponerle fin, y de

verdad que creía que, si se iba, te dejaría en paz. No me di cuenta de que ya... Da igual; al final se fue, pero mamá siguió sin creerme y no me perdonó, por eso vine aquí, pero estaba muy muy mal.

Sarah echa un vistazo a la habitación, entrecierra los ojos y piensa en todo lo que ha visto. Luna, Arcoíris y Cascada...

—Entonces, ¿qué hacéis aquí, Lily? ¿Quién es toda esa gente?

—Me enteré de que existía la casa gracias a una línea de ayuda. Caroline se la ofrece a personas que... que han pasado por este tipo de cosas.

—Entonces, todos ellos... Luna y los demás...

Lily se limita a asentir; Sarah no puede creérselo. Se pone a recordar todo lo que ha visto desde que ha llegado aquí y lo repasa con atención. Luna que entra desde el jardín. Las manos temblorosas. La preocupación de su mirada.

—La gente cree que somos raritos. Que vivimos en una especie de comuna de locos. Pero nos da igual. Para nosotros, estar aquí nos hace más fuertes.

—Pero ¿por qué no has ido a la policía desde entonces, Lily?

—Esa era mi intención, pero no he tenido la fuerza necesaria. Y aquí nadie me presiona. Depende de nosotros. Es nuestra elección.

—¿Por eso te sobreprotegen tanto? ¿Lo saben?

—Sí, lo saben todo. Y saben que suelo hundirme de nuevo cuando pienso en ti. En casa. En mamá. Estaban preocupados.

Sarah vuelve a observar las manos de su hermana, temblorosas e inquietas.

—Lo siento, Lily. No quiero hacerte empeorar, pero necesito explicarte un poco lo que pasó con Anna aquella noche. Por eso he venido y por eso estoy tan preocupada.

—Pues venga, cuenta.

—No se lo he dicho antes a la policía porque... Bueno. No sé por qué no se lo conté. Me daba miedo que pensarán que era una tontería. Creía que los culpables eran Karl y Antony. Pero cada vez me preocupa más y más que lo que le ocurrió a Anna fuera culpa mía.

—Pero ¿se puede saber por qué piensas eso?

—Papá me envió un mensaje la noche que Anna desapareció. Mamá le había dicho que estábamos en la ciudad, y quería que fuéramos a verlo a un hotel de Londres. Un sitio pijo en el que se hospedaba por el nuevo trabajo. ¿Sabes que ahora es el jefe de una empresa grande de transportes? Bueno, es igual. Le dije que no, pero le enseñé el mensaje a Anna.

—No estarás pensando que quedó con él, ¿no?

—Ese es el problema, que no lo sé. Tuvimos una discusión fortísima, Anna y yo, y me dijo algo y no puedo dejar de darle vueltas.

—No te sigo.

—Lily, me dijo que no se sentía segura, porque habíamos bebido mucho. Me propuso que le pidiera a papá que viniera a la discoteca y nos llevara al hotel...

Capítulo 31

La testigo

Estoy en la cocina con Luke; tengo la boca seca y el corazón me ha empezado a latir a mil por hora.

En el bolsillo llevo la pieza plana de plástico que he encontrado en el suelo junto a la puerta de la tienda. Es un objeto simple de plástico que me ha turbado más allá de lo imaginable. ¿Por qué iba a mentirme Luke? ¿Estará enfadado, en el fondo, porque con todo lo que le ha ocurrido yo he estado centrada en la desaparición de Anna?

—¿Te acuerdas de aquella lupa para mapas que te ganaste en los Ten Tors? ¿La que te dieron con la medalla? —Intento que mi voz suene relajada.

—¿Eh?

—Aquella lupa de plástico. ¿Puedes dejármela? Me han llegado unas listas de pedidos nuevas y la letra es tan pequeña que me cuesta leerla.

Me fijo en su expresión, pero no veo nada que me ayude. Me pregunto si debe de haber ido a la tienda a ver cómo estaba. Si debe de haber cambiado de opinión. Pero ¿por qué iba a hacer algo así? ¿Por qué iba a mentirme? No tiene sentido.

—La perdí hace siglos. ¿Por qué no te compras una lupa buena? ¿O unas gafas de cerca? —Parece irritado—. ¿Acaso te da demasiada vergüenza llevar gafas?

—¿Cuándo la perdiste?

—Jolín, mamá, ¿qué más da?

Tengo el móvil encima de la encimera, junto al hervidor de agua, y acaba de vibrar con un mensaje de texto. Lo ignoro.

Acto seguido, empieza a sonar. Me acerco y, al ver que es Matthew, contesto. Lo que me cuenta a toda velocidad es sobrecogedor y me cuesta asimilarlo.

—Tenemos que poner la tele. —Hago gestos en dirección a la estantería que hay justo encima del cesto de las verduras, señalo el mando a distancia.

—¿Qué pasa? ¿Quién es?

—Enciende la tele, Luke. Un canal de noticias. Cualquiera, el que sea.

Toquetea el mando mientras apunta al pequeño televisor de pantalla plana que descansa en la parte superior de una estantería llena de libros de cocina y archivadores. Cuando por fin aparece una imagen, Luke cambia de canal hasta dar con uno de noticias. No se oye nada mientras se ve la ya familiar foto de Facebook de Anna, que ocupa la pantalla mientras una serie de palabras van corriendo en la parte inferior. Santo Dios. Igual que en el hotel hace ya un año...

—Sube el volumen, Luke. Corre.

Estoy leyendo el aviso de NOTICIA DE ÚLTIMA HORA mientras Matthew me explica lo poco que sabe.

Los rótulos revelan que Karl Preston es sospechoso en el caso de la desaparición de la estudiante Anna Ballard. Un segundo titular confirma que se han acordonado las calles circundantes de un bloque de apartamentos en España después de que se hayan oído varios disparos hace una hora.

Cuando el sonido emana de sopetón —demasiado alto al principio—, la imagen vuelve al plató, donde la presentadora rubia está ordenando varios papeles y se aprieta el pinganillo con la mano derecha.

—Todavía no sabemos nada más, Ella. Tengo que colgar. —Oigo la voz de Matthew que apenas puede competir con el volumen del televisor—. Te prometo que te llamaré si me entero de algo más. La policía esperaba dejar a la prensa al margen, pero el vecino que llamó a la policía contactó con la televisión local justo después.

Le doy las gracias y bajo la voz para preguntarle sucintamente por el bebé. Me dice que volverá al hospital en unas horas, pero que puedo enviarle un mensaje si lo necesito.

Ahora Luke y yo nos hemos quedado en estado de *shock* en la cocina, todavía con el susurro de la palabra *bebé* flotando en el aire, mientras la presentadora hace un resumen de lo que saben.

—En estos momentos la información es muy confusa, pero al parecer la policía ha acudido a un bloque de apartamentos de una urbanización pequeña a unos tres kilómetros de Marbella. Les ha avisado alguien que ha reconocido

al hombre gracias a las peticiones de colaboración ciudadana de la policía del Reino Unido para buscar a dos sospechosos e interrogarlos acerca de la desaparición en Londres hace un año de la adolescente Anna Ballard...

La presentadora conecta con una corresponsal por teléfono, quien confirma que está justo detrás del cordón policial de la escena.

—¿Por qué no conectan con la imagen en directo de la reportera? —le pregunto a Luke.

—Lo más seguro es que todavía no tengan ninguna cámara. —Luke está sentado en un taburete alto, con el mando aún en la mano.

La periodista se limita a repetir exactamente lo mismo que la presentadora, lo que a nosotros nos exaspera, pero al final se conocen detalles nuevos gracias a una vecina, una testigo:

—Hace más o menos una hora que oímos disparos, y al principio creímos que era un ataque terrorista. Nos tiramos al suelo, estábamos muertas de miedo.

—¿Desde dónde venían los disparos y qué ocurrió después? —La pantalla de la televisión se ha partido en dos y muestra a la presentadora de Londres a un lado, quien formula las preguntas, y un mapa en la otra, que ofrece la ubicación del bloque de apartamentos a pocos kilómetros de Marbella. Todavía siento una profunda frustración; quiero ver imágenes del lugar de los hechos.

—Parecía que venían de arriba. Tal vez de la segunda planta, no lo sé. Hemos estado tumbados en el suelo un buen rato, una amiga y yo, y, después, al cabo de lo que nos han parecido horas, y seguramente no habrán sido más de diez o quince minutos, hemos visto a la policía por la ventana trasera. Nos han pedido que nos acercáramos a la ventana y nos han dicho que estaban evacuando a algunas personas del edificio. Digamos que nos han escudado mientras cruzábamos una pasarela cubierta que hay detrás de los apartamentos hasta una zona segura. Y aquí es donde estoy ahora.

—Entonces ¿sigue habiendo personas dentro del bloque de apartamentos?

—Sí, un montón. Creo que la policía solo ha evacuado a unas cuantas. Se ve que es demasiado peligroso. He visto a un par de personas saliendo despavoridas por la entrada principal, pero he pensado que estaban majaretas. Porque a ver: sea quien sea que esté disparando, podía verlas desde la ventana superior. Las podría haber disparado si hubiera querido.

—Y ¿la policía les ha explicado algo sobre lo que está ocurriendo?

—No, nada de nada. Solo que nos quedemos detrás de los cordones policiales y que ya nos avisarán cuando sea seguro volver a nuestro piso.

—Y ¿qué puede ver desde donde se encuentra?

—Ahora hay un montón de policías, algunos incluso llevan rifles, no solo las pistolas. Está todo lleno de furgones, y también ha llegado la prensa, algunos en camiones. Creo que al principio todo el mundo creía que eran terroristas. Porque, a ver, en los tiempos que corren es lo primero que piensas, ¿no?

—Nos informan, aunque todavía no lo ha confirmado la policía, de que toda la operación está centrada en un hombre llamado Karl Preston, buscado como sospechoso en la investigación de la desaparición de la adolescente de Cornualles Anna Ballard. ¿Sabe algo al respecto?

—Pues mire, sí. Es de lo único que habla todo el mundo últimamente. Parece que algún vecino del bloque lo reconoció después de haber visto un programa. Pero, si estamos hablando del chico que creo, nosotros lo conocemos como Mark. Y lleva el pelo muy diferente, mucho más claro.

—Entonces, ¿deducimos que ha visto las fotos oficiales de Karl Preston que ha publicado la policía?

—Sí, ahora las tengo en el móvil, con lo mucho que corren por las redes sociales, y la verdad es que sí que se parece a él. O sea, al menos la cara. Como le digo, aquí lo conocemos como Mark. Es albañil, creo; está trabajando en una de las urbanizaciones nuevas.

—¿Lo conoce personalmente? ¿Qué nos puede decir sobre él?

—Poca cosa. Es bastante reservado. Creo que vive con una mujer, un poco más joven. Una mujer rubia... Sí, la he visto un par de veces en la escalera, pero nunca he hablado con ella.

Tras oír eso, se me encoge el estómago. Luke se vuelve para mirarme al instante, con los ojos abiertos como platos y sin pestañear.

—¿Crees que podría ser Anna?

—No tengo ni idea.

—¿Pero por qué no ha huido? Quiero decir, si es Anna y él la ha secuestrado, Anna huiría, ¿no? Cuando él estuviera trabajando.

Me noto los latidos del corazón en el pecho, en las yemas de los dedos, en el cuello, como si la sangre me hubiera empezado a recorrer el cuerpo demasiado rápido de pronto, y justo en este momento me doy cuenta de que siempre he asumido lo peor: que Anna estaría muerta. Me cuesta procesar la posibilidad, nueva e inesperada, de que quizá siga viva.

—Necesito sentarme.

—Creo que tendríamos que llamar a papá y decirle que vuelva a casa.

—Pero es que tiene mucho trabajo...

Luke ya se ha sacado el móvil del bolsillo y recorre la lista de contactos.

—Necesitas a papá. Tiene que volver a casa.

Acto seguido, mientras sostiene el teléfono en la oreja, al parecer esperando una respuesta, le cambia la expresión.

—Dios. ¿Y si lo que ha pasado es que ha huido con ese tío, con Karl?

—¿Qué? —Eso no se me había ocurrido; frunzo el ceño, incapaz de entender lo que está pasando. Es demasiado. Las piezas del rompecabezas no encajan.

—Bueno, pues que a lo mejor no ha desaparecido. Quizá te has sentido culpable todo este año para nada, mamá. A lo mejor lo que pasaba es que no soportaba su vida en Cornualles y le dio por fugarse.

Capítulo 32

El padre

Henry está sentado en los asientos traseros del coche de policía y se va fijando en los puntos de referencia a los que está tan acostumbrado y que pasan de largo en un abrir y cerrar de ojos: la parada del autobús; el monumento a los caídos durante la guerra, en el que hoy descansa un ramo de flores blancas. Henry intenta pensar en el porqué. ¿En estas fechas se conmemora algo? No se acuerda.

Después, observa cómo una mujer embutida en un impermeable negro arrastra uno de esos ridículos carritos de la compra. Es de tela escocesa, verde y azul, y tiene una rueda floja que hace que se desvíe hacia la derecha. Cada dos por tres tiene que girar el cacharro hacia la izquierda para corregirlo. A Henry se le ocurre que lo mejor sería que cargara con las bolsas.

En el asiento del copiloto, el sargento está al teléfono. Oír solo uno de los lados de la conversación es exasperante. Está claro que ha ocurrido algo significativo, pero todavía no ha descubierto qué. ¿Por qué de repente lo han dejado libre?

—¿Puede decirme alguien, por favor, qué demonios está pasando?

Al final, el sargento cuelga el teléfono y se vuelve para que Henry vea una parte de su rostro.

—Todavía no podemos contarle demasiado, señor Ballard, pero hay una operación policial en curso en España relacionada con la investigación de la desaparición de su hija.

—¿En España? ¿Cómo que en España? No entiendo nada.

—No se preocupe. Confiábamos en que la prensa no se enterara, pero las cosas han ido avanzando...

—¿Qué cosas? —«Hostia puta».

—Un testigo ha identificado a Karl Preston. Vive y trabaja en España, con una identidad falsa. Al parecer, el testigo vio una reposición del programa del aniversario. La policía española ha intervenido para detenerlo. El plan era que se dirigiera hacia allí alguien de nuestro equipo. A veces es un poco complicado comunicarse con fuerzas extranjeras. Hay protocolos. Tenemos que ir con cuidado.

—Pero ¿qué ha pasado? ¿Qué ha dicho sobre Anna?

—Como le digo, las cosas han ido avanzando. Parece que se está resistiendo al arresto. Ahora mismo hay una operación en curso.

—¿Una operación? Y ¿eso qué coño significa?

—Está saliendo en las noticias, señor Ballard. Cathy está con su mujer. Podrá enterarse de las novedades cuando llegue a casa. Si le soy honesto, seguramente sepan tanto como yo, si no más.

—Y ¿qué pasa con Anna? ¿Alguien ha dicho algo sobre Anna?

—Lo siento, señor Ballard. No sé nada más.

* * *

Cuando por fin llegan a la granja, Henry ve un coche cinco puertas negro y algo maltrecho aparcado fuera. Es de Tim o de Paul, ahora no lo recuerda, y Henry siente que lo invade una ola de irritación. Como si no tuvieran suficiente con que la agente de enlace esté allí. Cathy se ha portado bien con ellos, pero Henry siempre tiene presente que no deja de ser una agente de policía, mientras Barbara es demasiado amable con ella.

Henry nota cómo se le tensan los músculos al pasar por delante del establo. Recuerda el momento en que se lo habían llevado. La escopeta. Jenny lloraba. Y sabe Dios cómo lo tratará Barbara ahora. «¿Me puedes decir qué demonios pasó en realidad, Henry? ¿Dónde estabas aquella noche?».

Sin embargo, su mente no deja de darle vueltas a todas las nuevas posibilidades confusas. ¿En España?

Solo después de pasar uno o dos minutos en el portal, Henry se da cuenta de que el sargento está esperando a que saque las llaves. Le han devuelto sus efectos personales cuando se han ido de comisaría. Henry rebusca en el bolsillo y al final las encuentra. Le parece formal y extraño. Suelen dejar la puerta de entrada abierta, y él tiende a entrar por uno de los laterales, a través del cuarto de los zapatos.

Una vez en el vestíbulo, el sargento le explica que primero hablará con la agente de enlace y después se irá, pero Henry debe permanecer en casa o avisar a la policía si va a hacer algún viaje. Cualquier información nueva les llegará a través de Cathy.

—¿De acuerdo? Es posible que tengamos que volver a hablar con usted pronto.

Henry se encoge de hombros y se encaminan hacia la sala de estar, guiados por el sonido de las voces y de la televisión. Todos los rostros se giran a mirarlo.

Jenny está sentada con Tim en el sofá de la derecha. Se está tapando la boca con la mano y está muy pálida.

Barbara está sentada en el sillón que queda más cerca del televisor, se cubre la boca con ambas manos, casi como si rezara, y las aprieta con fuerza contra los labios. Cathy está sentada en un taburete a su lado, con la mano en la espalda de Barbara.

En el televisor, hay un reportero delante de lo que parece ser un cordón policial al final de una calle estrecha. El cielo es azul y está despejado...

—La policía nos acaba de confirmar que creen que el autor de este incidente podría ser Karl Preston, un hombre al que buscan para interrogarlo en relación con la desaparición de la adolescente Anna Ballard...

—¿Qué está pasando? —Henry mira a Barbara, pero ella no aparta los ojos del televisor.

—Cállate, papá. Estamos escuchando. —Jenny se inclina todavía más hacia delante.

El reportero continúa:

—Según trasciende, el hombre vive en la segunda planta. Esta mañana se ha producido un tiroteo cuando la policía ha llegado para arrestarlo. Algunos vecinos han conseguido salir del bloque de apartamentos, pero muchos todavía permanecen dentro y les han advertido que no salgan. La policía ha acordonado toda la zona y, al parecer, han pedido a todos los que se encuentran dentro del perímetro que no salgan a la calle y se alejen de las ventanas hasta que se resuelva la situación...

—Vaya cagada —salta Henry al final—. Primero dejáis que huya y ahora no sois capaces de arrestarlo sin montar un espectáculo. La virgen.

—Que te calles, papá. Cambia de canal, Tim. Decían más cosas en el otro. Pon esa mujer que creía que había visto a Anna...

—¿A Anna? ¿Alguien ha visto a Anna? —Henry nota que el corazón le aporrea el pecho de pronto, tiene arcadas.

—Por el amor de Dios, cállate, que no se oye nada. Dame el mando. — Jenny le quita el mando a Tim y cambia de canal. La misma escena, diferentes corresponsales. Mientras tanto, Cathy se levanta y se va al salón con el sargento. Henry observa cómo cierran la puerta, y no sabe si escuchar la televisión o tratar de oír lo que estos dos están susurrando.

Henry siente que el corazón le da un vuelco al oír un avance informativo de otra periodista:

—Está conmigo una de las vecinas que ha evacuado hace unos minutos la policía, Amanda Jennings. Gracias por hablar con nosotros, Amanda. ¿Me comenta que ha visto a este hombre, al que aquí conocían como Mark, con una mujer joven y rubia?

—Sí, exacto. Llevan aquí unos seis meses. Él es albañil. A ella me la he encontrado muy poco. Es muy reservada, no se deja ver.

—Y ¿ha visto fotografías de Anna Ballard? ¿Cree que esta mujer podría ser ella?

La corresponsal le enseña a la testigo su teléfono, donde se supone que tiene una foto de Anna.

Henry aguanta la respiración. La habitación está sumida en el silencio más absoluto. Un latido. Dos. Tres. La testigo examina el teléfono con atención, ladea la cabeza...

—Es Anna. Tiene a Anna... —El tono agudo de Barbara delata su desesperación; agarra con fuerza los brazos del sillón—. Dios mío, tiene a Anna.

No responde nadie, pero los dos agentes de policía ya han vuelto, y también están mirando y escuchando la televisión desde el umbral del salón.

—No sabría decirle. No lo tengo claro. —La vecina sacude la cabeza, sin apartar los ojos de la imagen del teléfono.

—No deberían cubrir la noticia de este modo —comenta Cathy desde la puerta—. Es una irresponsabilidad. Lo más probable es que él lo esté viendo y lo enerve todavía más.

—Bueno, ¡al menos nos están diciendo mucho más que vosotros! —le espetta Henry. Al recordar a su hija, ahora empieza a sentir un profundo malestar en el estómago.

«Me das asco, papá...».

Observa los rostros de la habitación uno a uno mientras el reportero devuelve la conexión al estudio, después de prometer que pronto habrá novedades. «Ahora, sigamos con el resto de las noticias del día...».

Barbara es la primera en la que clava los ojos, pero ella no le devuelve la mirada. ¿Sabrá lo de la aventura? ¿Se lo habrá dicho Cathy? Acto seguido, se fija en Jenny, quien llora en silencio mientras Tim la abraza.

De repente, Henry tiene la sensación de haber entrado en una burbuja, de que no oye bien. Está pensando en lo seguro que estaba hasta este momento de que su hija estaba muerta. Al principio había sido terrible y demasiado doloroso imaginar que se había ido, aunque, paradójicamente, también había sido un alivio. Porque fuera lo que fuera lo que hubiera pasado, había acabado. Porque lo que sea que le hubieran hecho había terminado. En el pasado. Sin duda, del modo más extraño, aquella certeza lo había reconfortado, porque era incapaz de soportar la idea de que lo que le hubiera ocurrido todavía se estuviera produciendo.

Vuelve a mirar a su otra hija, sentada junto a Tim. Recuerda cuando todos eran unos críos, y hacían el tonto en la piscina hinchable del jardín. Qué época tan feliz. Con todo, tras haber crecido, los dos chicos se habían rajado y no habían ido a Londres para ayudar a echar un ojo a las chicas. No sirve de nada culpar a Sarah; seguramente nada de esto habría sucedido si los dos chavales, Tim y Paul, hubieran...

—Tim, creo que ya va siendo hora de que te vayas a casa.

Tim parece desconcertado durante unos instantes, pero luego se levanta y se pasa la mano derecha por el pelo.

—No. Siéntate, Tim. Quiero que te quedes. Lo he invitado yo. —Jenny le lanza una mirada desafiante a su padre y a este no le gusta su expresión, cercana al desprecio.

—¡Esto no es el Apollo 13! —Henry se sorprende al oírse espetarle esto.

—¿Tú te crees que es momento de bromas? —le escupe Barbara—. ¿Cómo puedes hacer bromas con lo que está ocurriendo?

—¿Quién dice que sea una broma? Lo digo en serio. Esto es una locura. Parece un *reality*. Es nuestra hija y todo el mundo mirando...

Tim sigue de pie, observando a Henry, quien en este momento se gira hacia Cathy.

—¿Cómo habéis podido permitir que pase esto? Es como un puñetero *reality*. —Al acabar la frase, la voz de Henry se rompe y empieza a llorar.

Piensa que, si sigue viva, sabe Dios lo que habrá pasado este último año. Le vienen a la cabeza unas imágenes horribles, tan oscuras y espantosas que, de repente, comienza a darse golpes en la cabeza con la palma de la mano en un intento para detenerlas. Su hijita...

—Venga a la cocina, le prepararé un té dulce. Es el *shock*. —La voz de Cathy suena tan calmada que lo saca de quicio.

—No quiero té. Quiero que os vayáis todos. Oye, Tim. Esto no es cosa tuya. No quiero verte aquí. A ti tampoco —suelta, mirando a Cathy.

—Cathy tiene que quedarse, Henry —le responde Barbara, con la voz temblorosa—. Y di mi permiso para que viniera Tim. Es lo que Jenny quiere. No solo te afecta a ti, Henry.

—Bueno, pero es que quizá si Tim no se hubiera pegado un viajecito con sus colegas, no estaríamos aquí.

Tim da un grito ahogado y Jenny también, pero a Henry le da igual. Es la verdad. Cuando abogó por primera vez por el viaje a Londres, creía que Tim y Paul iban a acompañar a las chicas. Justo habían acabado los exámenes finales. Unos chicos fuertes, corpulentos y decentes que iban a ir a la universidad. A Barbara nunca le hizo gracia la idea del viaje; quería que las chicas hicieran algo más barato y más cerca, pero Henry confiaba en los chavales. Cuando se habían echado atrás, ya era demasiado tarde para decirles que no a las chicas. Anna le rogó que convenciera a su madre. Pero es indiscutible que Karl y Antony no se habrían acercado a Anna y a Sarah si no hubieran estado solas en el tren. Henry había tomado la decisión equivocada...

—Lo siento, señor Ballard. —Tim está de pie.

—No es culpa tuya, Tim. No le hagas caso. —Jenny va cambiando de canal otra vez mientras mira a sus padres—. Dejad todos de gritar y de pelearos. Estoy harta de que discutáis. Anna podría estar ahí ahora mismo, en ese piso de España, muerta de miedo, y lo único que hacéis es chillar y lanzar acusaciones.

Barbara se levanta y se sienta al lado de Jenny para consolarla. Le acaricia el pelo y se vuelve hacia Henry con una expresión de súplica.

—Será mejor que me vaya, Jenny. —Tim se mete la mano en el bolsillo en busca de las llaves.

—No, Tim. —Barbara le agarra el brazo—. Jenny quiere que te quedes.

—No. Lo siento, pero el señor Ballard tiene razón —responde Tim, con la voz temblorosa, y mira a Henry—. Debería haber estado allí. Por eso me enfadé tanto con Sarah el otro día. Intentaba escurrir el bulto.

—No, madre mía, Sarah. —Jenny se saca enseguida el teléfono del bolsillo, mientras cambia de canal con la otra mano, desesperada por oír alguna novedad—. ¿Alguien sabe algo de Sarah? Quizá esto la haya puesto otra vez al límite.

Capítulo 33

La amiga

De pequeña, Sarah tenía muchísimo miedo a la oscuridad. Una vez vio una película en la que un intruso se escondía debajo de la cama. Después de aquello, le había suplicado a su madre que le cambiara la cama que tenía, con una estructura de hierro que chirriaba, por un canapé. Por una en la que no cupiera nada debajo. Pero nunca se la cambiaron y la pequeña Sarah estuvo levantando el edredón noche tras noche para comprobar que nada se ocultara entre las sombras que había debajo.

En aquella época compartía la habitación con Lily, y era habitual que se despertara en plena noche, aterrorizada por alguna pesadilla. Al parecer, Sarah tenía facilidad para recrear las escenas de las películas de miedo de forma vívida y ponerse a ella misma en el papel de víctima principal. Daba igual que supiera que era imposible que fuera real; lo sentía como algo real. Sin embargo, Lily no podía dormir con la luz encendida, así que llegaron a un punto muerto. Sarah le suplicaba entre susurros por la noche que encendiera la lámpara. Cuando recibía un «ni de coña» entre gruñidos, lo siguiente que hacía era pedirle si podía meterse en su cama. «Por favor, Lily». Pero, incluso cuando su hermana, medio zombi, cedía, Sarah se daba cuenta de que estaba demasiado asustada como para poner un pie en el suelo oscuro, no fuera a salir un brazo de debajo de la cama y le agarrara el tobillo.

—¿Te acuerdas de cuando ponías una silla entre nuestras camas por la noche para que pudiera pasarme de la mía a la tuya cuando tenía pesadillas sin tener que pisar el suelo? —Sarah mira a su hermana, ahora mayor y mucho más delgada y frágil. Tiene la sensación de que se han cambiado las tornas y ahora se supone que ella es la más fuerte...

—Sí. Qué pesada eras. —Lily se alisa la falda y sonrío.

—¿Aquello fue antes de que comenzara a joderse todo?

—Sí. Todo comenzó cuando tuvimos habitaciones separadas. —Lily desvía la mirada hacia la ventana y se quedan un rato calladas.

Sarah piensa en esa horrible paradoja: lo contenta que estaba cuando se mudaron porque al fin podía tener una habitación propia y así, podía dormir con la luz encendida, y lo que le duele ahora darse cuenta de las consecuencias que aquello tuvo para Lily.

Contempla a su hermana y se acuerda de su padre...

El móvil de Sarah vibra en la mesa. Le preocupa que pueda ser un mensaje de la policía.

—Seguro que es mamá otra vez. Ignóralo, Sarah.

Pero vuelve a sonar. Y suena... y suena.

Sarah agarra el teléfono con la intención de apagarlo del todo, pero los mensajes no son de su madre. Son de varios amigos.

PON LA TELE...

¿HAS VISTO LAS NOTICIAS...?

¿ESTÁS BIEN...?

JODER. LLÁMAME...

—Hay que poner las noticias.

—¿Por qué?

—No lo sé.

Mientras Sarah espera que Lily alcance el estante inferior de la mesita del café en busca del mando, se le ocurre que quizá su madre ha ignorado lo que le han pedido y ha empeorado todavía más las cosas. Quizá ha convencido a la policía de que Sarah ha desaparecido de verdad y se ha iniciado algún tipo de investigación. Sin embargo, cuando Lily encuentra un canal de noticias, la imagen de la pantalla no es la suya.

Anna. Ahí está otra vez. Es la fotografía de su perfil de Facebook, delante del Monte Saint-Michel, con el precioso pelo rubio al viento.

—La policía acaba de confirmar que el hombre armado del bloque está en busca y captura por su relación con la desaparición hace un año de la adolescente Anna Ballard —comenta un reportero.

—La madre, ¿qué está pasando? —Lily sigue con el mando en la mano, y se inclina hacia delante.

—Me estoy mareando. —El sabor a café vuelve a su boca, pero le resulta desagradable. También a bilis.

—¿Te traigo algo? ¿Quieres un barreño?

Demasiado tarde. Sarah mira alrededor y ve una papelera al lado del sofá. La agarra justo a tiempo, mientras ya tiene arcadas. Una vez. Dos veces. No es vómito propiamente dicho, Sarah solo escupe líquido. Una y otra vez.

—Voy a buscar agua. —Lily se va, Sarah supone que a la cocina.

Esta sigue con la papelera en el regazo y aguanta la respiración mientras se pregunta si van a decir que han encontrado el cuerpo de Anna. Que, al final, resulta que sí está muerta...

Pero no. Aparece una testigo que dice que ha visto a una mujer rubia joven. No tiene sentido. No confirman que se trate de Anna, solo lo insinúan.

Sarah cambia de canal, y parece que en todos cuentan una versión ligeramente diferente de lo sucedido. Un testigo está convencido de que ha oído cinco disparos. Otro, dos. Los titulares dicen que no hay ninguna muerte confirmada, pero han acordonado una zona amplia.

Sarah vuelve a coger el móvil para leer los mensajes, por si alguno de sus amigos tiene más información. La aplicación de Facebook se le está volviendo loca y la de Twitter también.

Busca el número de Jenny en el teléfono —seguro que los Ballard son los que más cosas le pueden decir—, pero, justo cuando pasa el dedo por encima del botón para llamar, cambia de idea y vuelve a meterse en Facebook.

Lily ha regresado y trae agua helada.

—Toma.

Sarah le da sorbitos al agua, pero el sabor que tiene en la boca sigue siendo asqueroso, y tiene la sensación de que se ha abierto algún tipo de distancia entre ella y la habitación que la rodea. Es difícil de explicar. Es una especie de aislamiento, también está algo mareada. Quizá es por las arcadas, por el estómago.

—¿Quieres que llame a algún médico, Sarah? Tienes muy mala cara. ¿Qué te dijeron en el hospital? Creo que tendría que llamar a mamá...

—No, Lily. Me dijeron que estaba bien. Tengo bien el hígado. Lo que pasa es que sigo un poco débil por haber pasado tanto tiempo en la cama.

—¿Cuánto hace que no comes algo?

—No tengo hambre.

—Vale, no comas nada. Pero te voy a preparar otra bebida caliente... Esta vez con azúcar.

Lily vuelve a levantarse.

—No, todavía no. No vuelvas a dejarme sola, por favor. —Sarah se sorprende por el tono de desesperación que destila su voz. Por el miedo.

Lily debe de haberse dado cuenta, porque ladea la cabeza y vuelve a sentarse al lado de Sarah, y le coge la mano. Lo hace para intentar reconfortarla, pero Sarah nota cómo le tiembla la mano a su hermana.

—Ay, Sarah. ¿De verdad querías hacerte daño con las pastillas? Mamá me dijo que fue un accidente, que te pasaste porque tenías migraña.

—No lo sé. Tú solías hacerte daño, ¿no? ¿Lo hacías adrede?

Ahora también le tiembla el labio a Lily, y le agarra con fuerza la mano a Sarah mientras se gira para mirar la televisión.

—¿Qué dicen? ¿La han encontrado? ¿No tenía nada que ver con papá, entonces? ¿Al final ha sido uno de los del tren?

Sarah contempla la pantalla y no sabe qué responder. Hay una imagen de Karl y el presentador informa que se trata del hombre armado que creen que hay en el bloque. Sarah ya no sabe qué pensar. Ahora vuelve a aparecer el corresponsal que hay delante del cordón policial en España. Repite la misma información. ¿Por qué hacen eso en las noticias en directo? Repetir una y otra vez lo mismo, dando vueltas y vueltas en círculos.

Lo cierto es que todo esto no la reconforta. Sarah quiere creer que Anna sigue viva, por supuesto. Pero ¿qué le ha ocurrido a lo largo de este último año? Y si Karl y Antony realmente la secuestraron y no tiene nada que ver con su padre, significa que es culpa de Sarah. Tendrá que contar la verdad sobre lo que pasó en Londres.

Se acuerda de los cuatro sentados en aquel vagón de tren. Del flirteo. De cuando Antony se había fijado en ella. Recuerda el pequeño tatuaje que él tenía en la nuca y las ganas que le habían entrado de tocárselo con la uña.

Recuerda lo viva que se había sentido. Que cuando Karl y Antony fueron a buscar bebidas a la cafetería le había dicho a Anna lo contenta que estaba de que Tim y Paul se hubieran rajado. Sabía que Karl y Antony las habrían ignorado si Tim y Paul hubieran estado allí, les habrían cortado las alas. Pero, sobre todo, Sarah se acuerda de cuánto deseaba que a Antony le gustara ella y no Anna. Vuelve a recordar los celos que sentía al ver a Anna siendo el centro de atención del colegio. Todo el mundo admiraba su belleza. En aquella época, a Sarah le gustaba bastante Paul, pero él se pasaba el día mirando a Anna, no a ella. Parecía que todo el mundo estaba pillado de Anna en aquel entonces.

En este momento, nota una lágrima que le corre por la mejilla al recordar lo que hizo en el tren aquel día. Lo que hizo para asegurarse de ser la que más le gustaba a Antony.

—He metido la pata, Lily. —No se molesta en secarse las lágrimas; observa cómo se oscurece el color de los tejanos con cada gota—. No soy una buena persona.

—No digas eso, Sarah. No es culpa tuya.

—Sí que es culpa mía, Lily. Créeme.

Capítulo 34

El detective privado

Matthew no aparta los ojos de su hija.

—Me está sonriendo.

—Qué va. Está haciendo caca.

—Mira. —Se contorsiona un poco para que Sal pueda verlo mejor—. Eso es una sonrisa.

—Es caca. Créeme. Los bebés no sonríen durante las primeras semanas. Así que... Bueno, ¿quieres probar a cambiarle los pañales por primera vez?

—Ay, madre. No lo sé.

Matthew se sobrecoge ante el miedo que lo ha invadido. Siempre le ha prometido que se encargaría de estas cosas, que sería un padre moderno. Pero no tenía ni idea de que su hija sería tan minúscula.

—Bueno, siempre hay una primera vez para todo. Espérate a que lllore y yo te voy guiando.

—¿Cómo sabes que va a llorar?

Su mujer le dirige una mirada como si no hubiera estado prestando atención.

Cuando se echa a llorar, lo hace con una intensidad que sigue sorprendiéndole. Matthew no entiende cómo unos pulmones tan pequeños pueden producir un sonido tan potente.

Percibe la tensión cincelada en el rostro de su mujer al esforzarse por levantarse de la cama para ayudarle.

—¿Te sigue doliendo?

—Sí... Me han quitado los analgésicos. Es una mierda.

—¿Por qué no pides más?

—No, estoy bien. Tengo que jorobarme un poco. Bueno, papi. Lo primero que tienes que hacer es prepararlo todo.

Sally señala con el dedo el lote que hay junto al cambiador, que está encima de un carrito al lado de la cuna. «Pañal limpio, toallitas, crema, bolsita para la basura». Enumera cada elemento como si fueran a realizar una operación militar.

—Suele llorar hasta que acabas del todo, así que no te preocupes por si estás haciéndole daño, porque no es el caso.

Matthew coloca a su hija en el cambiador de plástico; ha olvidado casi por completo la secuencia, y comienza a entrarle el pánico mientras le desabrocha los corchetes del pijamita.

—Súbelo bien o tendrás que cambiárselo también.

Vale. Primero las solapas del pañal apestoso.

—Madre mía. ¿Este color es normal? —El olor es insoportable.

—Sí, de momento sí. Ayer fue peor. Parece que la caca va cambiando de color durante los primeros días.

Matthew está consternado. Caca verde. «Esto no puede ser normal, ¿no?».

—Rápido, las toallitas. Sujétale las piernas y vigila de no acercarte a la vulva o podría coger una infección.

«La vulva». Madre de Dios. Hay tantas cosas de las que preocuparse... Matthew piensa que ojalá hubiera prestado más atención a las clases de parto.

—Me faltan manos.

Sal pone los ojos en blanco y le enseña cómo levantarle las dos piernas con una mano a su hija mientras se coloca el pañal limpio donde toca y luego cómo deshacerse de los restos. Por alguna razón, le viene a la cabeza la imagen de un pollo. Destierra el pensamiento.

—Dile cosas.

—No sé si tiene demasiado sentido. —Matthew apenas puede oír su propia voz por encima del llanto.

Su mujer se ríe.

—Vale. Ahora ponle un poco de talco y esta crema justo ahí, para que no se le irrite.

Y, en ese momento, ocurre el milagro. Su hija deja de llorar por fin y le agarra el dedo del anillo a Sal, mientras gira los ojos hacia un lado como si buscara a su madre. Matthew las mira. Y espera. De repente, el momento se vuelve tan tierno, el rostro de su hija es tan dulce y está tan en calma, que a Matthew lo inunda una oleada de incredulidad y amor infinito por las dos.

Durante unos segundos, observa a una y a otra, y es incapaz de evitar pensar en el trabajo. En el pasado. En aquella madre cuyo bebé fue secuestrado. Piensa en Ella. En Anna, todavía desaparecida. En sus padres, en Cornualles. La nueva perspectiva desde la que ahora lo ve todo.

—¿Estás bien, Matthew?

—Sí, sí, claro.

Ayuda a Sal a coger a su hija y la devuelven a la cuna.

—Cada vez te costará menos, Matt.

—¿Tú crees?

—Sí. Creo que cuando se vaya de casa.

Ambos echan a reír.

—Ahora se dormirá un ratito. —Sal vuelve a recostarse con cuidado en la cama—. Venga, pon la tele. A ver cómo va el caso.

—Tranquila, no hace falta. Me voy enterando por el móvil.

Le ha explicado a Sally los dramáticos sucesos de España, pero ha hecho todo lo que está en su mano para evitar que el caso se cuele en la habitación del hospital.

—Pero si todo el mundo está hablando de esto, incluso los enfermeros.

—¿En serio?

—Sí, claro. Pero no se lo he dicho. O sea, a lo que te dedicas. Que estás medio involucrado. Venga, va, ponla. No me importa, de verdad.

Matthew coge el mando de los pies de la cama y pone primero la BBC y, acto seguido, Sky. Un mensaje de Melanie le ha confirmado que el equipo de negociadores ya ha llegado. Cathy, que sigue metida en casa de los Ballard, le ha dicho que se ha confirmado que el sospechoso es Karl, a pesar de los medios todavía no lo saben. Afirma tener una rehén y que se trata de Anna. De nuevo, eso tampoco se ha hecho público, aunque hay testigos dando entrevistas a diestro y siniestro, y el gabinete de prensa de la policía está saturado y no puede controlar la situación.

—Tiene pinta de que se les ha ido todo de las manos.

—Sí. No me gustaría estar en la reunión posterior a todo este jaleo.

—¿Te acuerdas de que te planteabas hacer un grado de psicología? ¿Para poder ser negociador?

Matthew esboza una sonrisa. Eso había sido justo al principio, cuando se arrepentía profundamente de haber dejado el cuerpo y se preguntaba si habría alguna manera de volver. Con otro puesto. Llegó a hacer un cursillo preliminar, los conceptos básicos de las negociaciones. Era fascinante. Sin

embargo, la realidad financiera había desvanecido esa posibilidad. ¿Cómo iba a permitirse el lujo de estudiar si tenía un negocio por levantar?

—Todo ha cambiado muchísimo, especialmente por culpa de los ataques suicidas.

—¿A qué te refieres? —Sal está mirando la cunita. No se oye ni una mosca.

—Bueno, que la regla de oro para las situaciones con rehenes solía ser evitar intervenir a toda costa, porque de lo contrario, casi siempre acababa mal. Se corría mucho más riesgo de que hubiera muertes.

—Y ¿ahora?

—Ahora, con los ataques suicidas, no hay nada que negociar. Están aprendiendo que lo que hay que hacer es intervenir lo antes posible. Un enfoque diametralmente opuesto.

—Pero el equipo de España lo hará a la vieja usanza, ¿no? O sea, el tal Karl no es más que un criminal, no es un terrorista.

—Sí, claro. Intentarán seguir las reglas a rajatabla.

—Y ¿cómo funciona? ¿Qué harán ahora? —Sal contempla la pantalla del televisor.

Matthew comparte con ella lo que sabe. Lo más probable es que lo llamen por teléfono. Asignarán primero un negociador clave y hará todo lo posible por entenderse con el secuestrador.

—El objetivo es rebajar la tensión, sobre todo teniendo en cuenta que el tipo es de gatillo fácil. Casi no mencionará a Anna.

—¿Por qué no?

—En estos casos se aconseja centrar la conversación en el secuestrador, no en el rehén. Intentar ganarse su confianza. Mencionar en exceso al rehén o a los rehenes tiende a estresarlo. Aun así, al haber habido disparos, quizá le exijan pruebas de que ella está bien.

—Pero es que aún no lo entiendo. ¿Cómo ha podido retenerla durante un año sin que ella haya intentado huir? Me parece muy raro. ¿No han dicho que trabaja en una obra? ¿No habría intentado huir mientras él trabajaba?

Este no es el momento ni el lugar para que Matthew le cuente lo que piensa en realidad. Que quizá el tal Karl la ata. La amenaza. Sabe Dios qué le habrá hecho; si los abusos son muy radicales, no se tarda nada en destrozar psicológicamente a las víctimas.

—Podría ser un caso de síndrome de Estocolmo, en el que la víctima establece un vínculo desacertado a través del trauma. —Matthew observa a su mujer mientras lo dice.

—He leído cosas al respecto, Matt, pero sigo sin entenderlo. Yo haría todo lo posible por escapar. Lo tengo clarísimo.

—Bueno, ya está. —Matthew apaga el televisor; quiere estar al día de lo que está pasando, pero no quiere involucrar ni a su mujer ni a su hija—. ¿Quieres un café o algo de la máquina?

—Un capuchino. Ah, y chocolate. Un poco de chocolate con leche, bien dulce e insano. Una tableta de las grandes. —Sonríe mientras lo dice, y Matthew se siente culpable porque lo único que busca es una excusa para llamar a Ella y a Mel—. Y no te entretengas con el teléfono. Quiero que el café me llegue caliente.

—Me has pillado.

Ella le envía un beso y él se pregunta cómo es posible que haya tenido tanta suerte. Sal siempre ha comprendido lo mucho que significa el trabajo para él, sobre todo después de lo que sucedió; después de lo que hizo que dejara el cuerpo. Matthew se detiene; por fin se ha dado cuenta de por qué les cuesta tanto a muchos agentes de policía encontrar el equilibrio entre el trabajo y el hogar: ambos son muy importantes y agotadores, provocan un desgaste emocional muy alto. Y, en este momento, comprende que tenía razón: ahora ya no podría hacer el grado en psicología. Piensa en la pequeña vestida con el pijamita rosa, cuyos ojos somnolientos siguen buscando a su madre.

Todo ha cambiado. Sus prioridades en la vida ahora son totalmente diferentes. Sí: la perspectiva es distinta.

Capítulo 35

La testigo

Me alegro de que Tony esté de regreso en casa. Luke tenía razón: lo necesito.

El problema es que tengo un nudo permanente en el estómago; los pensamientos se me agolpan en la cabeza constantemente. Me pregunto qué es real y qué es paranoia. Es como si el año que ha pasado me hubiera abrumado tanto que ya no puedo pensar con claridad.

¿Estoy tan estresada que he empezado a imaginarme cosas? Los ruidos en la tienda. La certeza de que me observan. Creer que alguien entró de verdad y movió las tijeras. Que tiró la lupa en la acera. ¿Me lo he imaginado todo? ¿Son fabulaciones mías?

No quiero pensar que Luke es capaz de querer asustarme, por muy molesto o abandonado que se haya sentido. No es posible. Así pues, ¿qué ha podido pasar?

Estoy disfrutando de la comodidad de nuestra sala de estar, viéndolo todo en el televisor grande. Bueno, *disfrutar de la comodidad* no sería la expresión. Ya no me siento cómoda en ningún sitio; ni siquiera en la cama por la noche, ya que soy incapaz de estarme quieta y acabo tardando horas en conciliar el sueño.

Hoy ya me he tomado la dosis máxima de paracetamol, pero no parece funcionar. Me sigue doliendo la cabeza.

Luke está en el piso de arriba y aparece por abajo de vez en cuando para ofrecerme algo de beber, seguramente porque se lo ha pedido su padre en algún mensaje, igual que le recuerda el Día de la Madre y mi cumpleaños. Cuando vuelve a plantarse en la puerta, examino con atención su expresión y

pienso si debería preguntárselo sin tapujos. Si debería ponerlo entre la espada y la pared y acabar con esto de una vez; decirle que no me enfadaré, pero que necesito saberlo. «¿Estás más molesto conmigo de lo que parece? ¿Por lo que pasó con Emily y lo tristes que nos dejó? ¿Por lo que me preocupo por el caso de Anna? ¿Has ido a la tienda por alguna razón que no acabo de entender?».

Echo un vistazo a la estantería que hay junto al mueble donde están colocados el televisor y el reproductor de DVD. En la parte superior reposan nuestras fotos preferidas. Luke cuando era un bebé. Su primer día de escuela. Cuando recibió la medalla tras su primer Ten Tors. Madre mía, qué orgullosa me sentí aquel día. Es muy habitual en las escuelas de Devon y Cornualles: hacer los Ten Tors o diez peñascos. Se trata de una travesía complicada por Dartmoor, como si fuera algo sencillo. Una especie de ritual que hay que cumplir por vivir en un lugar tan maravilloso. Sin embargo, es un recorrido muy duro. Yo no lo haría ni aunque me pagaran, y me sorprendió que Luke tuviera tantas ganas.

Le gusta el baloncesto, pero, por lo demás, no es un chico demasiado aficionado a los deportes. Nunca ha formado parte de los *boy scouts* ni nada por el estilo. De hecho, le gusta más la música.

En el reto de los Ten Tors, la travesía se realiza en grupos de seis personas—sin ningún tipo de supervisión por parte de un adulto— y cargan con todo el material necesario para acampar por la noche en Dartmoor. Las rutas tienen una distancia mínima de cincuenta y seis kilómetros que deben completarse en dos días, y el terreno es peligroso si no hace buen tiempo, algo muy habitual.

El ejército lo supervisa todo, y hay puntos de control en cada uno de los diez peñascos por donde es obligatorio pasar. Sin embargo, entre un punto de control y el siguiente, los equipos deben arreglárselas solos. Y las cosas pueden—y suelen— complicarse.

Una vez, una chica se ahogó durante un entrenamiento. Fue terrible y se revisaron todas las pruebas. Yo pensé, y, quizá incluso deseé en secreto, que aquello hiciera que lo anularan, pero no. Lo único que hicieron fue implementar unas directrices muy estrictas.

Las escuelas de la zona sureste participan y son muy competitivas. Las escuelas de gramática contra las integrales. Las privadas contra las públicas. Todo de muy buen rollo, pero se lo toman muy en serio. Todos los equipos quieren ganar; ser lo más rápidos.

El programa de entrenamiento dura meses, ya que los adolescentes tienen que ganar resistencia y adquirir una serie de habilidades: lectura de mapas,

buena forma física, montar un campamento. Tienen que cargar con las tiendas y los cacharros de cocina, además de saber esterilizar agua. Un montón de chavales siempre acaba tirando la toalla. Pero no Luke. Nos sorprendió sobremanera: no solo terminó el entrenamiento, sino que acabaron nombrándole líder del equipo. Y aquella primera expedición fue tan bien que quiso repetir. Hizo la caminata de cincuenta y seis kilómetros el primer año, y la más dura, de setenta y dos, el año pasado.

Sí: no puedo expresar lo orgullosa que estaba de él cuando había posado para esa fotografía con la primera medalla. A pesar de los cientos y cientos de niños que pululaban por ahí, recuerdo que oí su nombre salir de los altavoces y distinguí el orgullo cincelado en su rostro cuando lo vi, justo en el centro de todo. Era su momento.

Y ¿ahora? Emily ha cortado definitivamente con él y Luke se siente fatal. Tiene cambios de humor. Estaba tan diferente en esa fotografía, en Dartmoor, tan despreocupado...

Las noticias que llegan de España han entrado en un círculo vicioso que hace horas que dura y ya me empieza a saturar. Todos los canales principales han dejado de cubrirlo por lo repetitivo que se ha vuelto.

No dejo de pensar en los Ballard, en Cornualles. ¿Cómo deben de sentirse ahora mismo?

Y, de nuevo, lo noto: un gran nudo en el estómago. Porque ya es indiscutible. Ha llegado la hora de la verdad. No puedo evadir el hecho de que no me equivocaba al sentirme culpable. Karl, Antony o ambos se llevaron a la chica y le hicieron vete a saber qué, todo porque tomé la decisión equivocada. Porque juzgué la situación precipitadamente. Porque me escandalizó el comportamiento de Sarah.

Siento cómo me tiembla el labio, pero no dejo de castigarme: «No, Ella. No se trata de ti, se trata de Anna». Lo que tengo que hacer ahora es asumirlo.

El único misterio que queda por resolver son las postales. Los ruidos de la tienda. ¿Quién me ha estado restregando mi error? Si todo este tiempo Karl y Antony han estado fuera, no pueden haberme enviado ellos las postales. Y si tampoco son de la señora Ballard, ¿quién las envía?

Por fin, oigo el sonido de la llave en la cerradura...

Espero a oír el clic de la puerta al cerrarse. El golpe seco de la maleta. Y, muy a mi pesar, es un detonante. Cuando Tony llega al umbral de la puerta, ya estoy sollozando.

—Ay, no, Ella. Ya está, amor, ya estoy aquí.

Me abraza. Mi Tony. De repente, me siento agradecida por sentir su abrazo y, a la vez, culpable porque todavía no he sido honesta del todo con él.

—Venga, va, cielo. No pasa nada.

—Estoy bien, lo siento.

—No hay nada que sentir.

Después, cuando consigo controlarme, vomito toda la verdad. Esta vez hasta el más nimio detalle. Le explico que contraté a Matthew en secreto para advertir a la señora Ballard cuando creía que las postales eran suyas; porque había hecho oídos sordos a su consejo y había ido a Cornualles, y la había hecho enfadar; que en la tienda tenía la sensación de que alguien me observaba, pero que no tenía claro si era porque se me estaba yendo la cabeza.

—Vale, se acabó. ¿Qué te parece si cerramos la tienda un tiempo? Tienes que descansar. Llamamos a la empresa esta de timadores para que arregle las alarmas. Y, por favor, hazme caso... —Tony me sujeta los hombros con las manos, y se inclina para que lo mire fijamente a los ojos—. Es horrible. Me refiero a lo que está pasando en España, y sabe Dios cómo acabará. He escuchado la radio y los padres de Anna deben de estar viviendo un infierno. Pero esto no es culpa tuya, Ella. El culpable es Karl, el loco ese. No tú.

No respondo. Luke está en el umbral. Está pálido y cambia el peso de una pierna a la otra.

—Me alegro mucho de que hayas vuelto, papá. Y siento muchísimo no haber ido contigo a trabajar, mamá.

—Dime, por favor, que no fuiste sola. —Tony me agarra un poco más fuerte y abre mucho los ojos.

Se produce una pausa larga.

—Ha sido culpa mía, papá. He estado muy agotado, muy deprimido. Pero he puesto algunos anuncios más en Facebook para ver si puedo encontrar a alguien que ayude en la tienda.

—No habrás compartido información personal nuestra por Facebook, ¿no?

—No, no. Claro que no. Solo he dicho que conozco un trabajo a tiempo parcial fantástico. Me encargaré de filtrar quien conteste. Si veo alguien bueno, os lo pasaré para que decidáis vosotros.

—Bueno, pues es buena idea, Luke. Gracias. Creo que tu madre preferiría elegir ella a sus trabajadores, pero sigue tanteando el terreno, muy bien. Eso sí: no compartas en ningún caso información personal de mamá. De momento, no quiero que esté sola a primera hora de la mañana, no hasta que sepamos cómo va a acabar todo esto.

—Pero la persona que envía las postales no puede ser el tío del tren, papá. No es posible si lleva en España todo este tiempo.

—Podría ser el otro chaval del tren. O un tarado cualquiera. Por favor, Ella: haz lo que te pido a partir de ahora, ¿vale? ¿Por favor?

Tony relaja las manos y se inclina para darme un beso en la frente y abrazarme.

Luke desaparece para preparar más café, y sé exactamente qué me va a decir Tony. Estoy segura de que está horrorizado porque he involucrado a un detective privado sin decirle nada. Hace todo lo posible por no parecer enfadado, pero la decepción que refleja su mirada me mata.

—Creía que ya me lo habías contado todo.

—Lo siento. Estaba convencida de que podría ahorrártelo y solucionarlo yo misma sin tener que preocuparte más, Tony. Tú ya tienes suficiente con lo tuyo. Luke, el ascenso...

—Lo mío da igual, no puedo creer que no me lo contaras. Y ¿lo de ir a Cornualles? Te dije que era mala idea.

—Ya lo sé. Y supuse que te enfadarías, pero yo seguí insistiendo. Intenté resolverlo yo sola. Ahora veo que fue una estupidez. Lo siento muchísimo, cielo. Te juro que al principio estaba convencidísima de que era la señora Ballard, y no quería complicarle todavía más la vida y enviarle a la policía.

Acto seguido, le cuento a Tony lo que falta. Que Matthew tiene un contacto en el cuerpo de policía de Cornualles. El alivio de no tener que seguir guardándomelo todo es enorme, sobre todo porque Matthew me ha dicho que nos veamos cuando él salga hoy del hospital para ponerme al día. Ahora ya no tendré que engañar a Tony.

Como era de esperar, Tony dice que quiere conocerlo lo antes posible y dejarle las cosas claras.

—¿Qué quieres decir?

—Creo que no está bien estar en contacto con alguien que no sea policía ahora mismo.

—Ya lo sé, pero quizá cambias de idea cuando lo conozcas. Es una buena persona. Es expolicía y tiene mucha experiencia. Fue él quien insistió en que entregara las postales a la policía.

Tony está a punto de responder cuando el presentador de las noticias anuncia que vuelven a conectar con España porque se han producido nuevos acontecimientos. Los dos nos giramos hacia la pantalla del televisor y vemos al corresponsal de pie junto al cordón policial, con una mano en el oído, como

si le costara escuchar la conexión desde el estudio. Justo en ese momento, cambian a una imagen espeluznante. A pantalla completa.

Es una fotografía un poco granulada, como si la hubieran tomado desde lejos, pero es inconfundible. Hay un hombre alto en la ventana del segundo piso con una mujer rubia.

Le apunta la cabeza con una pistola.

Capítulo 36

El padre

A Henry Ballard lo educaron ese tipo de padres que creen que lo que no te mata te hace más fuerte. Nada de criar al niño entre algodones. Nada de preocuparse por tonterías. «La mejor manera de enseñar a nadar a un crío es tirarlo a la parte más profunda». Esa era la frase favorita de su padre.

Aquella fe extrema en la resistencia innata de los niños fue lo que hizo que Henry, con tan solo cuatro años, casi se matara al rebotar sobre las balas de heno de la parte trasera del tráiler que iba unido al tractor de su padre, y que aprendiera a conducir el tractor cuando apenas rozaba los doce.

Al recordar ahora momentos de su infancia, Henry es consciente de la suerte que tuvo de no llamar la atención de los servicios sociales. Sus padres, sin duda, se habían pasado de todas las rayas. Sin embargo, y por alguna razón, él y sus dos hermanas no se mataron y se hicieron más fuertes. Aparte de romperse una pierna a los ocho años después de que una vaca le diera una coz al salir del establo, Henry escapó prácticamente ileso de su niñez.

Por consiguiente, reforzado por la repulsión que sentía por los paternalismos, Henry había encarado su propia paternidad con una confianza similar y despreocupada. «No les va a pasar nada», se oía decirle tantas veces a Barbara mientras ella se preocupaba y armaba jaleo para que se aplicaran cremas solares de alta protección y los casos de los que tenía conocimiento y que habían demostrado el riesgo de sufrir melanoma en la gente que trabajaba al aire libre, ya que sus dos hijas se pasaban las mañanas correteando por la granja y volvían a casa solo a repostar.

«Las granjas son peligrosas, Henry», le respondía Barbara, mientras Henry la miraba con desaprobación.

«Ves demasiados documentales, Barbara».

Entonces, Anna cumplió cinco años y cogió una pulmonía. Había empezado como una tos normal, que Barbara opinaba que era consecuencia de jugar entre el heno húmedo que almacenaban en un granero anejo, pero Henry le decía que estaba haciendo una montaña de un grano de arena. «No le va a pasar nada».

Pero se había equivocado.

Aquel infortunio había terminado con Anna ingresada cinco días en la UCI del hospital de la zona, durante los que había pasado un período de veinticuatro horas en observación. Los Ballard no llegaron a entender por qué los médicos no los miraban a la cara.

Anna, conectada a máquinas que no dejaban de pitar mediante todo tipo de tubos, tenía un aspecto tan frágil que era insoportable; una de las pantallitas confirmaba que los niveles de saturación del oxígeno eran precarios. Los doctores les explicaban cada nueva estrategia, incluido un fármaco que le aceleraría el pulso temporalmente, pero que sería beneficioso para los pulmones.

«Paso a paso», les decía el especialista. «Lo primero es curar los pulmones; después ya nos preocuparemos del pulso».

Ahora Henry está sentado en el salón, viendo las noticias mientras recuerda con mucha viveza estar sentado junto a la cama de Anna en el hospital, corroído por la culpa al observar las cifras de los monitores. La sensación de no poder hacer nada, la pena. A veces le rezaba a Dios, pero luego recordaba que, de hecho, no era creyente. No tenía nada a lo que recurrir. Ya no creía en la resistencia de los niños. La despreocupación había desaparecido.

Había dejado de ser el hombre que era después de que su hija, su preciosa Anna, se sentara en el asiento del copiloto el día que la había llevado a la estación a coger el tren hacia Londres. «Me das asco, papá».

Cathy aparece en el umbral, cargada con una bandeja grande en la que reposa una tetera de un rojo brillante, una jarrita de leche y tazas. A continuación, justo en el momento en que la deja en la mesita del centro de la habitación, alguien vuelve a cambiar de canal y a Henry se le hiela el corazón.

Es una fotografía de una ventana. Un hombre —en teoría, Karl— apunta con un arma a la cabeza de su rehén.

Henry oye un sonido extraño que se le escapa de la boca, seguido de un chillido mucho más alto y terrorífico de su mujer. Un ruido como el que hace un animal herido, seguido por un balbuceo veloz y casi incomprensible.

—Madre mía, madre mía. Mi niña. Henry. Henry, mira. No, no, ay, no, por favor... Tenemos que hacer algo. Por el amor de Dios, dime qué tenemos que hacer.

Se levanta. Se vuelve a sentar. Se balancea. Se echa a llorar. Después, vuelve a levantarse y a caminar mientras habla:

—Tenemos que ir a España. Tengo que estar allí, Henry. Maldita sea, no puedo quedarme aquí. No puedo quedarme en esta casa.

El presentador dice que la fotografía, todavía sin verificar, la ha puesto en circulación una agencia de noticias europea; que el hombre ha sido identificado como Karl Preston, pero todavía no se ha confirmado que la rehén sea Anna Ballard.

—No deberían enseñar esto. —Cathy saca el móvil y se dirige al salón, mientras Henry se acerca a su mujer e intenta consolarla.

—Todo saldrá bien, Barbara.

—Pero ¿cómo te atreves a decir eso? ¿Cómo? Tenemos que ir, Henry. Tenemos que ir a España. No podemos quedarnos aquí. No puedo estar aquí.

En este momento, Tim está intentando tranquilizar a Jenny, que también está llorando. Henry echa un vistazo al muchacho, parece que también está afectado.

—No podemos ir a España, cariño. Todavía no. Tenemos que averiguar qué está pasando.

Henry echa un vistazo alrededor y piensa que, si estuvieran en un avión, no podrían estar al tanto de las noticias. Al final, mira hacia la puerta y cae en la cuenta de que necesita conocer la opinión de la agente de enlace de la familia, pero esta sigue al teléfono, en el pasillo.

—Si queréis, podría llevarme a Jenny a España y esperaros allí. —Tim se inclina hacia delante y observa a Henry de hito en hito—. ¿Creéis que serviría de algo? ¿Que al menos hubiera alguien de la familia?

Henry se pasa la mano por el pelo, mientras sigue abrazando a su mujer con el otro brazo, quien ha vuelto a sentarse en la silla y ha hundido la cabeza entre las manos.

—No lo sé. No tengo ni idea. A ver qué opina Cathy. Está ocurriendo todo demasiado rápido. No sé qué nos aconsejarán. No, no. No me parece bien que Jenny no esté con nosotros.

En ese momento, Cathy vuelve y se detiene en el umbral, muy pálida. Henry deduce que debe de haber novedades, pero su expresión no augura nada bueno y, durante un instante, tiene demasiado miedo de preguntar qué ha sucedido.

TE VEO...

Viernes

Ahora todo el mundo la está mirando, y no me gusta.

No me gusta ni una pizca.

Es mi deber. Se supone que tendría que hacerlo yo, porque lo entiendo de verdad, ¿sabes? Soy el único que sabe velar por ella en condiciones. Cuidarla. Comprenderla. Soy el único que se ha dado cuenta de cómo es ella en realidad. De lo increíblemente especial que es.

Cuando veo que otras personas la miran, la observan, le sonrían, oigo un ruido en la cabeza. Al principio es como un ruidito seco. Después, aumenta y aumenta hasta volverse un ruido ensordecedor que me resuena en el cerebro. Luego, retumba por la habitación, el cielo y llega hasta el espacio.

Ahora mismo lo noto. Cada vez suena más fuerte y no sé qué hacer.

Necesito espacio para pensar. Tengo que acallar el ruido y tengo que hacer que toda esta gente... deje de mirarla.

Capítulo 37

El detective privado

Matthew bosteza cuando alarga la mano para activar el parabrisas. Cae una suave llovizna, de las que más incordian, sobre todo porque siempre se olvida de cambiar las varillas del parabrisas. El sirimiri de la neblina es demasiado como para poner los parabrisas en modo intermitente, pero no es suficiente como para ponerlos al máximo. Intenta echar agua, pero el depósito está vacío. Oye su propio suspiro junto con el chirrido de protesta de la luna mientras va cambiando entre las dos velocidades del parabrisas. La luna está demasiado seca. Demasiado mojada. Demasiado seca...

El presentador de las noticias de la radio habla de deportes. Matthew mira el reloj. Pronto harán un resumen de las noticias. Bien. Está claro que dirán algo sobre la última hora de lo que está sucediendo en España. Melanie le ha comentado que puede volver a llamarla, que tal vez la agente de enlace de la familia la informa de alguna novedad. Todavía está que echa chispas porque el inspector la ha denunciado de forma oficial y por eso ahora lo está haciendo todo un poco sin seguir las normas. Además, confía en Matthew; sabe que no la traicionará.

Se acuerda de Anna e inspira hondo. Tiene un mal presentimiento.

Contempla las nubes que lo sobrevuelan, veloces, impulsadas por los fuertes vientos. Ahora, es consciente de la paradoja cuando sonrío al pensar en su hija, con el pijamita rosa, tumbada en la cuna del hospital. Le ha bajado un poco la temperatura corporal, pero los enfermeros le dicen que no hay motivos para preocuparse. Aunque sería buena idea ponerla debajo de una lámpara hasta que aprenda a regular mejor su temperatura corporal. Cuando se ha ido del hospital, Sally se estaba preparando para echar una cabezada y la

pequeña Amelie estaba acurrucada con un casquito rosa surrealista que le han puesto para que esté cómoda bajo la lámpara. Qué mona. Qué raro.

Amelie. Amelie. Amelie.

«Es mi hija», piensa. «Mi hija y mi mujer». Todavía se le antoja surrealista. Tiene una familia.

Aunque... Un momento. Es la musiquilla de las noticias. Matthew sube el volumen para oír mejor lo que dicen por encima del molesto chirriar del parabrisas. El presentador resume lo que él ya sabe («venga, venga, que esto ya lo sabemos») y, finalmente, conecta con un corresponsal que está entrevistando al portavoz de la policía. Se ha desatado la polémica por unas nuevas imágenes que corren por las redes sociales. El portavoz, con un acento muy marcado, comenta que eso los está perjudicando, porque el equipo de la policía está empezando a ganarse la confianza del secuestrador y todo eso complica las cosas. Es peligroso. Demuestra la irresponsabilidad de la gente. El reportero comenta que en los tiempos que vivimos debe de ser imposible controlarlo todo por culpa de las redes sociales. A continuación, el portavoz parece nervioso: dice que tiene que terminar la entrevista para responder a una llamada, pero urge a la gente a ser sensata y a no compartir las imágenes. Por favor.

Las noticias se centran en otro tema. Matthew vuelve a mirar la hora y echa un vistazo a la bolsa con ropa sucia que descansa en el asiento del copiloto. Ha aceptado ir a visitar a Ella y así conocer a su marido, pero no quiere entretenerse; tiene que ir a casa y encargarse de las tareas del hogar. Es increíble la cantidad de pijamas de una pieza, baberos y cosillas varias que puede llegar a usar un bebé en solo veinticuatro horas. Además, su mujer le ha hecho una lista de cosas que necesita: bálsamo labial, pañuelos, algún tipo de crema para el cuerpo del que ya ha olvidado el nombre, así que se alegra de que Sally se lo haya apuntado.

Matthew va cambiando de emisora. «¿Qué fotos?». ¿Qué diablos estará pasando en España ahora mismo? Se imagina las reuniones del equipo tras las cámaras y nota un pinchazo que le resulta familiar. La sensación de pérdida. El arrepentimiento. Recuerda que, poco después de abandonar el cuerpo, cuando se quedaba sentado, solo, en su nueva oficina, echaba de menos con toda su alma la sensación de formar parte de algo. Algo muy importante.

—¿Cómo te estás adaptando? —le preguntaba Sally por aquel entonces, noche tras noche.

Él siempre mentía:

—Bien, muy bien.

Matthew había dejado la policía porque había metido la pata. Había sido el responsable de la muerte de un chaval de doce años. Su jefe le imploró que se quedara, que se tomara el tiempo que necesitara para reconsiderarlo y buscara ayuda profesional. Se realizó una investigación forense y otra policial independiente. Ambas habían exonerado a Matthew de cualquier tipo de culpa, pero le daba igual. Él había sido quien había tenido que mirar a la madre a los ojos durante la investigación. Era él quien se despertaba por la noche empapado en sudor.

Había ocurrido un jueves. Aquella noche también llovía. Había tenido que acudir a un colmado pequeño donde estaban hartos de los ladrones. Un chaval había agarrado un paquete de tabaco mientras el gerente atendía a otro cliente y había huido corriendo. Dio la casualidad de que Matthew se cruzó con el chico bajando por un callejón a no demasiada distancia de la tienda, y empezó a perseguirlo.

—¡Eh! ¡Oye! ¡Detente!

Incluso mientras corría tras él, Matthew solo tenía pensado echarle la bronca y dejar que se fuera. No era la primera vez que lo hacía. El chaval era rápido pero bajito. No era más que un crío. Sin embargo, Matthew no llegó a tener tiempo de ser indulgente. El chico entró en pánico, saltó una valla y cayó por un terraplén que daba a las vías del tren. Matthew le gritó que se detuviera, pero el chaval las cruzó igualmente. Estaban electrificadas.

Fue un espectáculo dantesco. El hedor era insoportable.

Matthew sufrió quemaduras graves al sacar al chico de las vías.

—No tendría que haberlo perseguido —le había dicho a Sally—. Si no lo hubiera asustado, seguiría vivo. Por dos paquetes de cigarrillos, Sally. Dos putos paquetes de cigarrillos.

—Hacías tu trabajo.

Su mujer le acariciaba el pelo. Nunca olvidará el cariño con que le había acariciado el pelo mientras él hablaba y hablaba; así habían pasado aquella noche.

Así que Matthew dejó el trabajo. Dejó atrás a los supermercados que le pedían que persiguiera a los ladrones, tuvieran la edad que tuvieran. Sin importar qué los había motivado.

Decidió montar su propio negocio, ya que pensó que lo mejor sería decidir a quién quería ayudar.

El único problema, como tantas veces le recuerda Mel, es que se aburre. No participa en casos realmente importantes. Muy poca gente busca la ayuda de detectives privados para este tipo de casos. A menudo la gente acude a él

porque alguien ha desaparecido, y suelen ser personas que no quieren que las encuentren. O mujeres preocupadas porque sus maridos les están poniendo los cuernos.

Matthew hurga en la guantera y encuentra una barrita de chocolate de hace tiempo. Genial. Azúcar. Ahora recuerda el curso de negociación, y lo mucho que le habían sorprendido las estadísticas: la mayoría de las situaciones con rehenes se resuelven sin heridos. Por supuesto, aquello era antes de los ataques suicidas. Antes de la nueva oleada de crímenes de muy diversa índole.

Ojalá el equipo de Estaña recurra a las prácticas de siempre, tal como Sally ha supuesto. Le pedirán a Karl que mantenga la calma, sobre todo para proteger a Anna. Con cosas del estilo: «Muy bien. Lo estás haciendo de lujo. Que sepas que no nos olvidaremos de esto, de que, gracias a ti, nadie ha resultado herido».

Matthew cierra los ojos y desea estar allí, en el furgón policial. Al teléfono. Al mando.

Les habían enseñado que nunca hay que usar la palabra «rendirse». «Salir» era la expresión que se prefería. «Te propongo que hablemos de cómo puedes salir de ahí, Karl. De qué podemos hacer para sacarte sin problemas».

Durante uno de los seminarios, Matthew preguntó cómo se suponía que tenían que responder a las peticiones. ¿Los secuestradores no pedían siempre cosas irrealizables? ¿Un coche con el que huir? ¿Un helicóptero? Y dinero, claro. ¿Cuál era la respuesta oficial de la policía ante ese tipo de peticiones de rescate?

«Nunca les digáis que no», les recomendó el profesor. Debían decir algo como: «Vale, voy a preguntar si es posible, Karl». Los negociadores siempre tienen que fingir que transmiten las peticiones a otras personas, para que cualquier tipo de respuesta negativa o retrasos no parezcan ser culpa suya. «Lo siento, Karl. Me acaban de decir que, de momento, no es posible. Vamos a hablar de lo que sí es posible, de lo que vamos a hacer para que todo el mundo salga ileso. Eso es lo mejor que puedes hacer. Te prometo que estoy haciendo todo lo que puedo por ayudarte, Karl».

Todavía le quedan unos quince minutos para llegar a casa de Ella y Matthew, no soporta la espera. Se detiene en un apeadero. Tiene que saber de una vez a qué imágenes se refieren. Saca el móvil y abre Twitter. Las imágenes se han viralizado. Hay fotos desde diferentes ángulos que capturan el mismo instante: Karl apunta con un arma a la cabeza de una mujer rubia, presuntamente Anna, ante una ventana.

Matthew siente cómo se le acelera el pulso cuando se fuerza a reaccionar de un modo profesional: te resistes al miedo y al pánico y activas el pensamiento analítico. Vale. ¿Qué implica esto? ¿Qué hay que hacer?

Empieza a analizar las imágenes lo más rápido que puede. ¿Qué dicen en realidad? ¿Qué sucede? El problema es que, en todas las imágenes, Anna está de espaldas a la ventana.

Matthew encuentra una media docena de fotografías diferentes tomadas desde ángulos un poco distintos, y frunce el ceño. La cabeza le trabaja a toda pastilla y establece una serie de conexiones involuntarias que todavía no comprende. En la policía, había aprendido a confiar en sus instintos cuando le ocurría eso. Debía relajarse, observar y esperar.

Es algo similar a lo que pasaba con aquella serie de pósteres —*El ojo mágico*—, en los que tienes que fijar la mirada y relajar los ojos hasta que casi entras en una especie de trance y entonces ves que aparece la imagen tridimensional que esconde. Debes relajarte. Confiar en tus habilidades innatas.

Va pasando las imágenes y hace exactamente eso. Hay algo que no cuadra...

Echa un vistazo a los mensajes que circulan por las redes sociales. Seguro que los han hecho con la mejor de las intenciones, pero no son de ayuda:

JODER, ¿VA A DISPARARLE?

Hay algunos mensajes en Twitter de la policía, en español e inglés, en los que se pide a los usuarios que no hagan ni compartan fotografías, pero está claro que es inútil.

Madre mía. Qué desastre. Matthew vuelve a repasar todas las imágenes, esta vez busca las de agencia de noticias. Algunas parecen tener una mejor calidad, están hechas con objetivos de largo alcance; ¿quizá las ha tomado algún fotoperiodista? Sin embargo, la mayoría tienen pinta de haberse hecho con móviles, quizá desde alguna ventana de los pisos superiores de los bloques que hay enfrente del edificio en el que se ha atrincherado Karl. Pero entonces, encuentra una foto tomada desde un punto mucho más alto, quizá el ático del bloque. Ofrece una visión de la ventana desde un ángulo diferente, más picado. Ahora, por fin, Matthew se da cuenta de lo que le chirriaba en el resto de las fotografías.

Saca el iPad para abrir la misma imagen y ampliarla un poco. Se la envía por correo electrónico a Melanie, mientras marca su número de teléfono. Ella tiene que asegurarse de que el equipo de España también lo ve.

Madre de Dios... Es que tienen que verlo.

El tono de llamada suena cinco veces antes de que Melanie descuelgue.

—Mel, te acabo de enviar una foto ahora mismo. Es de Karl con la rehén, en la ventana. Tienes que enviar un mensaje al equipo de España.

—¿Matthew?

—Sí, perdona, soy Matt. He salido del hospital y ya voy para casa.

—Todavía no me ha llegado. ¿Se puede saber qué pasa? Y acuérdate de que no quieren ni verme. Me tienen casi de vacaciones pagadas.

—Creo que no es Anna, Mel.

—¿Que qué?

—La chica que está con Karl. La rehén. Estoy seguro de que no es Anna.

—Pero qué dices, no puede ser... Ah, espera. Me acaba de llegar la imagen. Bueno, ¿qué se supone que tengo que ver?

—La anchura de los hombros. La forma del cuerpo no coincide, Mel. Tiene forma de rectángulo, no de pera.

—¿Perdón?

—A ver. —Matthew intenta relajarse; es consciente de que va a parecer que ha perdido la chaveta del todo—. Sal está obsesionada con todo lo que tiene que ver con la forma del cuerpo. Se ve que determina qué ropa comprarte. El cuerpo de Anna tiene forma de pera. No está gorda, al contrario... Es una forma de pera muy delgada.

—La virgen, Matt. ¿Lo de ser padre te ha dejado tonto o qué?

—Por favor, escúchame. Es importante. A mí me importa un comino el tema, pero una noche Sal me hizo leer un montón de tonterías de una revista que hablaba de esto. Para que dejara de regalarle la ropa que no tocaba. Parece ser que la forma del cuerpo apenas cambia, independientemente de si ganas o pierdes peso. Es cuestión de huesos, de esqueleto. Se mantiene. Anna, gracias a todas las fotos que ha compartido la familia, sabemos que tiene una forma de pera clásica. Igual que mi mujer. Una pera delgada. Cintura fina, hombros estrechos, torso pequeño y caderas un poco más anchas que los hombros. Esta chica, la que está con Karl en el bloque, tiene una forma corporal totalmente distinta. Tiene las mismas proporciones arriba que abajo. Amplía la imagen y échale un vistazo. Los hombros tienen la misma anchura que las caderas. Casi no tiene cintura como tal. Pero solo se aprecia en esta fotografía que han tomado desde un ángulo más picado.

Durante unos segundos, reina el silencio.

—¿Lo ves, Mel? Vuelve a mirar las fotos de archivo de Anna, por favor. Compáralas. Compara los hombros.

Otra pausa.

—Joder, creo que tienes razón... Lo que pasa es que no habrá manera de que el equipo me haga caso si me pongo a balbucear cosas sobre la forma del cuerpo. Técnicamente, me han apartado del caso hasta que vea al jefe y consiga convencerle de que me levante este retiro temporal que me impusieron por culpa de don Lerdo.

—Y ¿qué me dices si llamas a tu colega... a Cathy? La agente de enlace. Supongo que está con ellos, ¿no? Tenemos que saberlo lo antes posible.

Matthew oye que Melanie respira hondo.

—Por favor, Mel. Si tengo razón y la chica no es Anna, tienen que enfocarlo todo de una manera totalmente distinta. Además, si no es Anna...

—Una pausa—. ¿Dónde cojones está y a qué juega Karl?

Un resoplido.

—Vale, le enviaré la foto a Cathy. Voy a ver si me hace el favor de preguntarle a la familia. Aunque es posible que se niegue en rotundo.

—Mira, estoy a punto de hacerle una visita a domicilio a alguien relacionado con el caso. A la testigo, Ella. ¿La recuerdas? Te prometo que te lo contaré todo si me mantienes informado. Por favor.

—Está bien. Aunque quizá yo también me acabe buscando otro curro.

—Va, no digas eso, Mel. Yo cuento con que vayas ascendiendo para poder volver algún día.

Matthew se sorprende al oírse decir estas palabras en voz alta por primera vez.

—Es coña, ¿no?

—Por supuesto. —En absoluto—. Venga, hablamos pronto.

Tarda unos quince minutos en llegar a casa de Ella; la lluvia cae con más fuerza ahora, así que desea tener un chubasquero en el coche. Matthew echa un vistazo al reloj. Tiene que darse prisa si quiere llegar a tiempo a casa para hacer todas las tareas y dormir en condiciones por la noche. Según Ella y todos los que lo rodean, lo de dormir pronto se va a convertir en una ilusión. La pobre Sally está teniendo problemas para darle el pecho a su hija y ya está pensando en pasarse a la leche en polvo. A Matthew no le importa, pero ya intuye que le tocará darle parte de las tomas nocturnas. Comienza a preguntarse cómo diantres lo harán los demás eso de trabajar cuando acabas de ser padre...

Mientras aparca en la entrada de la casa, justo detrás de un BMW negro grande, Matthew toma consciencia de que el marido de Ella debe de estar en casa. Echa un vistazo al teléfono —ningún mensaje de Melanie, joder— y se

mentaliza para recorrer el tramo que separa el coche del porche bajo esa lluvia.

No se ven luces en el recibidor, pero, al cabo de poco, oye el chirrido de una puerta en el interior, voces crispadas, el chasquido de un interruptor y, al final, Ella abre la puerta. Está pálida.

—Hemos estado enganchados a las noticias. Es un horror. ¿Lo has visto?

—Sí.

Matthew se limpia los pies en el felpudo. A la derecha hay un paragüero de bambú en el que descansan dos paraguas de golf grandes. También un maletín. Está claro que el marido está en casa. Matthew se fija en que el maletín es caro; la piel está bien cuidada. Una elegante gabardina masculina con el forro de seda cuelga del gancho más cercano.

Ella sigue balbuceando cosas sobre las noticias. Sobre lo apabullante que es saber que hay tantas imágenes corriendo por las redes sociales. Matthew se limita a asentir y se espera a evaluar en condiciones la actitud de su marido.

Cuando llegan a la sala de estar, la tensión se desata. Le presentan a Tony, y su lenguaje corporal lo delata: tiene los hombros contraídos, rígidos. Le estrecha la mano a Matthew sin pestañear; acto seguido, entrecierra los ojos, sin hacer el más mínimo esfuerzo por esconder que está tomándole la medida a Matthew.

—Se lo tendría que haber contado antes, ahora me doy cuenta. Nos lo solemos contar todo, así que me siento fatal. —Ella mira primero a Matthew y después a su marido. Parece una partida paranoica de *ping-pong*. Ella es una muy buena mujer, y a Matthew no le gusta verla así de angustiada—. Lo que pasa es que estaba convencidísima de que las postales eran de la señora Ballard.

—¿Qué opina usted, señor Hill?

Matthew se encuentra con los ojos de Tony y respira hondo.

—Creo que es comprensible que le preocupe que yo me haya involucrado, y que incluso sienta cierto escepticismo. Por eso me alegré cuando Ella me propuso este encuentro. Espero poder disipar sus dudas.

—Le escucho.

—Yo mismo fui policía. Tengo muchísima experiencia y sigo contando con buenos contactos. Y que quede entre nosotros: creo que han hecho un auténtico desastre con el caso de Anna Ballard, y cada vez me alegro más de estar involucrado. Para ayudarte, Ella, claro, pero también porque espero poder contribuir a que se llegue al fondo del asunto en la medida de lo posible.

—Ya, todo eso me parece muy noble, sin duda, pero mi mayor preocupación es la seguridad de mi mujer. Que para eso le pagamos, no para resolver el caso de Anna Ballard. La policía es quien se encarga de eso. Así que, ¿cree que Ella corre peligro de verdad? ¿Qué opina de las postales?

—Tony, por favor. —Ella sigue mirando a uno y a otro—. Estamos en un sinvivir con el caso de Anna. Eso no lo dudes, Matthew. ¿Has visto la foto en la que la apunta con una pistola? ¿Crees que intentarán calmarlo? ¿O pondrán a un francotirador? ¿A ti qué te parece? Me siento fatal. Estoy preocupadísima. Solo con pensar en lo que debe de estar pasando la señora Ballard, pobre...

Tony rodea a su mujer con un brazo y le da un beso en la frente para tranquilizarla; Matthew los observa con atención. Tony le acaricia el pelo a Ella con dulzura y vuelve a evaluar la agresividad del marido, ya no le importa la desaprobación de Tony. Él se comportaría igual si se tratara de Sal. De hecho, es bueno que Tony sea tan protector.

—He contactado con una colega en la que confío para el tema de las postales. En estos momentos no puedo asegurarles nada, pero lo más probable es que sea una persona cualquiera que se haya obsesionado con el caso. No hay ninguna prueba de que exista una amenaza real en el punto en que nos encontramos. Dicho esto, es mejor prevenir que curar, al menos hasta que sepamos algo más, y ya le he recomendado a Ella que tenga cuidado. ¿Ha habido alguna novedad? ¿Algo inusual o algo que les preocupe?

Parece que Ella se pone nerviosa. Se toquetea el pelo.

—Ha habido un par de veces en las que he tenido la sensación de que alguien me observaba cuando estaba en la tienda a primera hora de la mañana. Pero puede que sea la paranoia. Una vez, las luces de un coche apuntaban hacia el escaparate. Me asusté, pero porque estoy muy alterada.

—Esto no me lo habías dicho. —Tony abre los ojos, alarmado—. Vale, ya está. Se acabó lo de abrir la tienda tan pronto. —Se vuelve hacia Matthew—. Por favor, dame la razón en esto. No me hace caso. Hemos instalado alarmas nuevas... pero por ahora son un desastre.

—¿Has llegado a ver a alguien que vigilara la tienda, Ella?

—No. De verdad que es solo una sensación. Yo creo que es porque todo esto me ha afectado mucho.

—Bueno, creo que lo mejor sería cerrar la tienda unos días hasta que se resuelva lo que está pasando en España. —Matthew mira a Tony de hito en hito.

—Aleluya. Alguien que piensa como yo. —Tony respira hondo.

—Pero ¿qué hago con los encargos que ya me han hecho?

—Que les den a los encargos, Ella. Llamaré a los clientes y les diré que estás enferma. Les recomendaré otras tiendas, ni que sea para unos días. — Tony parece satisfecho, y más contento, y señala hacia la cocina con amabilidad para ofrecer un café que empieza a preparar Ella. Allí también tienen las noticias puestas, y todos se giran hacia el televisor cuando oyen que el presentador introduce las últimas fotografías del piso de España.

Mientras Ella está ocupada con el molinillo y la cafetera, Matthew mira el móvil. Melanie todavía no le ha dicho nada.

Mientras espera a que se haga el café, Ella se gira hacia Matthew:

—¿Intentarán dispararle, Matthew? ¿Es este el siguiente paso? Me parece insoportable tener que limitarnos a mirar y esperar.

—El negociador intentará disuadirlo y convencerlo de que salga. Hay que tener paciencia. No intervendrán a menos que no les quede otra opción. Si es Anna, recordemos que la ha mantenido viva durante un año.

—¿Cómo que si es Anna? ¿Quién va a ser, si no?

La voz de Tony rezuma incredulidad y Matthew desea no haber dicho eso.

Capítulo 38

La amiga

—**T**odavía no me has dicho por qué dices que es culpa tuya, Sarah. —Lily ha preparado unos sándwiches acompañados de trozos de manzana y melocotón en una bandeja grande, que coloca encima de la cómoda de su habitación—. Tienes que intentar comer algo.

Sarah todavía tiene el estómago revuelto. Contempla la bandeja, preparada con tanto mimo, y después a su hermana. Es irónico que lo haya hecho Lily, que es puro hueso bajo la ropa holgada.

—No sé si puedo comer. Come tú un poco. —Sarah observa a su hermana con atención, pero ella se encoge de hombros.

—Ya he comido antes.

Sarah opta por ignorar la mentira. Analiza la habitación de Lily, agradecida al menos por esta intimidad repentina, ya estaba harta de que Luna y el resto se asomaran y las molestaran, pero ahora lamenta estar lejos del televisor grande. Ojea las publicaciones de las redes sociales y las noticias del móvil, pero le gustaría tener un iPad para poder verlo mejor. Además de una mejor tarifa de datos. Le han llegado ya varias advertencias de que se acerca al límite mensual, y no tiene dinero para seguir navegando.

—¿Te importaría que miráramos las noticias en tu portátil, Lily?

Sarah se niega a llamarla Azafrán. La mira y se esfuerza por esbozar una sonrisa de agradecimiento mientras su hermana enciende el ordenador y busca un canal de noticias 24 horas.

—Vale, pero no eludas el tema, Sarah. Está claro que el Karl este está como una cabra y siento con todo mi corazón que te asuste tanto lo que está

pasando en España. Pero, si te soy sincera, me alivia que papá no esté implicado. Y si Anna fue y se largó con Karl...

—No se fue con él.

Sarah deja esa frase colgando en el aire y de repente se nota agotada. Es una sensación similar a la que tienes cuando estás en un puente y una minúscula parte de ti te dice que saltes. Que te fundas con el agua. Sabes que no deberías, pero no puedes evitar sentirlo. Y sabes que tienes que tomar esta decisión vital en una fracción de segundo y te aterra. Las consecuencias. Esa delgada línea entre una opción y la otra. Igual que con el bote y las pastillas, aunque ahora es consciente de que aquello no había terminado ni resuelto nada. No había hecho más que perpetuarlo.

—Bueno, no sé si lo hizo. O si él se la llevó o le echó algo en la bebida o vete tú a saber; el problema es que no la cuidé. Anna y yo discutimos. Y la verdad es que no sé qué mierda pasó.

En ese momento, mientras se oye hablar atropelladamente, Sarah se da cuenta de que tiene que ponerle fin. Por muy malo, vergonzoso o terrible que sea. Y su hermana, esa versión marchita y triste de la hermana que tanto ha echado de menos, es su única esperanza para ponerle punto final.

Lily, sentada al borde de la cama, muda la expresión. Frunce el ceño y ladea la cabeza ligeramente.

—Tienes que contarme qué ocurrió, Sarah. Por favor.

—Vuelve a jugar con las pulseras que lleva en la muñeca y a Sarah le entran ganas de llorar al verla así. Al ver cómo están las dos.

Se produce una larga pausa. Una respiración profunda que Sarah comprende que ha hecho ella. Y... decide saltar.

—Decidimos que nos quedaríamos en la discoteca hasta las dos de la madrugada, más o menos, y después cogeríamos un taxi para volver juntas al hotel. Primero estuve hablando con Antony, y Anna estaba con Karl. Al principio todo iba bien. Nos sentíamos muy adultas. Ahora me cuesta admitirlo, pero es la verdad. Después, por alguna razón, los dos perdieron el interés en nosotras. Parece que conocían a unas cuantas personas y se fueron. Pasaron de nosotras, básicamente.

La voz de Sarah se apaga cuando recuerda cómo se había sentido. El enfado. Lo avergonzada y engañada que se había sentido teniendo en cuenta lo mucho que se había esforzado por gustarle a Antony en el tren... y lo poco que había tardado él en irse y ponerse a reír y a flirtear con otras chicas de la discoteca. Cuando las habían invitado, Sarah creía que aquello sería como una

cita doble, que se sentarían los cuatro juntos, que bailarían, se divertirían. Pero no había sido así...

—Siempre me equivoco con los chicos... Con los hombres, Lily. —Ahora mira de nuevo a su hermana—. En el instituto me dicen que soy una guarra.

—Pero no lo eres.

Siente cómo las lágrimas le ruedan por las mejillas y cierra los ojos; ya no le importa.

—Lo único que quiero es gustarle a la gente.

Sigue con los ojos cerrados, pero oye el crujido que hace la cama cuando Lily se mueve para abrazarla.

—Shhh, tranquila. Todo saldrá bien.

Se deshace del abrazo.

—No, sabes que no. Anna se me acercó pasada la medianoche y me dijo que quería irse antes, porque ya había tenido bastante y estaba cansada. Además, iba bastante alegre. Pero yo seguía buscando a Antony. Yo también iba un poco borracha y estaba muy enfadada con él, así que le dije a Anna que no se comportara como una cría, que se tomara algo y que se relajara. —Sarah se limpia las mejillas con una mano; detecta la sal de las lágrimas en los labios—. Por eso discutimos. Me contestó que no se sentía segura y yo básicamente la mandé a la mierda. Le dije que volviera sola.

—¿Entonces fue cuando te propuso que hablaras con papá?

—Sí. Me dijo que quizá lo mejor sería que nos viniera a buscar a la discoteca y que nos acompañara al hotel. Pero yo le respondí que no fuera tan patética y que, si contactaba con papá, no volvería a dirigirle la palabra.

—¿Le has explicado esto a la policía?

—No, claro que no. Mentí. Les dije que fue Anna la que no se presentó para coger el taxi más tarde... —Sarah abre los ojos y trata de interpretar la reacción de su hermana. Lily parece sorprendida, y Sarah recuerda la conmoción del rostro de Anna. «Por favor. Quiero volver al hotel. Creo que me he pasado con el alcohol. Por favor, Sarah, te lo suplico...». Se pregunta cómo la mirarán los demás cuando se enteren de lo que pasó en el tren. Con Antony.

—Luego no fui capaz de encontrarla, así que cogí el taxi sola. Creía que ya estaría en la habitación, enfadada conmigo. Creía que podría pedirle perdón después de que me bajara un poco la borrachera. Pero cuando vi que no había vuelto, me entró tal pánico al principio que pensé que habría contactado con papá.

—Joder.

—Estaba tan confundida, Lily... En aquel momento, no sabía ni si me estaba pasando al pensar tan mal de papá. Estaba paranoica. Pero después empecé a pensar: ¿y si Anna llamó a su hotel y le dijo que viniera a la discoteca? ¿Y si quedó con él afuera o algo? Ay, no lo sé, no podía parar de pensar en eso por cómo es él, Lily. Pero estaba demasiado asustada como para decírselo a la policía. —Mira a Lily a los ojos, cuya expresión le indica que la comprende—. Y después fue cuando Karl y Antony huyeron del país y creí que lo más probable es que hubieran sido ellos. Y esto acaba de confirmarlo. Karl la secuestró... y sabe Dios lo que... —Sarah se pone a llorar a lágrima viva—. Por eso es culpa mía. Sea como sea, la cagué, Lily. Dejé tirada a Anna.

Capítulo 39

El padre

—Quizá podrías llamar al médico de la familia y pedirle algún tipo de sedante para que Barbara se tranquilice un poco.

Cathy, la agente de enlace, le acaricia el pelo a Barbara, que está sentada en una silla de la cocina con la cabeza entre las rodillas.

Henry está de pie, con los brazos en jarras, paralizado por sus propias emociones contrapuestas y turbulentas. Miedo. Culpa. Vergüenza. «Me das asco». La fotografía horrible del televisor de la que al final ha tenido que apartar la mirada. Aquel lunático apuntando a su hija en la cabeza con una pistola. En lo único en lo que ha podido pensar en ese momento ha sido en su propia escopeta, la que la policía le ha confiscado. Ha querido que se la devuelvan. Le han entrado ganas de apuntar y disparar. De disparar a Karl. Muerto. «Chúpate esa». En el pecho. En la cabeza.

Camina de un lado a otro; Cathy tranquiliza a su mujer y no aparta los ojos de él mientras espera instrucciones.

—No quiero un médico. No quiero calmantes. Quiero saber lo que está pasando. Por el amor de Dios. Mi niña... mi pobre niña.

Barbara vuelve a levantar la voz y Cathy le pide que la baje y que respire con calma, que inspire y espire hondo.

—Tiene pastillas para dormir, pero no le gusta tomarlas. —Henry nota cómo le tiembla el labio al ver que los hombros de su mujer se agitan debido al esfuerzo por mantener el control.

—De verdad que creo que lo mejor sería que te tumbaras un rato, Barbara. Arriba. Te avisaremos de cualquier novedad, en cuanto nos enteremos de lo

que sea. —Cathy no deja de acariciarle la espalda—. ¿Estás segura de que no quieres que avisemos al médico?

En ese momento, Barbara echa un vistazo por la cocina, como si no viera lo que tiene delante.

—Nada de médicos. Quiero estar en la habitación de Anna. Me tumbaré en su cama.

Se levanta con una expresión extraña de angustia, como si estuviera en trance, para llevar a cabo este nuevo propósito.

—Que Jenny vaya con ella. —Cathy se lo ordena a Henry, con los ojos muy abiertos de preocupación. Henry, entretanto, se siente impotente. No deja de andar. No termina de asimilar la información—. Dile a tu hija que vaya arriba y se siente con Barbara. No debe estar sola.

El móvil de Cathy vuelve a sonar, y Henry siente el mismo escalofrío que le ha recorrido el cuerpo cuando ha visto por primera vez la imagen en televisión. Cathy le dice que debe responder a la llamada, y Henry se dirige al salón para pedirle a Jenny que vaya arriba, por favor, y ayude a su madre.

Tim se pone en pie, es evidente que duda sobre lo que debería hacer. Le han quitado el volumen al televisor, pero ahora están emitiendo noticias deportivas. Henry siente un arranque de ira al ver lo poco que ha tardado el mundo en pasar página. Hace menos de media hora que el maníaco ese ha aparecido con una pistola apuntando al cabello dorado de su hija y el mundo ya está pensando en el fútbol.

—Creo que lo mejor será que te vayas, Tim. Lo siento. Es demasiado.

Tim se limita a asentir, pálido y muy afectado, y coge el abrigo del respaldo del sofá. Henry oye el clic de la puerta principal cuando Tim, por fin, se marcha, y vuelve a la cocina con la intención de escuchar a escondidas la llamada de Cathy. Se ha metido en el cuarto de los zapatos y ha cerrado la puerta. Es exasperante. La sólida puerta de roble le amortigua la voz.

Sammy ha aprovechado la oportunidad para escaparse del cuarto de los zapatos, y hora está sentado a los pies de Henry, y le ruega con los ojos poder quedarse con él en la cocina. Henry observa a su perro. El toque de ámbar en esos oscuros ojos. Qué fiel. Sammy está preocupado porque percibe la tensión que inunda la habitación. Henry recuerda al cachorro que ladraba y daba saltos de un lado a otro por el jardín delantero mientras Anna hacía una rueda tras otra. «Mira, papá, puedo hacer tres seguidas...».

Henry se acerca todavía más, se inclina justo al lado de la puerta del vestidor, pero es inútil; sigue sin oír nada. Cathy habla entre susurros. La desesperación por saber lo que sucede le inflama el pecho, es como si le

estuvieran arrancando la piel. Cierra los ojos. Respira fuerte y con dificultad por la nariz. Sammy se ha acercado y le acaricia la pierna. «¿Puedo quedarme, amo?». Henry le atusa la cabeza y siente que algo se rompe en su interior cuando el animal comienza a menear la cola.

Finalmente, Henry camina hasta la impoluta mesa de pino por inercia y se sienta en el sillón de respaldo alto que ha dejado libre su mujer. Ahora se fija en que el cojín a cuadros azul que suele estar en el sillón está tirado en el suelo, justo debajo de la mesa. Durante unos instantes se obsesiona con el cojín, mientras medita si debería recogerlo o no; unos instantes en los que esta decisión le parece trascendental y demasiado difícil de tomar. Después, se dice a sí mismo lo estúpido, trivial y ridículo que es siquiera pensar en ello; que más dará, como si todos los cojines están en el suelo. Como si cada objeto vulgar que hay en esta cocina insignificante está en el suelo. Henry echa un vistazo alrededor, se detiene en la vajilla de cerámica, los platos, las jarras y los boles, y en toda la parafernalia del aparador, y piensa en las ganas que tiene de pasar el brazo y arrastrarlos consigo. De tirarlos al suelo y que se unan al cojín. Por fin oye el familiar chirrido de la puerta del vestidor; Sammy se levanta, con la cola muy tiesa: se pregunta si eso significa que volverán a desterrarlo.

—Era una compañera —comenta Cathy mientras atraviesa la habitación y se para a su lado.

—¿Alguna novedad de España? ¿Del equipo? ¿A qué demonios esperan? ¿No tiene gas lacrimógeno o algo por el estilo? ¿Cuándo van a terminar con todo esto?

Henry se sorprende al oír su tono, más triste que enfadado, algo que no acaba de encajar con sus palabras. Tiene esa misma sensación, deja que lo invada mientras se vuelve a fijar en el cojín y se percata de que tiene una manchita en la esquina superior izquierda. Probablemente es de ketchup. Lo asalta otro recuerdo que le hace cerrar los ojos. Anna pone ketchup en un sándwich de beicon.

—Me temo que no hay ninguna novedad del extranjero. Pero, lo cierto es que... —Cathy titubea, algo raro en ella. Se detiene.

—¿Qué? ¿Ha pedido un rescate? —De hecho, hacía tiempo que lo esperaba, y abre los ojos—. Si lo que quiere es dinero, podemos conseguirlo. Todo el que quiera. Podemos vender la granja. —La mente de Henry comienza a barajar veloz todas las opciones, piensa en las personas a las que podría llamar. Quién podría echarles una mano, o dejarles algo. Ayudarlos.

—No, nada de eso. Aunque el equipo de España tampoco se lo plantea...

Qué estúpido. ¿Cómo ha podido creer que era factible? Henry deja de pensar en todas las llamadas imaginarias a bancos y amigos. A la iglesia de la zona. En la idea de pedir dinero por internet. Se lo saca todo de la cabeza. Una bolsa de dinero para Karl. Anna que sale de un coche y corre hacia él. «Papá...».

Se nota exhausto mentalmente con todos esos cambios de pensamiento; con todos esos dimes y diretes. El cavilar desenfrenado. Las esperanzas que se alimentan y luego se pisotean. Las imágenes terribles que le vienen a la cabeza por culpa de las noticias, de las redes sociales. La policía no va a dejar que Karl se vaya, haya o no rescate. No hay manera obvia de proteger a Anna. Nada que él pueda hacer. Otra vez nota esa quemazón en el pecho. Aprieta los puños con fuerza, con los ojos clavados en el cojín de nuevo.

—Me gustaría pedirle que mirara una fotografía, señor Ballard.

Henry se fija en la formalidad. Cathy les ha pedido que la tuteen y no usen el apellido. A Barbara la llama por el nombre. Antes lo llamaba Henry, cuando todo eran tés, simpatía e inclinaciones con la cabeza. Sin embargo, desde el episodio en el establo, el incidente de la escopeta y el interrogatorio, se ha convertido en el señor Ballard. Lo más probable es que siga siendo así hasta que se resuelva el caso; mientras todavía esté a un pelo de ser considerado sospechoso.

«Me das asco, papá».

—Es esta fotografía, señor Ballard. Se ha compartido poco. Antes de nada, debo advertirle de que se trata de otra imagen de Karl en la ventana, con el arma. Es una imagen muy dura. Como es comprensible, para su mujer ha sido demasiado. Pero está tomada desde un ángulo diferente, y nos ayudaría sobremanera que la observara con atención. ¿Cree que será capaz?

—Por supuesto que sí. —Mentira. Henry se prepara para lo que viene; no quiere mirar.

Cathy no le acerca el iPhone, sino el iPad, más grande.

—Es una imagen tomada desde los apartamentos opuestos, con un ángulo más picado. La han retocado un poco y está ampliada. —Desliza un dedo por la pantalla para enseñarle esta segunda versión.

Henry nota cómo le tiembla el labio.

—¿Qué se supone que tengo que decir? ¿Qué se supone que debería ver? —Es una tortura. Quiere dejar de mirarla. El arma. El pelo.

—Karl se ha negado a dejar hablar a la rehén con el negociador. Además, no le ha enviado ninguna foto al equipo de la policía, algo que le han solicitado varias veces. Es el procedimiento habitual para relajar la tensión y

comprobar que la rehén está bien. Es un proceso de intercambio, algo así como un regateo. Si nos envías una fotografía o nos dejas hablar con la rehén, nosotros haremos esto otro... Te haremos llegar comida, otro teléfono, analgésicos, inhaladores para el asma o lo que sea que necesites.

«¿La rehén?». ¿A santo de qué usa esta palabra? ¿Por qué no la llama Anna? Cómo se atreve... Están hablando de su hija. Debería llamarla por su nombre...

—Lo que le pido es lo siguiente: si mira esta fotografía, ¿podría asegurarme, señor Ballard, que está cien por cien convencido de que se trata de Anna?

En ese momento, la cabeza comienza a darle vueltas. ¿Lo dice en serio? Un loco convence a su hija en el tren para que vaya a una discoteca de mala muerte después de ir al teatro. La emborracha y sabe Dios qué hace con ella. La secuestra y se la lleva a España. Se atrinchera en un piso con un arma y...

—Por favor, observe la fotografía con mucha atención. Fíjese sobre todo en la forma del cuerpo de la chica y en su cintura. En especial, en la anchura de los hombros. ¿Cree que es Anna?

Henry examina la imagen, y no sin cierto dolor frunce el ceño. ¿La forma? Pero ¿qué querrá decir con eso de la forma? Entonces cae en la cuenta de que tiene un dolor de cabeza horroroso. Quizá sean migrañas; hace horas que lo tiene, desde que estaba en la comisaría.

La fotografía está granulada, la calidad es mala, y es aún peor al haberla ampliado. El pelo, sin duda, es el de Anna.

—No entiendo nada. ¿Quién iba a ser, si no?

—Por favor, obsérvela con atención.

Henry inspecciona a la chica, de espaldas contra la ventana y con un arma apuntándole en la cabeza. Se percata de que está moviendo el cuerpo con nerviosismo. Recuerda a Anna alejándose de él, mirando por la ventana de la cocina. «Mira, papá, ha vuelto la urraca...».

¿Qué se supone que debería ver en la foto? ¿La forma del cuerpo? ¿Qué clase de persona le pide a un padre que piense en la forma del cuerpo de su hija?

En esta fotografía, Anna lleva un suéter ajustado. Gris, aunque puede que la cámara lo haya distorsionado; está claro que la han hecho con un móvil.

Henry hace lo que le han pedido y se fija en la cintura y en los hombros.

Un escalofrío. Algo no cuadra. Dios santo...

—¿Me está diciendo que puede que esté embarazada? ¿Es eso lo que insinúa? —Henry se esfuerza al máximo por no perder los estribos. No quiere

perderlos delante de esta mujer. Vuelve a observar la fotografía y lo recorre un nuevo escalofrío. No termina de comprenderlo.

—No, no insinúo eso. La forma, los hombros, la cintura. Todos tenemos una forma corporal determinada, señor Ballard, unas proporciones que no cambian, aunque perdamos o ganemos peso. O incluso aunque estemos embarazadas, a pesar de que en ningún momento me refería a eso. Son las proporciones entre los hombros y la cintura. ¿Le parece que la chica de la fotografía es Anna?

Henry aguanta la respiración al empezar a entender la trascendencia de la pregunta y sus consecuencias.

—Lo mejor será que avisemos a Jenny.

Capítulo 40

La testigo

Qué alivio que Tony haya subido por fin a cambiarse.

—Perdona, no lo hace adrede. —Miro a Matthew, pero tengo la cabeza todavía centrada en mi marido, me imagino que sube las escaleras y cuelga la funda del traje detrás de la puerta. Guarda el neceser en el baño. Agotado, se sienta en la cama, preocupado por mí.

—No tienes de qué disculparte. Creo que es positivo que sea tan protector. Yo haría exactamente lo mismo en su lugar, y, de hecho, me alegro mucho de que nos hayamos conocido al fin. Es lo mejor. Para ti, quiero decir.

Sonrío justo cuando Luke entra en la cocina y se pone a revolver los armarios en busca del bote de las galletas. Me planteo detenerlo; debería hacer algo en condiciones para comer, pero el estrés de la situación me ha dejado sin ánimo.

—Lo siento, Matthew. Soy una maleducada; no te he preguntado por el bebé y por tu mujer. ¿Cómo están?

El cambio que se opera en el rostro de Matthew es inmediato: aparece ese brillo y esa desconcertante sensación de orgullo e incredulidad, junto a la expresión bobalicona de asombro característica de los primeros días. Es conmovedor.

—Ah, muy bien, gracias. Están genial. Le tuvieron que hacer una cesárea, y Sal está un poco agotada y dolorida. Tiene que quedarse unos días ingresada.

—Dile que aproveche al máximo estos días de descanso. Por cierto, este es mi hijo, Luke. Luke, este es Matthew, el detective privado. ¿Recuerdas que te hablé de él?

Observa con atención la mirada que Luke le dedica a Matthew, una mirada cargada de recelo, igual que la de su padre. De repente, me siento protegida por ambos. Matthew tiene razón. Es bueno que los dos se preocupen por mí. Recuerdo todo lo que ha pasado Luke estas últimas semanas con su novia, y me siento una traidora y una estúpida por haber sospechado de él al encontrar la dichosa lupa para mapas. ¿Cómo he podido meterme en semejante lío? No se lo voy a decir a Matthew y no voy a poner a Luke contra las cuerdas. Vete a saber si, por alguna razón, llevaba yo el cachivache en el bolsillo. Sí. Quizá fue a mí a quien se le cayó.

—¿Qué hay para cenar? —Luke le hace el vacío a Matthew y me mira fijamente.

A veces me pregunto si Luke lo habría tenido más fácil en caso de no ser hijo único. Un hermano en quien confiar, más o menos de la misma edad. Nunca intentamos buscar otro hijo. No es que hubiera algún problema; sencillamente, no sucedió.

—Mira, creo que voy a pedir algo. ¿Te apetece comida china, Luke?

—Claro.

Cuando sale de la cocina, le confieso a Matthew lo complicado que ha sido este año para toda la familia. Por mi culpa, por no ser yo misma; por estar tan preocupada por el caso, sobre todo después de que se filtrara mi nombre. Por culpa de las malditas postales. Por desear con todas mis fuerzas que termine ya.

—¿Estás segura de que no hay nada más que quieras contarme? ¿Algo sobre quien te vigilaba cuando estabas en la tienda? ¿Viste el color del coche? ¿Alguna persona extraña que ronde por ahí? ¿Por la tienda o por aquí?

—No. De verdad que fue solo una sensación extraña. La que tienes cuando crees que alguien te está observando. Como te decía, me ha afectado mucho. Lo más seguro es que todo sea fruto de la paranoia por culpa de las puñeteras postales.

—Está bien. Bueno, Ella, lo siento mucho, pero tengo que irme. —Matthew mira la hora.

—Estás más que invitado a cenar. ¿Quieres compartir el pedido con nosotros? —Me arrepiento de haberlo dicho en cuanto pronuncio las palabras.

—No, de verdad. Te lo agradezco, pero tengo cosas que hacer en casa. Ya sabes que puedes llamarme cuando quieras, si pasa algo o si hay algo que te preocupa.

—Gracias. —Me avergüenza el tremendo alivio que siento ante el rechazo de quedarse a cenar. Será lo mejor para Tony y Luke. Tengo que aprender a

poner a mi familia por delante de mis dichosos modales. Matthew me cae bien, pero no puedo olvidar que no deja de ser su trabajo. Hago *zapping* para asegurarme de que no hay ninguna novedad de España antes de que Matthew se vaya. Justo cuando se mete la mano en el bolsillo para sacar las llaves, oigo que le llega un mensaje al móvil.

—¿Es algo del caso?

Asiente con la cabeza y lee el mensaje; veo que su semblante se ensombrece, antes de levantar los ojos y mirarme.

—Bueno, esto es estrictamente confidencial, Ella. Pero tengo novedades complicadas de digerir. Sospecho que falta bastante para que se haga público. La cosa es que tengo un contacto muy cercano a la familia Ballard y... Bueno. Creo que deberías saberlo ya.

Me preparo para lo que viene y se me contraen los músculos de la barriga. También contraigo los brazos y presiono las palmas de las manos con fuerza contra los muslos. Miro el televisor, en el que van pasando imágenes del piso de España ahora con las cortinas corridas. El rótulo de la parte inferior de la pantalla anuncia que no ha habido novedades. Sin embargo, temo que Matthew me va a comunicar la peor noticia posible. Se apaga la luz de la esperanza.

—¿Está muerta? ¿La ha matado?

—No, Ella. La mujer del piso, la rehén, no es Anna. No tenemos ni la más remota idea de a qué está jugando Karl. Pero no es Anna.

Capítulo 41

La amiga

Sarah está tumbada en la cama de Lily y observa cómo su hermana duerme en el colchón hinchable que tiene al lado. Lily sigue haciendo la monería que hacía de pequeña: se presiona la punta de la nariz con el índice de la mano derecha. Cuando eran unas crías, Sarah se metía con ella por eso:

—¿Por qué haces eso, Lily? Lo de subirte la nariz cuando duermes.

—Porque respiro mejor.

—Qué tontería.

—Me da igual lo que pienses.

Los brazaletes siguen rodeándole la muñeca y Sarah se pregunta si, al menos, se los quitará al ducharse. Luna se ha asomado hace un rato; Sarah ya tiene claro que son pareja, pero se alegra de que las deje tranquilas un rato. Quizá Lily le ha dicho algo cuando Sarah se estaba dando un baño.

Está agotada y, a pesar de que el baño ha sido muy relajante, ya sabía que tendría problemas para dormir. Ha insistido en quedarse en el colchón del suelo, pero Lily se ha negado, e incluso le ha hecho una broma: «Así puedo vigilar que no haya monstruos debajo de la cama».

Por suerte, la habitación no está totalmente a oscuras. Hay una ventanita encima de la puerta por la que se cuelan unos tenues rayos de luz del rellano. Lily le ha contado que hay un par de compañeros que sufren insomnio y pesadillas, por lo que siempre dejan la luz del descansillo encendida para que no pasen miedo si tienen que levantarse de noche.

Se supone que Caroline, la propietaria de la casa, vuelve por la mañana, y Sarah está nerviosa. Tiene que preguntarle si puede quedarse una temporadita. No soporta la idea de volver con su madre, especialmente después de todo lo

que le ha dicho Lily. Le ha mandado más mensajes suplicándole que vuelva a casa, pero Sarah le ha respondido escuetamente y se ha limitado a decirle que está bien y que está con Lily. «Déjame en paz».

Sin embargo, está destrozada; como Lily, le alivia que su padre no tenga nada que ver con la desaparición de Anna, pero no es más que un alivio temporal, no definitivo. Es evidente que tienen que tomar una decisión con respecto a su padre. No pueden fingir que el pasado no ha sucedido. ¿Qué pasa si se lo hace a alguien más? ¿No sería en parte culpa suya por no haberlo denunciado?

A Sarah le cuesta aceptar que su madre no creyera ni apoyara a Lily cuando esta se lo confesó. Sarah cierra los ojos con fuerza al darse cuenta de que ella también tendría que haber dicho algo y haberse esforzado más por ponerse en contacto con Lily, en vez de limitarse a culparla por abandonar a la familia.

Se pone bocarriba con sumo cuidado y trata de relajarse mientras examina las sombras de la habitación por enésima vez. En la esquina hay un maniquí hecho de algún tipo de bambú que Lily utiliza como perchero, cubierto principalmente de bufandas y un poncho de *patchwork*. Cuando lo ha visto con la luz del día le ha encantado —muy bohemio todo—, pero en la penumbra es aterrador, como una persona decapitada, y Sarah tiene que concentrarse para discernir e identificar cada elemento y que sean menos amenazadores. Bufanda. Bufanda. Poncho. «No es más que ropa, Sarah».

Ya se ha cansado de estar bocarriba, así que se pone de lado para observar la túnica que cuelga de la puerta. Es tan larga que llega al suelo, y a Sarah le da por pensar que deberían colocar el gancho un poquito más arriba. Sí. Unos pocos centímetros y la puerta no pillará la túnica cuando se abra.

Después, la confusión la invade de repente. Hay luz solar. Oye las cortinas. El tintineo de los vasos o de la cubertería. Voces distantes. Milagrosamente, ha podido dormir. No se lo cree. Oye un traqueteo de cerámica justo a su lado y ve que Lily se le acerca con una bandeja de madera en la que descansan dos bonitas tazas de café y un plato con algo triangular y de color verde intenso.

—Son tostadas con aguacate. No quiero más excusas. Tienes que comer algo, Sarah.

Sarah bosteza y se estira.

—Vale. Dios, no me puedo creer que al final me durmiera. —Mira la bandeja y toma una de las tostadas—. Me la comeré si tú también lo haces.

Mueve la cabeza para indicarle a Lily que coja la otra rebanada.

Su hermana entrecierra los ojos, toma la tostada y se sienta en el suelo tras apartar el colchón.

—De verdad que creía que no podría dormir. La última vez que miré la hora eran las tres. —Los bostezos distorsionan la voz de Sarah—. ¿Crees que Caroline dejará que me quede un tiempo? Puedo buscar trabajo en alguna cafetería o algo así.

—No lo sé, pero le preguntaré. Solo durante el verano, ¿eh? Tienes que prepararte para los exámenes.

—No sé si tiene sentido que me moleste en estudiar.

—Por favor, Sarah, no digas eso. Solo le preguntaré si te puedes quedar con la condición de que hagas los exámenes.

Sarah se encoge de hombros. La tostada está rica. La ha sorprendido gratamente la cantidad de pimienta que ha echado sobre el aguacate. Ah, y el limón. Después de meterse en la boca el último trozo, se acerca al suelo para recoger el móvil. Tiene un montón de mensajes. Sarah se sienta, se recuesta en el cabezal de madera y les echa un vistazo.

«Madre mía...».

No puede asimilarlo. ¿Cómo que no es Anna? Pero ¿cómo no va a ser Anna? ¿Qué locura es esta? Tiene mensajes de Jenny, de Tim, de Paul y también de otros amigos...

Abre una aplicación de noticias y le pide a Lily que vuelva a poner las noticias en el portátil.

—Que se ve que la chica del bloque de España no es Anna.

—¿Cómo?

El portátil tarda unos minutos en arrancar. Lily y Sarah se apretujan en el borde de la cama, hombro con hombro, para escuchar al corresponsal que está fuera del piso de España informar de que, por fin, la tragedia se ha acabado. Han detenido a Karl y la policía lo está interrogando.

Se ha confirmado que la joven, la presunta rehén de Karl, no es Anna Ballard, la adolescente inglesa desaparecida. Tanto Karl como la mujer rubia del piso han resultado ilesos. La policía no ha dicho nada más.

—¿No es Anna? —Lily se pone pálida—. No entiendo absolutamente nada.

Sarah se lleva la mano a la boca y se aprieta los labios con los índices. Nota que a su hermana le tiemblan los hombros.

—¿Sabes qué significa esto, Lily?

Su hermana se inclina hacia delante y se cubre la cara con las manos; Sarah le acaricia la espalda cuando Lily empieza a llorar.

—Lo siento muchísimo. Sé que es un horror, Lily. Sé que es lo último que querrías, pero no nos queda otra opción.

Lily sigue llorando y Sarah no tiene ni idea de cómo consolarla.

Las dos saben lo que tienen que hacer.

Deben denunciar a su padre a la policía. No les queda otra opción. Sarah tiene que contárselo todo.

Capítulo 42

El padre

La semana siguiente, una ola de calor sacude el país. Todas las predicciones rozan valores altísimos. Henry las contempla con furia contenida. La única vez en que aciertas con el tiempo es cuando puedes sacar la cabeza por la ventana y valorarlo por ti mismo. Mientras tanto, han olvidado a su hija por completo. Ya no ocupa los titulares. Las noticias locales están llenas de gráficos con las temperaturas, de encargados de las oficinas de turismo que farfullan que se han batido todos los récords y que vuelve a estar de moda lo de quedarse en casa. «Es la mejor temporada en años». Todo el mundo en Devon y Cornualles está aprovechando para coger algo color y, así, ir a juego con la hierba seca.

Hoy informan sobre la presencia cada vez más habitual y numerosa de delfines en las costas, y un biólogo marino dice que puede que pronto haya más tiburones. Por culpa del calentamiento global.

—El calentamiento global... Sí, claro.

Henry está guardando parte de su ropa en otra maleta; el televisor, en una esquina, está encendido con el volumen bajo. Cada vez que vuelve a casa para llevarse sus cosas, intenta tomárselo con mucha calma, con la esperanza de que la determinación de Barbara flaquee y le proponga tomar un té y hablar. Que deje que se quede. Pero no. Le grita por el hueco de la escalera: que se dé prisa, por favor. Que acabe con lo que esté haciendo antes de que Jenny vuelva. Según parece, su hija mayor está con Tim y Paul. Barbara dice que los chicos han sido su mejor apoyo desde que la situación se le había ido de las manos a la policía.

«Y ahora hemos vuelto a este momento de espera terrible», piensa Henry mientras cierra la maleta. «Anna sigue desaparecida y los noticiarios están obsesionados con el dichoso tiempo. Y a mí me han desterrado de casa».

De vuelta en el piso de abajo, lo intenta una vez más:

—Barbara, ¿podemos hablarlo, al menos? ¿Volver a intentarlo? ¿Por Jenny?

—¿Volver a intentarlo? ¿En serio tienes la cara de pedirme que lo intentemos? Después de que casi te volaras los sesos en el establo y de que me hayas puesto los cuernos casi en nuestra casa con una puta cualquiera mientras nuestra hija...

Henry sigue sin tener ni la más remota idea de cómo Barbara se ha enterado de su aventura. Todavía no sabe quién es ella, gracias a Dios, pero, de alguna forma, ha ido encajando las piezas. Sospecha que a Cathy se le ha escapado a propósito, aunque esta lo niega. Tras el desastre de España, la agente de enlace ya no pasa tanto tiempo con ellos. Suele venir cada día a tomar el café y hablar un poco. Lo más probable es que le avergüence lo mal que la policía ha llevado toda la investigación.

El «sitio» de España ha resultado distar mucho de serlo. La chica rubia del piso era la nueva novia de Karl. Los dos habían preparado todo el teatrillo de la rehén para intentar negociar con la policía y que les dieran un coche para huir. Se les había ocurrido cuando la policía había ido a detenerlo por primera vez después de recibir el aviso.

Lo único que han comunicado a los Ballard desde ese día es que, al parecer, Karl tiene una cortada para la noche en que Anna desapareció. Ha resultado que Antony también trabajaba en la misma construcción que Karl. Los dos están bajo custodia policial y niegan cualquier tipo de implicación en la desaparición de Anna. Según cuentan, perdieron el interés en las chicas al poco rato de estar en la discoteca, y no tienen ni idea de lo que les pasó después. Los dos han declarado que, tras marcharse de la discoteca, se fueron a una fiesta con unos amigos en Vauxhall, que era precisamente su plan inicial. Esta información se ha corroborado con testigos y las grabaciones de las cámaras de seguridad, y, hasta el momento, todas las imágenes y las declaraciones parecen confirmar esta coartada. Hasta la fecha, la policía de Londres no ha encontrado ningún vacío temporal en la cronología que los pueda relacionar con la desaparición de Anna.

Los dos hombres afirman que habían huido a la mañana siguiente por miedo a que los culparan o los incriminaran. Creían que volverían de cabeza a la cárcel. Así que unos colegas les consiguieron unos pasaportes falsos y un

barco con el que cruzar el canal hasta Francia. Los equipos forenses han analizado el piso en el que se había celebrado la fiesta. La policía todavía está llevando a cabo interrogatorios para terminar de confirmar las coartadas. De momento no han encontrado nada. La novia de Karl, la supuesta rehén, es una camarera inglesa que había conocido en un bar seis meses atrás.

La policía ha asegurado a los Ballard que lo más seguro es que Karl y Antony vuelvan a prisión por haberse saltado la condicional y por el falso secuestro de Karl. Sin embargo, en lo que respecta a Anna, la policía parece que poco a poco los va descartando como sospechosos. Ahora ya no tienen más hilos de los que tirar. El inspector ha vuelto a Londres, se ve que está ocupado con el caso del asesino en serie.

«¿Y ahora qué, joder?», no deja de preguntarles Henry.

«Seguimos investigando. El caso sigue abierto...».

Acompañado de este calor abrasador, Henry se enfrenta lentamente a su mayor temor: que nunca encuentren a su hija; que jamás sepan lo que pasó. Imaginarse que este es el futuro que le espera —a él y a los demás— es insoportable. También lo ve en los ojos de Jenny. Y en los de su mujer.

En este momento de espera terrible, Barbara se ha entregado por fin a los antidepresivos, pero parece que le provocan cambios de humor repentinos. Según Jenny, el problema es que se niega a tomarlos cada día, y esa irregularidad en la dosis la desestabiliza. Henry nunca sabe cómo se la va a encontrar: apagada y en silencio, con los ojos ausentes; o frenética limpiando la casa sin parar y echándose a gritar ante el menor intento de hablar con ella.

—Tendrías que ir al médico, Barbara.

—A ver cómo te lo digo: lo que yo haga a partir de ahora ya no es de tu incumbencia.

Le sienta como un puñetazo en el estómago. Descubre que no solo es culpa, también es una tristeza profunda y omnipresente.

—Todavía te quiero, Barbara. —Al decirlo, se da cuenta demasiado tarde de que es cierto, y desea poder volver atrás para atenuar la irritación, la insatisfacción que llenaba su vida; la del granjero convertido en un gestor turístico.

—Vaya, qué suerte la mía.

—No voy a renunciar a esta familia, Barbara. Tenemos que pensar en Jenny.

—¿Qué familia, Henry? —le escupe—. Por si no te has dado cuenta, esta familia ya no existe. Anna ha desaparecido y no sé si volveremos a verla. Y

Tim y Paul piensan más en lo que necesita Jenny de lo que tú has pensado en ella jamás.

—Eso es injusto.

—¿Injusto? Te voy a decir lo que es injusto: que no tuvieras el valor ni la decencia de decirme con quién estabas la noche en que desapareció tu hija.

Sammy está junto a Henry, y este se percata de la tensión que delata su postura: la cola baja; los ojos fijos en el suelo.

—Mira, Henry, vete de aquí. Y llévate al perro.

—Estamos en contacto.

—No veo la hora.

Henry arrastra tras de sí la maleta hasta el Land Rover, y finge que pesa mucho cuando la mete en el maletero. Lo cierto es que se lleva muy pocas piezas de ropa cada vez, así tiene una excusa para volver y mantiene la esperanza de que Barbara cambie de idea. Le cuesta creer que haya terminado.

Lo ha perdido todo.

Vuelve a mirar una vez más el jardín delantero y cierra los ojos al recordar a Anna haciendo la rueda, luego sentándose y sonriéndole. Saludándolo.

Henry siente un hormigueo en los dedos: tiene ganas de devolverle el saludo. Finalmente, aprieta los labios muy muy fuerte, abre los ojos y conduce por la estrecha carretera hasta los apartamentos. Por ahora, está en uno de los establos originales, uno de los más grandes, que reconvirtieron en cuatro apartamentos pequeños. Henry se ha instalado en uno con dos habitaciones. Tiene la sensación de hacer ver que vive allí, en vez de estar viviendo de verdad, algo reforzado por el hecho de que los apartamentos contiguos están llenos de veraneantes y el jardín hasta arriba de tablas de surf, trajes de neopreno, risas y cantidades ingentes de arena.

Henry mete la maleta en un cuartucho penoso: cuatro paredes neutras, una cama estándar y un suelo de roble falso. Barbara se pasó mucho tiempo mientras lo transformaban explicándole que «practicidad» debía ser su lema. Además de RSI, siglas que aprendió que correspondían a «retorno sobre inversión». Según ella, las instalaciones y el mobiliario tenían que ser neutros, resistentes y fáciles de mantener. No tenía nada que ver con gustos o decisiones personales, sino con el RSI. Henry baja la vista a ese suelo «fácil de mantener» y se acuerda de los suelos de roble de verdad de los pisos superiores de la granja. De los nudos y las protuberancias.

Henry se tumba en la cama y observa el techo. Piensa en ese mundo que prefiere. El mundo real al que aún se aferra. En el heno organizado, gracias al tiempo. En los corderos destetados y libres por los pastos. ¿Qué tiene que hacer ahora? Debe decidir si comenzar a arar los campos superiores para las cosechas de cereales del año que viene. Pero ¿debería molestarse siquiera? ¿Acaso seguirá pudiendo jugar a ser granjero? Echa un vistazo por la habitación. El armario diminuto de madera de pino. La cajonera y la mesita de noche a juego. Todo es demasiado nuevo y demasiado naranja.

Sammy le viene a la cabeza. Debe de estar acurrucado en su camita en la cocina contigua, también «fácil de mantener»; pobre perro, tan miserable y confundido como él. «¿Qué hacemos aquí, amo?», le preguntan sus ojos ámbar a diario. Henry cierra los suyos e intenta dormirse, pero suena el timbre. Otro asqueroso toque moderno. Agudo y estridente, no como los sistemas antiguos de campanas de la granja.

«¿Quién demonios...?».

Henry se queda quieto con la esperanza de que quienquiera que sea se vaya, pero el sonido estridente vuelve a sonar. Y una tercera vez. Y una cuarta. Al final, se levanta y se encuentra al visitante escudriñando el interior a través del cristal central de la puerta.

—Ostras, Jenny. Entra, entra, por favor. Lo siento, no creía que pudieras ser tú.

La hija observa el desorden en el que vive su padre. Hay un montón de platos sucios en el fregadero, puesto que Henry siempre se olvida de comprar pastillas para el lavavajillas. Los monos están tirados en la mesa de la cocina y el suelo está lleno de huellas de barro de las botas.

Jenny se dirige a la nevera y mira el interior. Huele la leche caducada y sacude la cabeza. Los únicos productos que hay son unos sándwiches ya preparados y dos paquetes de salchichas y de pastel de cerdo, que compró en la gasolinera local.

—Vale, se acabó. No puedo verte así. Vamos a ir a comprar y después voy a preparar la cena. Vamos.

—No, cariño. No quiero darte trabajo. Ya te he dicho que estoy bien.

—No, no estás bien. Vamos.

Hace tintinear las llaves del coche, un Fiesta bastante cafetera. Henry se lo compró a las chicas para que lo compartieran. Jenny se sacó el práctico a la primera, y Anna tenía que empezar las prácticas pronto. Henry se esfuerza al máximo por no pensar en eso. De hecho, estaba pensando en comprar un segundo coche, para que cada una tuviera uno.

* * *

Una hora más tarde, tras volver del supermercado, Henry observa cómo su hija abre todos los armarios en busca de ollas y sartenes para hacer una boloñesa.

—Como me da pereza, voy a usar salsa de bote, pero no está mal. No será tan buena como la de mamá, pero ya es mejor que los pasteles de cerdo.

La cebolla y el ajo chisporrotean en la sartén, y Henry contempla cómo ella dora la carne y añade la salsa, avergonzado por su propia inutilidad y preguntándose dónde habrá aprendido a cocinar. No tenía ni idea.

—Seguro que crees que soy un viejales por no saber cocinar.

—Bueno, tampoco es que te hubiera hecho falta hasta ahora, ¿no? — Jenny está pálida y Henry se pregunta a qué habrá venido realmente. Lo nota. Se está mordiendo la lengua. Ambos actúan con cautela mientras se acaba de cocinar la comida, y él no la presiona.

La boloñesa está rica, y Henry no puede evitar sentirse agradecido y culpable al mismo tiempo.

—Me he olvidado del parmesano, papá.

—No te preocupes. No sé cómo decirte lo mucho que aprecio esto. No me parece normal que seas tú la que cuida de mí.

—Bueno, ¿es verdad? ¿Tuviste una aventura? Mamá no me ha dicho casi nada. Se pasa el día tirada en la cama. Ahora duerme en la habitación de Anna, hecha un ovillo junto con sus suéteres viejos.

—Ay, cariño, siento con toda mi alma que tengas que sufrir esto también, con todo lo demás. —Henry respira hondo. No es capaz de mirarla a los ojos—. Sí, lo admito. Fui un capullo y me arrepiento, pero no significó nada. Te lo prometo. Quiero a tu madre. Y, por favor, no la culpes por estar así. Tiene todo el derecho del mundo.

—¿Crees que te perdonará y te dejará volver a casa? —Le tiembla la voz, Henry apenas puede soportarlo—. Tengo la sensación de que todo se ha ido a pique.

Henry alarga la mano para agarrársela a su hija. El gesto hace que empiece a llorar, y después empieza a decir cosas ininteligibles:

—Además, Sarah me ha enviado un mensaje horrible. Sigue en Devon con su hermana. Dice que... —Jenny mira a su padre a los ojos mientras las lágrimas le ruedan por las mejillas—. Sarah no me lo ha querido decir, no

quiere darme detalles. Pero dice que tenemos derecho a saber que la policía de Londres está interrogando a su padre. Por lo de Anna.

—¿A Bob? ¿Al padre de Sarah?

—Sí.

—Pero ¿por qué? No entiendo nada.

—Yo tampoco. O sea, a ti también te interrogaron. ¿Será que lo hacen con todos los padres? ¿Será eso?

—No lo sé, cielo. ¿Bob? Pero ¿por qué ahora? Hace muchos años que Bob se fue. Yo creía que ni siquiera estaba en contacto con su familia.

Henry nota que la confusión le muda la expresión. Los músculos se le tensan por el desconcierto. Echa un vistazo por el suelo en busca de sus botas de agua. El perro vuelve a estar en el canasto. Hay bolsas vacías de la compra. Recuerda a Sarah, de pequeña, y a sus padres en la feria del pueblo. Sarah y Anna se montaron en una atracción, se acababan de conocer, y mientras tanto los padres se pusieron a hablar de cosas sin importancia. Bob, alto y distante. Guapo. Un poco engreído. Al principio a Henry no le había caído bien.

Después, recuerda algo más: Bob siempre estaba haciendo fotos. Cantidades ingentes de fotos de los niños. La familia no parecía tener demasiado dinero, pero Bob poseía una cámara cara con un montón de objetivos y una funda en condiciones. Barbara le decía que era bonito que quisiera guardar esos recuerdos, pero a Henry le parecía un poco raro. Lo cierto es que se había alegrado cuando Bob se había marchado de la aldea.

«No. ¿Verdad que no?».

Henry tiene una sensación nueva y extraña en el estómago.

—Tengo que llamar a Melanie Sanders. A la sargenta esta que nos cae tan bien. Ya ha vuelto a trabajar. Ella me dirá lo que está pasando. —Henry se levanta y se saca el móvil con una mano mientras se rasca la cabeza con la otra—. Y tienes que volver a llamar a Sarah. Venga, Jenny, por favor. Insístele un poco a ver si te cuenta qué ha ocurrido. Llámala ahora.

Sin embargo, Jenny no hace ademán de moverse. Se limita a mirarlo mientras las lágrimas siguen cayendo.

—Es que eso no es todo, papá.

TE VEO...

Jueves

*E*sto no es bueno. No es nada bueno.

No me gusta este calor. Y a ella tampoco le gusta...

Ahora tengo que reflexionar con sumo cuidado. No puedo hacerme un lío. Las cosas no me salen bien si me hago un lío.

Mi prioridad es conseguir que esta mierda de gente deje de pensar que esto tiene algo que ver con ellos, porque nada más lejos de la realidad...

No les incumbe.

Si nos hubieran dejado en paz, todo habría salido bien. Pero la gente es estúpida, así que ahora tengo que apañármelas para ponerle fin.

No me queda otra opción.

Es culpa suya, no mía.

No me han dejado otra opción...

Capítulo 43

La testigo

A lo largo de este último año, me he preguntado a menudo qué nos hace ser como somos. Y no me refiero al típico debate sobre si algo es innato o adquirido, sino al cúmulo de nuestra personalidad y de las decisiones que tomamos. Todos los pensamientos que nos pasan por la cabeza, incluso aunque no queramos. Cómo gestionamos los problemas sobre la conciencia y la responsabilidad. Por qué me culpo de cosas que otros ni se plantearían.

Tony dice que mi mayor problema es que le doy demasiadas vueltas a todo, que cargo con el peso del mundo, y que necesito relajarme y dejar de pensar en todo. A veces me pregunto si sería una persona totalmente diferente si aprendiera a hacerlo. Dejar de analizarlo todo y centrarme en cosas concretas, una por una. Sin embargo, mi cerebro nunca ha funcionado así. No puedo dejar de pensar. Tengo un millón de cosas contrapuestas en la cabeza al mismo tiempo. Es un zumbido constante y agotador.

Hoy, por ejemplo, como el resto del mundo, tengo muchísimo calor, pero me da un poco de vergüenza ir en manga corta porque ya no tengo los brazos como antes. Mientras desempaqueto unas flores, no dejo de mirarme en el espejo que puse en la pared para comprobar los ramos de las bodas. Para ver el aspecto que tienen cuando los coloco a la altura de la cintura. Así que, ahora mismo, no solo pienso en las flores y en el calor, sino también en los brazos gordos que tengo; de hecho, pienso todo esto a la vez. Y además, que debería publicar algo en el blog sobre cómo mantener las flores frescas con estas temperaturas. Sí. A la gente le gustan los consejos. Que tengo que separar las flores que se han marchitado con el calor para hacer etiquetas y tarjetas prensadas para el escaparate. Que no me gusta nada el aspecto de mis

brazos en el espejo de la trastienda y que ojalá hubiera traído una camisa. Que me alegro de que Luke crea haber encontrado un par de personas que podrían ocupar su puesto. Primero él les hará algunas preguntas, y luego me los presentará. Honestamente, preferiría encargarme yo de todo, pero todavía no he recibido ni una respuesta al cartel del escaparate, y no quiero quitarle la ilusión. Parece que se siente mejor ayudándome a buscar un sustituto, así que ya me va bien.

También estoy pensando en que ojalá Tony no hubiera tenido que irse otra vez. Necesito que venga alguien a echarle un ojo a la caldera de casa. Además, quiero preparar un cartel para el escaparate con recomendaciones de las flores que aguantan este calor.

Al fin y al cabo, lo de Anna no fue culpa mía y, sin embargo, sigo sintiéndome culpable. No puedo evitarlo.

¿Has visto a lo que me refiero? Me asaltan todos estos pensamientos a la vez. No me extraña que me duela tanto la cabeza.

He pedido lisianthus y rosas extra esta semana, puesto que ambas flores aguantan bien estas condiciones meteorológicas. Duran mucho, la relación calidad-precio es buena y son muy elegantes. Tengo que acordarme de publicarlo en el blog también. Personalmente, me gustan más los blancos, pero los lisianthus violetas son preciosos, así que he pedido de los dos. Pondré la mayoría en el refrigerador y unos pocos a la vista para que la gente vea lo versátiles que son. Parecen muy diferentes según la altura del jarrón donde se coloquen.

Estos días trato de no molestar a Matthew, y no solo porque, en teoría, se está tomando unos días de descanso ahora que ya tiene a la familia en casa, sino porque mi papel en todo este horrible caso ha llegado a su fin.

Todavía me cuesta creer que Karl y Antony no tengan nada que ver con la desaparición de Anna. Ha conmocionado al mundo entero, pero sobre todo a mí. Matthew dice que estas cosas suelen ocurrir muchísimo en las investigaciones importantes: giros inesperados de los acontecimientos que te obligan a no dar nunca nada por sentado.

Tony es mucho más directo; dice que lo único que tengo que hacer es pasar página. «¿Ves como no era culpa tuya? Nunca lo ha sido, Ella».

El problema es que no me quito a Anna de la cabeza. Aquella imagen preciosa de su perfil de Facebook, con el pelo ondeando al viento. ¿Dónde está? ¿Qué le ha pasado en realidad? Ahora, más que nunca, me preocupa que no lleguemos a saberlo jamás.

Madre mía, ¡si ya son las tres! Como tengo todo el trabajo urgente encarrilado, decido hacer una pausa e ir a casa un momento a buscar una camisa fina que me tape los brazos. Sí, soy tonta de remate... pero cada cual es como es.

Cuando por fin llego a casa y aparco en la entrada, veo que las cortinas del piso de arriba siguen corridas. Debo de haberme olvidado de descerrarlas cuando me he ido. El jardín está sobreviviendo a las mil maravillas teniendo en cuenta el calor. Algunos vecinos arquean las cejas al ver que enciendo los aspersores por la tarde, pero no hay ningún tipo de prohibición, así que no veo por qué no debería hacerlo. Al fin y al cabo, la factura la pagamos nosotros.

La puerta del porche se atasca un poco cuando intento abrirla; hay un par de folletos publicitarios. Ojalá dejaran de repartirlos. Qué desperdicio de árboles. Me he suscrito a un sistema que se supone que evita que recibas este tipo de correo basura. Se ha reducido un poco el flujo, pero siguen entregándonos un montón a mano, y me molesta.

Dentro, veo que Luke ha dejado una pila de cartas en la librería pequeña que hay enfrente de la ventana delantera, y las ojeo. La factura del teléfono; alguien que cree que nos interesaría poner ventanas nuevas. «No, gracias». Una carta del banco con la tasa de interés de nuestras cuentas de ahorros individuales: ha vuelto a bajar. Entonces, lo veo. El aterrador y familiar sobre oscuro, barato, fino y repugnante, con la dirección impresa en una etiqueta pálida en el anverso.

Me dejo caer contra la pared. No lo entiendo. Se supone que ha terminado. Fin. No he hecho nada malo. Karl y Antony no tuvieron nada que ver y, por tanto, yo tampoco.

El corazón me va a mil por hora, pero me detengo para recordar las instrucciones de Matthew. Voy a la cocina y agarro la cajita de guantes protectores y las bolsas de pruebas que me dio la policía. Durante un momento, me planteo meter el sobre dentro sin abrirlo, pero no puedo. Necesito saber por qué alguien quiere seguir haciéndome esto. Está claro que tienen que haber oído las noticias sobre Karl y Antony: son inocentes. En tal caso, ¿por qué me siguen haciendo esto? ¿Por qué?

Con los guantes puestos, la abro con cuidado. Es igual que las anteriores. Me oigo respirar. Echo un vistazo al recibidor y también a la cocina. Compruebo que la puerta de atrás tiene el pestillo echado. Bien.

La postal vuelve a ser negra con letras recortadas de revistas y pegadas. Es un poco desastrosa. Están muy torcidas.

TE ESTOY VIGILANDO.

Me quedo mirándola y la leo una y otra vez. Saco el móvil del bolso e intento relajarme mientras marco el número de Matthew.

Capítulo 44

La amiga

Hace días que Sarah teme este encuentro, y ahora espera sentada en la cocina mientras da golpecitos con las uñas a la taza de café.

Los últimos días, llenos de horas interminables con la policía, han sido agotadores. Caroline, el eje de la casa, refugio, comuna o lo que sea, ha sido muy amable y comprensiva con Lily, además de un verdadero apoyo, sin duda mucho más que Sarah, quien ahora se da cuenta de lo mucho que había subestimado las consecuencias de ir a la policía.

Creía que todo avanzaría muy rápido: la policía arrestaría a su padre y le sonsacarían información sobre Anna en un abrir y cerrar de ojos. Pero parece que no consiguen encontrarlo...

También creía que las interrogarían juntas y que las dos hermanas podrían apoyarse al estar codo con codo, pero había descubierto demasiado tarde que hay normas que lo impiden, así se aseguran de que un testigo no predispone al otro. Las declaraciones son individuales. Sus historias son individuales. Los ratos que pasaron separadas en aquella unidad especial, donde había un suave sofá verde y una cestita de juguetes en la esquina había aterrorizado a Sarah al darse cuenta, no sin antes estremecerse, que era para los niños pequeños a los que interrogaban por cuestiones igual de duras.

En primer lugar, había hablado con el equipo que lleva la investigación de la desaparición de Anna. Les había tenido que contar la verdad. Sobre las relaciones sexuales que mantuvo en el tren y su obsesión con Antony. Sobre la discusión que tuvieron en la discoteca, cuando le dijo a Anna que no fuera una cría y sobre cómo le había perdido el rastro cuando pasaban unos minutos de las doce y media de la noche. Que Sarah se negó a ir en el taxi con ella

cuando Anna insistió en volver al hotel. Que supuso que estaría dormida cuando llegara...

Después, había confesado la terrible verdad sobre su padre. Lo que este le hizo cuando le vino la regla por primera vez. El mensaje que recibió esa noche y que se lo enseñó a Anna. El mensaje en el que su padre les decía que si podían quedar en el bar de su hotel. La razón por la que Sarah cree que su padre podría estar involucrado.

Luego le había llegado el turno a la pobre Lily. Sarah había visto cómo guiaban a su hermana hasta la habitación del sofá verde, mientras ella y Caroline esperaban fuera. Todos habían sido casi demasiado amables. Aunque también habían sido muy meticulosos. «¿Té? ¿Galletas?». Les habían ofrecido un montón de revistas y más bebidas. Pero habían estado horas metidas allí.

—Bueno, Sarah, gracias por acceder a que tengamos esta conversación. Tenemos que decidir algunas cosas juntas. —Caroline agarra con fuerza la taza. El aroma familiar del té verde.

—¿Han encontrado a mi padre?

Caroline niega con la cabeza.

—O, por lo menos, no nos lo han dicho. —Sarah no puede dejar de mirar las pulseras que lleva en las muñecas. No es difícil deducir por qué ella gestiona la casa.

—La cuestión es que he hablado con los servicios sociales para ver qué hacemos a partir de ahora.

Esto no se lo esperaba. Siente una oleada de temor que le recorre el cuerpo. ¿Los servicios sociales? No tenía ni idea de que aquí estuvieran en contacto con los servicios sociales. Creía que era una casa independiente, y que por eso era tan poco convencional. Que por eso tenían sus propias normas y su extraña manera de hacer las cosas. Sin presiones para implicar a la policía a menos que quisieras.

—Es por la edad que tienes, Sarah —continúa Caroline, como si le leyera el pensamiento—, y por el hecho de que tu madre quiere que vuelvas a casa. Eso complica las cosas.

—No quiero ver a mi madre. Por favor, ¿puedo quedarme aquí? ¿Con Lily?

Caroline asiente y el alivio repentino hace que Sarah comience a llorar; no puede oír bien a Caroline mientras esta sigue explicándole los detalles de los protocolos y las condiciones para que viva aquí y que tendrá que matricularse en un instituto de la zona. Que ella se encargará de todo.

Caroline se inclina hacia delante para cogerle las manos a Sarah e inclina la cabeza.

—Lily todavía tiene problemas de anorexia, y me preocupa mucho hasta qué punto puede afectarle un juicio contra tu padre, si es que llegamos a ese extremo. Por eso te pido que colabores con las reglas de la casa si seguimos adelante. Ya sabes a qué me refiero: lo de no decirle a los demás por qué estamos aquí y ese tipo de cosas.

—¿Tendré que llevar pulseras y cambiarme el nombre? —Sarah no tiene ni idea de por qué ha preguntado eso tan rápido. Ha parecido grosera y desagradecida—. Lo siento, no quería decir eso.

Sin embargo, Caroline se ríe, y Sarah consigue relajarse todavía más; siente que el alivio la recorre de pies a cabeza, y se ruboriza.

—Te parece que hemos perdido un poco la chaveta, ¿verdad?

—Un poco.

—Nadie te va a obligar, pero verás que pueden ayudarte. Los brazaletes van genial para aliviar tensiones. Así tienes algo que puedes toquetear cuando estás alterada. Se los suelo aconsejar a las personas que se autolesionan.

A Sarah le viene de repente el recuerdo de las marcas que su hermana tenía en los brazos antes de irse de casa.

—Y ¿qué pasa con los nombres? ¿Por qué elegiste «Azafrán» para Lily?

—Porque cuando llegó aquí era alguien que quería ser invisible. Quería desaparecer. Por eso dejó de comer. Luego, un día que la vi pintar, comprendí que era una persona totalmente diferente. La página estaba llena de energía y de colores vivos. Acres. Evocadores. Memorables. «Mírame», decían. Y supe que eso era lo que ella tenía que ser.

Sarah es incapaz de reprimir las lágrimas, y Caroline le aprieta las manos con dulzura.

—Tenemos que solucionar muchas cosas. Tu madre quiere estar en contacto, pero lo gestionaremos con sumo cuidado. Pese a eso, si aceptas mi oferta y quieres otro nombre —de nuevo, parece que Caroline le lee la mente—, yo te sugeriría «Alba». Dale un par de vueltas.

—¿Por qué «Alba»?

—Porque te quieres muy poco, cielo. Ninguna chica de diecisiete años debería odiarse a sí misma. Y menos si han vivido lo que tú has vivido. Tienes que empezar de nuevo, cariño. Como yo lo veo, y es solo mi opinión, necesitas que salga el sol.

Capítulo 45

La testigo

Las tendencias son algo curioso. El verde y la vegetación vuelven a estar de moda, lo ves por todos lados. De golpe nos hemos quedado sin la suficiente vegetación brillante para adornar los ramos y los centros de mesa. Los restaurantes y las novias quieren que todo sea verde: los caminos de mesa tiene que ser verdes; los arcos de las puertas, verdes; hay que poner hojas cautivadoras por doquier. Es como cuando se ponen de moda una serie de nombres de bebés. Las modas nos acechan. De repente, todo el mundo se llama Amelia. De repente, todo el mundo quiere que haya vegetación.

De hecho, no me importa. Los cambios son buenos y me gusta recoger la vegetación que utilizo de mi propio jardín o de las calles de la urbanización. Siempre he tenido hostas porque tienen unas hojas grandes y los tallos son curvados, y he descubierto que las hojas de los setos de falso laurel quedan de perlas en los centros más grandes. Si soy sincera, ya me va bien hacer cosas nuevas, así me distraigo. No soporto tener que esperar. Han pasado dos semanas desde que recibí la última postal, y no ha habido progresos. Se la entregué a Matthew de inmediato, y él se la hizo llegar a Melanie Sanders, su amiga. Realizaron los análisis de huellas habituales, preguntaron a los del servicio postal, etcétera, etcétera. Nada. El remitente debe de usar guantes. Parece que la gente que te odia, además de ser cruel, también puede ser lista.

Ahora mismo tengo que hacer el último encargo de hoy, para un aniversario, mientras Luke vigila la parte delantera. Está mucho mejor, y los dos candidatos al puesto lo llamarán más tarde para quedar con él cuando yo esté en Cornualles con Matthew. Primero él les dará el visto bueno. Yo solo llegaré a verlos si les parece bien el horario. Ya he entrevistado a un par de

personas gracias al anuncio de la ventana que solo me han hecho perder el tiempo, horrorizadas por tener que empezar tan pronto. Supongo que a los adolescentes les gusta demasiado remolonear en la cama los fines de semana.

Lo coloco todo como siempre —el lazo, la cinta y los alfileres— y comienzo a preparar el ramo. Una combinación de rosas y alelíos, rosados y púrpuras, con un poco de romero para añadirle un toque aromático. Hago el truco habitual de mezclarlas y empezar a montar el ramo lentamente para mantener el equilibrio y el ritmo. Es para alguien que cumple cuarenta años, así que añado un par de flores más, porque recuerdo mi cuadragésimo aniversario con especial cariño. Le echo un vistazo al ramo, lo ato, corto las puntas y lo meto en el jarrón para poder darle una vuelta y ver qué aspecto tiene desde todos los ángulos antes de envolverlo en tisú y ponerle el lazo.

Lo pongo en el refrigerador y me acerco a Luke para recordarle que no hay que entregarlo, que vendrá a buscarlo el marido más tarde. Ya está pagado y apuntado en el registro.

A continuación, miro la hora y Luke me dice que no me preocupe por la tienda, que lo tiene todo controlado, y me recuerda que más tarde quedará con los posibles sustitutos. Primero vendrá una chica y, después, un chico. Se ve que los dos hicieron los Ten Tors el mismo año que él, así que están acostumbrados a madrugar. Son de fiar. Si los dos tienen buena pinta, dejará los currículums y la información de contacto en la balda que hay debajo de la caja, y yo ya decidiré si quiero quedar con ellos o seguir buscando. Luke me comenta que le gustaría dejar de trabajar en Navidad como máximo y, así, poder centrarse en los estudios. «¿Te va bien?».

Sonrío. Me alegra que Luke esté haciendo esto por mí; ya duerme mejor y ha vuelto con ganas al instituto. Hemos pasado unas semanas difíciles.

Me llega un mensaje. Matthew espera fuera en el coche. No quiero que Luke se preocupe por mí; le digo que voy a ver a un cliente potencial en Cornualles y que volveré por la tarde. Le doy un beso en la frente y él esboza una mueca, así que le guiño un ojo para despedirme y le insisto en que me envíe un mensaje para lo que necesite. Le digo que en Cornualles a veces falla la cobertura, y que, por tanto, no se preocupe si tardo en responder.

Al montarme en el coche de Matthew, sonrío ante las señales de la nueva vida que lleva, tan diferente. Tiene ojeras; hay un montón de discos de nanas, baberos de sobra y una mantita rosa descansa en los asientos traseros. Hay un patito amarillo pálido en la bandeja del maletero. Lleva la pegatina de «Bebé a bordo», Matthew me cuenta que su mujer insistió.

—¿Estás segura de que estarás bien, Ella? —Matthew mira por encima del hombro mientras da marcha atrás para salir del aparcamiento. Recuerdo aquellos focos que tanto me habían asustado por la mañana temprano hace ya un tiempo. Este era el punto exacto donde aquel coche estaba aparcado. Es probable que fuera algún vecino de los bloques que hay sobre las tiendas. Me pongo el cinturón e intento no darle vueltas. «Basta, Ella».

—Estoy un poco nerviosa, pero quiero ir.

La verdad es que no supe qué pensar cuando Matthew me llamó la primera vez. Me quedé petrificada. La señora Ballard se había puesto en contacto con él. Al principio pensé que quizá se trataba de algún tipo de queja formal por haberlo enviado allí aquella vez y por haber sospechado que fuera la autora de las postales. Pero nada más lejos de la realidad. Era por algo mucho más sorprendente.

Comienza a llover y Matthew se disculpa. Los parabrisas emiten molestos chirridos al moverse. Me dice que lo de cambiarlos está en una lista interminable de cosas que quizá no podrá hacer hasta que su hija vaya a la universidad. Nos reímos.

—Se irá volviendo más fácil, poco a poco... Sobre todo cuando empieza a dormir —le aseguro.

—Bueno, no me quejo —responde, y pone esa expresión que tanto me gusta. Relajada, honesta, amable. Observo su perfil con atención y me vuelvo a preguntar por qué dejaría la policía. Siempre elude la pregunta con ingenio cuando se la planteo.

Nos lo pasamos bien de camino y solo paramos para comprar un par de cafés. Estamos la mayor parte del viaje escuchando la radio, y cuando nos faltan aproximadamente diez minutos me explica su estrategia. Qué listo por no explicármelo antes.

Las últimas novedades de la policía londinense no son nada buenas. Acaban de descartar al padre de Sarah como sospechoso del caso de la desaparición de Anna. Lo encontraron en alguna parte de Norwich. Desconozco los detalles, y, de hecho, se supone que yo no debería saber nada, pero Matthew me explica extraoficialmente que las grabaciones de las cámaras de seguridad del hotel en el que se hospedó la noche de la desaparición, sumadas a los registros de llamadas del móvil, han sido una coartada irrefutable. Estaba en la habitación del hotel cuando Anna desapareció. No habían llegado ni a interrogarlo. Las cámaras del pasillo muestran que solo salió cuando lo llamó la madre de Sarah.

La señora Ballard está desesperada. Ha decidido contratar a Matthew ella misma para que investigue la desaparición: quiere que compruebe si la policía ha podido pasar algo por alto. Está convencida de que el caso ya es antiguo y va a quedar sin resolver. Como no tienen más sospechosos, el equipo de la investigación se está reduciendo poco a poco. Matthew, igual de sorprendido que yo por la petición, le ha dejado claro que es muy improbable que descubra algo él solo. Sin embargo, siente cierta compasión por la familia y al menos quiere que la señora Ballard pueda hablar con él. Sin embargo, como yo le contraté primero por el tema de las postales, hay un conflicto potencial de intereses, y por eso me ha pedido que lo acompañe.

—Estoy casi seguro de que la señora Ballard no tiene nada que ver con las postales, pero tengo que veros a las dos en la misma habitación para acabar de asegurarme. No me gusta ser tan directo y utilizarte como conejillo de Indias, pero no me queda otra opción.

Ya me había dicho eso por teléfono, y lo entiendo.

—No puedo trabajar para las dos. Pero me preocupa que el caso no llegue a resolverse jamás. Es una tragedia para la familia. Es durísimo. —Me mira—. Pero también es complicado para ti, y, ahora mismo, voy a priorizar cómo te sientas tú.

—Ya lo sé. No creo que pueda volver a ser feliz del todo hasta que no descubran lo que le pasó. —Me callo unos segundos—. ¿Crees que hay alguna posibilidad de que siga viva?

—Muy pocas, pero la señora Ballard no quiere oír hablar de eso. Ninguna madre sería capaz de resignarse. —Vuelve a examinarme y, acto seguido, echa un vistazo a las cosas del bebé—. Ahora empiezo a entenderlo de verdad.

Conducimos en silencio durante un rato y vuelvo a contemplarlo una, dos, tres veces, y frunzo el ceño.

—Perdóname si me hago pesada, Matthew, pero ¿por qué dejaste el cuerpo? Me parece una verdadera pena; se te da tan bien y eres una persona tan decente...

Él sigue con los ojos fijos en la carretera, hasta que vemos el letrero de la granja que indica que debemos girar a la derecha.

—Por los remordimientos —responde, en voz baja, y se vuelve hacia mí mientras entrecierro los ojos—. Trabajé en un caso en el que murió un niño. Técnicamente no fue culpa mía, pero...

Distingo cómo le cambian los ojos, y pienso en que ojalá no le hubiera preguntado. Toqueteo con nerviosismo el cinturón mientras él se aclara la

garganta y pone el intermitente. Ahora lo entiendo todo.

—Bueno, pues ya hemos llegado. ¿Estás lista, Ella?

Asiento, y se me hace un nudo en la garganta cuando enfilamos la extraña carretera que conduce hasta la granja. Recuerdo aquella vez que vine sola y la discusión ante la puerta. Esa es la otra razón por la que Matthew dice que tiene que asegurarse de que la señora Ballard se ha olvidado de lo que pasó.

Cuando nos abre la puerta, me percató de que el rostro de la señora Ballard demuestra agotamiento; cada gesto parece un esfuerzo. Parece haber envejecido y está más delgada, me da mucha pena.

—No sé cómo agradecerlos que hayáis venido. A los dos.

Al principio, parece que todavía le cuesta mirarme a los ojos y Matthew se da cuenta.

Insiste en prepararnos café, y, a pesar de que no nos hace falta a ninguno de los dos, lo aceptamos para romper el hielo y rebajar la tensión.

Admiro la cocina, la casa, la gran cocina tradicional Aga. En ese momento, me da vergüenza la conversación trivial que estamos teniendo al ver las fotos de la nevera. Anna de pequeña, inconfundible con ese llamativo pelo rubio. En la mayoría de las fotos aparece acompañada de una chica mayor, que supongo que será su hermana. En otras sale con amigos. Hay una en la que está en una piscinita hinchable. Otra en la que Anna hace la rueda por el jardín.

Matthew decide ir al grano. Le pregunta a la señora Ballard si comprende que sigue trabajando para mí por el tema de las postales, y si eso le incomoda.

—Ella me contó que una vez fue a verla a su tienda, y que se enfadó muchísimo con ella la última vez que Ella vino.

—Fue culpa mía —tercio con rapidez.

—No. —La señora Ballard nos guía hasta la sala de estar con la bandeja en las manos. Es un salón majestuoso, con unas puertas francesas que dan al jardín. En la esquina hay un precioso piano de cola.

»No estaba en mis cabales, Ella. Te pido perdón. Entiendo que creyeras que era yo la que te enviaba las postales, pero te prometo que no tengo nada que ver. Fui a la tienda porque al principio para mí tú tenías la culpa. No fui justa, pero no sabía en quién volcar la rabia que llevaba dentro.

—Lo comprendo.

Matthew sigue hablando un rato sobre las complicaciones que conllevan este tipo de investigaciones. Nos habla de su contacto en el cuerpo y de la frustración que provocan los callejones sin salida. Nos informa de que el padre de Sarah, que sigue detenido por otros motivos, tiene una coartada

sólida para la noche de la desaparición. La señora Ballard dice que Sarah le ha contado lo mismo.

—Bueno, pues ya no quedan sospechosos. —La señora Ballard deja la taza sobre la mesa—. Y por eso necesito tu ayuda, Matthew. Tengo algunos ahorros.

La desesperación de su voz es aterradora. Observo su mirada mientras Matthew le comunica que tendrá que darle un par de vueltas y que se pondrá en contacto con ella pronto.

Llegamos a un punto muerto insoportable, así que decido admirar el piano y comentar que recibí clases hasta la adolescencia, pero que lo acabé dejando y que todavía me arrepiento. Me levanto para observarlo de cerca y echar un vistazo a las bonitas fotos enmarcadas que hay encima. Otra vez Anna con su hermana, de damas de honor. Fotos de la familia.

De repente, me quedo conmocionada. Es como si me hubiesen dado un puñetazo en el estómago. Me invade tal desorientación que me mareo.

—¿Quién es este chico? —Agarro la foto y me vuelvo hacia Matthew y Barbara Ballard, mientras comienzo a recordar una escena pasada. No lo entiendo...

—Son las chicas con un amigo. Es de cuando hicieron los Ten Tors. —El tono de la señora Ballard es cauteloso.

—Pero es que este chico estaba en el tren.

—¿Cómo?

—Este chico, el del pelo rizado. Estaba en el tren de Londres ese día. El día que Anna fue a Londres.

—No puede ser, creo que se equivoca. No... no. No es posible; no estaba aquí.

—De verdad os digo que era él. —Vuelvo a mirar la fotografía y después a Matthew, que se ha levantado y se acerca hacia mí—. Estoy segurísima de que es él, Matthew. Estuve a punto de tirarle el café encima...

Había sido después de aquel momento horrible, cuando había pasado por delante del lavabo. «Sarah, madre mía, Sarah...». Cuando había decidido irme a los asientos de la cola del tren. Justo pasábamos por una curva y perdí el equilibrio al atravesar un pasillo:

—Lo siento. —La tapa del café se había caído.

—No pasa nada. No se preocupe.

Me había mirado fijamente. Es él, estoy segura... Ese pelo. Esos ojos.

—¿Quién es este chico, señora Ballard? —Matthew me quita la foto de las manos y se la enseña, intenta que la observe con atención.

Capítulo 46

Anna

Julio de 2015

Está conmocionada y agitada, pero también furiosa con Sarah. Camina tras ella con paso firme para seguir insistiéndole, y va apartando al gentío que abarrotaba la discoteca, que baila y bebe. De repente, la sala le parece demasiado oscura. Hay demasiado ruido. Se le antoja demasiado ajena a ella. El olor a sudor y a alcohol lo impregna todo. Está un poco mareada.

—Prometimos que no nos separaríamos, Sarah. —Le agarra el brazo a Sarah, pero se ha dado cuenta de que empieza a arrastrar las palabras. Y ahora ve que Sarah también está mareada—. Tenemos que irnos ya, te lo digo en serio. No me siento segura. Por favor, Sarah. Te lo suplico...

—Joder, Anna, no seas cría. Qué dramática eres. —Sarah vuelve a quitársela de encima—. Ya te lo he dicho: si te quieres ir, vete. Pero yo no me quiero ir todavía. Venga, tómate algo y relájate.

—Ya no puedo más, Sarah. Vámonos, por favor.

—Pues vete tú. Te veo luego en el hotel.

Sarah desaparece de nuevo entre la multitud, va en pos de Antony hasta otra sala.

Anna se queda muy quieta y observa cómo se aleja. Tiene que separar un poco las piernas para estabilizarse. Todo le da vueltas. La sala, las sombras, las luces y la gente. La música resuena en el suelo y le retumba en el cuerpo. Nota que se le cierran los ojos y cada vez ve más borroso. Ve que un hombre la está mirando, mientras se bebe una cerveza. Le guiña un ojo. Ella desvía la vista; de pronto la asalta la paranoia. Comprueba el bolso que lleva colgado

en bandolera: tiene la cremallera cerrada; dentro están el monedero y el móvil.

Sigue los letreros hasta llegar a los baños y espera a que un cubículo quede libre. Echa el pestillo. Se sienta y se inclina hacia delante para intentar calmarse. Saca el móvil y echa una ojeada a los contactos. «Casa». Observa la palabra, que comienza a desdibujarse. Se acuerda de su padre en el coche. De lo mucho que se ha enfadado con él. De la foto. Él y esa mujer. Sostiene el dedo en el aire unos instantes, pero... no. Se limpia el dedo en el vestido. Piensa en las consecuencias: su madre no volverá a dejarle hacer nada por su cuenta. Se queda un rato sentada mientras se pregunta cuánto rato tendrá que pasar para que se le pase un poco el mareo. Por un momento, se plantea llamar al padre de Sarah, pero recuerda el aviso de su amiga: «Si llamas a mi padre, no te vuelvo a hablar en la vida».

Otras veces, Anna también ha bebido demasiado, pero nunca lo ha hecho sola. Nunca se ha quedado así. Ojalá se hubiera bajado la aplicación de los taxis, pero Sarah le había dicho que ya lo hacía ella.

Así pues, no le queda otra opción que salir y encontrar un taxi. Recuerda que tiene que ser un taxi negro; ha leído cosas acerca de los peligros de los minitaxis falsos. Está asustada, de modo que para relajarse, trata de imaginarse ya sentada en la parte de atrás del taxi. A salvo. Justo delante de la puerta del hotel. Cuando llegue llamará a Sarah y, después, quizá a sus padres, e incluso a la policía si Sarah sigue sin hacerle caso y no quiere volver...

Afuera llovizna. Hay algunas personas fumando. La calle es muy estrecha y apenas hay tráfico. Espera un poco mientras se esfuerza por no mirar a nadie a los ojos. Sin embargo, no pasa ni un solo coche, no hay taxis. Se fija en el gorila de la puerta y se pregunta si podría ayudarla a buscar un taxi, pero de repente comienzan a incordiarlo tres hombres enfadados porque no los deja entrar.

Se está mojando y todavía se siente mareada, más al estar de pie. Pero justo en ese momento...

—Pero bueno, Anna, ¿qué haces aquí?

Esta se vuelve y el alivio, la sorpresa y una oleada de emociones la embargan, de tal modo que se echa a llorar.

—Tim, ay qué bien.

Él intenta tranquilizarla y ella se sienta avergonzada y aliviada a la vez. Se seca las lágrimas con la manga.

—Madre mía, Tim, ¡me alegro tanto de verte! Pero... ¿no se suponía que te ibas a Escocia? —Anna se aferra con fuerza a los brazos del muchacho para mantener el equilibrio. Está desconcertada. Aliviada. Desorientada.

—¿Dónde está Sarah? —Tim la mira de hito en hito.

—Dentro, en la discoteca; no quiere venir. Estoy intentando encontrar un taxi. No he podido convencerla.

—Pues aquí lo tienes crudo. —Tim echa un vistazo a un lado y otro de la calle—. Ven, por aquí, a ver si dejamos de mojarnos.

Tim la agarra del brazo y la guía, y ella espera que la lleve hasta la entrada de alguna casa. O quizá a una cafetería o a un *pub*. ¿Y si van al metro? Pero él afirma que el metro hace horas que está cerrado, que tienen que ir a algún sitio donde puedan pedir un taxi.

—Iremos por aquí. Tenemos que coger el autobús nocturno, pero son solo unas pocas paradas. Luego podrás pedir un taxi sin problema.

Anna tiene la impresión de que llevan bastante rato andando. Una parada de autobús. Se suben al vehículo. No hay ni un alma. Ella le pregunta si el autobús pasa cerca del hotel y le vuelve a dar la dirección. Tim le dice que no, que no llega tan lejos, pero que no se preocupe. Podrán pedir un taxi para que ella haga el último tramo.

Poco después, bajan del autobús y siguen caminando. Entonces, Tim le dice: «Mira, es aquí. Es este piso. Vamos dentro a que te seques y luego pedimos un taxi. Así, al menos, no nos mojaremos». Anna oye el tintineo de las llaves. Hay un porche que les ofrece cobijo; en cuestión de segundos, ya están dentro.

El vestíbulo es estrecho, continúan hasta una sala de estar con una ventana en saliente. Tiene cortinas marrones.

Tim le explica que el piso se lo había legado su padre para que lo alquilara y así pudiera pagarse la universidad. Esas eran las condiciones que había estipulado en el testamento y por eso está en la ciudad. El viaje a Escocia se ha cancelado. El piso suele estar alquilado. «¿No te acuerdas de que te lo conté cuando murió mi padre?».

Sí, Anna supone que sí. Apenas lo recuerda. El padre de Tim no había mostrado ningún interés por él en toda la vida, pero, de repente, le diagnosticaron cáncer. Así que se encomendó a Dios y contactó con su hijo. Como no tenía a nadie más, se lo dejó todo a Tim... Anna se alegra de estar a salvo y a cubierto de la lluvia. Pero ¿dónde está el inquilino? Y ahora ¿a qué distancia están del hotel?

Tim le responde que el inquilino acaba de largarse y que él ha venido a la ciudad a arreglar el piso para encontrar alguien nuevo. Tenía pensado hablar con ellas mañana para decirles que el viaje a Escocia había sido un fiasco, y para ver si podía quedar con ellas, después de todo.

—Pero ¿hoy no ibais a ver un musical?

Anna le cuenta que habían leído recomendaciones de la discoteca por internet. No menciona ni a Karl ni a Antony. Qué vergüenza. Todavía arrastra las palabras e intenta hablar más despacio. Está muy avergonzada; no quiere que Tim la juzgue. Intenta sonar sensata, pero le pregunta a Tim qué hacía a esas horas cerca de la discoteca. Él contesta que había estado cenando *curry* con un colega en un hindú que quedaba cerca.

—Oye, lo mismo te digo, ¿eh? No deberías andar sola por Londres, Anna, y menos por ese barrio; es peligroso.

—Tú también estabas ahí.

—Pero no es lo mismo si eres un tío.

Anna necesita sentarse. Aún está muy mareada.

—Bueno, tenemos que asegurarnos de que Sarah también esté bien —le comenta—. Volveré a buscarla cuando tú estés bien. De momento, en la discoteca está segura.

Tim saca el móvil y Anna oye cómo pide el taxi. Tim le vuelve a preguntar el nombre del hotel. Afirma que los taxis son mucho más fiables a esa hora de la noche si pides que vengan a buscarte a una dirección concreta. Le han dicho que tardará unos quince minutos. No está mal. De todos modos, él se quedará con ella hasta que se haya montado en el taxi y luego volverá a buscar a Sarah y la llevará al hotel. ¿Le parece bien?

Anna cree que quizá lo mejor habría sido volver a buscar a Sarah de inmediato. Le está muy agradecida, pero también se siente muy confundida, y se echa a llorar de nuevo. Tim se sienta a su lado y le pasa un brazo sobre los hombros. Le dice que no hay de qué preocuparse. «Ya está, Anna, ya estás a salvo». Le promete que no le va a pasar nada malo.

Entonces, Anna cierra los ojos y recuerda la imagen asquerosa que Tim le ha enviado esa misma mañana. En la foto aparece su padre con April, la madre de Tim. No quería sacar el tema, ni siquiera darle vueltas, pero se pregunta por qué él tampoco lo ha mencionado.

—¿Por qué me has enviado la foto, Tim? —le pregunta entre lágrimas—. O sea, ¿por qué precisamente esta mañana?

La había recibido justo antes de que su padre la llevara a la estación. Había sido un golpe muy duro.

«Me das asco».

—Porque creo que tenías derecho a saberlo. Ha sido un golpe duro para mí también. He pensado que lo mejor sería que decidiéramos juntos qué hacer; si decírselo o no a tu madre.

—Ojalá no me la hubieses enviado. Me he peleado con mi padre.

—Lo siento, no era mi intención.

—Pero ¿cómo la has conseguido? La foto...

Era muy explícita. Repugnante. Salían su padre y April desnudos. Ella estirada en la cama con las piernas levantadas, como en una película porno. Qué asqueroso...

Tim se levanta y le dice que ahora no quiere seguir hablando del tema, y que va a preparar un poco de café. Que le irá bien. Ella está convencida de que no les da tiempo. No tiene sentido. Si el taxi debe de estar al caer... Pero él insiste en que le dé ni que sea unos sorbos, que le irá bien.

—Y más tal y como estás...

Cuando se va y empieza a revolver cosas en otra habitación, Anna echa un vistazo a su alrededor. De pronto, hay algo que no encaja. Hay bastantes libros en las estanterías. También guías de senderismo y mapas. Y revistas, del tipo que ella sabe que le gustan a Tim. Entrecierra los ojos. Hay una buena pila; una colección de varios meses. Observa la mesa de centro: son los ejemplares de los últimos tres meses. No tiene ningún sentido.

—¿Todo bien, Anna?

—Sí.

Se inclina para mirar en la balda que hay debajo de la mesita y encuentra un libro sobre rutas de Cornualles. La asalta un escalofrío de inquietud. El libro tiene varios lugares marcados con puntos de libro. No; no son puntos de libro. Pasa las páginas y descubre que en cada capítulo hay una fotografía.

La primera le arranca una sonrisa. Es una foto grupal de la fiesta que su madre había organizado para el cumpleaños de Tim. Todos llevan sombreros hechos con globos, y ella y Sarah agarran los perros salchicha que han hecho los chicos, Tim y Paul.

Pasa las páginas hasta la siguiente imagen, y, de repente, la asalta una sensación muy extraña. Como si le hubiera cambiado la temperatura corporal. Es una foto de ella, tomada desde lejos. Está ante la ventana de su habitación, a punto de correr las cortinas.

Anna nota que se le acelera el pulso y los músculos se le contraen. Sigue hojeando el libro, imagen tras imagen: solo sale ella. Ella jugando en el jardín. Sentada en un árbol. Siempre tomadas desde lejos.

Vuelve a dejar el libro donde estaba justo cuando Tim vuelve con dos tazas.

—¿Cuánto queda para que llegue el taxi, Tim?

—Poco.

—Tengo que ir al baño. —Hace todo lo posible para disimular que le tiemblan las manos.

—Siéntate. Enseguida estarás de vuelta en el hotel. Ya irás cuando llegues. —Ha cambiado el tono; es agitado, brusco. No parece Tim. Se ha colocado entre ella y la puerta.

Anna lo mira. Tiene la sensación de que la temperatura le sigue bajando.

—El lavabo está hecho un desastre, Anna.

—Ah, vale.

—Tómame el café, va. Y no olvides que menos mal que te he encontrado. —Por fin, se sienta y comienza a sorber la bebida—. Menos mal que cuido de ti, Anna; que siempre he cuidado de ti.

—Sí, tienes toda la razón. Muchas gracias, Tim. —Anna no aparta los ojos de las revistas y el libro de rutas; el corazón está a punto de salirse del pecho.

—¿Me has dicho antes que el inquilino se ha largado? ¿Así, sin más?

—Pues sí... La semana pasada. Ahora tenemos que buscar a otro. —Tim ha empezado a balancearse adelante y hacia atrás.

Anna nota que le tiemblan los hombros, y le preocupa que él se dé cuenta. Mira los libros de la estantería. Algunos son libros de bachillerato. Son libros de las asignaturas que cursa Tim.

—¿Por qué no vamos a la calle a esperar? Así veremos cuando llega el taxi. —Vuelve a ponerse de pie.

—No, siéntate. Tómame el café. —Usa ese tono agitado otra vez. Se pone a sacudir la cabeza con un movimiento nervioso. Cada vez se balancea más deprisa.

—Necesito respirar aire fresco, Tim.

—Aquí estás bien, Anna. Estás conmigo. Y, si estás conmigo, no te puede pasar nada.

Anna le da un sorbito al café. Oye su propia respiración. El pulso. El corazón. Experimenta un miedo cada vez mayor mientras siente que la temperatura cae en picado; sin embargo, sabe que, a pesar del pánico y del alcohol, no puede dejar que Tim se dé cuenta.

—¿Me puedes traer un vaso de agua, Tim?

—No, así ya estás bien. —Tim ha incrementado el ritmo del balanceo. Hacia delante. Hacia atrás. Hacia delante. Hacia atrás. De pronto, está hecho un manojo de nervios y no para de hacer movimientos extraños y bruscos con la cabeza.

—Tranquilo, ya voy yo a buscármela. —Anna se levanta y se dirige hacia la puerta del recibidor, al principio poco a poco, pero va aumentando la velocidad. De repente, él la agarra por detrás e, instintivamente, le asesta una patada de espaldas con la pierna derecha y él retrocede un instante.

Anna cruza el vestíbulo y tan solo se encuentra a pocos pasos de la puerta cuando de forma inesperada recibe un fuerte golpe en la nuca. Durante unos segundos, lo ve todo negro, hasta que vuelve a abrir los ojos. Está tirada en el suelo, sobre las baldosas blancas y negras, frías al contacto con las palmas de la mano. Distingue un buzón de latón.

Intenta gritar, pero algo le tapa la boca. Carne. Percibe el olor a sudor. Intenta morderla, pero es incapaz de abrir la mandíbula. Se toca la cabeza con la mano izquierda. Qué dolor tan insoportable. Al bajarla de nuevo, se da cuenta de que la tiene llena de sangre, pero intenta quitarse esa mano de la boca.

Tim no deja de balbucear locuras. Desvaría. Que con él está a salvo. «Solo con él».

Suena confuso y desequilibrado. Es aterrador. Le dice que tiene que dejar que la cuide, que la vigile. Afirma que era mucho más fácil cuando eran niños. Era mucho más fácil conseguir que estuviera a salvo cuando eran pequeños...

Anna intenta avanzar a rastras. Llegar al buzón de latón...

En ese momento, oye un nuevo ruido, como una especie de latigazo que atraviesa el aire. Tim ha agarrado algo que colgaba del perchero que está a su izquierda. Afloja la sujeción unos instantes y Anna se lanza hacia delante. Quiere llegar a la puerta. Al pestillo. «Por favor...».

Sin embargo, algo le envuelve la garganta de sopetón y tira de ella hacia atrás. Huele a cuero. La atenaza un nuevo dolor, mucho peor que el anterior.

No puede respirar. Se está ahogando. Se lleva las manos al cuello e intenta meter los dedos entre el cinturón y la piel.

De repente, comienzan a asaltarla imágenes que se entremezclan, cambian y se desdibujan. Su padre en el coche. «Me das asco». Las primulas del camino que lleva a casa. Sammy, el perro, con la cabeza girada para mirarla.

Lucha e intenta meter los dedos con todas sus fuerzas. Trata desesperadamente de volver con ellos.

Su madre en la cocina. El olor a canela. Pastelitos de ciruelas. «Ya están listos, Anna...».

Mete los dedos y aprieta, aprieta tanto como puede.

Su padre y Sammy en el camino. Regresan a casa. Su padre le revuelve el pelo. «Estas prímulas son para mamá...».

Los llama, uno por uno, pero no la oyen. Lo único que se oye son sus gritos sofocados y espantosos. Le duele el pecho. Sin embargo, no deja de luchar, y luchar, y luchar...

Hace la rueda en el jardín. Jenny le sonríe. Sammy le ladra mientras va detrás de ella...

«Por favor». Debe luchar. Tiene que decirle a su padre que en el fondo lo quiere. Tiene que volver con ellos.

«Por favor».

Capítulo 47

La testigo

—**E**n serio, os digo que estaba en Escocia —masculla la señora Ballard—. Vi una foto en Facebook. Tim estaba en Escocia. Te habrás confundido...

Tengo los ojos clavados en Matthew; de pronto, noto el sabor a bilis en la boca.

—Pero si lo de Anna dejó a Tim destrozado. Siempre la ha adorado... —sigue balbuceando—. No, no. Os digo que Tim estaba en Escocia. —La invade la consternación, una turbación espantosa y horrible.

Mientras tanto, Matthew se ha sacado el móvil del bolsillo. Me impresiona lo concentrado que está, pero habla con un tono tan veloz y apremiante que no hace más que avivar el pavor que siento. Al otro lado de la línea está Melanie Sanders, quien ha puesto el altavoz en la comisaría.

—Luego te lo explico. Tenemos a un nuevo sospechoso principal en el caso de Anna Ballard. Es un amigo de la familia. Tenéis que ir ahora mismo a su casa, Mel... Es Tim... ¿cuál es su apellido? —Se ha girado para espetarle la pregunta a gritos a la señora Ballard. Esta, aturdida, sigue murmurando lo equivocados que estamos, que Tim siempre ha idolatrado a Anna, desde que eran pequeños—. Señora Ballard, dígame el apellido y la dirección de Tim... ya.

—Blackhouse. Vive en Ryder Lane... No recuerdo el número... Es un buen chico, de verdad. Os lo digo yo. Os habéis equivocado.

—Tim Blackhouse. Ryder Lane. Sí, del mismo pueblo... No cuelgues, Mel, y te voy dando información a medida que la sepa. Se subió al mismo tren a Londres que Anna. En un vagón situado en el extremo opuesto. Mintió y dijo que se iba a Escocia...

Se produce una pausa larga: Matthew está escuchando a Melanie.

—No lo sé, Mel. Espera... ¿Hay alguien que pueda saber dónde está Tim hoy? Si no estuviera en casa, quiero decir. Es muy urgente, señora Ballard. Míreme, por favor. Es muy urgente...

—Supongo que Jenny. Puede que Jenny lo sepa. Está arriba viendo una película. No quería que estuviera por aquí mientras hablaba con vosotros... No quiero alterarla.

—Dígale que baje. Ahora mismo.

Al cabo de dos minutos, Jenny, que es más alta y tiene el pelo más oscuro que su hermana, está plantada en la puerta. Su lenguaje corporal delata su actitud belicosa. Está enfadada: tiene los brazos cruzados.

—¿Qué pasa?

—Soy detective, Jenny, y necesito que me digas enseguida dónde podemos encontrar a tu amigo Tim. No tengo tiempo para dar explicaciones. ¿Sabes dónde está hoy?

—En Devon.

—¿En qué parte de Devon? ¿Qué hace allí?

Primero, Jenny se limita a encogerse de hombros y esboza una mueca. Está poco dispuesta a ayudar.

—¿A ti qué te importa?

—Jenny, es una cuestión de vital importancia. La policía tiene que saberlo lo antes posible.

—No sé exactamente dónde. Ha ido a una entrevista de trabajo, pero no me ha dicho qué era. Ha quedado con alguien que conoció en los Ten Tors. No ha hablado de otra cosa últimamente...

—¿De qué era el trabajo?

Un escalofrío me recorre todo el cuerpo. Contemplo la foto de los Ten Tors. La fecha me confirma que la tomaron el mismo año que Luke había participado.

Estoy desconcertada. Frunzo el ceño.

De golpe recuerdo la lupa para mapas que encontré en el suelo de la tienda. Les dieron una a todos los integrantes de los equipos que habían obtenido un buen resultado. Ay, madre...

—Ni idea. No ha hecho más que hablarme de los Ten Tors. —La voz de Jenny rezuma rabia.

Vuelvo a levantarme. El sabor de la bilis me llena la boca.

—¿De qué era el trabajo? —El pánico que transmite mi voz hace que todos se vuelvan hacia mí.

—En una tienda, pero no me dijo dónde. Mirad, ha estado muy alterado últimamente, ¿vale? Dejadle en paz. Dejadnos en paz a todos.

—A ver cómo te lo explico, Jenny. —El tono de Matthew es firme—. No quiero asustarte, pero estas preguntas están relacionadas con Anna. Tenemos que encontrar a Tim lo antes posible. ¿Por qué ha estado tan alterado?

—Ha estado buscando fotos antiguas de cuando hizo los Ten Tors con Anna y los demás. Buscaba a alguien en concreto, creo que a un chico que le gustaba a Anna. Pero no sé por qué. Le dije que lo dejara estar. Pero bueno, está alterado, y ya está, ¿vale? Como todos...

—Luke... —Parece un grito de socorro. Tengo que irme. Debería estar ya en el coche. Tengo que volver con él... Comienzo a andar hacia la puerta. No lo entiendo. No tiene ningún sentido. Pero tengo que volver con él. De pronto, los recuerdo a todos pululando por ahí. Cientos de chavales. Vuelvo a mirar la fotografía y me acuerdo. Anna recibe la medalla. Todos reciben sus medallas... Luke. Tim. Todos se ríen. Están tan contentos—. Mi hijo Luke hizo los Ten Tors ese mismo año. Está solo en la tienda. Luke. Tenemos que ir para allá, Matthew...

—Tranquila, Ella. Mírame y dime qué pasa.

—Hoy había quedado con un par de personas para que ocupen su puesto de trabajo. Ay, Dios santo... Me dijo que todos estaban en un grupo de Facebook de los Ten Tors. Además, encontré una cosa fuera de la tienda, Matthew. Creía que era de Luke. Pero ahora estoy preocupada por que sea...

—Vale. Llámalo ahora mismo al móvil.

Hago lo que me dice con las manos temblorosas. «Venga, Luke, por favor».

—No contesta. —Me vuelvo hacia Matthew con el corazón a mil por hora. Todavía conservo el sabor a bilis. Me duelen todos los músculos de la cara. No entiendo nada... El buzón de voz de Luke me habla al oído.

—Prueba con el teléfono de la tienda. Intenta relajarte, por favor. Intenta hablar con calma, Ella... ¿Tu hijo conocía a Anna?

—No, no, en absoluto. Si no, nos habría dicho algo cuando... —Miro la fecha de la foto: es que es del mismo año...

Vuelvo a marcar el número mientras Matthew sigue hablando con Melanie Sanders.

—Bien, probad por si acaso, Mel. De todas formas, es posible que Tim esté en la floristería de Ella Longfield, la testigo. Está en la Calle Mayor de Trundale. Su hijo está allí solo, Mel. Se llama Luke. Yo emitiría un aviso urgente, pero que no enciendan las sirenas...

—No entiendo nada... —Ahora soy yo la que murmura. Oigo la señal de la llamada, pero nadie responde—. ¿Luke, mi niño? ¿Por qué mi niño habrá...? Es que no entiendo nada.

Capítulo 48

Luke

Luke está satisfecho. Jessica parecía bastante simpática, aunque es un poco pequeña y le ha dado la sensación de que no le hace demasiada gracia levantar peso. Se ha quejado de lo que le dolía la espalda durante el camino de vuelta de los Ten Tors. Esto podría suponer un problema a la hora de ayudar con las entregas. Además, Luke también se ha fijado en que lleva las uñas muy largas, y puede que tenga reparos en hacer según qué cosas. Pero es maja, es del pueblo y es muy simpática. Dice que no le importa madrugar y que necesita el dinero. Sin duda, le gustará a su madre, así que Luke le va a entregar el currículum de Jessica.

Echa un vistazo al reloj. Tim es el siguiente, pero llega un poco tarde. Mala señal. Su madre le da mucha importancia a la puntualidad.

A juzgar por el grupo de Facebook, parece que los tres hicieron los Ten Tors el mismo año, pero Luke no se acuerda de ellos, ni de Jessica ni de Tim. Había muchísima gente. Sin embargo, cualquiera que haga los Ten Tors tiene aguante y es decidido. Es un buen proceso de selección, sin duda. Luke se siente orgulloso de haber tenido esa idea. «Trabajo chulo de media jornada en una tienda en Trundale. ¿Te interesa? Envíame un privado...». Está contento de que las cosas estén mejorando poco a poco en el instituto, y no quiere dejar a su madre en la estacada; quiere hacer algo para agradecerle lo mucho que le ha apoyado. Lo malo es que poca gente está dispuesta a madrugar tanto. Si a su madre no le gustan ni Jessica ni Tim, Luke dejará que sea ella quien siga buscando.

Luke echa un vistazo a la trastienda y ve que la cafetera está casi lista. Genial. Se muere por un café. Recoge el revoltijo que tiene sobre el mostrador

y se percata de que hay una rosa mustia en el cubo del suelo. La saca del recipiente y la coloca en un jarrón con agua en la trastienda. Después intentará revivirla. Por un momento, se acuerda de Emily. Le había regalado una rosa para San Valentín. Quedaron un día para tomar café después de todo lo ocurrido, y se alegra mucho de que lo hayan podido hablar en condiciones y de que ella sepa lo mucho que le importa. Siente muchísimo todo lo que ella ha tenido que sufrir. Emily todavía no va al instituto; está pasando unos días con una tía suya en Francia. De momento no quiere tener ninguna relación estable, pero le ha dicho que puede escribirle, y eso ya le basta. Entonces, suena la campanilla de la tienda. Luke sonrío al pensar otra vez en su madre. Le encanta ese sonido tan típico de las tiendas antiguas...

Al principio, a Luke no se le ocurre que puede ser Tim. Cree que es un cliente. Parece mayor...

—Hola, soy Tim. Vengo por lo del trabajo. —Alarga la mano y Luke se la estrecha, intentando disimular la sorpresa. Todo lo que ve en ese chico tiene un aire de mayor: la ropa, el pelo, la piel... Tiene un tono un poco gris. E incluso tiene los ojos hundidos.

—Ah, sí, aquí es. Genial... Gracias por pasarte.

Luke empieza a explicarle en qué consiste el trabajo, los horarios y las responsabilidades. Le pide a Tim que se siente en el taburete que hay junto al mostrador. En diez minutos podrá cerrar durante media hora para comer y podrán hablar en condiciones.

Entra una mujer, quiere comprar algo de oferta.

—¿Tenéis algo con descuento?

Luke le enseña los girasoles. Son magníficos y llamativos y tienen un 20 por ciento de descuento. La clienta decide llevárselos. Tim observa cómo Luke los envuelve en tisú y entrega el cambio a la mujer.

Luke le cuenta que su madre necesita a alguien los sábados por la mañana y, de vez en cuando, también algún domingo para ayudarla con las cajas y los arreglos florales, además de para atender a la clientela mientras ella termina de preparar centros y ramos.

—¿Te gusta estar de cara al público?

—Ah, sí, por supuesto. Trabajé en un quiosco.

—Guay, perfecto.

Con todo, hay algo raro en Tim. Luke no consigue determinar qué es, pero, justo en ese momento, Tim se inclina hacia delante y el hedor sorprende a Luke. Apesta mucho a sudor. Eso es un punto negativo. Luke se aparta un

poco y fuerza una sonrisa. A su madre no le va a gustar. Descartado, entonces. Será amable y diplomático, pero se lo va a quitar rápido de encima.

—Entonces, ¿no te acuerdas de mí? ¿De los Ten Tors? —Tim lo mira de hito en hito.

—No, tío. Lo siento. Había trocientas personas. De hecho, yo lo he hecho dos veces. La segunda hice la ruta más larga. Y ¿tú?

—Yo solo una vez, el mismo año que... —hace una pausa—: Anna Ballard.

Luke se queda paralizado. Tim no le quita la vista de encima, no pestañea. Luke le devuelve la mirada y empieza a entenderlo. Entrecierra los ojos y se queda un momento pensando. Tim lo escruta con suma atención; es muy raro.

—Oye... ¿eres periodista?

—No, no soy periodista.

—Bueno, pues ¿sabes qué, Tim? Creo que lo mejor es que lo dejemos aquí, tío. No te ofendas, ¿eh?, pero...

—¿En serio me estás diciendo que no te acuerdas de Anna Ballard?

Luke vuelve a quedarse petrificado. «¿Qué coño pasa?».

—Mira, no sé a qué viene esto, pero paso de que vuelvan a molestar a mi madre con el caso de Anna Ballard. Así que te pido, por favor, que te vayas.

No obstante, Tim se saca una fotografía del bolsillo.

—Pues explícame esto.

Luke se queda perplejo un instante cuando Tim le planta la foto en el mostrador. Es una imagen de los equipos después de la ceremonia de entrega de medallas de los Ten Tors. Hay un montón de gente. Luke observa los rostros con atención, entrecierra los ojos hasta que finalmente se encuentra a sí mismo junto a dos compañeros del equipo. Andy y Geoff. A su derecha hay un grupo de chicas. Una de ellas... Sí. Luke se acerca un poco más a la fotografía. Sí que se parece a Anna Ballard. Se queda impactado. Ha visto la foto de la chica en las noticias, claro, pero no tenía ni idea de que habían hecho los Ten Tors el mismo año...

—Mira, no tenía ni idea de que Anna estaba allí aquel año, y tampoco sé por qué has traído esta foto. Pero es algo que no voy a discutir contigo. ¿Me entiendes? Por favor, vete. Ahora mismo.

Tim comienza a alejarse. «Gracias a Dios. El tío este está como una cabra». Sin embargo, en vez de salir, Tim echa el pestillo y gira el letrero de «Cerrado».

«¿Qué demonios...?».

Se queda quieto en la puerta, con los ojos fijos en Luke.

—Eh, eh, eh... —Luke comprende que la situación es más grave. Se acerca a él para zanjar el asunto; el tipo no es grande ni fuerte, y Luke supone que puede sacarlo a la fuerza de la tienda y a ver si se larga de una vez por todas. O quizá tendrá que llamar a la policía. Sin embargo, entonces, Tim se saca poco a poco un cuchillo del bolsillo derecho. Parece que los ojos se le vayan a salir de las cuencas mientras mira a Luke fijamente.

—Ve a la parte de atrás. Ahora.

Luke observa la afilada hoja del cuchillo y sopesa las opciones que tiene: salir por la puerta trasera, usar el teléfono, darle una patada al cuchillo y quitárselo de las manos. De momento, decide levantar las manos lentamente hasta la altura de la cintura.

—Tío, tranquilo. Vamos a intentar relajarnos...

—Te he dicho que vayas a la parte de atrás.

Luke comienza a retroceder. No puede arriesgarse a darle la espalda al cuchillo. Justo ahora se acuerda de que la puerta trasera está cerrada con llave. Mierda.

—Tú y Anna... Le gustabas. Se puso a hablar contigo. Yo vigilo y veo cosas. Observo y recuerdo que...

—No, de verdad. Lo siento mucho, pero te equivocas. No me acuerdo de ella. En la foto estamos todos ahí, contentos.

—Eres un mentiroso. —Tiene ojos de loco, llenos de furia—. Yo la vigilo. Y sé...

Justo en ese momento, Tim se lanza de repente hacia Luke y le roza el brazo derecho. No es un corte profundo, pero el dolor es instantáneo e insoportable, y la sangre no tarda en manar.

Luke está de pie junto al banco de trabajo de su madre y echa un vistazo hacia la izquierda. Entonces, se acuerda. Agarra la jarra de café tan rápido como puede y le tira el líquido ardiendo a Tim. Una parte le cae sobre la pierna y lo hace gritar de dolor. Sin embargo, no consigue darle en la cara, y Tim vuelve a embestirlo con el cuchillo. Esta vez, lo atenaza un dolor atroz en el muslo y Luke nota que la sangre le impregna los pantalones.

Ambos caen al suelo, y Luke se esfuerza por levantarse. Tiene los pantalones muy mojados. Trata de levantarse, pero el dolor es insufrible, y, acto seguido, recibe un golpe en el hombro.

En ese momento, ve de reojo un destello carmesí en el espejo que su madre utiliza para comprobar los ramos. El mango. Las tijeras de podar favoritas de mamá. El rojo brillante del mango asoma un poco por el borde del estante inferior. Se guía por el reflejo para alcanzarlas, alarga el brazo, un

poco más, y luego las clava con un golpe hacia atrás. Percibe la sensación horrible de la hoja que atraviesa la carne. Y, justo después, oscuridad.

Epílogo

Ella

Las modas cambian. Al parecer, este año las novias de otoño prefieren el blanco. En vez de dejarse impregnar por la rica paleta de colores cálidos, solo quieren usarla ligeramente para acentuar el blanco —con el naranja, el borgoña, el teja y el calabaza—. Así pues, opto por blancos más suaves y rotos, que funcionan mejor con estas mezclas —y también salen mejor en las fotos—. Tengo un proveedor fantástico de dalias y gerberas de estos colores tan intensos que son toda una declaración de intenciones. Son preciosas. Voy a usar muchísimas.

Lo cierto es que no me importa que quieran más blanco. Es un tono sencillo y clásico, y me encanta que haya tantos tipos de este color. Tony afirma que el blanco solo puede ser blanco. Díselo a una paleta de colores. O a una rosa o a un tulipán.

Hoy tengo el banco de trabajo lleno de diferentes tonos de blanco para preparar un centro de mesa. Voy a hacer uno de mis diseños favoritos: capullos de rosas blancas y lirios de agua naranjas para darle un toque de color. Muy simple, pero sin duda llamativo.

Ya me he tomado tres cafés, pero voy más lenta de lo habitual. Parece que ahora es lo que me toca. Me paso el día con la cabeza en la luna, no puedo evitarlo; me pierdo en pensamientos en los que preferiría no ahondar.

Me detengo y contemplo las tijeras de podar nuevas que tengo en la mano. Sigo sin acostumbrarme a ellas. Todavía no sé si la policía me devolverá las mías. Se las han quedado como prueba. Aunque, en realidad, ya no quiero que me las devuelvan. Preferiría que nos devolvieran la vida que llevábamos antes de que todo esto pasara.

«Antes...».

Miro el reloj. Tan solo falta una horita para cerrar. Suspiro. Tengo que darme un poco de prisa para acabar esto y dejarlo en el refrigerador. Normalmente, no solemos hacer demasiadas ventas al final del día, y menos aún cuando llueve. Es curioso que el tiempo afecte tanto a los hábitos de compra de la gente.

Sin embargo, en ese momento, oigo un ruido al otro lado de la puerta: la sorpresa de algún cliente de última hora. Suena la campanilla y oigo cómo alguien sacude el paraguas en la entrada. Me levanto y me acerco al mostrador para ver quién es...

Me sobresalto. Como tantas otras veces.

Durante unos segundos, nos quedamos de pie, mirándonos fijamente, y no sé qué hacer. Me entran ganas de llorar, supongo que de la conmoción, pero supongo que esta actitud no ayudaría mucho. Me gustaría saber por qué ha venido. Me he puesto nerviosa.

No aparto los ojos de ella y noto que el corazón se me acelera. Todavía recuerdo la voz de Matthew por teléfono.

Encontraron el cuerpo de Anna en un congelador. Estaba en el piso secreto de Tim, un piso que, de acuerdo con las condiciones del testamento de su padre, se suponía que tenía que poner en alquiler para poder pagarse la universidad. Sin embargo, lo utilizaba como escondite secreto. En ese piso encontraron sus diarios, llenos de fotografías y diatribas espeluznantes, propias de un loco. Había estado observando y fotografiando a Anna desde que era muy pequeña. No soportaba que hablara con otra gente. Llevaba un registro. La vigilaba. Siempre la estaba vigilando...

Por lo visto, a veces cenaba con la familia Ballard y luego fingía que volvía a su casa, pero no: acampaba en un viejo refugio de piedra para pastores que hay en la parte alta de la cresta. Desde allí los vigilaba cuando estaba en la cocina. Observaba a Anna hasta que se iba a dormir, y tomaba notas en los diarios.

—Ella, siento mucho haberla sorprendido así. ¿Tiene un minuto?

¿Para decirme qué?

La contemplo: tiene los ojos hundidos, tristes y distintos, ahora para siempre, y me pregunto si queda algo que tengamos que decirnos. Quisiera saber por qué ha venido.

—Claro, venga a la parte de atrás. De todas formas, estaba a punto de cerrar. —La educación, que no falte nunca.

Me acerco a la puerta a poner el letrero de «Cerrado» y me detengo un momento para cerrar los ojos e imaginar una escena en la que no quiero ni pensar: la sargento Melanie Sanders en el umbral de la granja cuando iba a comunicarles las noticias.

Le ofrecieron un ascenso por haber resuelto el caso, pero le dijo a Matthew que no lo quería aceptar, puesto que sentía que el trabajo lo había realizado él. Matthew trató de convencerla, pero la entiendo. Es complicado seguir avanzando. Melanie quiere que Matthew vuelva al cuerpo, pero él es incapaz de decidirse...

Muevo un taburete hasta el banco de trabajo de la trastienda, pero decide quedarse de pie. También rechaza el café.

No sé si debería preguntarle algo y romper el hielo. ¿Cómo lo lleva? Pero ¿para qué se lo voy a preguntar? ¿Cómo puede alguien «llevar» algo así? Al final, decido esperar y sentarme, aunque ella no quiera.

—¿Cómo está Luke?

¿Habrá venido para eso? Lo dudo. Pero pienso en él y también en Anna y me siento culpable por lo mucho que me alegro de que el hijo que ha sobrevivido sea el mío...

—Ahora está mejor, gracias. Ya va sin muletas. El hombro le sigue molestando y cojea un poco, pero esperamos que con un poco de fisioterapia...

—Qué bien, me alegro de que ya esté mejor.

No ha venido para eso. «¿Por qué ha venido?».

—Siento muchísimo lo de Anna, señora Ballard.

—Barbara, por favor. Puedes tutearme. —Ha apartado la mirada.

Se me rompe la voz, así que hago una pausa y respiro hondo.

—Fui yo quien lo llevó a casa, ¿sabes? A Tim. —Tuerce la boca hacia la izquierda—. Fui yo quien lo metió en la familia, lo introdujo en el grupito de amigos de Anna y Jenny. Me daba pena. Su madre no le hacía ningún caso. Siempre estaba por ahí con uno u otro. ¿Sabes que tuvo una aventura con mi marido? Perdona, no sé por qué te lo he dicho.

—Lo siento mucho.

Matthew me lo había contado todo. Aparecía en los diarios de Tim. Había colocado una cámara en la habitación de su madre para chantajear a los amantes. Así se sacaba un dinerillo, pero un día se había topado con alguien que no esperaba...

Vuelvo a encontrarme con su mirada, y me fijo en que le tiemblan los labios mientras asiente. Es un movimiento entrecortado que me está diciendo:

«No me hagas llorar. No vuelvas a decir su nombre, por favor...».

—Así que, al final, ha resultado que la culpa es mía. Tim. Me daba pena. Siempre lo veía solo por el pueblo, incluso cuando era pequeño. Se me ocurrió que era lo menos que podía hacer: darle de comer, acogerlo. Pero... —Hace una pausa—, al final he tenido yo la culpa...

—No debes pensar eso...

Oigo el eco de tantísimas personas que me habían dicho lo mismo, y me arrepiento de haber caído en el tópico. Al final, todos aprendemos que la culpabilidad se rige por sus propias normas.

—Mi marido quiere volver conmigo —me informa, con los ojos clavados en el suelo—. Lo curioso es que me lo estoy pensando. Lo echo de menos.

Quiero alargar la mano para tocarle el brazo y ofrecerle un poco de consuelo. Algo. Pero no lo hago.

Me pregunto si asistirá al juicio. Matthew dice que los cargos serán asesinato e intento de asesinato. Esperan que el abogado de Tim abogue por una atenuación de la responsabilidad, pero Matthew cree que no retirarán el cargo de asesinato. Han descubierto que Tim preparó la coartada de Escocia con una precisión espeluznante. Eligió un centro de aventuras en el que sabía que organizaban excursiones en grupo y solo comprobaban el registro el primer día. Había hecho la reserva tres días antes del viaje de Anna a Londres, en teoría para una semana, pero se había quedado solo veinticuatro horas, lo justo para colgar un par de fotos en las redes sociales, quejarse de lo mal que iba el *wifi* y haber «estado» lo suficiente como para engañar a la policía, quien, en su momento, se había limitado a hacer una comprobación somera de su coartada. Las grabaciones de las cámaras de seguridad —comprobadas más tarde— confirman que volvió a Cornualles justo a tiempo para subirse al mismo tren de Londres que las chicas. Se había escondido entre los pasajeros del fondo, vestido con una sudadera con capucha y gafas de sol. Después, había seguido a Anna y a Sarah desde el teatro del West End hasta la discoteca.

Todavía no tienen claro el móvil. En los diarios no hace más que divagar y dejar patente la obsesión que tiene con que los demás la miren.

No quiero ni pensar en todo eso, especialmente porque el pobre Luke tiene que declarar. Sinceramente, ojalá Tim hubiera muerto; ojalá no hubiera salido nunca del coma y esto se hubiera acabado de una vez por todas.

Se produce una pausa muy larga en la que la señora Ballard no abre la boca, así que decido comenzar a parlotear sobre las flores para la boda y lo

mucho que me gustan los lirios de agua, sobre todo los de colores vivos e intensos: los borgoña y los violeta.

—Tengo que decirte algo, Ella. Para eso he venido. ¿Puedo llamarte Ella?

—Claro, mujer. —Me aliso la falda, preocupada e interesada en lo que pueda decir.

—Estaba limpiando la habitación de Jenny y he encontrado algo.

Frunzo el ceño.

—Unas postales negras.

Otro silencio.

—He hablado con ella y al final se ha derrumbado y lo ha reconocido. Se ve que fue ella la que te envió las dos primeras postales. Lo siente muchísimo y está muy avergonzada. Solo estaba muy enfadada y necesitaba desahogarse. Igual que yo. Que no digo que sea excusa, pero es muy joven y se siente muy culpable.

«Vaya, entonces, ¿había sido Jenny? La hermana de Anna...».

—Pero siento mucho decirte que hay más. —Parece que solloza—. Cuando le pediste a Matthew que viniera a verme, Jenny entró en pánico, porque le conté que sospechabas de mí. Estaba muy enfadada. En ese momento, ella decidió explicárselo a alguien en quien confiaba. A alguien cercano.

«Madre mía».

—¿A Tim?

—Por desgracia, sí. A Tim. Por lo visto, fue entonces cuando se interesó más por ti y decidió enviarte más postales él mismo. También empezó a vigilar la tienda. Está muy desequilibrado. No teníamos ni idea, pero la policía dice que tiene serios problemas mentales. Tiene la obsesión de observar a la gente... Bueno, la cuestión es que reconoció a tu hijo porque había hecho los Ten Tors y también comenzó a vigilarlo. Se hizo un lío terrible y se puso muy nervioso...

Exhalo un largo suspiro y noto que incluso los pulmones me cambian de forma. Me he preguntado cientos de veces por qué Tim se había interesado en nosotros.

—Total, que quería decirte que comprendo perfectamente que quisieras poner una denuncia en la policía. —Ahora sí que le tiemblan los labios sin parar—. Porque puedes pensar que es culpa de Jenny que Tim acabara fijándose en tu hijo.

Por fin lo entiendo todo.

Matthew me explicó que encontraron centenares de fotos en el ordenador de Tim. Fotos de fiestas, de los Ten Tors y del instituto, con comentarios gráficos y violentos al lado de los retratos de los chicos que él consideraba que se habían interesado por Anna. Incluso había reparado en los muchachos que solo habían hablado con ella sin ninguna otra intención. Por poco que hubiera sido. Luke solo tuvo mala suerte. Ni él recuerda el momento en que la conoció o en que habló con ella.

Fijo los ojos en el suelo unos instante. Recuerdo lo orgulloso que estaba Luke cuando por fin pudo dejar las muletas hace dos semanas y cruzar la habitación sin ayuda. Cojea muchísimo, pero todos hacemos ver que se recuperará. Ojalá sea verdad. Además, le ha quedado una cicatriz horrible en el muslo.

—Gracias por haber venido a decírmelo, pero no hay ninguna necesidad de contárselo a la policía. No ganaríamos nada. —Pienso en Jenny, todavía tan joven. ¿Para qué? ¿Qué importa ya, si la policía cree que todas las postales me las envió Tim?

La señora Ballard cierra los ojos, una oleada de alivio le recorre el cuerpo; le empieza en el rostro, baja por el cuello y se extiende por los hombros.

—Gracias, Ella.

Asumo que ahora se irá, pero sigue ahí de pie, inmóvil. No sé a qué espera.

Echa un vistazo al mostrador y al refrigerador donde hay los ramos y los centros de mesa.

—Nos han devuelto el cuerpo. Para el funeral.

«Dios santo...».

Tengo que esforzarme por no venirme abajo. No la ayudaría. No es una pérdida que yo haya sufrido.

—El director de la funeraria vino anoche a explicárnoslo todo.

Hace una pausa pero yo no intervengo. Soy incapaz de encontrar las palabras. Ninguna. Estoy muda.

Me acuerdo de Anna en el tren, esos ojos verdes brillantes, preciosos y llenos de entusiasmo. Solo tenía dieciséis años.

—Y, bueno, resulta que nos enseñó unos cuantos catálogos de flores para el ataúd. —Sigue manteniendo la voz con bastante entereza, pero las lágrimas le ruedan por las mejillas—. Y eran un horror, Ella. Las flores. Madre mía, eran espantosas.

—¿Perdona?

Barbara no aparta los ojos del refrigerador.

—Sé que suena ridículo. La gente espera una corona, pero yo no quiero. No puedo ponerle algo tan triste, tan horrible y maduro. No quiero que encima del ataúd de mi hija haya una corona.

Se vuelve hacia mí y aguarda mi reacción, que al principio es absoluta perplejidad.

—Es que es muy joven para ponerle una corona. ¿No te parece?

Finalmente, se limpia la cara con la palma de la mano.

Sigo sin saber qué decir para consolarla.

—Y quería decirte que la vez que vine recuerdo que habías montado un escaparate increíble. Lo hiciste para la primavera. Había capas y capas de verde, como si fuera una colina o un prado. Y había flores silvestres. Prímulas, ajo de oso y flores de arrayán.

—Ah, sí, era para una competición. Ya me acuerdo... —Gané el premio.

—Era precioso. Y, de camino hacia aquí, he pensado que... que eso es lo que me gustaría para mi Anna. Como una especie de alfombra verde con flores silvestres. Nada de coronas. Ya sé que es mucho pedir, y que quizá sea un error teniendo en cuenta todo lo que ha pasado entre...

—Será todo un honor. Me alegra mucho que me lo pidas.

Nos miramos fijamente una última vez.

—Ah, y por supuesto, estoy dispuesta a pagar lo que sea...

Me apunta la dirección de correo electrónico y le digo que le enviaré el diseño para asegurarnos de que es lo que quiere. Ya he decidido que no le cobraré. Cuando nos despedimos, ya estoy dándole vueltas mientras hago esbozos mentales. Y me organizo. Pienso en cómo puedo unir los elementos verdes con algún tipo de red para hacer los pliegues de la base. Como un prado. Sí. Y ¿las prímulas? Conozco a un proveedor que tiene flores que no son de temporada, cultivadas en invernadero. Le encargaré todas las que tenga.

Voy anotándolo todo en la libreta, pero no puedo reprimir las lágrimas al pensar en que tiene que ser muy especial. Nada comparable a lo que he hecho hasta ahora.

Me lo imagino a la perfección. Tiene que cubrir la tristeza que transmitirá el roble y las asas de metal con el olor y la belleza de los prados que hay cerca de la granja.

Prímulas y campanillas. Ajos de oso y silenes. Pétalos rosas, amarillos y blancos. Para una chica preciosa que nos ha dejado demasiado pronto.

Sí, para una muchacha.

Una muchacha demasiado joven como para que le pongan coronas.

Nota de la autora

Te agradezco mucho que hayas leído *Te veo*. Para mí es muy especial ver este libro publicado, porque la idea original se me ocurrió hace mucho tiempo.

Un día, estaba yendo hacia Londres cuando dos chicos jóvenes se subieron al tren, cada uno con su bolsa de plástico negro. Cuando descubrí por qué, me turbó un poco y a la vez me intrigó sobremanera, de modo que, claro, mi lado de escritora se puso a trabajar. En aquel viaje real no sucedió nada digno de mención, pero la imaginación trabajaba a toda máquina: y si ha ocurrido esto; y si ha ocurrido aquello...

En esa época estaba desbordada de trabajo con una serie de proyectos, por lo que inicialmente escribí la historia en forma de relato breve. Sin embargo, Anna se me aparecía con insistencia, tanto que sentía como si me estuviera persiguiendo. Estaba convencida de que tenía más cosas que decir y que, por tanto, aquello tenía que convertirse en un libro.

He trabajado durante muchos años como periodista y siempre me ha afectado muchísimo el impacto que los crímenes tienen en la vida normal y corriente de otras personas (no solo en la de las víctimas, sino también en las de los testigos). Hay tantos efectos colaterales... Creo que por eso no podía deshacerme de la idea de esta novela. Así que, cuando por fin conseguí volver a trabajar en ella y Ella se postuló como protagonista, supe que no solo quería que la atención recayera sobre la familia de Anna, sino también en la de Ella.

Así que supongo que entenderás lo que significa para mí ver hecho realidad el germen de aquella idea. Gracias de nuevo por haber leído este libro y, si te ha gustado, te agradecería enormemente que publicaras una reseña en Amazon. Este tipo de comentarios ayudan mucho a que otros lectores me conozcan.

También disfruto muchísimo cuando los lectores me mandan mensajes, así que no dudes en ponerte en contacto conmigo. Mi página web es www.teresadriscoll.com y puedes saludarme en mi cuenta de Twitter

@TeresaDriscoll o en mi página oficial de Facebook:
www.facebook.com/TeresaDriscollAuthor.

Un saludo afectuoso,
Teresa

Agradecimientos

El oficio de escritor puede ser muy solitario, por lo que debo dar las gracias a mi maravillosa familia y a todos mis amigos por su apoyo, por creer en mí y resignarse cuando desaparecía y me encerraba en el despacho, mientras me preguntaba si algún día llegaría a escribir el punto final.

Quiero dar las gracias en especial a mis editores, Jane Snelgrove y Sophie Missing, pacientes y con mucho talento, quienes han nutrido este libro con mimo y conocimiento y me han tranquilizado cuando he perdido los nervios. Muchas gracias a las dos.

También quiero dar las gracias a los lectores y los blogueros que han respaldado mis obras con tanto cariño. Vuestras sugerencias y apoyo son inestimables.

Y, por último, un agradecimiento mayúsculo a mi agente, Madeleine Milburn, quien ha luchado por mi carrera desde el principio. Te debo muchísimo.



TERESA DRISCOLL ha trabajado como periodista a lo largo de más de veinticinco años, de los cuales ha sido presentadora del telediario de la BBC durante quince, y a lo largo de su trayectoria profesional siempre ha ahondado en historias que le han mostrado la parte oscura de la vida. Mientras cubría casos de crímenes en su trabajo, era testigo de los efectos colaterales que causaban y la conmovían muchísimo, así como del tremendo impacto que tenían en las familias, amigos y testigos implicados. Son precisamente esos efectos colaterales los que explora en sus novelas.

Teresa vive en Devon, un precioso condado de Inglaterra, con su marido y sus dos hijos. Sus novelas se han publicado en más de diez idiomas.